

A man in a dark suit is walking away from the viewer through a field of tall, golden-brown grass. He is carrying a black briefcase in his right hand. The image is a double exposure: the sky and clouds are visible through the back of his suit jacket, and a city skyline is visible through his legs. The sun is low on the horizon, creating a warm, golden glow.

EL ACADÉMICO QUE DEJÓ DE SERLO

ALEJANDRO DOMÍNGUEZ ARAÚJO

El académico que dejó de serlo

Alejandro Domínguez Araújo

Había impartido la última clase del día, no volvería a ejercer como profesor ante sus alumnos hasta dos días más tarde –privilegio de la cátedra, se decía para sí– y, sin embargo, al contrario de muchos de sus compañeros, se pasaba trabajando el resto del tiempo, hasta completar las siete horas de obligada dedicación, con frecuencia incrementando esta jornada con algunas horas más. No rehuía, a pesar de su espíritu investigador, el trato con el alumnado, las clases excitaban su sistema nervioso, no preparaba la materia de sus clases con antelación, de esta forma cada clase era algo novedoso, tanto para el estudiante como para él.

Impartida de esta forma la materia, cada tema se transformaba en una aventura compartida, en la búsqueda de nuevos derroteros partiendo de bases prefijadas unas veces, y otras, poniéndolas en entredicho. Le apasionaban estas clases, pero reconocía que debían limitarse a pocas las clases de este tipo, era consciente que mentalmente resultaba agotador. El estimulante contraste de esta actividad docente con la actividad investigadora representaba para él la humanización de su trabajo. Comentaba a sus colegas, quejosos siempre del alumnado, que el ser docente era la manera de antroformizar la física y sus conocimientos científicos interdisciplinarios, al escucharlo entendían sus palabras, pero no comprendían el alcance de su significado. Asentían, pero en su fuero interno negaban, originándose en ellos una doble moral del trabajo.

En el ordenador leía un artículo sobre hidráulica publicado en la revista, oyó como llamaban a la puerta de su despacho, instantes después, una alumna penetró en la no muy amplia estancia, se levantó por cortesía, indicándole una silla para que se sentase.

—¿En qué puedo ayudarle?

—Tengo un pequeño problema. Necesito alguna ayuda para solucionarlo.

Quiso suavizar la tensión que podría haberse creado, un alumno cuando acude al despacho de un profesor se encuentra intimidado por su autoridad.

—Si el problema que le preocupa es pequeño, no es preocupante el problema porque es pequeño. Si por el contrario, el problema es grande, tampoco debe albergar preocupación porque a menudo los grandes problemas son irresolubles y únicamente el tiempo que con su manto cubre todos los hechos, aporta soluciones, deseadas o no deseadas, esa es otra cuestión.

El rostro de ella no esbozó sonrisa alguna, su cuerpo permaneció en la misma postura sin realizar movimiento alguno.

—Si el pequeño problema es íntimo o amoroso, no soy yo la persona indicada que pueda aportar solución alguna, aunque sospecho que no es ninguno de los mencionados.

En este punto esbozó una sonrisa, suficientemente amplia como para relajarla.

—El pequeño problema es personal y académico o académicamente personal, le respondió ella utilizando el mismo tono desenfadado.

—La conozco perfectamente, le he impartido clase no únicamente en este curso sino también en algún otro en años anteriores, no era usted una alumna de notas brillantes, sin embargo, destacaba su cabeza sobre las cabezas de los demás alumnos. No estoy refiriéndome a su altura precisamente.

—Gracias, es todo un halago viniendo de usted, respondió a su vez ella, un tanto ruborizada, cogida por sorpresa, esas palabras eran las que menos sospecharía oír.

—Recuerdo, no hace mucho de esto, que hizo una pregunta-sugerencia magnífica, por lo extravagante, rallando en lo lógicamente absurdo, provocando cierta hilaridad en

algunos de sus compañeros, y en los demás, estupor, de quien no entiende de lo que se está hablando. Durante algún tiempo estuve dándole vueltas, llegando a la conclusión de que, si no puedo darle a usted la razón plena, habiendo hecho asociación de ideas, debo confesarle que he llegado partiendo de su intervención a metas que no se me habían ocurrido ni creo que llegasen a ocurrírseme nunca. No es el momento de ponerla a usted al tanto de esas investigaciones, soy consciente que su interés en este momento se haya centrado en su pequeño problema —esbozó una pequeña sonrisa—. Expóngame lo que le ocurre y veré si puedo ayudarla.

La situación era totalmente distendida, a pesar de su autoridad académica, procuraba siempre con los alumnos tener el trato más afable y considerado posible, si eran buenos alumnos, porque eran buenos alumnos y lo merecían, si no lo eran para que con un poco de ayuda tal vez lo fuesen. Además, pensaba, yo soy el profesor y los alumnos son quienes me hacen llegar el salario a final de mes, sin ellos no solo respiraría aire, sino que también lo comería.

—Como usted bien ha dicho —comenzó exponiendo ella, forzándose a seguir en el mismo tono distendido —el problema se verá grande o pequeño según la altura en dónde esté situado quien lo ve, la perspectiva varía totalmente para quien lo padezca, esa persona verá el problema siempre grande, aunque diga que el problema es pequeño —en este punto, esbozó una sonrisa dejando entrever unos hermosos dientes perlados, sonrisa que a él no le pasó desapercibida, agradándole sobremanera.

—Ha hecho una excelente descripción del principio teórico de la relatividad Einsteiniana. Afrontemos pues el problema grande o pequeño, cojamos como un forcado al toro por los cuernos.

Bajó la tapa del portátil, apoyó los codos en la mesa, flexionó los brazos, entrelazó los dedos de las manos apoyando el mentón en ellos.

—Soy todo oídos.

—Quiero optar a una beca. El inconveniente o el problema que tengo, no es otro que la media de mis notas, esa media me temo que será insuficiente para tener posibilidades de obtenerla.

—Creí que sería una cuestión puramente académica, que atañe a la disciplina que imparto. Lo que usted tiene no es otra cosa que una cuestión administrativa que está fuera de mi competencia.

Impasible, permaneciendo en la misma postura y añadió.

—No veo cómo puedo ayudarla ni cómo ha podido pensar en que yo pueda hacerlo.

—La cuestión es sencilla —le respondió ella, armándose de valor y utilizando un tono de voz más fuerte que el suyo habitual—, vengo a pedirle que me suba usted la nota de su asignatura al máximo posible.

Al escuchar la última frase separó involuntariamente los codos de la mesa echando el cuerpo hacia el respaldo de la silla, antes retirando el mentón apoyado sobre los dedos entrelazados.

Ella al observar ese repentino movimiento, parecido a un respingo, como al caminar por un sendero somos sorprendidos de repente por un ratoncillo que lo cruza. Pensó, se refugia tras la mesa para negarse.

Hubo unos instantes de silencio absoluto y denso como la crema. Se repuso y afirmó las manos sobre la mesa como queriendo evitar que se moviese, visto desde fuera no sabría decirse si para evitar que se moviese la mesa o él.

—Puedo condescender a subirle un punto la nota que merece, a sabiendas que es una decisión injusta con respecto a sus compañeros. Más no puedo hacer.

—Algo es algo, y le doy las gracias —dijo ella—. No obstante, sin querer cuestionar su actitud, no debemos introducir la justicia en esta cuestión, lo justo y lo injusto van unido a lo legal y esto último a lo ilegal, y ambos a lo protocolariamente establecido, es decir, impuesto hoy, y mañana desimpuesto —tomó aliento para poder seguir hablando—Lo que debemos considerar, y permítame que hable en plural, es si reúno la capacidad y las actitudes necesarias para desempeñar, en un futuro cercano, la profesión que se valida con el título.

—Las notas validan ese título, a mayores notas mayores avales, ir por un atajo es hacer trampas en el juego, yo sería un tramposo, árbitro partidista que favorecería a unos perjudicando a otros. Además, los motivos por lo que lo hiciese serían, a mi modo de ver, irrelevantes, por ejemplo, cual sería más disculpable, hacerlo por dinero, cohecho, lazos familiares, vecindad en el mismo edificio, amistad, promesa de ascensos, si fuese el caso, Para mí todo viene a ser lo mismo.

No se arredró ella.

—Es una cuestión moral que acaba de plantear, nada tiene que ver con lo que estamos hablando. Un examen y una nota corresponden a una pregunta, una respuesta dada de antemano, pura memoria, únicos datos fijados para ese crucial momento y que instantes después de haber superado la prueba el olvido se manifiesta con misma rapidez. Conoce usted lo mismo que yo que eso es así.

—Debo reconocer que así es, tristemente.

Le gustaban este tipo de conversaciones, sobre todo cuando tenía ante sí una mente lógica que sabía expresarse, ahora se sentía cómodo, disfrutaba el momento, pocas veces podía tener interlocutores con quien mantener conversaciones semejantes.

—También debo reconocer que es un sistema de valoración anticuado, sin eficacia real alguna, pero es el que tenemos.

—Permítame que haga una matización —respondió ella—, es el método anticuado que la institución educativa de una sociedad capitalista impone a una población, por medio de sus empleados a los que paga salarios muy superiores a los emolumentos que perciben el resto de la población, sin añadir las numerosas prebendas que reciben por pertenecer al estado y participar activamente en el mantenimiento de la ideología del capital —hizo una pausa, añadiendo poco después—. El conocimiento no interesa, la ciencia no interesa, sin embargo, la técnica, la eficacia, la rentabilidad, sí, el conocimiento sea de la rama que sea, está descartado, se encuentra desprestigiado.

Para sorpresa de ella, le sonreía, su rostro había adquirido luminosidad. La respuesta de él no se hizo esperar.

—Cierto, cierto, y añadiría que de si el *Homo habilis* ha evolucionado a *Homo sapiens*, este último se ha degradado a *Homo técnico*, un *Homo* que ha trasladado su cerebro a las máquinas. La atrofia mental es patente, la degeneración cerebral manifiesta. Dime de lo que presumes y te diré de lo que careces, dice un dicho popular. Si usted se ha fijado, de unos años a esta parte la palabra ciencia y científico es utilizada incluso por quien ni

siquiera hablar sabe. Se menciona constantemente que vivimos en una sociedad democrática, que es una actitud democrática, al igual que constantemente se menciona, esto está comprobado científicamente. La ciencia dice, es un hecho corroborado por la ciencia... Un engañoso elaborado por bobos que mutuamente se refocilan como puercos en el porcal, eso sí, científicamente.

No pudo ella reprimir una amplia sonrisa ante tanto entusiasmo que comenzaba a acercarse a la línea limítrofe con el enfado. Por su parte, todo hay que decirlo, le encandiló la sonrisa de ella, era una cosa física, él era profesor de física, sin embargo, la sensación de agrado tenía reacciones que no eran en principios físicos sino emocionales, que luego se convertían en reacciones químicas que a su vez se convertían en reacciones emocionales y estas a su vez en otras reacciones físicas. Maravillosa mañana, maravillosa mañana, pensaba.

—No quiero sustraerle más tiempo, le rogaría que me ayudase en lo que pudiese, hasta donde su moral de profesor se lo permita.

La última frase la dijo con un pequeño ríntín que a él no le pasó desapercibido, y se levantó de la silla para marcharse.

—Reflexionaré sobre su pequeño problema, se lo prometo. Pero hay una última cosa, si yo inflase su nota, de poco habría de servirle, si los demás profesores no lo hiciesen, matizó.

—Estoy dispuesta a hablar con cada uno de ellos. El no ya lo tengo.

—No todos son como yo, se lo aseguro, son de mente más cerrada que...—se le ocurrió una comparación obscena, la cayó por inconveniente y en su lugar utilizó otro símil —que los archivos vaticanos.

—Por ese mismo motivo, he comenzado mi periplo con quien me parecía más comprensivo y razonable.

Se levantó a su vez, la acompañó a la puerta del despacho, le tendió la mano y sintió que se la apretaba con confiada energía. Antes de que traspase el umbral le dijo,

—No hable usted con nadie, no conseguiría más que una humillación personal, hágame caso, se de quienes estoy hablando.

Era la última hora de la mañana, pulsó el botón de encendido del ordenador, retomando la lectura interrumpida del novedoso artículo, de repente reclinó hasta el máximo la buena silla que había adquirido para su despacho, pagada de su bolsillo, y dejándose caer sobre el respaldo con los ojos cerrados, se quedó profundamente dormido.

De los sueños que pudo haber tenido nada podemos saber, porque los sueños cuando uno duerme, son cosas muy íntimas, tan íntimas que el propio soñador no logra recordarlas y cuando lo consigue no dejan de parecer recuerdos de experiencias perdidas en la lejanía de no se sabe en qué ni en dónde.

Al anochecer se preparó para asistir a una representación de ópera, un cambio de calzado y otra chaqueta fueron la mutación de su vestimenta. Las señoras, algunas de ellos asistían engalanadas como si fuesen a una fiesta en el Palacio de Versalles, trajes de noche escotados, collares y gargantillas de dudosa autenticidad, rodeaban sus cuellos, cuellos cuyas pieles mostraban que el tiempo pasado por ellos dejaba sus huellas, las más jóvenes lucían cuellos y hombros de piel tersa, cubiertos hasta que depositaban en el guardarropa chaquetones y abrigos de pieles, aunque la estación del año no era fría ni la

noche pudiera considerarse como fresca. Maridos, novios y demás fauna masculina vestían más informal, pero en casi todos ellos el traje formaba parte de su atuendo.

En el descanso dirigió sus pasos a un pequeño bar cercano, comió algo de lo que le ofrecieron y volvió antes de que fuesen llamados para el inicio de la representación. En el recinto de espera o en el *hall*, que llaman los ingleses, se topó con un colega de mayor edad que él, también profesor en la misma facultad, en compañía de varias parejas, intercambiaron saludos y presentaciones confesándole su colega que era la primera vez que asistía a una representación de ópera

—¿A conciertos sí habías asistido? —le preguntó por cortesía.

—Este tipo de música me resulta aburridísima, a mí me va el rock —le respondió ufano y todo sonriente—. Donde esté el rock que se aparte la música momia —le dijo él siguiéndole la corriente y sonriéndole a su vez, añadiendo sin dejar de sonreír—. Si te fijas bien tiene el edificio internamente un gran parecido con la facultad, se asemeja mucho a una pirámide, en ambos hay momias y conocimientos embalsamados.

El colega rio la comparación hiperbólica, pareciéndole ingeniosa, pero sin darse por aludido en ningún momento.

Finalizada la representación, a la salida, en los últimos peldaños de la escalera abarrotada de espectadores le pareció distinguir a la estudiante con la que había hablado por la mañana. Un deseo repentino de llamarla lo invadió, pero lo reprimió por inconveniente. Por otro lado, la salida del teatro se encontraba abarrotada, los dos tramos de escalera confluían en el *hall*, en el que también confluían las salidas al patio de butacas, ir a su encuentro hubiese sido poco menos que imposible.

Tenía por costumbre después de asistir a una interpretación musical dar un paseo en solitario por las calles de la ciudad, disfrutaba del silencio nocturno interrumpido intermitentemente por algunos ruidos de motores. Combinaba esta sensación del hombre que vive solo y que imperceptiblemente se aleja cada vez más de sus congéneres, con el placer de recordar pasajes de la representación vista. Esta vez, sin embargo, paseó, sí, pero también entró en un local, pidió un *gin-tonic*, un trozo de bizcocho y se dirigió a una mesa situada en una ventana, desde ella veía pasar algún que otro transeúnte destilado como los buenos licores, a espaciados goteos.

Reflexionó bebiendo a pequeños tragos sobre la conversación mantenida esa mañana, no era buena alumna, al menos en su asignatura, pero reconocía que era una estudiante excelente, despierta, ágil, inteligente y además interesada en la música clásica.

Ni a un solo colega había encontrado alguna vez en estos lugares. «¡Pandilla de asnos!», se le escapó en voz alta, nadie le escuchó, el local estaba prácticamente vacío.

Pidió otro *gin-tonic*.

—Por mis clases han pasado cientos de alumnos y a muy pocos de ellos calificaría de buenos estudiantes y con capacidad de aprender y entender lo que se le pusiese por delante, que tomasen el conocimiento como una aventura diaria y estimulante—, había empezado a saborear el segundo *gin-tonic* —de mis colegas que tengo que decir, nada porque son naderías, o sí tengo que decir, son vagos como funcionarios, ineptos como los políticos, superfluos como el ignorante, simples, porque sus vidas se limitan únicamente a la vulgaridad de lo cotidiano—, de un trago casi vació el contenido del vaso —. A ellos los considero así. ¿Y yo? ¿Cómo me considero a mí mismo? ¿Tal vez un dechado de virtudes, un cofre de perfecciones? ¿O tal vez deba considerarme un saco de estiércol como ellos? Si fuese un dechado de virtudes me llamaría Virtuoso y ese no es mi nombre,

como tampoco lo es el de Perfecto, si un cofre de perfecciones fuese, ninguna de estas cosas soy ni me considero, pero estoy seguro que ellos así se consideran, por otra parte, si fuese un saco de estiércol, como ellos, no me plantearía estas cosas como ahora me las estoy planteando, lo que quiere decir, por lógica conclusión, que no soy ningún mierda.

Apuró el *gin-tonic*, pagó y dejó propina, caminó por las calles vacías, en una calle paralela a la calle donde vivía. Entró en un local en el que siquiera se había fijado que existía, pidió otro *gin-tonic*.

—Retomemos la autoconversación —se dijo —He pasado mi vida dedicada al estudio en varias disciplinas dispares y sin aparente relación entre ellas, me han servido para ganarme el sustento y cierta consideración académica, pero el verdadero estudio lo he utilizado para mi personal desarrollo como ser humano. En estos momentos se plantea el dilema: ¿Debo trasgredir las normas o ser un obediente mecanismo de la institución universitaria?

Bebió un buen trago, está bueno este condenado *gin-tonic* está mucho mejor que los otros, habrá que venir con más frecuencia por este maravilloso antro. Si hablo de justicia, de legalidad, de dignidad, de moral y demás majaderías que justifiquen mi no bajo salario, justificaciones que cuando las circunstancias lo requieren se saltan a la torera, diría a esta muchacha que se fuese con viento fresco, que hubiese estudiado con ahínco, memorizado en su cerebro como petroglifos en roca, la materia impartida por nosotros los sabios. Pero como no creo en la justicia, ni la ejerzo, para eso ya hay quienes viven de ese cuento, ni en la legalidad, porque para eso debe creerse en las leyes, y no puedo creer en lo que desconozco, y aun conociendo alguna, sigo sin creer en ellas porque me vienen impuestas, ya que yo ni las he hecho ni mi parecer me pidieron. De la dignidad, esa señora dejó de existir a la media hora de haber nacido, la mataron a bofetadas, un auténtico infanticidio, en su hermana gemela, la honradez vivió oculta hasta que la descubrieron y le dieron muerte también, tenía la honradez dos años, infanticidio igualmente. De lo moral y demás etcéteras, lo dejo para las mentes obtusas cultivadas en el interés personal y en la hipocresía.

Mi vida ha sido hasta ahora un Pirulí de la Habana, es hora de que comiencen los cambios, cortaré de un tajo el nudo de Gordio, mañana ayudaré en lo que pueda a esta muchacha y ahora me iré a dormir que es lo que imperiosamente mi cuerpo necesita. Vacío el poco líquido que quedaba en el vaso, abandonando poco después el local, dejando propina.

El frescor de la noche sobre el rostro le agradó, no estaba habituado al consumo excesivo de alcohol, la sensación eufórica que le proporcionaran las tres bebidas, le hacían parecer las cosas sino insignificantes, al menos más pequeñas. Risueño y achispado se dirigió hacia su casa.

El azar con frecuencia juega con aquellos a quienes se presenta, de una forma amable al principio, para después inesperadamente desaparecer de nuestro lado dejándonos en la más terrible de las angustias. Haced memoria sino de cuántos de los que han recibido premios en los juegos de azar o que por azar han encontrado un tesoro o han realizado un lucrativo negocio, llegado un día el azar, la fortuna o la suerte, que algunos de estos nombres son los que recibe, se aleja tan repentinamente como repentinamente había llegado.

Pues el azar hizo que en ese corto trayecto que separaba el local de su casa se encontrase casi de bruces con la estudiante, motivo y causa de su meditación. Venía en

compañía de dos muchachos de su misma edad, fue ella quien le habló primero, y él cómo aritméticamente sale, fue en hablar el segundo, le habló con firmeza y sentencioso.

—Del asunto que hemos tratado esta mañana, le sugeriría, es más, le aconsejaría que no se dirigiese a ningún docente, la humillarán riéndose de sus pretensiones, cuente con mi total colaboración para que este pequeño problema académico desaparezca como tal problema —levantó él el dedo índice—, eso sí, discreción absoluta y total, las personas han tenido problemas por hablar, por callarse nadie ha tenido problemas.

Y se fue manteniendo forzosamente su catedrática compostura.

Al día siguiente por la mañana se dirigió a los profesores que importaban al caso, algunos habían sido apoyados por él, es de bien nacido ser agradecido, dice el refrán, comenzó por ellos. La máxima nota posible insistía desde su autoridad de catedrático, pero revestida de la humildad que le caracterizaba. La fórmula, tengo un pequeño problema, le gustó y la utilizaba con todos ellos como un barco rompehielos, aunque también le recordaba la frase “Houston tenemos un problema”. Sea como fuese y quién sabe qué mantra albergaba porque inmediatamente ponía al interlocutor en disposición colaboradora.

Uno de sus pupilos quiso hacerse el gallito hablando de la ética, después de escucharlo pacientemente y sin alterarse le respondió si consideraba que él tenía más conocimientos que sus compañeros de promoción para impartir la asignatura de mecánica de fluidos, si se consideraba el más trabajador del departamento, si consideraba que había cosechado méritos académicos sin ayuda y recomendaciones externas, si poseía conocimientos pedagógicos suficientes para considerarse un buen profesor. Le recomendó fósforo para la memoria, pues no hacía demasiado tiempo que estaba dispuesto a servir los cafés a los superiores de los diferentes departamentos de la facultad. Finalmente le apostilló.

—Te sugiero que no nombres ni a Dios ni a la ética en vano, al instante de salir por tu boca tendrás un terrible dolor de muelas.

Suavizó su tono de voz que, aunque había sido relajado y tranquilo, traslucía enfado.

—La máxima nota, no olvides que lo pide tu catedrático.

A otros profesores que no eran de su departamento le ofreció la asistencia a un congreso, con gastos pagados, al que él no tenía pensado ir. A otro catedrático, del que sabía que la relación con su mujer había convertido su matrimonio en un infierno, con el pretexto de que era temporada de caza, lo invitó a comer, invitación que aceptó inmediatamente, con el motivo de retrasar la llegada a su casa. Al tiempo que le informaba que a donde irían preparaban la liebre, el corzo y el jabalí con recetas familiares heredadas de hacía más de doscientos años, el origen de las recetas residía en uno de sus antepasados que había sido cocinero de la casa real francesa, con el monarca Luis XVI, el rey que se quedó sin corona y sin cabeza.

La puerta del despacho se encontraba abierta, una voz femenina y conocida se dejó oír preguntando si podía recibirla. Abandonó la silla y con rostro risueño se dirigió a la puerta invitándola a sentarse.

—Venía únicamente a manifestarle mi agradecimiento por la deferencia que ha tenido conmigo, por lo que he visto el resultado ha sido realizado por un mago, aunque al parecer la magia se encuentra reñida con la ciencia y los científicos son encarnizados enemigos de los magos.

—La corrijo, la ciencia admite absolutamente todo, el científico auténtico todo lo admite igualmente, pero científicos, hombres que buscan el conocimiento de todas las maneras posibles, hay muy pocos, podría nombrarle a cuatro o cinco a lo sumo. Pero siéntese. ¿Puedo tutearla?

—Por favor, hágalo —respondió ella halagada—. Pero no me sentaré, una cita oftalmológica me lo impide —le tendió la mano dispuesta a marcharse.

Los modales de la joven le habían gustado, había en ella una cuidada educación, se fijó en su caminar pausado y grácil, le pareció despreocupadamente distinguido. Cerró la puerta, apenas había tenido tiempo de coger el hilo para seguir escribiendo una conferencia que estaba preparando cuando volvieron a llamar para instantes después volver a aparecer la figura de la estudiante que poco antes había abandonado el despacho.

—Si no tiene compromiso alguno le invitaría a comer, no a un restaurante de campanillas, mi presupuesto está vedado a dichos locales.

La duda por lo repentino de la invitación le embargó durante unos segundos, lo que hizo que se sintiera indeciso, pero aceptó con manifiesta satisfacción.

La comida transcurrió con animada conversación en un pequeño restaurante que ella frecuentaba, cuando quería darse un lujo gastronómico de estudiante, a él le pareció el mejor restaurante de la ciudad, el pescado de excelente calidad y preparado estupendamente, de postre se comieron un buen cuarto de hora de conversación, que decidieron prolongar con un café en otro local. Como hacía buen tiempo, optaron por ocupar la terraza.

Él la escuchaba sabiendo que a esas edades se necesita ser escuchado, cuando llegaba a un punto muerto, el monólogo, se entiende, intervenía él dándole un pequeño empujoncito, o abriendo una nueva puerta o nueva ventana, al monólogo de ella.

Por otra parte, se sentía rejuvenecer, desde hacía muchos años no mantenía una conversación con nadie que tuviese esa frescura, mezclando puntos de vista personales, con la objetividad racional y pinceladas intimistas, resultando con esta combinación un cóctel perfecto. Por un momento se representó las conversaciones con sus colegas y conocidos, ni una sola conversación mantenían que a él le interesase, su compañía le resultaba tediosa, por eso les rehuía con algún pretexto, hasta que finalmente ante tanta negativa dejaron de llamarle, cosa que agradeció en su fuero interno, aunque acentuó su tendencia a la soledad.

La tarde transcurría como todas las tardes, minuto a minuto hora tras hora, y sin embargo cuando se dieron cuenta después de un paseo por el parque y una cerveza, huía la luz del día no por miedo de la oscuridad sino por la interna ajetreada actividad que había mantenido, agotada necesitaba descanso. La noche se acercaba lentamente con sus sombras, como el trabajador somnoliento y que después de un insuficiente descanso traspasa las puertas de la factoría.

La comida había sido ligera, los cuerpos les pedían comida, los estudiantes llaman a esa sensación, necesidad de condumio y a las ganas de comer la llaman lareca. En ellos se juntaban ambas, lareca y necesidad de comer.

Entraron en un restaurante y cenaron más copiosamente que durante la comida, no consumieron postre, pero si una copa de vino dulce, que repitieron porque la conversación se alargaba, él intervenía más a menudo y a ella le gustaba escucharlo hablar, sobre todo después de haber dejado a un lado su pose doctrinal de profesor.

Cercana la media noche, él le dijo que la acompañaría hasta la puerta de su edificio, obteniendo por respuesta.

—Mejor que sea yo quien te acompañe a tu casa.

Durante unos instantes estuvo desconcertado, acaba de recibir una proposición en toda regla, se recuperó no obstante con prontitud, respondiendo a su vez.

—Te acompañaré hasta donde tú vives, no me niegues el placer de prolongar un poco más de tu compañía.

—¿No quieres que te acompañe yo? —interrogó ella.

Después de unos breves instantes de silencio le respondió.

—No hay cosa que desee más, pero antes debo de solucionar algunos pequeños problemas, como tu dirías.

—Comprendo —dijo ella, sintiéndose como una mujer rechazada.

—No, no comprendes, no es nada de lo que puedas imaginar. Permíteme que pueda llamarte en diez días, en ese tiempo creo que habré puesto solución a esos pequeños problemas —. Finalizó diciendo mientras le acarició la mejilla con el dorso de los dedos —. ¿Me das permiso para llamarte? —insistió él.

—Yo no lo haré, si eres tú quién va a llamarme, esperaré a que lo hagas.

Tenía una mente lógica y científicamente adiestrada, el gusto por la filosofía le había proporcionado la lógica aplicada en múltiples aspectos de su vida privada y de estudio, el método científico por su parte le había proporcionado la clasificación práctica de las bases en que se apoyaban las estructuras de todo problema por resolver. Desde una perspectiva académica los problemas que pudiesen surgir, significaban retos de fácil solución, en su vida privada también, sin embargo, en su vida íntima había dejado crecer un mal arbusto al que llaman abandono. Ese abandono o descuido de su intimidad había continuado desarrollándose a lo largo de los años hasta crear un terreno lleno de abrojos, lo sabía, pero por desidia y comodidad, mientras no afectase a su vida dedicada al estudio, permitía que campase a sus anchas y a sus largas, no siendo consciente que esa permisividad a tales huéspedes, no traen a la larga nada bueno.

¿En qué puede afectarme a mí que el lugar donde viva esté decorado de tal o cual manera? Tengo lo que necesito y con ello me basta. No ha habido mujeres en mi vida porque no las he necesitado ¿Qué tengo tendencia tal vez a una acentuada misoginia?, probablemente y más acentuado de lo que había creído, pero no odio a la mujer, ni huyo de ella, por el contrario, me agrada su compañía, pero sus conversaciones me resultan insoportablemente aburridas. Cuando me he encontrado alguna vez con alguna cuya conversación adquiría tintes prometedores, al poco tiempo se tornaba en insulsa y de una espantosa trivialidad.

Pensaba todo esto sentado ante la mesa de trabajo de su apartamento, lo había comprado hacia años a muy buen precio. Hizo tirar un tabique y de una pequeña estancia habilitó un buen y amplio lugar de trabajo, reservó una habitación como dormitorio, la cocina no demasiado grande, pero suficiente para el servicio que necesitaba y el indispensable cuarto de baño.

Observó la amplia sala, con las estanterías para libros que el mismo había hecho.

—No están nada mal —pronunció en voz alta—. Son robustas, cumplen su función sin alabear sus baldas, a pesar del buen peso de los libros, por otro lado, no son feas, tengo cierto orgullo de haber sido yo quién las ha hecho; tengo un sillón sofá cuya tela se encuentra raída, no me había fijado en lo deteriorado que está, el hábito de ver siempre lo mismo hace que todo se vea bien; la pequeña mesa que se encuentra delante del sillón necesita ser barnizada tal vez, no hay ningún mobiliario más. Parece un vacío salón de baile, ni siquiera una alfombra que proporcione algo de calidez a la estancia. La mesa de trabajo es un tablero de madera pintado de verde oscuro, apoyado sobre dos caballetes; mi habitación, austera como la de un monje medieval, una mesilla y una cómoda como único mobiliario.

Apoyó los codos en la mesa, dobló los brazos, entrelazó los dedos y apoyo el mentón en ellos, una pose que había adquirido a lo largo de los años cuando quería reflexionar.

—Decididamente este es un piso de un estudiante con una asignación precaria, o más bien diría el habitáculo de un empedernido maniático solitario, y además misógino, la presencia de la mano femenina se hubiese notado, y para bien porque aquí no hay vida. Esto debe cambiar inmediatamente, contactaré con un decorador, le daré unas directrices generales y que se encargue de todo. No obstante, mañana habré de visitar locales de decoración y mueblerías para hacerme una idea. El ordenador me proporcionará nombre de decoradores profesionales, aunque por lo que tengo entendido la mayor parte de ellos son gais y dudo que sus gustos coincidan con el gusto y funcionalidad varonil, sin perjuicio sexual alguno, estoy convencido de que harían una decoración a la moda sin sustancia y por añadidura amariconada. Tengo que buscar un decorador inteligente que entienda mi forma de vida, y que ésta tiene además que realizar algunos cambios, empezando por el lugar donde habito.

Pasemos revista a otro asunto que tiene más enjundia y mayor complejidad que el anterior. Fue a sentarse en el raído y también bastante desvencijado sillón. ¿Mujeres en mi vida? Ninguna, de estudiante una relación nocturna sin pena ni gloria. ¿Experiencia sexual? Ninguna. Tengo cuarenta y cinco años y no sabría cómo comportarme ante el cuerpo desnudo de una mujer, mucha física teórica y de la física práctica un perfecto ignorante, un estúpido embrutecido que únicamente percibe la inexistente e irreal belleza en el arte que, por otra parte, y ahora lo veo claramente por primera vez, solo se siente esta belleza cuando se trasciende la belleza real y cotidiana.

—¡Dios mío mi vida ha sido un sin vivir! ¡He vivido sin haber vivido! —exclamó en voz alta, sorprendiéndose a sí mismo del descubrimiento.

Su mente analítica, lógica, científica, o de un desesperado, que llegado a un caso como este, todo viene a ser lo mismo, comenzó con un esquemático proceder académico.

—Si para decorar necesito un profesional o un entendido en esas cuestiones, en estas otras cuestiones necesitaría una profesional igualmente, que me aleccione y haga de un tarugo un experto amante. Lo primero será recibir masajes eróticos, una vez sentida esa sensación corporal y la diferenciación de zonas erógenas y sus particularidades, pasaremos a la segunda fase, ver como lo hace en otra compañera suya y realizar yo

prácticas. Bajo la supervisión de la profesional maestra, en tercera fase yo mismo haré el erótico masaje a la maestra, evidentemente siguiendo abonando lo estipulado, porque al fin y al cabo son clases particulares, mientras le realice el masaje ella corregirá y matizará todo aquello que crea necesario para completar mi formación. La última fase habrá de ser dedicada a la sexualidad propiamente dicha, por mi falta de hábito e inexperiencia, tendré inevitablemente *ejaculatio praecox*, alguna solución se encontrará a este gran problema.

No obstante, se me ocurre que, al tener el glande cubierto con el prepucio, este se encuentra con las terminaciones nerviosas más excitables, lo que motivaría una aceleración eyaculatoria, como semental sería perfecto, como amante una auténtica nulidad. Tendré ansias en retirar el prepucio hacia atrás, y que el glande con su roce diario con el calzoncillo haga su trabajo, se perderá cierta sensibilidad, pero se ganará mucho con esa pérdida.

Analicemos un poco más esta delicada cuestión, la estimulación sexual en sí, además de la estimulación mental, que esa es otra cuestión, parte de la zona estimulada del glande, se puede por medio de un ejercicio de concentración voluntaria, trasladar ese punto a otro lugar del pene.

La idea le pareció brillante, el inconveniente residía en que tendría que realizar numerosos ejercicios, es decir abundantes entrenamientos para alcanzar la destreza necesaria en semejante autocontrol.

—Hay quien tiene entrenador personal de gimnasia, pues yo tendré una entrenadora personal de sexualidad.

Hay personas que con su silencio indican a quienes les rodean que no hablen, pero él, que no hablaba con ningún interlocutor, puso en silencio su mente y se indicó a sí mismo que había dejado de pensar, algo así como lo que dicen que hacen los practicantes de terapias zen, y que después ingieren pastillas para conciliar el sueño. Sin embargo, él sin decir, vocalizar y guturalizar OM alguno, ni estropearse el cartílago de las rodillas por la incómoda posición de semiflor de loto, ni por configurar con sus manos algo parecido a un huevo a la altura del ónfalo humano, lo conseguía de forma natural, estando convencido que todas las personas lo hacían igualmente.

Instantes después su silencio mental se interrumpió.

—Aludiendo a la gimnasia, nada de kamasutra, Ananga Ranga y otras gimnasias sexuales semejantes, la acrobacia sexual la descarto por parecerme tonterías de jovencitos o estupidez de orientales de boca cerrada. Estoy convencido que la sexualidad como la ciencia, el sexo como la investigación, se componen de un cincuenta por cien de calma. Así estructurado este apartado de mi vida, únicamente queda ponerlo en práctica lo antes posible. Además, habré inventado un nuevo método de iniciación sexual científica. ¿Queréis ciencia? ¿Queréis sexualidad? Ahí la tenéis, sexualidad científica o ciencia sexual, cada cual adopte la postura que más guste.

A la mañana siguiente buscó perfiles en su ordenador de decoradores, visitó a algunos de ellos y se inclinó por el que le parecía menos amanerado o menos decorado con plumas, como se dice ahora, alguno de los que visitó tenía tantas plumas que le habían salido alas, estaba convencido que de haber tenido la ventana abierta hubiera salido volando. El decorador elegido lo acompañó esa misma mañana a su piso, apenas traspasó la puerta dio un grito de espanto, para decir seguidamente.

—Es de un gusto horroroso. ¿Cómo puede vivir alguien aquí?

Víctor le contestó irónicamente. Vamos a llamarle a partir de ahora por su nombre y dejarnos de referirnos exclusivamente como, profesor.

—Yo he vivido aquí durante muchos años y sigo viviendo aquí, como un pájaro sin plumas, pero en su nido.

El decorador que no se había enterado de la hipérbole, siguió hablando de la falta de personalidad.

—A todo el apartamento le falta amor, la frialdad es abrumadora, está desangelado, es horripilante, yo no podría permanecer en este sitio más de una hora.

—Mire usted —le dijo Víctor pausadamente—, de frialdad nada porque la temperatura es agradable y cuando no lo es, conecto la calefacción. Personalidad la tiene y mucha, ya que se asemeja a la que yo tengo y soy yo quien aquí vive. Falta de amor en absoluto, porque yo me quiero muchísimo, no se imagina usted hasta cuanto es ese muchísimo, lo que sí estoy de acuerdo es en lo desangelado, aquí no hay ángel alguno ni con plumas ni con alas.

Se deshizo del decorador poco amanerado pero que allí había desplegado como un pavo real todo su esplendor, y se dirigió a tiendas de decoración y mueblería, sin tener nada claro lo que buscaba, y menos todavía lo que quería. El azar vino en su ayuda, en la primera mueblería en la que entró, más despistado que un pulpo en un garaje, se encontró con un matrimonio conocido, ante la sorpresa de ellos se sintió obligado a contarle que deseaba decorar y amueblar su vivienda pero que no sabía por dónde empezar ni siquiera por donde acabar. Para su sorpresa, los ojos del matrimonio brillaron como cuatro luceros del alba, y entusiasmados, se ofrecieron a prestarle su ayuda y desinteresada colaboración, la decoración les apasionaba a los dos, casi podría decirse que secretamente era una pasión que los unía. Le explicaron que con frecuencia visitaban mueblerías y comercios afines a la decoración de varias ciudades simplemente por placer y por ponerse al día de lo que estaba en el mercado, incluso programaban viajes para asistir a exposiciones internacionales de muebles y decoración.

Ahora Víctor fue quien iluminó sus ojos como dos potentes focos del teatro, problema casi resuelto, y aceptó en el acto, dejándoles carta abierta a disponer todo lo que creyesen conveniente. Lo que más le convenció en su decisión, fue la combinación del criterio masculino con el criterio femenino de ella.

—Perfecto, perfecto, pero tengo un pequeño problema —sonrió sin poder evitarlo —, necesito que se hiciese antes de diez días, quince a lo sumo, y temo que ese tiempo sea insuficiente, les dijo preocupado.

—Si no hay que realizar obras, el tiempo es más que suficiente —le dijo él.

—Pueden quedar algunos pequeños detalles de decoración menor, e incluso es deseable que así fuese, porque son cosas que lentamente irías incorporando y le darías al espacio tu impronta personal, la latencia de tu alma.

La latencia de mi alma, pensó, qué bonito, la latencia de mi alma, qué poético, pero, ¿qué es la latencia de mi alma si no sé si tengo alma? No exteriorizó el pensamiento, pero le gustó lo que habían dicho. Al dirigirse a su casa ella entró en una ferretería y compró un metro extensible, que por ser de más de un metro debería ser llamado cinta metrológica de metal extensible, ya que es la metrología la que se encarga de las pesas y las medidas. Se llame como se llame, ella salió con la pequeña caja en el bolso en la que figuraba el número cinco, indicando la mayor distancia que podía medirse con ella y continuaron camino charlando animadamente.

Una vez allí midieron, remidieron e hicieron anotaciones y dibujos, hablaron, discreparon y al final se pusieron de acuerdo, el matrimonio, porque Víctor permaneció sin despegar los labios ni un solo momento. Aquello lo superaba, se sorprendía al comprobar la complejidad que alberga algo tan sencillo porque lo vemos ya hecho, como es la decoración. Los escuchaba hablar de líneas rectas, líneas curvas, sinuosidades, rupturas de espacios, combinación de elementos, colores, funcionalidades, impresiones estéticas desde diversos ángulos, luz del día y artificial y cosas parecidas, que al oírlas se dijo «Menos mal que los he encontrado, les haré un buen obsequio». Les entregó un juego de llaves.

A media tarde contactó con un salón de masaje erótico y pidió cita para ser recibido por la regente del establecimiento, que lo recibiría esa misma tarde. Le explicó lo que deseaba, ocultando la turbación primera que tenía su ánimo de la que pronto se repuso, ya que no era otra cosa, dejando moralidades aparte, que estudio y aprendizaje sexual.

—Es un servicio interesante, muy interesante, me acaba de abrir usted una nueva vía económica, últimamente el negocio no se encuentra en su mejor momento, es mucha la competencia, sobre todo la competencia desleal. Debo reconocer que estamos pasando una época de gran dureza económica, resintiéndose mucho nuestro negocio, se tiende hacia la auto-sexualidad. Usted ya me entiende, se ahorran el dinero y todo queda en casa. Hay que añadir que este establecimiento ofrece un servicio selectivo, podría definirlo como una sexualidad *gourmet* y hoy, al igual que la *fast food* se busca el sexo rápido, llenar el estómago en un caso y un alivio corporal en otro.

—Es una lástima que se haya llegado a tales extremos, deshumanizar la comida, deshumanizar el contacto corporal. Dijo Víctor por decir algo, ya que desconocía el tema y para el totalmente novedoso.

—Justamente, eso mismo que acaba de resumir tan acertadamente es lo que trataba de explicarle. ¿Cuándo desea usted recibir nuestros servicios?

—Inmediatamente si fuese posible, el tiempo me apremia. ¿Cree usted que en diez o quince días de clases intensivas si fuesen necesarias, podré realizar mi objetivo? ¿Convertirme en un amante consumado?

La gerente y propietaria le sonrió muy profesionalmente.

—En ese tiempo lo convertiremos en un experto amante, aquí recibirá como en la universidad reciben los alumnos, las herramientas, el uso de ellas y como las utilice depende de las actitudes personales. La práctica es de gran ayuda, como lo es la disposición. Le presentaré a algunas de las chicas, aunque yo le sugeriría a una en particular, pienso que es la más apropiada y la que mejor se ajusta a lo que busca.

—Por favor —dijo Víctor—, podríamos decir en lugar de chica, profesora y en lugar de servicio, clase impartida. Me siento más cómodo.

—Si así lo quiere, no hay inconveniente. En el supuesto que no fuera de su agrado o no hubiese empatía con las profesoras del centro, yo misma, si usted lo prefiere estaría dispuesta a ofrecerle mis conocimientos —le dijo ella con su voz cálida, seductora y envolvente—, eso sí, siempre desde una compostura doctoralmente profesional.

Al escuchar la última propuesta Víctor la aceptó inmediatamente mostrándose honrado de ser aceptado como alumno.

—Una última pregunta queda por concretar por mi parte, los honorarios que percibirá por impartirme sus conocimientos.

Ella escribió una cifra sobre un papel que le entregó diciendo.

—Por hora de servicio. Perdón —corrigió—, por hora de clase.

Asintió él, aunque la cifra era elevada, quedaba lejana de la cifra de una consulta médica.

—Debo sugerirle como primera indicación, ya que desde este momento pasa a ser mi alumno, que el primer fundamento para una relación corporal, sea del tipo que sea, se basa en el gran cimiento de la higiene, sin ella, algo hermoso y gratificante se convierte en lo que usted quiera menos en lo que debe ser. ¿Comenzamos ahora mismo? —preguntó ella esbozando una encantadora y sugestiva sonrisa de profesional profesora del sexo.

—Sí por favor—dijo Víctor entusiasmado y expectante ante la perspectiva de la primera de sus clases.

Ella le mostró un habitáculo muy limpio con luces de diferentes intensidades, con un cuarto adosado con todos los elementos para la higiene personal, la higiene corporal, primera condición para conseguir el título de buen amante—le dijo ella mientras lo cogía por un brazo y con la otra mano en la espalda suavemente lo empujaba hacia la ducha.

Los días iban siendo arrancados del mes como hojas de calendario de escritorio, el matrimonio se afanaba en la decoración del generoso apartamento desplegando una energía febril, querían que Víctor participase activamente, pero él decidió dejar todo en sus manos confiando en su buen criterio, escudando su desinterés en unas urgentes ocupaciones científicas ineludibles que absorbían todos los momentos de su tiempo. No obstante, le consultaban su parecer sobre ciertas cuestiones, a las que siempre finalizaba respondiendo – me parece acertada cualquiera de las soluciones propuestas, como desconozco la visión de conjunto y carezco de vuestra capacidad, decidid por mí. Hubo de acompañarlos al estudio de varios pintores para que eligiese algunos cuadros de su gusto, con el visto bueno de la pareja que únicamente metía baza discretamente en este punto en lo tocante a las dimensiones, haciendo hincapié en que se dejaran ciertos espacios libres para que en el futuro pudiesen ser cubiertos con estanterías para libros o cubiertas con cuadros de dimensiones más pequeñas. A eso se referían cuando le hablaban de decoración general y decoración minimalista personalizada según los acontecimientos que fuesen incorporándose en su vida.

En los estudios de los pintores, taller de pintura es como debiera denominarse, ya que en ellos no se encuentra estudio alguno, a lo sumo pruebas de cartón emborronado porque es más barato, hasta que encuentran algo que les parece atrayente entonces es cuando lo pasan al lienzo. Ante esas pinturas no figurativas Víctor se tomaba su tiempo ante ellos, no se fiaba de las primeras impresiones que le proporcionaban el color y las disformantes masas, acabando por descubrir en esos cuadros lejanas resonancias de represiones anímicas manifestadas a través de lo que llaman creación pictórica. Al llegar a esta conclusión, los rechazaba considerando que no deseaba tener en su casa fantasmas ajenos, con sus propios fantasmas, tenía suficiente compañía. Se decidió por cuadros de pintura figurativa deformada al estilo de la época sin contenidos inconscientes.

Se había dirigido a una extensa área comercial, en ella visitó tiendas y renovó parte de su anticuado y usado vestuario.

Nunca había dado importancia a su vestimenta, a su aspecto exterior nunca le había dedicado ni tiempo ni dedicación alguna, su atención se había centrado en el estudio, lo demás lo consideraba como fruslería social. Renovó parte del contenido de su armario, con ropa más cercana a la moda y compatible con su carácter, usándola inmediatamente

para, como suele decirse, domarla o hacerse con ella, o que ella se haga al cuerpo. Compró también unas buenas botas de una conocida marca de zapatos que le proporcionaba un aspecto sport.

Como tenía una mente acostumbrada a la observación, había ido introduciendo cambios muy paulatinos, una nueva cosa hoy, otra nueva cosa dentro de dos días, poco a poco se iba así aceptando imperceptiblemente el cambio de lo que ahora llaman *look*. Eso al menos era lo que él creía, porque la realidad era muy otra, sus colegas percibían notablemente sus cambios y no únicamente en la vestimenta, sus alumnos más observadores, y más espabilados que sus colegas, a pesar de ser aprendices científicos, no solamente lo percibían, sino que además intuían que de ese pequeño y lento rescoldo surgiría como un ave fénix un hombre diferente.

Si la decoración se encontró finalizada en el tiempo previsto, igualmente se encontró en el mismo tiempo finalizado el máster intensivo de sexualidad científica y como en todo máster las prácticas no iban incluidas en los honorarios, sino que se abonaban aparte, al mismo precio, incluso con un plus de suplemento agregado.

Un regalo de una marca de joyería que hace furor entre las señoras, para la profesora y sus asistentes, dejó un agradable recuerdo en las tan serviciales y preparadas señoritas de la citada universidad.

También al matrimonio decorador obsequió, en agradecimiento, con una estancia de fin de semana en un lujoso balneario rematándolo con una bonita pulsera para ella, pidiendo permiso a su marido antes de entregarla.

—Ahora todo se encuentra en su orden natural, yo me encuentro fortalecido y más sabio que antes. Reflexionaba recostado ahora en uno de los bonitos, cómodos y caros sillones de buen cuero que le habían instalado.

Era el atardecer, la luz comenzaba a penetrar débilmente a través de las cortinas de hilo de color crema claro, que también le habían instalado, sugiriendo una vaporosa atmósfera de agradable irrealidad. Sonó el timbre de la puerta que le hizo dar un respingo, tan sumido se encontraba en sus reflexiones y tan cómodamente relajado en su nuevo y costoso sillón, que el timbre le pareció más el bocinazo de un claxon de autobús que en ese momento circulaba por la habitación.

La decoradora le traía unos pequeños artilugios que, colocados en el interior del cajón de las mesillas de noche, al abrirlos se encendían, proyectando así una tenue iluminación.

Retiró la cinta adhesiva y el artilugio se quedó pegado, abrió y cerró varias veces el cajón y otras tantas veces se apagaba y encendía.

La misma operación realizó con el cajón de la otra mesilla, que repetidamente sin fallo alguno secundó el comportamiento de su compañera de noche. Finalizada la instalación, la decoradora dando un salto de felina feminidad se abalanzó sobre él sorprendido académico, derribándolo en el colchón que días antes había comprado y que se encontraba virginalmente inmaculado, queriendo decir esto que sobre él no había habido actividad sexual alguna.

La profesora de física sexual práctica, recibió la llamada de Víctor media hora más tarde del inusitado comportamiento. Perplejo y con el ánimo confuso, le comentaba atropelladamente el acontecimiento y como no había podido, ni tenido tiempo, y lo que era peor, no se le había permitido poner en práctica lo aprendido. Al otro lado de la inexistente línea telefónica, la voz de la profesora se dejó oír después de una sonora carcajada.

—Tranquilícese, comenzó diciendo, analicemos el caso con criterio científico, cosa en la que está usted especializado. La sexualidad para la que se ha preparado y en la que se encuentra licenciado, es una manera de ejercerla, para y con mentes sanas, y si me apura puedo decir que únicamente para ejercerla con jóvenes. Las mujeres que han superado la edad de la juventud y se encuentran en ese período que se dice que están en edad talludita, y si además tienen una educación política de derechas en sus familias y religiosa también, porque ambas van indisolublemente juntas, conciben el sexo como algo sucio, su represión es de tal calibre que el anhelo es la suciedad, con una morbosidad tan desmedida que el deseo delicado es transformado en algo impetuoso, animal, donde la brutalidad sádica o masoquista impera latente en cada acto. Al igual que el hambriento no saborea ni desea apreciar la comida, simplemente la engulle como lo haría un perro, ellas y ellos practican el sexo en igual medida, pues no son otra cosa que famélicos sexuales. Todos ellos sean del sexo que sean se les puede diagnosticar como poseedores de una patología de represión sexual grave.

Respóndame a estas preguntas.

—¿La edad de esa señora oscilaba entre los cuarenta y cincuenta años?

—Sí.

—¿Tenía una educación política de derechas, tanto por entorno como por su familia?

—Un rotundo sí, aunque lo disimulase con cuatro frases manidas y estereotipadas que la hacen parecer liberal.

—Una última pregunta. ¿Se encuentra casada y es una virtuosa mujer entregada a su marido y abnegada madre de sus hijos?

—Un rotundo sí.

—Ahí tiene usted la respuesta, no permita que personas así lo desanimen. ¿Ha sido para usted satisfactorio?

—No sabría que decirle, me resultó una cosa desabrida, le faltó sustancia.

—Me lo suponía. ¿Y a ella como cree que le resultó?

—Si no fingió, y considero que no tenía motivos para hacerlo, debió de serle satisfactorio porque eso mismo era lo que buscaba.

—Efectivamente, eso era lo que buscaba, un polvo salvaje, discúlpeme por este lenguaje soez, pero a veces no hay otra manera de expresar ciertos comportamientos, insultantes para las personas sensibilizadas y amantes del placer sexual. Admita un consejo o una sugerencia, por parte de su maestra en estas lides. Este tipo de personas suelen ser pesadas hasta el enojo, su insistencia en querer repetir la aventura, que es como ellas lo consideran, llegarán a incordiarle sobremanera. Intente por todos los medios posibles e imposibles a su alcance sacársela de encima, si únicamente ha sido una vez lo conseguirá con relativa facilidad, si lo ha hecho dos o tres veces, la cosa ya no pinta nada bien.

—Únicamente ha sido esa vez y por asalto.

—Un asalto sin defensa, diría yo. Fuese como fuese, si vuelve querrá repetir, aluda a que conoce a su marido y que no puede permitir sentirse un traidor a su confianza, recurra a la institución sagrada del matrimonio, a la familia sagrada o a la sagrada familia, que está en su ánimo hacer vida ascética sexual, vida religiosa, que su moral no se lo permite o cualquier cosa por el estilo. Procure ser convincente y sobre todo evite la negativa

rotunda y clara, porque esta gente de aparente salud mental se encuentra muy enferma, tomará su negativa como una afrenta y una mujer despechada es más peligrosa que jugar al parchís con una víbora.

Días más tarde en un tranquilo café, Víctor exponía razones tras razones a la decoradora, de que aquél encuentro tuvo un principio y un final en sí mismo, ella le exponía por su parte contra razones tras contra razones de que aquel encuentro había tenido un principio, pero no final.

El asunto se encontraba crudo, como suele decirse y el profesor comenzaba a perder terreno, cuando un exalumno bien configurado y de atlético porte se acercó a saludarlo. En ese momento vio el cielo abierto, cuando también vio que los ojos de ella exhalaban miradas cargadas de inusitada y mal disimulada lujuria. Hizo sentar al joven, los presentó y así pudo librarse de los hilos de una poderosa y atractiva aracné.

La alumna fue telefoneada y fijaron verse a media tarde en un café agradablemente concurrido. Víctor le regaló un libro hermosamente encuadernado, ella le regaló a su vez su sorpresa envuelta en una bonita sonrisa, él se presentó con una actitud interior de ¡ya estoy aquí!, ella a su vez le correspondía con la suya de ¡ya era hora, te lo tomabas con calma!

—¿Han sido resueltos los pequeños problemas? —inquirió ella —, mostrando cierto desinterés.

—Todos y satisfactoriamente —respondió él animoso, añadiendo—, fueron jornadas maratonianas, días de gran ajetreo, pero finalmente ha valido la pena toda la energía empleada. Lo que debía haberse hecho en años hubo que hacerlo en días.

—Lo importante es que se hayan resuelto —le dijo ella —, intentando ocultar su gran curiosidad.

Pero el captó esta actitud y quiso explotarla, a una mujer que desea saber algo es tan fácil de manejar como a una bicicleta por un adolescente.

—Debo reconocer que tú has tenido mucho que ver en todo ello, indirectamente y sin que en nada te afectase.

Se consumía ella en curiosidad, no atreviéndose a manifestarla abiertamente, le respondió que no creía que fuese ella la causante de todo lo que él decía, pero que si lo contaba podría participar del entusiasmo.

—Dejemos ese tema que es muy aburrido y como ya es pasado a nadie interesa —aprovechó para cambiar de tema —, he comido poco y tengo hambre, podemos dar un corto paseo, hacer tiempo y cenar después.

Cenaron y se fueron directamente a su apartamento y en él directamente a la cama.

Ambos estaban deseosos uno del otro, ella a los pocos días se maravilló de él, por su parte él se prendó de ella, a las dos semanas se encontraban maravillados y prendados uno del otro. Una psicóloga diría que es un amor de transferencia, ocultando tras sus palabras rabiosa envidia, un psicólogo diría que es un amor de contra transferencia ocultando a su vez una envidia rabiosa. Catedráticos y profesores prontamente fueron conocedores de la inusitada noticia, los departamentos de las facultades, sean estas de ciencias o de letras, que es una clasificación acertada, pues tanto profesores como los alumnos de ciencias desconocen las letras ya que estos se encuentran en los libros y los libros para ellos es una cosa inútil que se vende en librerías. En estos departamentos predomina el cotilleo, se asemeja a las amplias miras de los habitantes de una aldea en la que la mayor atención

está centrada en el vecino. Cada cual emitía su opinión como si sirviese para algo, como si se la hubiesen pedido. Hubo un catedrático colega que inexplicablemente le retiró el saludo. Entre el alumnado también corrió la noticia no como la pólvora, porque la pólvora no corre, pero sí como un galgo detrás de una liebre, ya que el estudiante por actitud mimética tiene las mismas científicas preocupaciones de sus profesores.

En ningún momento ocultaron su relación en parte alguna, de haberlo hecho habrían estigmatizado su romance. Víctor se despreocupó del que dirán hasta el extremo de besarse sin importarle la presencia de alumnos o profesores. Así estuvieron un año, para quienes esta cifra les parezca poco puede aumentarse a la de trescientos sesenta y cinco días, de intensísima pasión, después de este tiempo, tiempo que él se había dado, decidió imponiéndose un gran esfuerzo de voluntad ponerle fin. Los veinte años que les separaban repercutirían en el futuro, la relación había sido y era una locura, una amorosa y pasional locura. Hablaron, se amaron y volvieron a hablar, este círculo lo repitieron multitud de veces hasta que un día en un esfuerzo de sobrehumana voluntad decidieron amarse sin compromiso alguno cuando amarse les apeteciese. Este fue el primer paso en pareja porque en solitario pidió una excedencia y se alejó de la universidad y de la ciudad como el viento cuando se aleja de un lugar por el que ha pasado.

Durante ese año su vida había sido enriquecida hasta tal punto que rozaba lo millonario, sus costumbres dieron un giro no de trescientos sesenta grados, porque entonces serían las mismas, tampoco de ciento ochenta grados porque en este caso serían totalmente opuestas y podría entenderse que de sus anteriores hábitos no podría extraerse nada que tuviese alguna consideración. En sus costumbres y hábitos anteriores únicamente había la ventajosa inconveniencia de salirse de la normalidad, actitudes que aquellos que le rodeaban no consentían que pudiese ser exteriorizada. El rebaño debe pastar en la misma pradería, balar al unísono. Cuando su ser se enamoró hasta el delirio se abandonó en ese delicioso vértigo que expurga del alma las triviales minucias que enmarañan nuestras preocupaciones en la vida diaria, separa el enamoramiento, la mena de nuestra vida de lo superfluo. Descubría cada día aspectos ocultos de sí mismo y que su mente acostumbrada a la observación analítica, estudiaba con detalle. Tenía la facultad, poco frecuente, de una vez comprendida una idea necesariamente producía en él un cambio mental que a su vez generaba un cambio en su comportamiento, actitud de verdadero filósofo. El enamoramiento que fue despertado en él, supuso abrirle la puerta al mundo exterior, un mundo que conocía pero que sin embargo no había ni probado ni palpado, supuso verse a sí mismo como un ser aislado que había invertido su tiempo en la búsqueda del conocimiento desligado del hombre, se daba cuenta desde la altura que la proporcionaba su nueva visión, que esa búsqueda del conocimiento para él era un juego y la investigación científica un entretenimiento. Ambas cosas las había convertido en la razón de su vida, olvidando que la vida no tiene razones para ser vivida. Las sensaciones amorosas que lentamente iba experimentando, pasaron por fases como peldaños de una escalera, primeramente, el descubrimiento del sexo, después el placer, le siguió la curiosidad, de la curiosidad pasó al desconcierto, del desconcierto al amor.

La sexualidad, energía vital que mueve a intermitentes impulsos a la humanidad en direcciones repetitivamente circulares y que en las relaciones de pareja su impetuosidad disminuye hasta convertirse en una tenue llama de vela, como las situadas en los nichos de los cementerios recordando un inexistente pasado. Sin embargo, en él se operó una mutación, su sexualidad y el placer fue insertado en una misma lanza inseparable de cualquier otra actuación de su vida, esta combinación le llevó a desvelar el secreto de vivir sin razón alguna.

El erotismo, el sexo, el placer esa energía diáfana estaba en todo momento latente en su relación adquiriendo formas indistintas, se diluía y sin embargo permanecía presente. Un poco de sal disuelto en un litro de agua no es apreciable, sin embargo, la sal se encuentra en ella.

Sin apercibirse de ello, había incluido en su relación un todo placentero, en esta relación, sin saber cómo, se compuso de una sabia y equilibrada relación de elementos en los que ninguno de ellos predominaba sobre el otro. Tenía un amor pasional sereno, temporalmente un explosivo como un juego de artificio, ni atormentado como el agua despeñada por un barranco, ni de quietud pusilánime como el agua de un embalse, se asemejaba al agua de un río cuyas aguas mansas se deslizan lentamente, pero con la fuerza necesaria para arrasar todo aquello que dificulte su paso.

Si antes podía considerarse por su aislamiento ascético, un místico, con su vida exterior actual, pues los viajes, y todo lo que una ciudad puede ofrecer de día y de noche a quien tiene posibles, hizo de él un hombre de mundo que evolucionó de no amar, a amar a una persona, del amor a esta persona supo, sin saber cómo, trascender a un amor a la vida y al mundo, con un sentimiento de placer y agradecimiento infinito.

El día que, sentado en un asiento del vagón de un tren, únicamente llevaba por compañía material, su equipaje y un libro apoyado sobre sus piernas, no echaba nada en falta, la vida se encontraba en él y el mundo ante él, se encontraba para ser vivido.

El primer destino elegido fue Barcelona, hacia esta ciudad dirigió su cuerpo llevado sobre ruedas de hierro en un vagón de tren, en silencio veía deslizarse el paisaje como si fuese el tiempo del cronómetro. «¡Qué absurdo!», se dijo, «Dependemos de un tiempo por nosotros mismos creado, inventamos un mecanismo que marca minutos y horas, a eso le llamamos tiempo, lo convertimos en el Dios Crono, lo adoramos y a él ceñimos el gobierno de nuestras vidas. Nuestra vida se asemeja al rápido paisaje que es y no es, visto desde la ventanilla de este tren en marcha, si permaneciese parado, el paisaje permanecería a su vez estático y nuestra vida a su vez también. Si, por el contrario, aumentase en varias veces esta velocidad, el paisaje no sería apreciado por el ojo humano, lo que por consecuencia no existiría para mí, si hago una similitud con mi vida, esta tampoco existiría ya que la habría vivido tan rápido, casi podría decir que instantáneamente, que desde la óptica de lentitud con que la vivo actualmente no la habría vivido».

Abandonó la especulación filosófica y volvió a recrearse en el paisaje, su vista se depositaba en el horizonte, de esta manera prolongaba la existencia de su visión, jugaba como los niños juegan a tirar un palo al río y ver cómo se desliza.

Le vino un recuerdo de su niñez, de cuando tiraban un palo al pequeño río del pueblo y los compañeros de colegio, les arrojaban piedras para ver quién hacía diana. Le gustaba ese juego, recordó también que cuando tenía 7 años y había cogido una pesada piedra y la llevaba al hombro, en ese momento apareció su padre y le obligo a ir hasta el fondo de la calle con la piedra al hombro, volver y dejarla en el lugar en el que había cogido. También recordó que otro día recogió la piedra y la tiró al río.

En cierta ocasión uno de los niños había cogido una buena piedra, la levantó sobre su cabeza como había visto hacer a los futbolistas cuando realizan el saque de banda, vio pasar la piedra como un cometa y como estela agarrado a ella, iba el niño. Era verano el río llevaba poca agua, esta no superaba la altura de la rodilla. Como lloraba se metieron todos en el agua, sandalias incluidas, los pantalones no se mojaron porque en el verano las madres se los ponían cortos. Sonrió ante el recuerdo de la escena.

Los pantalones cortos en los niños era una buena y sabia costumbre, por un lado, se adquiría vitamina D, que se sintetiza con la luz solar, poniendo freno al raquitismo, por otro lado, en los juegos de verano estábamos siempre con las rodillas apoyadas en la tierra, no había pantalón largo que pudiese aguantar las rozaduras de las tardes.

Había madrugado, el tren salía temprano y esa noche con la tensión proporcionada por el viaje había tardado en dormirse, sin darse cuenta se quedó dormido con la cabeza ligeramente ladeada.

El tren seguía su curso, dejando atrás paisajes de montañas y de mesetas, dejando atrás también estaciones en las que no paraba, su sueño siguió también su curso independiente de todos los demás cursos.

Una tos lo despertó, el asiento de al lado que anteriormente estaba vacío, se encontraba ocupado ahora con un señor que rondaba los sesenta años, por lo que él pudo calcular. Era de complexión robusta, no obstante, le sobraban 20 kilogramos para tener una figura presentable.

Apenas le hubo esbozado una leve sonrisa a modo de disculpa por estar dormido, su acompañante de una locuacidad estupenda comenzó a hablar como un cronista deportivo radiofónico. Era mareante, su conversación un monólogo sobre cualquier cosa y cualquier cosa era una tras otra, ya que las hilvanaba como ristra de longanizas. Se puso a mirar por la ventanilla intentando no prestarle atención sin importarle si su actitud era una grosería,

momentos más tarde el codo de su acompañante hablador le propinaba leves golpecillos en su antebrazo requiriendo su atención, como el hablador no sentía suficientemente atento al escuchador dejando a un lado los golpecillos pasó directamente al codazo. De nada le valió que hiciese caso omiso viendo por la ventanilla, ni que cerrase los ojos haciéndose el dormido, su acompañante seguía hablando a la misma velocidad de la locomotora que les conducía.

Vencido ante la inutilidad de toda oposición, decidió como medida salvadora, prestarle atención y analizar científicamente su extraordinario caso.

Hablador compulsivo, único tratamiento, cortarle la lengua, coserle los labios, atrofiarle las cuerdas vocales, todos ellos tan brutales métodos como inconvenientes. Algo menos agresivo y más civilizado sería llenarle la boca de gomas de mascar, hacerle comer polvorones constantemente, estos dos últimos tratamientos serían tan civilizados como eficazmente modernos y refrendados científicamente en su eficacia.

En ese momento le hablaba sobre la caza y, de como él era un buen cazador, no había sierra, monte, desfiladeros, ni collados que se le resistieran, allí donde había caza menor o caza mayor, allí se encontraba él, escopeta al hombro, persiguiendo, aguardando jabalíes, corzos, venados, lobos, liebres, codornices, perdices, a los conejos no se rebajaba a cazarlos, para él todo era facilísimo, había nacido con un don que la divinidad le había regalado, la virtud de ser un impresionante cazador. Una vez había dado caza a un jabalí cuyas dimensiones salían fuera de toda catalogación, un ejemplar digno de figurar como espécimen único cazado por un ser humano.

—Le aseguro a usted que poseía unos colmillos así de grandes, le decía mientras mostraba las dos manos separadas y extendidas, cualquier otro cazador que no fuese yo, quedaría aterrorizado de tal manera que no volvería a adentrarse en los inhóspitos montes.

—Si tenía unos colmillos de esas colosales dimensiones, no sería más bien un elefante lo que usted abatió y de un solo y certero disparo —le dijo Víctor.

—Por las dimensiones podría confundirse con un elefante de mediano tamaño, por los colmillos, estos no llegaban a ser tan grandes como los del elefante, pero no crea usted que si los midiesen no estarían muy lejos de serlo. En lo del disparo, por supuesto que fue un único y certísimo disparo, la bestia cayó ante mí sin vida, a dos metros de distancia, asombrándome como después de haberle alojado la bala en su cerebro, el animal poseído de una fiereza tal, intentó herido de muerte, todavía atacarme. Esa actitud le honra como me honra a mí, seguro de mi propia destreza de cazador, esperarlo impasible sabiendo por mi dilatada experiencia que a lo sumo moriría a mis pies, propagando con su muerte mi hazaña.

—Habría comido usted y su familia jabalí durante mucho tiempo, al ser el animal tan grande.

—Ni mucho menos, mi familia no tiene gusto alguno por la carne de caza. Lo regalé a otros cazadores con menos destreza que la mía, cazadores que cobran piezas únicamente cuando se las ponen delante, y atadas diría yo.

—Pero la terrible cabeza con sus descomunales y retorcidos colmillos, que solo con nombrarlos dan terror la habría llevado a un taxidermista para poder colgarla en el salón de su casa —le dijo Víctor.

—De ninguna manera —exclamó el hablador—. De ninguna manera, no me gustan los trofeos, es un acto vanidoso que denota presunción. Un auténtico cazador debe hacer gala de humildad.

—Eso es, no hay duda alguna, un auténtico cazador a la antigua usanza, un hércules de la caza, cazadores así, con está ética ya no los hay.

—No, ya no los hay, en ese punto tiene usted sobrada razón, yo soy el único exponente de esa raza de antiguos cazadores que desde la prehistoria ha venido perpetuándose y que terminará cuando yo abandone este mundo. Soy modesto, aunque mi nombre es Ramón. Modesto es como deberían haberme puesto de nombre en la pila bautismal.

Hizo un gesto alzando los brazos cuando le contó que en otra ocasión había cazado un alce como alce alguno se había visto jamás, con una cornamenta...

—¿Pero en la península no hay alces, que yo sepa? —preguntó Víctor interrumpiéndole.

—Tiene usted razón, no hay alces en la península ibérica, me dejé llevar por el entusiasmo, pero le aseguro que por las dimensiones de su cuerpo y por su magnífica cornamenta, superaba la estatura y cornamenta de los viejos ciervos, machos alfa, puesto uno sobre otro.

—¡Santo Dios! ¡Qué magnífico animal y que terrorífica visión! Cualquier cazador, por muy avezado que fuese en el arte de la caza quedaría paralizado, el miedo habría bloqueado todo tipo de reacción, exceptuando la de emprender la rápida huida.

—Exactamente, eso mismo pienso yo, usted que no tiene alma de cazador, posee, sin embargo, la capacidad intelectual con la sensibilidad necesaria para comprender, no ya las hazañas de caza sino el espíritu que tales hazañas conllevan —le dijo adoptando un tono condescendiente.

—Muchas gracias, viniendo de quien vienen estas palabras, es todo un honor para mí recibirlas y un halago escucharlas.

—Es justicia, señor mío, justicia, no exagero nunca en mis palabras y mucho menos en mis juicios.

—Vuelvo a darle las gracias, pero siga contando lo del extraordinario alce —le dijo Víctor, esta vez interesado en escuchar la nueva hazaña del eximio cinegetista.

—Si la estatura era colosal su cornamenta fabulosa, se asemejaba a la de los retorcidos colmillos del Mamut, si no supiese que eran extintos, creería, a pesar de mi gran conocimiento de esta clase de animales, que era uno de ellos. En un primer momento, quedé totalmente paralizado...

—La situación no era para menos de eso.

—Me interpreta usted mal —corrigió el cazador—, paralizado no de temor, esa sensación nunca existió en mi persona, de hecho, es que la conozco por referencias, de oír hablar a otros de miedo y temor, al escucharlos asiento por consideración a ellos. Paralizado quedé durante un breve tiempo admirando la grandeza del ejemplar ante el que me sentía minúsculo, y que con una sola pata podría aplastarme. La admiración dejó paso a la duda, de si disparar sobre él, o permitirle seguir siendo dueño y señor de esas montañas. Uno también es poseedor de un corazón sensible que tiene en consideración las múltiples batallas que habrá tenido con otros ciervos, o los numerosos enfrentamientos de antaño con hambrientos lobos, porque en la actualidad no había manada de lobos, por muy numerosa que fuese que se le ocurriese enfrentarse a él. Fue el ciervo quien tomó la decisión por mí, lanzó un bramido tal que resonó en un eco centuplicado por los desfiladeros, me contempló, bajó la cabeza y vino corriendo hacia mí, sus pezuñas se hundían en la tierra, a casi un palmo de profundidad, y la tierra misma se agitaba por su

galope, como si fuese sacudida por un terremoto. Apenas tuve tiempo de llevar el arma al hombro, apuntar y realizar el certero disparo, cuya bala fue alojada en el cerebro del animal, no cayó al momento, tal era el impulso de su enorme masa corporal que aún sin vida seguía en frenético galopar hacia mí.

—¿Cómo un caballo? —intervine.

—Galopaba como un caballo. Mientras tanto, impasible, aguardaba su caída, con el gran riesgo de ser aplastado o arrollado, pero el animal se desplomó sin vida ante mí, con su terrible cornamenta, a pocos centímetros de mi cuerpo, añadiendo que aún tumbado el animal, sus retorcidos cuernos afilados como espadas, superaban mi estatura en más de un metro.

—Que temple el suyo. ¿Por qué no le disparó usted por segunda vez?

—Tengo por costumbre utilizar escopetas de un solo y único disparo, tener una segunda oportunidad en la caza sería jugar con ventaja sobre la nobleza del animal, mi ética personal de cazador no me lo permite. Esa es una de las diferencias que me distingue del resto de cazadores a los que denomino, que esto quede entre nosotros, escopeteros.

—Tendrá usted un hermoso museo de cabezas desecadas de algunos de estos animales colosales, como testimonio y trofeo de caza —le dijo amablemente Víctor.

—Ya le he mencionado que por modestia no admito trofeo alguno, me basta con considerarme el mejor cazador vivo de mi tiempo. Lo que sí poseo es una colección de escopetas y armas tanto mías como de mis antepasados, que se remonta a la prehistoria, hasta el recóndito paleolítico. Todas ellas bien conservadas, en perfecto estado para ser en cualquier momento utilizados. Piedras talladas, piedras pulimentadas, lanzadores, mazos, hachas, puñales de pedernal y hueso, lanzas, arcos y puntas de flechas en un elaborado sílex, puñales, espadas y puntas de flecha, de cobre primero, de bronce después y finalmente de hierro, múltiples ballestas de varios tamaños, arcabuces y escopetas de mecha, hasta llegar a las mías propiamente dichas que son las que utilizo. Debo ponerle en antecedente que las armas que yo utilizo son digitalizadas, quiero decir con esto que son tan altamente técnicas y tan científicas que el arma únicamente reconoce la huella digital de mi dedo índice sobre el gatillo y mi mejilla derecha apoyada sobre la culata. Si usted cogiese una de mis escopetas e intentase disparar con ella, no conseguiría hacerlo.

—Como los pretendientes de Penélope intentando tensar el arco de Ulises —afirmó Víctor.

El cazador, sintiéndose acosado, que no cazado, asintió a la vez que decía.

—Muy parecido, muy parecido, pero a la vez muy distinto, muy distinto —y por si se retomaba lo de Penélope y lo de Ulises —, continúo. Hay quien presume de sangre azul, ascendencia de nobleza aristocrática, de prosapia nobiliaria concedida o comprada por sus antepasados y de sus antepasados heredada sin tener los herederos actuales méritos para ser merecedores de título alguno. Yo presumo de tener las armas de caza que mis antepasados han utilizado desde el inicio de la humanidad hasta llegar a mí. Hechos fehacientes, que muestran el orgullo, valor, habilidad, destreza y resistencia, virtudes que generación tras generación ha transmitido a mi sangre a través del tiempo y a través de las edades de la historia hasta llegar a mi persona y que yo habré de transmitir a mis descendientes mientras exista el noble y científico arte de la caza.

Víctor contemplaba a este hombre, no sin asombro y con admiración ¡qué capacidad oratoria la suya!, empatía narrativa, y a todas luces se veía bien que carecía de formación y sin embargo sería capaz de mantener sujetos en sus asientos a un auditorio entero.

—De la pesca habrá querido desentenderse, es evidente que la caza absorbe su tiempo y su atención —preguntó por el gusto de seguir escuchándolo.

—¡Qué va! —exclamó mostrando en su rostro una sonrisa, que exhibió a todo el vagón unos dientes caballunos, pareciendo que iba a relinchar—. En ella soy igual de diestro que en la caza, con la salvedad de que en la pesca he adquirido los conocimientos por mí mismo, aplicando ciencia a la observación y a la práctica. Como si no, hubiese podido capturar aquel salmón que hasta conseguir traerlo a la orilla, hube de estar peleando con él todo un día y toda una noche, hecho que debería figurar en el escudo familiar, de uno de los cuarteles sobre campo de gules, un sol, la luna y estrellas, indicando que podría combatir sin descanso durante veinticuatro horas seguidas —su rostro se ensombreció durante un segundo no más para recobrar enseguida su natural jovialidad—, el salmón era tan enorme que necesité la ayuda de hombres fornidos para sacarlo del agua y transportarlo en una camioneta.

—¿Un monstruo de río? —le dijo Víctor.

—Un auténtico monstruo de río, pero salmón. Fíjese usted si era enorme que comimos hasta la saciedad, treinta comensales. Perdón, no me gusta exagerar, en realidad éramos veintiocho comensales y aún sobró para que pudiesen haber comido media docena más. Pero la pesca del salmón no tiene para mí ni ciencia ni arte. Considero al salmón un pez bobalicón y poco inteligente, su pesca no me hace poner en práctica mis grandes habilidades. Sin embargo, la pesca de la trucha es cosa bien diferente, la trucha es un pez inteligente, listo, desconfiado, su captura es todo un reto, es ahí donde aplico mi metodología científica, porque sin ciencia nada existiría.

En este punto hizo un amplio gesto con la mano sobre el aire queriendo indicar al mundo que en su creación, Dios tuvo que aplicarle ciencia.

—Curioso e interesante —dijo Víctor expectante y realmente interesado en escuchar el método científico aplicado al sedal.

—Se lo explicaré a grandes rasgos sin extenderme en pormenores y detalles, porque convertirá esta agradable conversación en una extensa lección magistral de varios días de exposición. Antes de nada, debo decirle que admito como trucha pescada por mí únicamente aquellas que tengan un tamaño mínimo de tres cuartas de mi mano, todas aquellas que no superen estas dimensiones, son devueltas amorosamente de nuevo al río.

—¿Pocas veces tendrá ocasión de obtener ejemplares semejantes?

—¿Pocas veces? Siempre y en cantidades tales que para ello contrato a un fornido joven con un gran cesto en el que pueda transportar la gran cantidad de truchas capturadas. En cierta ocasión en la que me encontraba especialmente dispuesto e inspirado, las truchas, todas ellas de ese tamaño, parecían como hipnotizadas por mi sedal, mi método científico aplicado las colocaba en fila, como las personas interesadas en adquirir un décimo ante la administración de lotería y que el número comprado iba a ser el acertante. Lo digo, porque apenas realizaba el lance, recogía la trucha, y era tal la cantidad, que en el gran cesto que transportaba el zagal no cabían más truchas. Habiéndome terminado el cebo, arrojaba el sedal y las truchas se peleaban entre ellas por morder el anzuelo, limpio y mondo.

—¡Increíble!

—Efectivamente, increíble, el joven que frecuentemente me acompañaba con la finalidad antes mencionada, dentro de su ignorancia tuvo miedo de mí y me tomó por un poderoso brujo que con su magia podía realizar tales hazañas. Explicarle que era ciencia

y profundos estudios científicos aplicados, sería inútil, así que tuve que dejarlo en su estúpido asombro y con su estúpida creencia de algo que para mí es considerado perfectamente normal.

—Pero, ¿cuál es la ciencia que aplica usted para obtener tan maravillosos resultados?

—Debe tenerse en cuenta, primeramente, qué tipo de río es, si de cauce ancho o estrecho; si profundo o de aguas bajas; si de aguas rápidas, lentas o intermedias; si las aguas son claras u oscuras; si el agua es fría, muy fría o simplemente fresca, la temperatura del agua es realmente importante, también debe tenerse en cuenta el lecho del río, si es arenoso, pedregoso o rocoso, cada una de estas características configuran una particular psicología de la trucha. No es lógicamente igual, una zona profunda y con remanso del río, que otra profunda y de agitada corriente, como tampoco es igualmente lo mismo, una zona de poca agua agitada que corrientosa. ¿Acaso cree usted que es lo mismo un recodo del río hacia la izquierda que hacia la derecha? A los humanos nos ocurre lo mismo, la tendencia política de uno o de otro lado configuran nuestra psique. A la hora de la pesca debe elegirse de antemano el margen del río teniendo en consideración para hacerlo además de lo anteriormente citado, la temperatura fuera del agua, si el día es soleado, gris, nublado, luminoso, con lluvia o ambas situaciones alternadas. El paisaje al borde del río no debe descuidarse, árboles, arbustos, praderías, rocas, sombras o claro oscuros, proyectados sobre el agua influyen de manera decisiva.

La presencia o abundancia de material en suspensión en el agua o a la abundancia de insectos es otra de las muchas cosas que deben tenerse en consideración. Mencionar por último la técnica del lance, esta debe realizarse con perfección y estilo para que sea perfecto, un jugador de golf entendería mis palabras, el lance debe hacerse de manera tal que el cebo se convierta no en una presa, sino en una presa seductora, apeteciblemente seductora que estimule el petito, que incite a ser devorada, el fin de todo esto no es otro que la trucha muerda confiada y segura de sí misma.

—Sí que es realmente todo un método científico aplicado, jamás lo hubiera pensado —le dijo Víctor—, y esta vez hablaba sinceramente.

—Una última consideración que queda por tener en cuenta, el traje, el traje es un elemento fundamental al que debe prestarse suma atención. ¿Usted no se vestiría un día caluroso con la misma ropa que si hiciese fresco, ni con la misma ropa de mañana que nocturna, ni la ropa sería la misma según el evento al que usted asistiese?

Se giró al preguntarle a Víctor, y al girar el rostro vio que sobre el labio superior tenía un bigote a la moda de los años cincuenta que antes lo había pasado por alto.

—Es evidente que está en lo cierto en todo lo que dice.

—Con el traje de pesca ocurre lo mismo, la diferencia es que mientras a uno lo rige un estricto protocolo social, en el caso de mi pesca de la trucha, lo rige un elaborado método científico personal. No puede llevarse el mismo traje en un día con sol que si el día esta lluvioso, nublado, oscuro, etc. Al igual que debe asemejarse y confundirse con el paisaje de fondo. ¿Cuántos trajes de pesca cree usted que poseo?

—No sé —respondió dubitativo el profesor de física.

—Diga una cifra, aventúrese sin reserva alguna —insistió el científico pescador.

—Por lo que usted dice, yo diría que puede tener cuatro trajes.

—¡Por Dios, cuatro trajes! ¡qué me dice usted! —alzó la voz en la exclamación y varios viajeros se giraron, y alguno despertó sobresaltado, abandonando probablemente un mal sueño.

—Dos trajes —dijo un tanto tímido Víctor.

—Veintitrés trajes, señor mío, veintitrés trajes de pesca. Acabo de encargar a una empresa puntera de USA un traje de pesca que me convierte en invisible, de tal manera que no es que me sirva de camuflaje, sino que me mimetiza con lo que me rodea. Es un traje elaborado con un tejido experimental y novedoso por el que la visión pasa convirtiéndome en invisible.

Víctor trató de explicarle las bases físicas en que se basaban dichos estudios, para la obtención de trajes con fines bélicos, pero el pescador no se lo permitió.

—Seré el primero en obtener un traje de pesca de tales características, eso me llena de orgullo, me costará un ojo de la cara, como suele decirse. ¿Pero qué hazañas de fábula habrán de esperarme? ¡Habrán un antes y un después en mí periplo de pescador de truchas!

En ese momento la máquina disminuyó su velocidad hasta pararse en la estación, el hombre cogió su equipaje, desde el pasillo y antes de despedirse, Víctor le preguntó a que se dedicaba además de cazar y pescar.

—Soy gestor inmobiliario, podría hablarle de mis ventas, pero no es este el momento, sin embargo, tengo en mente dedicarme a la gestión política.

Al escuchar las últimas palabras Víctor le dijo:

—Le auguro una vertiginosa carrera, la presidencia del país la tiene usted al alcance de sus manos, ni por un momento pongo en duda que tan pronto tenga acceso a un medio televisivo obtendrá la aquiescencia de la población y su voto en masa.

—Yo también lo creo, estoy convencido de que así será. ¿Y usted a que se dedica?

—Soy industrial, tengo una pequeña factoría especializada en la producción de grandes ollas de cocina de cuatro metros de diámetro.

—¿Qué uso y finalidad pueden tener recipientes de ese tamaño? —preguntó realmente interesado el extraordinario cazador y no menos fabuloso pescador.

—Para cocinar ejemplares como los que usted caza y pesca —respondió Víctor con firmeza.

El tren salió de la estación alcanzando a los pocos minutos su velocidad programada, Víctor tomó el libro en sus manos, leyendo, concentrado en su contenido.

Perdió la noción del tiempo, volvió a él cuándo el tren se detuvo suavemente, y cuando poco después, una mujer que pasaba con largueza la mediana edad, enjuta de cuerpo y por su apariencia, muy de peluquerías, ocupó el asiento vacío al lado del suyo.

Víctor le sonrió tratando de ser amable, la mujer le correspondió con una mirada de fría autosuficiencia, sugiriéndole un, esfúmate de mi lado mosquito.

Caracoles, caracolas y caretas, esta mujer se encuentra entre las últimas, se dijo mientras introducía sus ojos nuevamente en las letras del libro y su mente en lo que las letras querían comunicar.

Algún tiempo después un ruido extraño y repentino a su lado lo asustó, cogido por sorpresa, separó sus ojos del libro, soltó el libro sobre las rodillas, su cuerpo se tensó en una situación de alerta, mientras esperaba quién sabe qué desconocido peligro. Al poco

tiempo volvió a repetirse el ruido, que sonó tan cerca de su oreja que casi se la arranca. Con un movimiento involuntario de defensa, alejó de un brinco su cuerpo hacia la ventanilla.

Aquello había sido un ronquido de la enjuta mujer que viajaba a su lado. Identificado el peligro como un inofensivo roncar femenino se puso cómodo en el asiento, intentó leer, pero la mujer en lugar de mantener un ronquido cadencioso e uniforme como las olas en el mar, roncaba sin cadencia alguna y se asemejaba al guirigay de una orquesta tocando instrumentos desafinados.

Imposible la lectura, en casos semejantes la concentración es poco menos que inaccesible, el deslizarse de las aguas de un río, el ruido del mar, la acompasada cadencia del golpeteo de las gotas de lluvia, incluso el murmullo de una muchedumbre, una vez sintonizada su frecuencia, se torna en un sonido agradable y relajante obrando sobre el sistema nervioso como inductor del sueño.

Estos ronquidos, mezcla de petición de auxilio, rugido de león y maullido gatuno no conseguían otra cosa que irritarle los nervios hasta encender en su mente malas ideas, que de no ponerles freno fácilmente podrían sugerir el asesinato por estrangulamiento.

Víctor, hombre de ánimo, acostumbrado a todo tipo de incómodas vicisitudes, pasado el susto primero, adoptó una actitud paciente y estoica, otra actitud no podía elegir, los intentos que realizara para disimuladamente despertarla no habían obtenido resultado alguno, incluso acentuó el problema alguna de las veces.

Se dedicó mentalmente por medio del cálculo matemático a saber la cadencia de los sonidos altos con los bajos y estos con la respiración profunda, superficial, suspendida por momentos y agitada otras.

El cálculo de las secuencias matemáticas, dieron una y otra vez, infructuosos resultados. Bien está, aguantemos sino al pie del cañón, al menos al pie de la boca del ronquido. Estiró las piernas hasta donde pudo y como si fuese una postura de yoga, permitió que el variopinto mantra lo envolviese como la canción de cuna entonada por una bruja.

Una hora más tarde la mujer despertó, los ronquidos cesaron, el tren realizó su parada en la estación, era el destino de la mujer, ésta se levantó del asiento con aire de superior autosuficiencia, el profesor se despidió de ella con, ¡usted lo ronque bien señora!

El tren siguió su camino y el profesor después de impregnarse del siempre cambiante paisaje volvió a su libro, que como un amigo fiel lo acogía con semblante maquillado de negro sobre blanco. No había leído una página cuando a su lado se sentó un sacerdote.

El profesor lo vio por el rabillo del ojo, siguió leyendo a la vez que pensaba, hay otros asientos vacíos y viene el cura a sentarse precisamente a mi lado. Se consoló al pensar que alguien que habla con Dios debe ser una persona muy inteligente, muy versada y muy enterada en asuntos, anécdotas y cotilleos divinos. No obstante, pronto dejó este pensamiento y se enfrascó otra vez en la lectura. El cura lo imitó abriendo otro libro de pasta dura y negra, cinco minutos después cerró el libro cuidadosamente, exhaló el aire con un suspiro de satisfecho alivio indicando que el tiempo de lectura diario se había realizado.

El profesor seguía leyendo con la misma constancia y atención que el tren seguía su camino sin desviarse de la línea trazada por los raíles.

—Son libros diferentes —dijo el cura en voz alta, para entablar conversación.

El profesor sintió succionada su atención de los intrincados abismos científicos en que se encontraba, hacia una realidad cotidiana conocida e insulsa pero necesaria. Giró la cabeza y contempló su rostro, era joven, de ojos vivaces y facciones agradables.

Acostumbrado durante sus años de docencia a observar las caras de los estudiantes sabía catalogar con precisión en una sola mirada, según fuese el rostro, los gestos, incluso por la vestimenta, las características más relevantes de su personalidad. El cura que en poco superaba los treinta fue catalogado por el profesor, como un joven ambicioso en la carrera eclesiástica que había sabido aprovechar bien la instrucción seminarista, cuyos pilares y sólidos cimientos se asentaban en estos dos axiomas, dos años dedicados para aprender a engañar y otros dos años para aprender a no ser engañados y durante todo este tiempo practicar el arte de la hipocresía y el disimulo, este cura estoy convencido que se encuentra inscrito en la secta del Opus Dei, pensó catalogándolo, después de esa rápida mirada.

—Son libros diferentes —volvió a repetir el cura con la empalagosa voz sacerdotal.

—Y lecturas diferentes también —respondió el profesor ligeramente sonriente dando afabilidad a su rostro.

—La mía es una lectura que va dirigida a ilustrar el alma —le dijo mientras apoyaba con firmeza su mano sobre el libro, como pretendiendo jurar sobre él.

—La mía es una lectura notablemente inferior, va dirigida a ilustrar la mente —le contestó el profesor con cierto tono irónico, mientras imitaba intencionadamente el gesto curil apoyando con firmeza la mano en el libro.

El cura que no había captado la ironía, matizó:

—Debe aceptarse que el alma es más profunda y más elevada que la mente. Una es el océano la otra es un gran lago, pero lago únicamente, lo dijo con ese tono de sermón de iglesia que molestó al profesor.

Antes de responderle volvió a catalogarlo, además de haber aprovechado bien las lecciones del seminario es un asno de tomo y lomo, este joven como se lo proponga llegará a cardenal o presidente del gobierno del Vaticano, reúne todos los requisitos, se dijo para sí.

—Puedo admitir que sea más profunda o que sea más elevada, lo que no puedo admitir es que pueda ser profunda y elevada al mismo tiempo. Profundamente elevada o elevadamente profunda es igual que decir altamente bajo o bajamente alto.

El cura mostró en su rostro contradicción arqueando levemente las cejas, reponiéndose inmediatamente adoptó el fingido rostro amable tal como le habían enseñado en las prácticas de gimnasia facial.

—Por otro lado —continuó el profesor —, la comparación de un lago con la mente y el océano con el alma, tampoco debe considerarse muy acertada. Ambos son agua, ambos están limitados por tierra o por el agua misma. Debe admitir usted —el profesor utilizó con intencionalidad imitativa la expresión del cura —, que la mente o no tiene límites, o al menos no se le conoce de momento límite alguno, ni en lo profundo ni en lo elevado, póngala en el extremo que más guste.

El cura se sintió acorralado por su mismo desconcierto y salió a la francesa, es decir por donde pudo.

—El alma es siempre más elevada e insondable que la mente, el alma es una extensión de Dios, la mente por el contrario no pasa de ser una extensión humana. Al coger un

objeto con una mano es una extensión del cuerpo, leer un libro es ampliar los conocimientos mentales que no son otra cosa que una extensión del cerebro.

—Sin querer polemizar, puesto que es un tema que desconozco, sin embargo, permítame que utilice prestadas sus palabras para que pueda seguirle —le dijo el profesor mostrándole a su vez una falsa humildad—. Si el alma es una extensión de Dios, ésta se encuentra indefectiblemente a él unida...

—Así es —confirmó el cura interrumpiéndole.

—Luego el alma es Dios —continuó el profesor—, y Dios es el alma. No me salga usted con lo de que el alma es divina pero que no es Dios. Si eso es el alma y el alma es eso, no necesita ilustración alguna, lo tiene todo presente, omnisciente, creo que así lo denominan ustedes. Discúlpeme lo que voy a decirle, no he conocido persona alguna así, quiero decir, con alma.

—Este libro habla directamente al alma humana —le respondió fingidamente sereno el joven cura.

—Si hace la identificación de alma humana ya no es alma de Dios, eso ya es otra cosa, siempre y cuando no se cuestione el alma, porque la mente es una manifestación cerebral partiendo de algo material, al igual que el pensamiento es una manifestación mental, el alma puede ser, no quiero decir que lo sea, un pensamiento o una creencia como otras muchas que la mente hizo, hace y hará.

El cura levantó nervioso el libro mientras le daba golpecitos con los dedos.

—Este libro se dirige directamente al alma —sentenció.

—¿Qué libro es? —inquirió apacible el profesor.

—Un Breviario Misal —obtuvo por seca respuesta.

—Un Breviario Misal, contiene cosas de misas, o cosas referentes a rituales, ceremonias y exorcismos, en definitiva, no es otra cosa que un libro normativo o un libro legislativo eclesiástico que también así puede ser llamado.

El cura salió incomprensiblemente como suele decirse por peteneras o por muiñeiras, como dicen en Galicia.

—Que libro está usted leyendo, a bien seguro que es una novela, una ficción que abotarga el entendimiento del alma, una momentánea evasión, en definitiva, una absoluta frivolidad.

—En ese punto estoy de acuerdo con lo que ha dicho, con objeciones, pero en líneas generales de acuerdo con lo escuchado —le dijo el profesor amablemente, intentando bajar la intensidad de la conversación y no dar importancia a su alusión personal.

Sin embargo, el cura dominado por su ardor de juventud acostumbrado a salirse con la suya como buen hombre de iglesia insistió con cierto tono imperativo.

—¿Qué novela está leyendo usted? ¿Cuál es su título?

El profesor giró la contraportada del libro poniendo a la vista del cura la portada, en ella figuraba el título «Interacciones Iónicas Submoleculares del Agua Pesada».

Al joven sacerdote que pertenecía a la orden del Opus Dei y al que le esperaba, seguramente, una brillante carrera eclesiástica, contrariado se levantó bruscamente y sin mediar palabra fue a sentarse en otro asiento.

El profesor abrió el libro por la página que tenía marcada y antes que meter las narices o los ojos cosa imposible de hacer en un libro, metió su mente que como cosa inmaterial que es, puede meterse en todas partes, murmuró: «¡A los curas no los aguanta ni Dios!».

El resto del viaje lo hizo sin compañía cercana, nadie volvió a sentarse a su lado excepto en la penúltima estación, que una señora mayor en edad, sin poder llegar a llamarla anciana, ocupó el asiento libre al lado del suyo.

—¿Está libre el asiento? —preguntó la mujer que ante la respuesta afirmativa añadió —¿No le importaría que me siente? —preguntó de nuevo, esta vez sonriente.

El profesor haciendo ademán de levantarse respondió.

—Todo lo contrario, además tiene usted todo el derecho a hacerlo —sonrió porque pensaba que tenía todo el derecho izquierdo a hacerlo también.

Después de haberla ayudado a situar el ligero equipaje, una vez sentados, por decir algo a la señora, comentó.

—En una hora aproximadamente llegaremos a nuestro destino.

—Nuestro destino final esperemos que tarde mucho más tiempo que la hora de tren —le respondió la mujer sonriendo abiertamente.

Cogido por sorpresa ante esta respuesta, quedó gratamente desconcertado, era una respuesta con trascendencia, posiblemente tuviese a su lado a una mujer inteligente.

—Estoy totalmente de acuerdo con esa esperanza, aunque el destino final esté compuesto de numerosos pequeños destinos, siendo el destino final el último por no existir uno siguiente —contestó el profesor sondeando su capacidad intelectual.

—Todo se compone de pequeños destinos, a nuestra vida igualmente le ocurre lo mismo, pero me refería al destino final no como el último de una larga cadena de destinos parciales, sino como el destino, sin ser el último ni el primero, el destino a secas que individualmente cada uno de nosotros tenemos escrito en las estrellas.

Se entusiasmó el profesor con la respuesta de la mujer.

—Tenemos el albedrío, si hacemos libre uso de él, el destino lo escribimos nosotros mismos en una pizarra mucho más cercana —respondió él.

—Solamente una parte es escrita por nosotros en este mundo, al que usted llama pizarra cercana. Pero esta escritura, línea tras línea, tras línea, escribe la frase de conclusión o destino final en la lejana pizarra estelar.

—Todo suena muy poético en sus palabras.

—¿Verdad que sí? —le dijo ella. Después soltó una pequeña carcajada contagiándolo a él también.

—Si el destino lo escribe uno mismo, da igual donde quede reflejada esa escritura. Quiero decir, que el destino se encuentra vinculado a nuestros actos y no se encuentra sujeto a decisiones externamente programadas y lejanas —. El profesor dudó un poco y añadió —¿Quizá no me haya expresado correctamente?

—Entiendo lo que quiere decir.

—Lo digo —siguió hablando él—, porque la mayor parte de los actos realizados en sociedad, a menudo se encuentran condicionados por múltiples elementos ajenos a nosotros mismos, actuamos pues, pero sin albedrío, a lo sumo con un abanico de

actuaciones que podemos elegir. El libre albedrío se encontraría limitado por la costumbre cultural imperante en el lugar y en la época que se viviese.

Cuando terminó de hablar pensó que se había excedido en sus razonamientos, poniéndola la pobre mujer en una innecesaria e incómoda situación, pero se le acababa de ocurrir y hablaba como si estuviese ante sus alumnos, tomándolos a todos como muchachos inteligentes de mentes despiertas.

—Es muy importante lo que acabo de escuchar, realmente muy interesante —le dijo la mujer con el rostro iluminado. Pero me estaba refiriendo al otro destino, al destino que se encuentra al margen de las condiciones humanas. Aunque debo reconocer que al destino que a ha aludido tal vez se le deba prestar más atención que al otro.

—El destino al que se refiere, es un destino tan ajeno al hombre como ajeno es el lugar donde se haya escrito, y por estar escrito, ya nada puede importarnos, ni interesarnos —dijo el profesor un tanto pensativo.

—Si así fuese, nada habría de importarnos, pero no lo es totalmente —apostilló la mujer, pensativa también, pero no por imitar al profesor.

—¿Me explicaría eso mejor? —preguntó el profesor sinceramente.

—Es difícil hablar de esto cuando tan poco sabemos, pero algo podemos conjeturar, al fin y al cabo, el hombre piensa. El destino final de cada uno, continuó hablando la mujer, se encuentra trazado en líneas generales desde un principio hasta su final, resaltando los acontecimientos más relevantes que conducirán a ese destino final. Ese destino de cada uno de nosotros es el que se encuentra escrito en las estrellas, obedeciendo a una inexorable ley cósmica, regida y programada por algo a lo que no me atrevo a poner nombre, ni llamar de manera alguna para no empañar la conversación con inclinaciones tendenciosas.

—Unos lo llaman Dios, otros Karma, algún filósofo, el eterno retorno, otros lo llaman energía, bien extraña esta última porque viene a significar lo que las otras denominaciones significan —apostillo él.

—A pesar de esta programación general, no hay en ella la programación menor de vicisitudes que constituirán el paso por los acontecimientos programados, se llegue de una u otra manera. Quiero decir que el hombre dispone de la capacidad de elección entre múltiples elecciones en cada uno de sus actos, así como múltiples intenciones o múltiples pensamientos. Pueden dos personas llegar al mismo destino final y sin embargo han tenido vidas diferentes o intenciones dispares. Pongamos un ejemplo, pido perdón por la simpleza, dos parejas forman matrimonio, ambas permanecerán unidas como tal hasta su fallecimiento, sin embargo, en una de ellas el amor o el cariño estuvo ausente, en la otra por el contrario el amor estuvo presente a lo largo de su relación. Ambos tuvieron el mismo destino final, ambos han tenido una trayectoria diferente que han hecho que sus actos estén revestidos o nutridos con materiales bien distintos.

—Entiendo —dijo el profesor—. Ese ejemplo puede ser trasladado a todos los órdenes de la vida, no siendo más que un recuerdo el gran ejemplo cósmico al que antes aludía.

—Para ser exactos, así lo creo, pero no tengo base alguna para una verdadera demostración. Únicamente el pensamiento lógico, sin lógica científica alguna, por supuesto, es en lo que puedo apoyarme para hablar de ese modo —le respondió alegre la mujer.

—Es realmente interesante, nunca lo había visto de ese modo, puedo hacer algo y ese algo no conseguirá variar mi destino final, sin embargo, una elección u otra de ese algo influirá en los actos de otras personas. La elección de un acto u otro transporta consigo una intención previa y es la intención lo que interesa o puede interesarle a lo que haya o a quien haya escrito el destino final en el estrellato —finalizó diciendo el profesor.

—Más o menos así debe ser. Por mí parte estoy segura pero no me pida pruebas o demostraciones, porque ni sabré ni podré dárselas.

El profesor se apuró a disculparse.

—Lejos de mi esa intención, nos encontramos hablando o especulando sobre un tema que nos atañe muy de cerca y sin embargo es difícilísimo obtener una certeza racional sin basarse en presupuestos abstractos.

Permaneció unos segundos en silencio para continuar diciendo.

—Toda argumentación tiene en la ciencia cimientos de partida abstractos y sin demostrar, pero que son acordados como lugar de partida.

La mujer le dijo.

—En ese aspecto me pierdo por desconocimiento, pero lo que si es cierto y eso lo conocemos y sabemos absolutamente todos que hay, no llamémosle ley, sino una prescripción natural y cósmica también que nos hace diferenciar, al margen de las leyes humanas, lo que está bien de lo que está mal. Para nada hago intervenir lo religioso, como tampoco hago intervenir en este aspecto las leyes y sus castigos. Hay algo en nosotros que claramente nos lo dice, si prestamos un poco de atención o si nos lo consultamos, la respuesta es inmediata, ese hecho es conocido por todos nosotros.

—¿La conciencia? ¿Se refiere usted a ella? —preguntó el profesor.

—No, la conciencia es esa voz terrenal que nos dice lo que está bien y lo que está mal, se encuentra muy condicionada socialmente. La conciencia es de la familia, su radio de acción es limitado, como limitadas son sus miras. Hablo de algo de mayor extensión, cuya amplitud puede alcanzar el universo entero, y ese algo se encuentra en todos nosotros, por comodidad lo ignoramos y por incomodidad negamos su existencia —le respondió la mujer reconcentrada en sí misma.

El rostro del profesor mostró una sonrisa que a su vez puso a descubierto su bien cuidada dentadura, para añadir seguidamente.

—La alta física teórica emparejada con la filosofía. Tengo una gran curiosidad en conocer su profesión. Disculpe mi indiscreción, pero no puedo evitar preguntárselo.

—Durante años he sido modista-costurera, no modista como se califican ahora quienes malamente saben coser un botón. Hacía trajes y hacía arreglos, con eso me ganaba un sueldo suficiente para poder vivir. Últimamente trabajo por horas en un comercio de calzado, no tengo necesidad económica para hacerlo, pero me mantiene en activo y el trato con las personas impide que me anquile. La pensión de mi difunto marido, director de banco, junto con mis ahorros me permite llevar una vida holgada, mis necesidades han sido siempre sencillas y me he limitado a lo esencial, puedo decir que el dinero que poseo me es más que suficiente. Vivir en este mundo es acción, la quietud llegará y cuando llegue no deberé pensar en la acción, de hacerlo significaría no haber vivido.

—Sorprendente todo lo que me ha dicho, pocas personas son las que piensan y actúan de modo semejante.

—Es posible, respondió ella, le contaré una anécdota personal. En mi noviazgo en el pueblo en el que vivía, mi futuro marido al proponerme el matrimonio, que en aquel momento y en aquellos lugares era lo obligado hacer, me dijo que por su trabajo el mío rebajaba su reputación, que su salario era suficiente para la economía familiar. En definitiva, me pidió que dejase de trabajar, a lo que respondí que si trabajase de farmacéutica diría lo mismo. Ante su negativa, no lo despedí con viento fresco, pero lo despedí con mi trabajo, es con lo que gano el dinero para poder vivir y eso no se toca, si quieres deja tú el tuyo que no deja de ser la cueva de Alí Baba, que de mi trabajo los dos podemos vivir igualmente. Piénsalo y cuando hayas decidido elegir entre el qué dirán y la importancia de tu persona o yo, vuelves y me lo comunicas. Una última cosa, no tardes demasiado tiempo en hacerlo, es posible que sea yo quien decida por tí, ayudándote en esa enojosa decisión. Estoy convencida que tus altas miras necesitan otra profesión a tu lado que realce y abrillante la tuya.

—Valiente actitud, por un lado y por otro, rechazar una vida sin pegar palo al agua. ¿Tardó mucho en decidirse? —preguntó el profesor.

—Respondió al instante, que hiciese lo que considerase, que para el todo lo mío le gustaba y que no recordase nunca esa conversación, que para él sería humillante, sin embargo, me puso una única condición.

—¿Qué condición fue esa? —interesado preguntó el profesor.

—Que habría de quererlo siempre, y eso hice hasta hace pocos años que un estúpido accidente, unido a una no intencionada negligencia médica, nos separó.

—Hermosa historia de amor con un final prematuro.

—Con un terminal prematuro, no con un final. Las auténticas historias de amor no finalizan nunca, son concatenaciones de terminales amorosas en distintos planos o como suele llamarse ahora, en distintas dimensiones.

El profesor se encontraba encantado escuchándola, solamente por haberla escuchado hubiera merecido la pena este viaje. Que buena decisión he tomado abandonando la cátedra en principio dos años, mundo, necesito mundo, lentamente me asfixiaba entre cuatro cómodas paredes impregnadas de muerte.

—Hay todavía algo que me intriga, sus conocimientos, su lenguaje, su forma de razonar, no se corresponde con el de la mayor parte de la población y mucho menos con las inquietudes de una trabajadora manual —dijo el profesor.

Ella sonrió sin autosuficiencia, se alisó un poco el pelo, como ganando tiempo para organizar una respuesta.

—Reconozco lo que dice, intentaré aclararlo, porque para mí también resulta novedosa la pregunta y la respuesta. La lectura ha sido uno de los pilares, dos horas de lectura me marco como obligación diaria, desde muy joven he tenido claro que mi espíritu necesitaba ser cultivado. Con el tiempo aprendí a seleccionar libros y temas, llegando a la conclusión de, libros ni pocos ni muchos, pero todos ellos buenos. El otro pilar ha estado en la soledad de mi trabajo, como gran parte de él era mecánico o con la habilidad se tornó en gran parte mecánico, utilizaba la mente en la reflexión sobre los más dispares temas. El cuerpo lo dividía de manera inconsciente en una parte activa manual y otra de actividad mental, ambas trabajando al mismo tiempo en acciones distintas. Mi ex marido, así lo llamo porque se separó de mí, aunque de manera involuntaria, tenía dos pasiones, una escuchar música clásica, otra escucharme pacientemente cuando le soltaba pensamientos a menudo inconexos y a medio formar. Poco a poco sin darme cuenta, sin darnos cuenta hemos ido

configurando nuestro carácter ajeno al de la mayoría de la población. Una salvedad contribuyó en gran medida a que esto sucediese, en nuestra vivienda no hubo cabida para la televisión, ha sido una gran ventaja, la decisión más acertada que en pareja pudimos haber tomado.

—¡Magnífico! —exclamó el profesor, a la vez que exteriorizó una inconsciente pregunta —¿no tiene una hermana más joven en edad y que se parezca a usted?

La mujer se rio abiertamente halagada. Después su rostro se contrajo en un rictus de seriedad, sus ojos se agrandaron, su mirada envolvente y penetrante al mismo tiempo hizo que el profesor tuviese la sensación que era observado desde muy diferentes planos, sintiéndose como una representación cubista, no deformadas sino desmembrada en múltiples partes hasta llegar a su esencia, en su caso era la observación atemporal de su vida. La mujer pareció suspender la respiración, seguidamente exhaló un profundo suspiro volviendo a adquirir su rostro un aspecto risueño.

—Está usted superando una prueba realmente difícil y quiere ya meter la cabeza en otra complicación. Todavía no ha superado su relación amorosa, las cosas del amor necrosan parte del alma, por desamor o por la causa que sea. Los cambios que se han producido, a él debido, han sido para bien, ha salido ganando en todos los aspectos. De una vida estrecha la ha convertido en una vida con amplitud de excitantes motivaciones. El pasado ya no le interesa, y hace bien en pensar de ese modo, el futuro y más que él, el presente extenso es el que debe recoger nuestro esfuerzo.

—¿Cómo ha sabido cosas de mí? —preguntó con sorpresa.

—Porque las sé y nada más, si lo desea le desvelaré algo de su futuro —le dijo la mujer.

—No, por favor —le respondió él al instante—. Si conozco mi futuro, este conocimiento condicionará mis actos, por otra parte, perdería el aliciente de lo desconocido y la aventura del vivir, con sus miserias y con sus alegrías. Admito que me agradan las sorpresas.

—Al menos permítame que le prevenga, mientras no vuelva a su trabajo de profesor, no debe subirse ni viajar en un automóvil de color blanco. Haga caso a mi consejo.

—Si habla de ese modo es porque conoce o, de alguna forma que desconozco, ha visto ese hecho que, aunque por suceder, lo ha visto como sucedido, entiendo por tanto que en nada puede cambiarse, de hacerse no habría sucedido y usted no podría saberlo —le dijo el profesor.

—Son los pequeños finales que pueden variarse que influyen en el individuo pero que en absoluto varían el destino final. Es como cuando avisa a alguien de un peligro inminente, evitando que la persona avisada sufra un grave percance. Usted lo ha visto, pero aún no ha sucedido y ha evitado con su intervención que la vida de esa persona siguiese transcurriendo con su normalidad. También pudiese ser que ese aviso estuviese programado y escrito, pero no lo creo, esa es la parte humana, la que puede llamarse libre albedrío o modificación de conductas.

—Como profesor de física, estoy interesado en que me cuente como consigue hacerlo o como ha adquirido esa facultad.

—Nada le diré, porque no estoy interesada en contárselo, y si lo hiciese no le diría más que falsedades, algunas de ellas muy creíbles, por cierto.

—Aun así, me interesa escucharla —insistió el profesor.

—Aun así, no me interesa decirle nada —respondió ella, apareciendo en su rostro un gesto irónico.

El tren paró en su destino, al bajarse del vagón el profesor se despidió extendiendo su mano para coger la de ella mientras le decía.

—Ha sido un inmenso placer escucharla y su compañía.

Ella le respondió algo similar y se separaron cada uno por su lado, peldañoleando sus destinos parciales hasta algún día toparse con el destino final escrito en las estrellas.

Había tomado de alquiler un pequeño apartamento en la ciudad, a él se dirigió con su equipaje, ambos trasladados en un taxi, él en el asiento posterior del automóvil y el equipaje, aunque fiel acompañante en los viajes, tiene su lugar destinado en el transporte como todo buen servidor en la parte posterior en los antiguos carruajes, en la parte posterior en los automóviles modernos.

La ventaja del apartamento para una persona como él era la comodidad de un lugar con más servicios que la habitación de un hotel, por otro lado, podría cocinar, cosa que no le desagradaba, además del ahorro económico que representaba con respecto a la minuta del hotel. ¿Por qué había escogido inicialmente Barcelona?, porque había programado, a través de sus contactos académicos, una serie de conferencias en diversos centros, con el dinero obtenido no vería mermados sus recursos económicos.

Sus conferencias –charlas de divulgación científica, como gustaba llamarlas–, se dirigían unas veces a universitarios de instituciones privadas y públicas, otras veces a institutos privados y otras a fundaciones y asociaciones no académicas pero interesadas en la divulgación científica. Su mente cerebral lo había calculado hasta en los menores detalles, no le significaban un esfuerzo mayor que una clase impartida a sus alumnos, con la diferencia de que las de ahora serían mucho más espaciadas.

Pronto se le pidió poder ser entrevistado en la televisión catalana, asistió a varias entrevistas de radio, todo ello contribuyó a mantener su popularidad y ésta siempre trae consigo la envidia de envidiosos colegas que alguna vez trataron de desacreditarlo públicamente. Las veces que esto ocurría, escuchaba pacientemente aparentando gran atención e interés. Después de un corto y expectante silencio solía decirles, es muy interesante lo que acaba de decir; o bien es muy inteligente; o bien muy perspicaz su observación, otras veces decía, se nota que ha reflexionado profundamente sobre el tema, o también es notorio que sus palabras no son producto de una improvisación sino producto del estudio.

Cuando algunos para lucirse ante el auditorio se extendían más de la cuenta, le respondía que con lo que había dicho tenía material sobrante para pronunciar otra conferencia. Así empezaba sus respuestas para seguidamente soltarles, no obstante, debe tenerse en cuenta... y rebatía pausada y amablemente, insertando en algún momento una frase como, a pesar de todo, ha puesto usted con una claridad meridiana el foco de visión sobre...

Después del acto seguidamente les halagaba sus intervenciones, a ser posible habiendo personas presentes que pudiesen escucharlo. De esta forma la envidia perdía fuerza diluyéndose en el ego halagado del que tanto gusta el académico.

Su vida transcurría tranquilamente, la lectura, el teatro, espectáculos, música variopinta, tertulias en cafés y otras muchas veces en solitario, excursiones por la ciudad y por ciudades catalanas de menor entidad y población que Barcelona.

Con frecuencia era invitado a viviendas cuya distribución arquitectónica y decoración modernista o art-decó se mantenía intacta, disfrutaba con el mobiliario, con las vitrinas y vidrieras, con el colorido de las telas y cueros de sus tapizados. Sus amplias salas y habitaciones de altos techos.

Los propietarios, burgueses por herencia y por su propia práctica, sentían orgullo con estas visitas que a su vez recomendaban o lo acompañaban a otra vivienda similar de alguna de sus amistades.

En él se daba esa gran contradicción, la austeridad en la que tantos años había vivido y al mismo tiempo la admiración por una decoración modernista de tan remarcado gusto burgués.

Disfrutaba de todo lo que una ciudad cosmopolita puede ofrecer, Barcelona es buena cuando la bolsa suena, dicen de ella, y era cierto, sin embargo, no permitía que la simpleza de la frivolidad común interviniese en su vida, de ella se alejaba y de ella se reía. En poco tiempo aprendió a ser un hombre social y urbanitas, sin darse cuenta se había convertido en lo que llaman, un hombre de mundo.

Los propietarios del apartamento eran un matrimonio de cierta edad, la mujer se encargaba de la limpieza semanalmente, al igual que del lavado y planchado de su ropa. El marido le había comentado, en una conversación, que le gustaría poseer una pistola de aire comprimido que disparase perdigones. Un día que pasó delante de una armería, en el escaparate había varias armas expuestas, entró en ella y compró la pistola que le aconsejaron junto con un pequeño estuche para ser guardada. Se portaban tan amablemente, que no estaría de más tener, como suele decirse, un cariño con quien cariñoda.

Anocheciendo, al pasar por una de las calles de la zona gótica, tres jovenzuelos lo asaltaron navaja en mano requiriéndole el dinero que llevaba, dando un paso atrás abrió al mismo tiempo el estuche del que extrajo el arma, con ella apuntó a los poco más que adolescentes.

—Tirad las navajas al suelo o aquí acaban vuestras valentías —les dijo mientras empuñaba el arma como había visto hacer en las películas a los que hacen de malos y que siempre eran negros o hispanos tatuados.

Los tres obedecieron sin rechistar. Uno dijo:

—Tío, tampoco es para ponerse así, guarda la pipa y déjanos marchar que la cosa no es para tanto, además no ha pasado nada.

—Me pongo como me da la gana y a mí nadie me quita un arma o me intimida sin consecuencias —les dijo él regodeándose en la situación.

Otro de los asaltantes le dijo con voz temblorosa.

—Solo queríamos el dinero, no queríamos hacerte daño, lo juramos.

—¿Tú qué tienes que decir? —preguntó dirigiéndose al tercero, que incapaz de hablar, no contestó —¿No respondes, te comió la lengua el gato o no tienes lengua? —volvió a preguntarle—. A ver, si tienes lengua échala fuera y vosotros también.

Los tres echaron sus lenguas fuera de las bocas.

—Más afuera, quiero que la echéis todo lo que podáis, a lo mejor eso puede que os ayude—les dijo mientras varió de posición su mano conteniendo el arma.

Los tres asaltantes, lengua fuera como camaleones disecados permanecían en esta ridícula actitud.

—Bien está, podéis enfundar la lengua en vuestras cavernas, que algún día estarán, de seguir en este tipo de vida, sin dientes. Cogeros uno al otro de la cintura y caminad delante de mí —les dijo mientras le señalaba la dirección.

Los tres jovenzuelos como tres ovejas vigiladas por el pastor con su cayado caminaban en silencio cogidos por la cintura unos a otros.

Pasaron delante de una pizzería, les ordenó que entrasen, dentro les indicó una mesa para sentarse.

El profesor de pie pidió al camarero tres pizzas grandes y refrescos.

Los muchachos desconcertados no sabían de que iba aquello, ni el modo en que acabaría, comenzaban a pensar que el tipo estaba pasado de tuercas, o que deseaba captarlos para su banda o quién sabe para qué.

Mientras tanto desde la barra con un vaso de agua como única bebida, no les quitaba, como Argos, los ojos de encima. Comían ellos, al principio con timidez, con avidez y satisfacción después. Cuando finalizaron el convite, abonó el importe de la cuenta y dio a cada uno de los jóvenes un billete de diez euros.

—Esta vez habéis tenido suerte, recordad que no suele repetirse y que rara vez hay una segunda oportunidad, les dijo poniendo cara teatralmente seria de asesino a sueldo.

Salió del local con paso lento deseándole buenas noches al camarero, que le respondió amablemente porque también había recibido una buena propina.

A veces se unía a un grupo que solían reunirse en una céntrica cafetería para beber café y hablar de lo que es habitual en estos locales, las noticias ya pasadas que distribuían diarios e informativos. Con frecuencia participaban en las reuniones alguna que otra mujer.

Las conversaciones al tener como base noticias, siempre había temas con matices novedosos, ya que los temas no variaban nunca, siendo los mismos día a día.

El profesor escuchaba, interviniendo pocas veces con frases cortas, a menudo con desconcertante ironía filosófica que los contertulios tardaban en interpretar.

Una de las veces, en la que se encontraban en animada charla arreglando el país, haciendo honor al refrán, tres españoles juntos arreglan el país. Ellos eran catalanes que para el caso viene a ser lo mismo.

Una tarde, pasó ante el local en el que se encontraba una manifestación, muchas banderas y estandartes de diferentes colores y diferentes letras, en ellos escritos, acompañados con tambores, música y silbatos, semejantes a los de los guardias municipales dirigiendo el tráfico. Todo ello junto con canciones que entonaban y, alguna frase consigna, de vez en cuando, expandían al aire una algarabía festiva similar a las celebradas el día del Santo Patrón de la Ciudad.

Por delante habían circulado, vigilando estrechamente, furgones semiblindados de los diversos cuerpos represivos, por detrás en la retaguardia otros furgones similares a los que iban en cabeza llenos de hombres pertrechados de armas y material de abrir cabezas y deslomar cuerpos. Otros policías disfrazados de paisanos se camuflaban entre los manifestantes con la orden de sus superiores, para que tomasen la iniciativa, insultando a la policía, obstaculizando la calle con los contenedores de basura o plantándoles fuego. Este comportamiento era respondido inmediatamente por una violenta carga policial bien programada, a la que respondían los manifestantes más jóvenes, con todo su armamento, es decir ninguno, sufriendo golpes, lesiones hospitalarias y arrestos. Las manifestaciones masivas, llegado a este punto se disolvían por el temor y por la fuerza, quedando únicamente el reflejo informativo de una batalla campal entre jóvenes gamberros irresponsables y violentos, no tachados de terroristas porque la evidencia pondría a las autoridades y los noticiarios en evidente evidencia.

Pero los objetivos se habían logrado plenamente, disolver la manifestación ciudadana, que la protesta no alcanzase dimensiones mayores en la ciudad y se extendiese a otras ciudades. Que, por temor, los manifestantes de mediana edad y sobre todo las mujeres, no volviesen a participar en protestas semejantes. El objetivo de rentabilidad política informativa también se conseguía situando al gobierno como protector de la sociedad, de la estabilidad y de la paz, mientras que a la policía que había puesto por su parte todos los medios con los que profusamente había sido pertrechada, era ensalzada como defensora del orden y la seguridad ciudadana. Los canales televisivos reproducían el mismo discurso acompañados por imágenes de violentos comportamientos sacados de quién sabe dónde, muy a menudo extraídos de filmaciones de archivos.

La manifestación de ese día no necesitaba, al menos no se preveía por las características, que fuese a ocurrir algo semejante.

—¿A qué viene tanta parafernalia policial? —interrogó Víctor sabiendo la respuesta.

—Protocolo gubernamental —comentó uno de los de la mesa.

—Protocolo del ministerio del interior o estrategia policial —comentó otro desganadamente mientras acababa de proporcionar el último sorbo a su café.

—Es una manifestación inofensiva y pacífica, tan inofensiva y pacífica como una procesión religiosa. Deben sentirse muy amedrentados y con cimientos muy débiles los asientos de los gobernantes, para temer de este modo a este grupo que más que protestante parece implorante —les dijo Víctor, a lo que otro de los compañeros de café añadió.

—Cantantes más que implorantes, cantan y bailan acompañados de tambores.

—Un pueblo que canta a la libertad no ha representado nunca peligro alguno, mientras canta a la libertad olvida la acción y los medios para conseguirla. Un pueblo que canta a la libertad, la aleja de sí, sus cantares son como las oraciones dirigidas a una distante e inaccesible divinidad —apostilló Víctor mientras veía pasar a los manifestantes, hombres y mujeres, riendo y balanceando sus cuerpos al son de la música. Permanecía viendo todavía por la ventana del local y añadió.

—Ni siquiera cantan algo relacionado con sus reivindicaciones, son canciones de moda, les domina un espíritu festivo y de pasarlo bien que me asombra.

—En esta sociedad se tiene de todo y a todo puede tenerse acceso —sentenció uno de los cafeteros de la mesa.

—Eso es lo que nos venden y quieren hacernos comprar —le respondió otro.

—El acceso a lo que hay es cuestión de asequibilidad, el dinero facilita esta asequibilidad por medio del trabajo y del ahorro —le respondió el anterior.

—Bien se ve que el espíritu de burgués catalán lo llevas en la sangre, de quién sabe cuántas generaciones de desalmados comerciantes —le respondió el compañero cafetero de mesa, entre quienes se había entablado de repente una especie de duelo a espada de afilada lengua.

—Es cierto lo que he dicho y no me desdigo —respondió con seriedad.

—Que no te desdigas es cierto, que sea cierto lo que dices es otra cosa diferente. Pensemos un poco, aunque sea por un instante, del trabajo se obtiene un dinero necesario para vivir y poco más, el ahorro es imposible sin privaciones, con los salarios actuales. No olvides el alquiler de la vivienda, la electricidad, el gas... tienen precios abusivos, las hipotecas y préstamos, así como las compras de pagos aplazados, impiden todo posible

ahorro, los precios de los alimentos se han disparado como un cohete galáctico que cada vez se aleja más de las posibilidades de la compra por la mayoría de la población —le respondió con cierta sorna.

—Aun así, el ahorro puede ser realizado si se utiliza inteligencia y programación.

—No hay inteligencia ni programación que valga, cuando nada hay que programar, con inteligencia o sin ella. Además, quien gaste su dinero en lo que supera lo necesario, es decir en el consumo estimulado de lo innecesario gasta en esas compras sus posibles ahorros. Resumiendo, quien consume no ahorra y quien ahorra no consume, paralizando su dinero en los bancos. He ahí el espíritu burgués catalán.

—Lo crees muy fácil. No has nacido en esta tierra, y sin embargo estas en ella porque te ha acogido para ofrecerte las oportunidades de las que carecías en la tuya —le respondió un tanto airado, llevando el tema a un plano personal.

—Cataluña es un trozo de tierra, situada en la península Ibérica, que a su vez es otro trozo de tierra situada en el continente europeo. La identidad comercial e industrial, de espíritu fenicio, se la han dado sus habitantes, nutridos y reforzados, con gentes de otras tierras sin nombre. Las tierras, llámense como se llamen, no tienen importancia alguna, corrijo, únicamente tiene importancia para quienes la poseen o la dominan, para los demás hay una identificación con el nombre a nivel administrativo, sentir amor por la tierra catalana, vasca, andaluza, etc., es como sentir amor por prostitutas con quienes se ha estado.

—Estás hablando del nacionalismo y por ahí no paso —respondió enfadado y dispuesto a dejar de hablar.

—Habrás de pasar, y pasarás, por encima de los que no somos nacionalistas, ni regionalistas, ni autonomistas de ningún tipo ni de ninguna tierra. Habrás de pasar por encima de los que somos ciudadanistas, poblacionistas, humanistas o puedes utilizar el término que desees. Entérate bien, lo humano como ente-lequia, el hombre como tangible, es lo único que debe interesarnos defender, lo demás son discursos políticos, artículos periodísticos y manifestaciones cantadas, bailadas, y si lo requieren, violentamente reprimidas.

El que así había hablado era el otro, duelista superior en la esgrima dialéctica adquirida en su actividad de profesor de historia de la filosofía.

—Yo definiendo al hombre.

—Es posible, por tus palabras lo has colocado en el último lugar sin prioridad alguna para su defensa. Creo más bien que la defensa que pretendes hacer de él no es otra que un interés particular de que no se extinga para que pueda seguir siendo lentamente explotado, sin que tenga la menor conciencia de ello. Ahí radica la inteligente y desalmada actitud fenicia-cartaginesa del espíritu burgués catalán.

—A cada uno se le da lo suyo —le dijo sentencioso.

—No me hagas sacar pedantemente la historia social y el movimiento reivindicativo obrero catalán. Los cimientos de vuestras ilustres casas, así como las factorías y fábricas, tienen por cemento y arena cuerpos de familias enteras y por agua para esta inhumana argamasa, su sangre. El empresario catalán fue el peor de Europa, ahora es igual a cualquier otro europeo, al empresario solo le interesa el dinero. La nación, los nacionalismos, las patrias, no presentan para ellos más que una forma de obtener ventajas económicas. Los empresarios tienen ideología de derechas, los nacionalistas tienen

ideología de derechas y este es el resumen de su ideología, todo aquello que sea susceptible de ser utilizado para incrementar mis beneficios económicos, me vale, y por tanto lo defiendo y lo promuevo.

La manifestación con sus cantos, consignas, pitos y bailes seguidos por varios furgones policiales, había pasado. El profesor de filosofía exaltado por sus anteriores palabras remató refiriéndose a los policías.

—Ahí tienes un ejemplo, compran las cobardías vendidas como valentías.

Habían transcurrido varios meses desde su llegada a la ciudad, poco más tenía que ofrecerle exceptuando la repetición de lo ya vivido, paseaba un día por los alrededores de su vivienda cuando la tarde empieza a querer descansar y la luz del día con ella, en un pequeño parque decidió descansar él también en un banco, tomando en consideración que había llegado el tiempo de cambiar de ciudad. Granada le pareció una buena opción con preferencia a otra ciudad, se encontraba ensimismado en esta reflexión cuando una voz femenina lo arrancó violentamente de sus enfrascados pensamientos con la misma intensidad que el tapón de corcho es soltado de una botella de cava.

—Disculpe, ¿puedo dormir esta noche en su casa? —le dijo, situada de pie ante él.

Desconcertado no supo qué contestar ni cómo reaccionar, estaba como si hubiese sido despertado de un profundo sueño y por añadidura con una pregunta semejante hecha por una mujer joven, bien parecida y vestida con buen gusto. Incapaz de exteriorizar otra cosa que no fuese asombro, hizo que le repitiese la pregunta, por si había escuchado mal.

—¿Puedo dormir esta noche en su casa, por favor? —volvió a oír la petición de la mujer. Su voz un tanto atropellada mostraba nerviosismo y desamparo, lo captó inmediatamente como inmediatamente también captó que no se trataba de una mujer que ofrecía su compañía a cambio de dinero, ni de alguien que estaba buscando un encuentro sexual rápido con un desconocido. Se puso en pie, contempló su rostro de facciones agradables, pero de expresión asustada, no alcanzaba los cuarenta años, precisó mentalmente que bien podría tener treinta y cinco.

De pronto se dio cuenta que a lo largo del día se había cruzado varias veces con ella, llamándole la atención no sabiendo el porqué, posiblemente por la actitud de abandono y laxitud de su caminar. Esta muchacha después de estar todo el día paseando calles debe encontrarse exhausta y hambrienta, seguro que no ha ingerido alimento en todo este tiempo, de tener dinero tomaría la habitación de un hotel y no se atrevería a realizar petición semejante. Esto pensó con la rapidez inusitada con que la mente funciona ante situaciones semejantes.

—Antes de decirle que sí o que no, le diré que tengo hambre y espero que acepte mi invitación para cenar, creo que nos vendría bien a los dos.

La mujer realizó un leve movimiento afirmativo de cabeza y los ojos le brillaron tal vez por el deseo de comer, o por superar la incómoda situación.

Entraron en un restaurante al que acudía frecuentemente.

—Elija de la carta a su gusto —le dijo, añadiendo poco después—, si es pescado le recomiendo lubina o besugo a la espalda, si es carne su preferencia, la que probé aquí toda ella me pareció excelente. Me atrevería a decir que es ternera de origen gallego con la que aquí elaboran sus platos.

Al hablar de ese modo, la mujer se tranquilizó, en gran parte estaba descartado que fuese un maníaco que pudiese hacerle daño, lo conocían en el restaurante y sus modales

eran cuidados, había esperado a que ella se sentase primero, le había arrimado la silla, después se sentó enfrente, esperó a que ella eligiese primero. Pidió agua y vino, cosa que a ella le agradó pues necesitaba un poco de alcohol, realmente se encontraba desfallecida.

Ella pidió lubina, él también, pero además pidió escalopes para compartir. No acostumbraba a realizar cenas copiosas, más bien escasas en la cantidad y suaves en la sustancia, pero suponía, y no se equivocaba que ella tendría un hambre superior a lo habitual.

Durante la cena él mantuvo la discreción, no realizando pregunta alguna sobre ella, comieron parte en un silencio para nada incómodo y parte hablando sobre la comida en general. Observó que manejaba con habilidad la paleta del pescado, que no hacía ruido con los cubiertos en el plato, en un momento que quiso untar un poco del jugo de la lubina en pan, éste lo pinchó en el tenedor, lo pasó por el plato y se lo llevó a la boca.

Por este y algunos gestos más, y a pesar del hambre contenida, supo que esa mujer había tenido una educación esmerada, al menos en el aspecto formal. Esta apreciación lo tranquilizó también a él, descartando el temor de que fuese a meter en su vivienda al gancho de una banda de desalmados, tan en boga en ciudades grandes.

En el pequeño apartamento le ofreció su habitación para dormir, mientras él lo haría en el sofá de la sala. Ella se negó a aceptarlo y él se negó a aceptar esa negativa, le prestó una de sus camisetas, le indicó que usase la ducha si la necesitaba, poniendo a su disposición toallas y sábanas limpias.

—No puedo ofrecerte secador del pelo, pero tampoco permitiré que introduzca la cabeza en el horno de la cocina —le dijo, también añadió, la habitación tiene puerta que puede cerrar con llave, aunque esto último le rogaría que no lo hiciese, el baño se encuentra en la habitación, si deseo usarlo no podría hacerlo o tendría que despertarla.

—Porque no me permite a mi dormir en el sofá —volvió ella a insistir.

—Entre otras razones, está la de que suelo trabajar algunas horas durante la noche, el silencio nocturno me estimula intelectualmente. Si a pesar del cansancio no es capaz de conciliar el sueño, lo que es probable que suceda y desea tener un poco de conversación, me encontrará leyendo.

Ella sonrió por primera vez, a él le pareció que haber conseguido una sonrisa de ese rostro tras el que se ocultaba quien sabe qué incidente, había sido un gran logro.

No había transcurrido una hora cuando apareció en la sala.

—Estoy agotada y sin embargo soy incapaz de quedarme dormida, tenía usted razón. Si permanezco tumbada un minuto más me volveré loca, los pensamientos se desplazan de un lado a otro con velocidad de vértigo.

Él levantándose de su asiento le indicó que fuese al sofá y se sentase.

—Cuando se está muy fatigado, se han tenido emociones o preocupaciones intensas, es difícil conciliar el sueño, sobre todo en la posición horizontal. No me pregunte porqué, porque no sabría contestarle, pero lo mejor para estos casos es intentar dormir en una postura sedente, tampoco sabría contestarle a que obedece, pero es eficaz —le dijo mientras volvía a sentarse en la silla que anteriormente ocupaba.

—Podemos compartir un poco de jerez, es la única bebida alcohólica que tengo.

—Me sentará bien, estoy segura —le dijo ella con expresión despreocupada.

—Me he mantenido en los márgenes de la discreción sin haberle hecho ninguna pregunta, pero me intriga enormemente. ¿Qué pudo haberle ocurrido que fuese tan grave como para estar deambulando por las calles sin dinero e incluso sin ropa de abrigo suficiente? Si variase un poco más la temperatura habría de pasar frío —le preguntó mientras le servía en una pequeña copa el jerez.

—No lo sé muy bien y al mismo tiempo si lo sé. Es contradictorio lo que digo y lo que pienso, tengo la cabeza hecha un lío de mil demonios y el corazón revuelto como una colmena atacada por un oso buscando miel —se llevó la copa a los labios y se bebió un trago— ¡Está muy bueno! —añadió volviendo a tomar un pequeño sorbo.

Él vació su copa de dos tragos, ella lo imitó y vació la suya, llenaron las copas de nuevo.

—Es un buen jerez, tengo debilidad por las bebidas dulces que no sean destiladas, la fermentación se produce en los vinos, sidra, cerveza, champán... la destilación es otro proceso químico totalmente diferente, con el considerable incremento de alcohol y por tanto varias veces más perjudicial. ¿Podemos tutearnos? —le preguntó.

—Por favor retíreme ese distante tratamiento, por mi parte estaba deseando hacerlo, pero no me atrevía a pedírtelo.

—Esta noche, durante la cena, no te has fijado porque se encontraban en la mesa situada a tu espalda, estaban sentados tres clientes, uno de ellos olisqueó la copa que se encontraba sobre la mesa, cuando les trajeron la botella de vino, olisqueó varias veces el corcho después de otras tantas haber realizado círculos en el aire con él. Cuando vació el vino en la copa realizó la misma operación que había hecho con los objetos anteriores, solo que esta vez en grado superlativo. Llegado a este punto ella sonrió alegremente, él continuó hablando.

—Después agitó el vino en la copa y volvió a oler repetidamente, realizó esta operación cinco veces, posó la copa en la mesa y estuvo removiendo el vino un buen rato, que de tanto oxigenarlo lo convertiría en vino oxigenado. Ella soltó una irreprimible carcajada. La operación de cata no finalizó ahí, al llevarse la copa otra vez a las narices la olisqueó tan a su gusto y deleite que más parecía querer sorberlo por ellas que por la boca. Los dos compañeros siguieron hablando sin prestarle demasiada atención. Al principio pensé que sería un experto catador, pero enseguida me di cuenta que era un tonto más, de los muchos que frecuentan los restaurantes no para comer, sino como acto extraordinario en sus vidas.

Bebió un buen sorbo ella, diciendo:

—En esta pequeña copa no puedo oxigenar el jerez, luego no soy tonta, al menos en eso no lo soy. Pero sígueme contando lo que ocurría, que pena habérmelo perdido, aunque en el estado de ánimo que me encontraba sería incapaz de fijarme en algo que no fuese yo misma.

—Después de todas esas operaciones previas vino el probatorio, en él realizó otro tanto de lo que había realizado con anterioridad. Finalmente, agotado por el esfuerzo, me imagino, dejó la copa con algo de vino en la mesa descansando, pero no la dejó en paz, de vez en vez le daba unos mareantes meneos de recuerdo.

—Estoy encantada de escuchar como lo cuentas —le dijo ella riéndose—, sigue hablando porque me lo estoy imaginando.

—Les llegó la cena, carne me pareció ver. Uno de ellos, no el experto catador, sirvió el vino sin miramiento alguno y todos se abalanzaron sobre sus platos como lobos feroces sobre caperucita. Me fijé que todos ellos bebían después el vino, apenas habían acabado de masticar el bocado de carne. El vino al mezclarse de esa manera con el persistente sabor del bocado, pierde la mayor parte de las cualidades buscadas en él con tanto escrutinio.

Deberían, al menos el especialista, que iba de entendido en vinos de medio pelo, dejar que pasase gran parte del sabor de la comida, masticar un pequeño trozo de pan para limpiar el paladar lo más posible y después ingerir el vino a tragos como Dios le dé a entender.

—Por tus palabras veo que eres un entendido en vinos —le dijo ella.

—Nonis de nonis, ni pajolera idea, no entiendo de vinos, de lo que sí entiendo es de no ser tonto ni de parecerme a los que lo son, para eso me mantengo constantemente alerta—le dijo él dando un pequeño sorbo al jerez al final de sus palabras.

Ella lo imitó, pero vació la copita presentándosela para que la llenase, él le hizo un gesto con la mano indicando calma.

—Despacio, bebamos despacio, el jerez es agradablemente dulce, entra muy bien, de no beber con comedimiento acabaremos diciendo tonterías.

Ella se encogió de hombros y le sonrió. A él le gustó tanto el infantil gesto como la infantil trasgresora sonrisa.

—Lo que sí puedo saber, es que el vino no es como las bebidas destiladas, wiski, coñac, ginebra... y combinados que se puedan hacer con ellas. Estas bebidas, así como el ron, aguardientes o vodka, son bebidas frías que con su frialdad separan, individualizan y aíslan, son por decirlo de algún modo, bebidas de solitario. El vino, por el contrario, es una bebida cálida que agrupa, que le gusta reunir a varias personas a su alrededor en una mesa y estimular confidencias unas veces, proyectos otras, conspiraciones antaño o simplemente conversación entre compañeros y amigos. El vino nace y vive en las tabernas, sobre mesas de maderas, en locales recogidos, pero de ambiente alegre y bullicioso. ¿Has oído cantar a alguien en un café, en un restaurante o en un pub? Imposible de ver u oír eso, pero en los bares, hasta hace unos pocos años era lo normal y lo frecuente, cuatro o cinco amigos cantaban y se les unían las mesas de al lado sin conocerse de nada, pero eran vecinos de mesas vecinas, hermanadas por el vino. Hoy está sana costumbre desaparecida, en gran parte motivada por los individualistas tiempos actuales, está siendo inconscientemente recuperada en Galicia con unos locales emplazados en aldeas y a las afueras de los pueblos donde se vende el vino de la propia cosecha. Ahí se encuentra el último reducto solidario del vino, sellador de acuerdos y mitigador de desavenencias. También en el oficio de la misa lo bebe el sacerdote, pero el muy cabrón lo bebe solo.

La risa de ella se dejaba oír al tiempo que aplaudía.

—¡Magnífico! ¿Puedo preguntarte a qué te dedicas? —le preguntó ella sonriéndole.

—Soy cura —le respondió él.

—¡No! —exclamó ella, recobrando la seriedad inmediatamente.

—Fui cura, pero ya no lo soy, al menos de momento —le dijo él.

—Tenía entendido que la persona que es consagrada sacerdote, lo es para toda su vida, puede prohibírsele decir misa, pero seguirá siendo sacerdote y todas esas cosas que la religión le otorga.

—No he sido cura de esa manera, ni de esa guisa, ni de esas guisas. Mi púlpito era la universidad, desde él, cuando oficiaba mis clases, sermoneaba todo aquello que la religiosa ciencia me indicaba y que yo como exégeta expandía como palabra divina sobre las moldeables crédulas mentes juveniles. Les amenazaba con el cielo y la bienaventuranza que representaba la nota alta y el infierno representado con el suspenso. Te absuelvo, te condeno, así actuaba yo, como todopoderoso representante de la religiosa ciencia.

—Por un momento me has asustado —respondió ella.

—¿Ah sí? ¿Tienes un alma tan perversa o tan pecadora que temes el estigma eclesiástico? —le dijo él, riéndose.

—Sí, y mucho, —respondió de nuevo ella mientras ofrecía la copa vacía para que se la llenase— ¡por favor! —le dijo.

—Sin favor —le dijo él—, llenaremos las dos copas, pero del alma que se ocupe quien nos la dio, del cuerpo y de nuestros actos únicamente nos atañe a nosotros.

*Clamé al cielo y no me oyó,
él sus puertas me cerró,
y de mis actos en la tierra,
responda el cielo y no yo*

—Es un verso del Don Juan Tenorio, intenta escudar sus actos en la falta de ayuda divina, cuando lo divino es en realidad ajeno a la persona, al menos en la decisión tomada en los actos. Es el momento de hablar si te apetece, del lío de los demonios de la cabeza y de la colmena, de la miel y del oso del corazón.

—Todo empezó cuando esta mañana sonó un mensaje en el teléfono de mi marido, no pudiendo vencer la natural curiosidad, por no llamarle desconfianza femenina, cogí su teléfono y mientras estaba en la ducha leí el texto. Había tenido una relación, una aventura, una excursión, una conquista, una seducción o una leche en vinagre. Al salir de la ducha le mostré el teléfono, titubeó, no intentó negar, lo que le honra en parte, pero se disculpaba diciendo que había sido una cosa pasajera, un calentón, algo no premeditado, cosas que pasaban y que estaban fuera de nuestro control. Por mi parte lo escuchaba en silencio, sin pronunciar ni una sola palabra, a medida que hablaba notaba como el ridículo iba apoderándose de él. De repente empezó a decirme que yo era la mujer de su vida, que había sido una suerte el haberme encontrado, intentó abrazarme varias veces rechazándome yo con violencia otras tantas. A pesar de mi silencio y aparente tranquilidad estaba encolerizada, la sangre me hervía de los pies a la cabeza, le hubiera dado muerte allí mismo sino reprimiese ese instinto que no es animal precisamente.

—Más bien cultural, instinto cultural —le dijo él interrumpiéndola.

—Eso mismo, ese instinto cultural de sentirse engañada por él y lo que era peor, humillada por otra mujer. Es la primera vez que sucede y la única que habrá de suceder, te lo prometo, me repetía. Entonces, con frialdad, que a mí misma me sorprendió, le respondí que, si tuviese motivos en mi comportamiento o por mi compañía, aunque no se hubiese hablado de ello, lo entendería, como entendería que tuviese un enamoramiento de otra persona, me dolería igualmente, pero decir por un capricho y por cosas semejantes, no lo acabo de entender. Acabó de hablar y le dio un buen sorbo al jerez.

—Está bueno, ¿a qué sí? —le preguntó él mientras la imitaba, con la intención de relajarla.

—Lo está, me quedaré con la marca —le respondió prontamente ella.

—Lo que has dicho anteriormente no lo entiendes o no lo quieres entender. Me explicaré mejor. ¿No lo entiendes en él o no lo quieres entender en ti? —le preguntó aflorándole una tenue sonrisa.

—No comprendo lo que quieres decirme —dijo ella muy seria.

Él supo con esa actitud que lo había comprendido perfectamente, y que con esa misma actitud se había puesto a la defensiva. Mantuvo unos instantes de silencio esperando su siguiente reacción, que no fue otra que mantener una seriedad forzada y artificial. No esperó a que ella dijese algo para no hacer que sintiéndose atacada y se refugiase tras unas inútiles defensas que la encerrarían en un absurdo laberinto.

—Quiero decirte que todos nosotros hemos tenido en algunos momentos algunas de las disculpas que tu marido ha mencionado. Unas veces han sido llevadas a la práctica, otras han quedado en el deseo y en casi todas las veces no han pasado de una cuestión mental. Tal vez podrás ser tú la excepcional excepción. Si te observas un poco, sin hacer falta que entres en profunda meditación, es posible que puedas ver las cosas con un prisma más benévolo.

—Aun así, aunque eso así fuese, no lo he llevado a cabo —dijo ella tajante.

—Menos mal que con el pensamiento no se peca, escribió Agustín de Hipona, creo yo que la absurda norma de la fidelidad impuesta, consiste únicamente de la cintura para abajo, considero que eres una mujer inteligente, me has comprendido perfectamente

—¿Qué otra cosa podría pensar en aquel momento? —preguntó a modo de disculpa.

—En aquel momento no podías pensar nada porque en tu estado de rabia, y colérica como estabas eras incapaz de pensar racionalmente sobre cosa alguna. Simplemente actuabas obcecadamente con unas respuestas estereotipadas, quiero decir con una respuesta visceralmente ordinaria y de perogrullo, como igualmente reaccionaría la mayor parte de la población, llena hasta los topes de perjuicios, prejuicios, represión, intolerancia y vulgaridad —dejó pasar unos instantes antes de seguir—. No olvides que es un cura en excedencia quien te habla y quien te escucha. Retoma la narración donde habías quedado, son apasionantes las discrepancias familiares.

El rostro de ella expresó una sonrisa con deje de amargura antes de proseguir.

Le dije elevando el tono de voz casi gritando como una estúpida demente, —¿Qué pensarías si yo hiciese lo mismo? —para seguidamente decirle—. Voy a hacerte lo mismo, así te sentirás como yo me siento—. Sentí la venganza dentro de mí, dentro de mí también estaba con la misma intensidad la ceguera de la cólera que todo lo oculta, me precipité a la puerta de salida, así como ahora me encuentro, sin dinero, sin teléfono, sin documentación alguna. Trató de impedirme salir, pero no lo consiguió.

En la calle me di cuenta de la situación en la que estaba, mi paso era rápido, me había alejado varias manzanas, por un momento imaginé que vendría tras de mí, pero no había caído en la cuenta que se encontraba desnudo, el tiempo empleado en vestirse, salir a la calle y escoger al azar una dirección coincidente con la que yo hubiese tomado, hacía que fuese improbable que diese conmigo. Caminé durante todo el día por calles por las que nunca había pasado ni se me habría ocurrido pasar, sentí sed, entré en una cafetería pedí un vaso de agua y me lo negaron, dijeron que allí el agua se vendía, no me atreví por vergüenza a repetirlo. Con la garganta seca y la boca acartonada entre en un pequeño parque, en el había una fuente, sací la sed que me abrasaba. Bebí en abundancia, pero

tanta debía haber sido mi necesidad de líquido que no tuve necesidad de ir al baño durante el resto del día.

—¿Por qué no acudiste a algún familiar? —preguntó Víctor.

—Ninguno vive en la ciudad —respondió.

—Amigos y conocidos podrían haberte ayudado, sin dudarlo — insistió él.

—No quería airear asuntos familiares y menos todavía con gente cercana, desde jovencita me impuse esa norma, por otro lado, siempre fui celosa con mi intimidad.

—A un hotel, podías haber ido a un hotel.

—Hubiera podido ir si tuviera alguna documentación.

—¿Y volver, porque no volviste a tu casa? —volvió el preguntar.

—No podía volver.

—¿Por qué no podías?

—El orgullo me lo impedía, no podía volver sintiéndome derrotada, herida y además vencida.

—¿Y sin la venganza realizada, claro? —matizó él.

Unas lágrimas se deslizaron por sus mejillas.

—No quieres volver a tu casa, siendo tuya, por celos, por malsano orgullo y te arriesgas a meterte en casa de un desconocido que te encuentras sentado en un parque.

—Te observé bien antes de acercarme y hablarte —le dijo ella sonriente.

—¡Una mierda! Estabas tan loca como desesperada o tan desesperada como loca —le respondió riendo.

—Sea como fuese, la elección no pudo ser mejor. No me negarás que tengo buen criterio —le dijo ella sonriendo.

—¡Dios mío, como sois las mujeres! —exclamó, llevándose la mano a la frene —. ¿A qué os dedicáis, que profesión tenéis ambos?

—Mi marido es economista, yo he estudiado derecho especializándome en derecho empresarial y de gestión, poseemos una gestoría con varias sucursales. Formamos un buen tándem complementario, el dirige la parte que corresponde a la economía y yo dirijo la parte de gestión y jurídica —le dijo ella.

—Los celos, el orgullo y probablemente un carácter impulsivo y cambiante como el viento, van a destruir de un manotazo una relación amorosa de años, un trabajo que gusta, que además es estable y rentable y lo que es todavía peor, separarte llena de rencor del hombre que seguirás amando todavía durante años. Eres capaz de matar por celos y por orgullo, sin darte cuenta que son los celos y el orgullo quienes te están matando.

—¿No tienes pareja? —le preguntó ella de repente.

—No, nunca he tenido pareja —le respondió.

—Homosexual no eres, ¿por qué esa decisión? —insistió ella.

—La respuesta es sencilla, porque soy aburrido, de mal carácter y difícil de soportar —le dijo él.

—No creo que eso sea cierto —contestó ella.

—Pues entonces habrá sido porque considero a la mujer aburrida, de carácter voluble e inestable, celosa, orgullosa y difícil de soportar —le respondió él.

—Me siento estúpida, beberé la última copa y me acostaré. Ahora sí que me quedaré dormida —alargó el brazo con la copa vacía para que se la llenase.

Al día siguiente ella se despertó avanzada la mañana, la sala se encontraba vacía, en la cocina había un par de cruasanes frescos y café hecho, todavía caliente. Sobre la mesa había un juego de llaves y dinero sobre una nota. *Dispón como consideres* y su número de teléfono. Somnolienta todavía sonrió, se estiró, comió con apetito los cruasanes y preparó el café con algo de leche que sorbió lentamente, en silencio.

Al salir cerró la puerta suavemente, habiendo cogido un billete para el taxi y la nota, dejando en su lugar otra que ponía laconicamente, gracias.

Unos días más tarde recibió Víctor una llamada telefónica, una voz de hombre se presentó como el marido de la mujer a quien amablemente había acogido en su casa, le invitaban a una cena en su domicilio en compañía de algunos de sus mejores amigos. El profesor pensó durante unos instantes la respuesta antes de contestar, volvió a oírse la voz.

—Tanto para mi mujer, que ya la conoce, como para mí sería una gran satisfacción que aceptase asistir, será una velada agradable y por lo que se dé usted, de su gusto.

El profesor dudaba todavía, haciendo esperar su respuesta de compromiso, cuando volvió a oírse una voz, esta vez femenina.

—Te ruego que vengas a la cena, no aceptamos excusas, ni compromisos insalvables, y mucho menos una respuesta negativa. Te prevengo, se dónde vives, sino vienes te traemos a la fuerza —le dijo ella con voz pletórica de alegría.

—Iré con sumo gusto, no me perdería esa cena por nada del mundo —le respondió a modo de disculpa.

—Pasaré a recogerte este sábado sobre las ocho de la tarde.

En la cena con espíritu de fiesta reunión, había varias parejas y tres personas de ambos sexos desparejados además de él.

—Ardía en deseos de conocerle, le dijo el marido, antes que nada, le digo que está usted no como en su casa, sino en su casa. Quiero tenerlo como amigo y espero hacer méritos para conseguirlo.

Iba a cogerlo del brazo para dirigirse a una sala donde se encontraban los invitados, pero ella se adelantó a su marido.

—Este honor me pertenece a mí, cogiéndolo familiarmente del brazo hicieron la entrada y las presentaciones.

La vivienda se encontraba situada en uno de esos antiguos edificios que posee Barcelona cuyos pisos fueron divididos en apartamentos, la ventaja que proporcionaba era manifiesta, por un lado, su céntrica situación, por otro la rentabilidad mayor tanto en alquiler como en venta, la sociedad de principios del siglo XX nada tenía que ver con la sociedad de un siglo posterior.

El matrimonio, parte por herencia parte por su compra, había adquirido ventajosamente la vivienda en su distribución original, reformando su interior para adaptarlo a sus necesidades, de ahí que pudiesen disponer de un gran salón, con cabida para varias veces más personas que las invitadas ese día. El marido como descendiente

de la burguesía catalana tenía esa impronta adquirida tanto por el medio en el que había vivido como por la educación recibida, de hombre de mundo. A pesar de su juventud su habilidad emprendedora empresarial catalana le proporcionaba succulentos dividendos, dividendos de los que en ningún momento hacían alarde ni derrochaban, pero que gastaban sin preocupación en los momentos necesarios.

El profesor se fijó desde el primer momento en una mujer joven, atractiva, de bonita figura y modernamente vestida, esto último fue lo que más atrajo su atención. Más tarde a lo largo de la velada pudo comprobar que la frivolidad formaba gran parte de su vida, hija de propietarios o accionistas mayoritarios de un sanatorio privado, y ella misma médico, no tenía en el interior de su cabeza más que el tratamiento pautado para las enfermedades de su especialidad oncológica. Los demás invitados cada cual con profesiones dispares pero un nexo común unía a todos ellos, sus elevadas rentas y su burgués amor al dinero.

Un cocinero y camarera habían sido contratados, el matrimonio se despreocupaba de esta forma de todo lo concerniente al servicio y cena, aprovechando sin preocupación la velada en su casa como unos invitados más.

Durante la cena ella había sentado a Víctor a su lado, comían platos de moda con variedad de sabores y artísticamente presentados en pequeñas proporciones, salpicados con conversaciones intrascendentes por un lado y rehuyendo tocar temas que no serían considerados de buen tono, como tampoco serían así considerados si de cualquier otro tema se tratase con mayor profundidad que una frase ingeniosa que pareciendo decirlo todo no dice nada.

El profesor se dio cuenta de todo esto, actuó como todos actuaban, él por lo menos lo hacía, supuso que los demás lo harían también, suposición que consideró equivocada como a lo largo de la velada iba comprobando que lo que él consideraba actuación para los demás era su natural comportamiento.

En un momento de la cena el profesor se inclinó ligeramente hacia la anfitriona.

—¿No es insultantemente aburrido todo esto?

A lo que ella respondió.

—No, para quienes no conocemos otra cosa.

—¡Ah! La charla de la noche mantenida cuando nos conocimos debió resultarte tediosa y a mi calificarme como un pesado insoportable —le dijo sonriendo.

—Ni por asomo, la mejor noche que recuerdo en años, lo tuvo todo, excepto una cosa que bien pudo tener, y si faltó fue porque no has querido.

Ella giró algo más la cabeza y lo miró directamente a los ojos. Él le sonrió cariñosamente.

—Por lo que te doy las gracias de nuevo —bajó el tono de su voz casi hasta llegar al susurro —, lo hubiera hecho al principio por despecho, después por desesperación, después por protección, después por sentir el calor humano, finalmente a medida que te trataba me invadió el deseo, tal vez, de recuperar la juventud que comienza a desvanecerse.

—Amas demasiado a tu marido para tener esas veleidades de universitaria despreocupada —le dijo en tono bajo.

—Es posible. De todas maneras, la noche fue encantadoramente maravillosa —expresó las primeras palabras con rostro serio, después lo relajó.

—¿Qué cuchicheáis como ratones en ese lado de la mesa? —dijo uno de los invitados.

Víctor como buen imitador hombre de mundo, dijo elevando un poco la voz para ser escuchado, pero dirigiéndose a la anfitriona primero.

—Si me autorizas haré publica nuestra pequeña conspiración.

Ella movió afirmativamente la cabeza con algo de temor, pero confiando en la discreción de su reciente amigo.

—Comentábamos que para tener una conversación fluida es necesario tener vocabulario y este se adquiere con lecturas y que para tener una conversación interesante es necesario tener abundantes lecturas de libros igualmente interesantes.

En la mesa se hizo un silencio expectante. Mientras tanto la anfitriona aliviada y ocultando la sonrisa acercando la copa con un buen cava a sus labios. Después de beber lo animó a que siguiera hablando.

—Nuestra anfitriona me contaba, que por las numerosas distracciones que tenemos a nuestro alcance, más que por la falta de tiempo, es por nuestra pereza a realizar esfuerzo mental alguno. Yo le añadía a sus palabras, que cuando escuchaba decir a una persona que leía, se refería siempre a novelas, siendo éstas de dudosa, por no decir, de nula calidad literaria. En esto estábamos cuando nos volvieron a la mesa al grito ¡policía, vomitad públicamente lo que estáis hablando! Eso hemos hecho, espero que lo dicho tenga alguna utilidad.

—Yo únicamente leo revistas científicas relacionadas con mi profesión —dijo la guapa señora médico.

—Únicamente leo libros publicados en lengua catalana —dijo otro de los comensales.

—El tiempo es oro, es algo que no puedo permitirme perder —dijo otro, a la vez que lo apoyaban asintiendo con la cabeza, varios compañeros.

—Efectivamente, estamos de acuerdo contigo, no podemos permitirnos perder el tiempo con lecturas, nos apartarían de nuestro cometido profesional —dijo otro de ellos hablando por boca de todos, como un ministro habla por boca de todos los ciudadanos.

—Permitidme que me convierta en un anarquista catalán, ya que estamos en la tierra que en otro tiempo fue su referente ideológico, dijo Víctor y continuó hablando, el que solo sabe de medicina, ni de medicina sabe, la cita no es mía, es de Marañón. Aquellos que únicamente se limitan a las lecturas de una lengua es por desconocimiento de las otras, es lo evidente, pero quienes lo hacen por patriotismo, cabezonería o cualquier otra justificación, dudo que hayan leído más de cuatro o cinco libros en su vida. Quien diga que el tiempo empleado en la lectura es un tiempo perdido, le diré que el tiempo no se pierde, se emplea mal. En la lectura se obtiene aquello que se busca o se consigue aquello a lo que se va a su encuentro. Emplear el tiempo en los negocios es muy argirocrático, pero de ahí no se extrae, al igual que de las minas, nada más que el mineral. De la lectura se extrae el conocimiento, en singular, que luego pueden, si se quiere, aplicar profesionalmente, pero como una aplicación más de las muchas que de este conocimiento puede hacerse.

La anfitriona intervino para suavizar un poco la conversación, pero únicamente un poco, pues le gustaba que hubiese energía en aquella anémica mesa.

—Conocimiento en singular y no en plural, no entiendo del todo lo que quieres decir.

—De la misma manera que la libertad es una y no puede pluralizarse porque dejaría de ser libertad si eso hiciésemos, igualmente ocurre con el conocimiento, que es uno, de pluralizarse dejaría de ser conocimiento, a la aplicación del conocimiento puede llamarse capacitación, habilitación, al igual que a la aplicación de la libertad puede llamarse, permisibilidades. Pongo un ejemplo, el que es rico, tiene riquezas externas en la misma proporción que las tiene internas, de no ser así, lo que hay es miseria adornada con materia lujosa. Creo que hay materia suficiente para que la conversación alcance altos vuelos o si los quieren rasantes, estoy dispuesto a recibir las balas dialécticas, como buen anarquista, dialéctico también, de los de la derecha, de los de la izquierda, de los de centro y de los que de nada son —finalizó diciendo Víctor.

—Puede decirse todo lo que se quiera y ensalzar todo lo que se quiera la lectura y el conocimiento, pero todo aquello que no conduzca a un fin práctico lo considero una pérdida de tiempo —dijo uno de ellos, que le habían presentado como industrial, tendría unos cincuenta y cinco años, y a su lado una bonita mujer, con quien se había casado.

—De la lectura no se vive y el conocimiento que no se utiliza es un conocimiento inútil, dijo uno de los jóvenes desaparejados.

Ambos dirigieron sus miradas a Víctor.

—Totalmente de acuerdo con lo escuchado —comenzó respondiéndoles—, pero matizaré algo, con la lectura se vive, y se vive muy intensamente, con una intensidad inimaginable para quien la desconoce. Lo que no llena la lectura es la panza, si por eso entendemos el vivir. Puedo matizar también que la panza puede llenarse de diferentes maneras, la panza lo admite todo, según sea el panzudo con respecto a la utilidad del conocimiento —dijo dirigiéndose al joven—. Lo he mencionado antes, no obstante, haré una observación, relacionar el conocimiento y su práctica, con actividades únicamente crematísticas, es limitarlo a un único y simplón interés personal, que de conocimiento nada tiene, y lo que sí se tiene es habilidad. Una persona habilidosa puede lograr muchas cosas y muchas casas, condecoraciones, premios y demás festejos, pero no pasará de ser un bruto reconocido por otros brutos como él, como un bruto destacado.

—Yo no tengo lecturas y no me considero bruta —expresó un tanto molesta una de las mujeres, esposa de un abogado y abogada ella también.

—Por supuesto que no, usted no da premios, reconocimientos y condecoraciones a nadie. ¿O sí los da?

—No, no los doy.

—Por otra parte, yo tampoco tengo lecturas y no me considero un bruto por eso. Nuestras maneras son refinadas y sabemos comportarnos en público refinamiento. Pero soy consciente que mi mente abandonada a la pereza no se encuentra cultivada y ella se encuentra embrutecida con facilonas opiniones que tomo como pensamientos, que además considero originales y exclusivamente míos, llegando a decir, sin vergüenza alguna, el político fulano es muy inteligente porque opina lo mismo que yo, cuando lo que realmente debería decir es, fulano está diciéndome lo que deseo oír para poder utilizarme —dijo Víctor.

El anfitrión que había permanecido en silencio, pero siguiendo con interés la conversación, soltó una sonora carcajada que inevitablemente contagió a los demás.

—Es sabido por todos nosotros, que no compramos ni adquirimos lo que necesitamos, compramos lo que deseamos, que a menudo nada tiene que ver con lo necesario. Si abrimos la puerta de nuestros armarios y la puerta del garaje podremos comprobarlo nosotros mismos. Esto me hace pensar que todos nuestros actos tienen una utilidad basada en el deseo. Expresó el marido después de la carcajada.

—La mujer, por lo que dices, tiene con respecto al hombre mayor cantidad de deseos cumplidos y una mayor cantidad de ellos sin satisfacer —dijo dirigiéndose la anfitriona a su marido.

—Si te refieres a la compra de lo innecesario, te doy la razón —le respondió sonriendo su marido al tiempo que apoyaba su mano sobre la de ella.

—Noto un rin tintín de reproche con una pizca de sarcasmo acusatorio hacia mí en tus palabras —respondió ella.

—Un poquito, apenas perceptible, que pasaría totalmente desapercibido sin no fueses tan susceptible llevando las cosas a un plano personal. Me pregunto: ¿si el conocimiento no tiene una finalidad práctica, que finalidad tiene entonces?

—La finalidad que tiene es el conocimiento en sí mismo, esta es la finalidad última y primera, es el alfa y el omega, su principal utilidad es la del conocerse a sí mismo. Lo demás son aplicaciones sociales de un conocimiento educativo estatal —respondió Víctor.

—¿Científicos y profesores de letras donde quedarán encuadrados? —preguntó la médica desafiante.

—Quedarían encuadrados en el grupo que aplica unos estudios financiados por el estado o por la industria. Esos estudios no son conocimiento, al menos el conocimiento del que estamos hablando. Con frecuencia son inútiles para la vida a pesar de todos los festejos y premios que hayan recibido por parte de las autoridades estatales y demás instituciones dependientes de ellas.

—No estoy en absoluto de acuerdo, respondió la médica buscando apoyo con la mirada en sus amigos.

—Si razona esa negativa o ese desacuerdo, es posible que yo también lo esté, mientras tanto no puedo compartir esa opinión.

La mujer sintiéndose herida en su amor propio, no sabiendo cómo salir de la situación, salió a la francesa o a la política, diciendo cosas de perogrullo.

—Alguien que ha pasado toda su vida dedicada al estudio, se conoce a sí mismo perfectamente, esto es lo que lo diferencia de los demás, por esa misma diferencia obtiene el reconocimiento y los merecidos premios —dijo ella convencida de que había encontrado una airosa y bien razonada salida.

—Los reconocimientos homenajes y premios, son algo establecido entre las instituciones, que desde el principio fueron instauradas para estimular una dirección social estipulada. Premios florales de ciencia, literatura, música y artes, premios florales que en última instancia no pasan de ser lo que son. Alfombra roja de los premios Óscar retransmitidos en directo entre risas y aplausos, ocultando el trasfondo económico de la cinematografía, industria química o farmacéutica. Todos ellos científicos o actores son premiados por los mismos intereses de trastienda, todos ellos son divos neuróticamente insoportables en sus respectivas profesiones. Gente de la farándula todos ellos.

La anfitriona estaba en su salsa, la velada estaba animosamente divertida e interesante, su marido contagiado por el entusiasmo de ella la siguió, deslizó una mano debajo de la mesa acariciándole el muslo.

—Hay una auténtica exageración en lo que se acaba de oír, todo ha sido llevado a un extremo absurdo —dijo uno de los comensales, harto ya de la sesuda conversación.

—Esa exageración la aceptaría si fuese razonada, como ha sido una sentenciosa opinión no puedo aceptarla como tal, no obstante, veamos si hay algo de verdad en lo que he dicho. A Tolstoi le fue negado el Nobel por ruso, a Strindberg le fue igualmente negado el Nobel por envidia del director de la academia sueca. Sartre lucidamente rechazó el premio y su dotación económica, sin embargo consta que se lo dieron con el fin de integrarlo en un sistema que él ponía en tela de juicio. El primer ministro inglés Churchill, ha sido condecorado o festejado con el Nobel de literatura. Kissinger secretario de estado yanqui, agasajado con el Nobel de la paz, aunque hubiese participado de forma muy activa en la guerra de Vietnam y ordenase el bombardeo secreto con aviones a Camboya. Este mismo premio de la paz se lo concedieron compartido con Kissinger a un vietnamita que se negó a compartirlo con un asesino.

El presidente de yanquilandia Obama fue merecedor del Nobel de la paz a los dos meses de ocupar el cargo, méritos no se le conocían, después si se le conocieron, había hecho cinco importantes guerras o más bien cinco importantes invasiones en diversos países. Estos son algunos de los casos, evidentemente que hay muchísimos más, como excepción son demasiados para considerarlos como tal. El Nobel ha sido un ejemplo del premio al más sinvergüenza, pero hay muchos más premios, condecoraciones, medallas y nombramientos, que se conceden anualmente en cada país. Todos ellos son juegos florales, fallas de Valencia.

Con las últimas frases realizó un gesto en el aire con las manos imitando humo o algo parecido porque nada tenía en ellas.

—Para las pocas lecturas que dice tener, esa documentación no se obtiene tan fácilmente —dijo con ingenuidad una de las mujeres.

—Si lo que he leído únicamente me sirve para esto, sí que puede decirse que he perdido el tiempo —le respondió sonriéndole con amabilidad, añadiendo—. Para sacar euros del bolsillo es bien sabido que es necesario haberlos introducido antes en él. Para expresar conocimiento debe haberse introducido éste con anterioridad. Hay quien realiza ejercicios corporales y juegos físicos para competir profesionalmente. Hay también quienes realizan estos ejercicios y juegos como diversión, como también hay quienes los realizan para mantener su cuerpo vigoroso y ágil, sin hacer del ejercicio una religión. Practicar el ejercicio salud, no es lo mismo que el ejercicio practicado con otros fines. Por lo que veo en esta mesa, aquí hay muchos cuerpos de gimnasio, con un miedo terrible a envejecer —acabó diciendo, a la par que se escuchó una carcajada de la anfitriona que resonó en toda la sala. El resto de la velada transcurrió como suelen transcurrir este tipo de reuniones.

Al día siguiente el profesor se despertó avanzada la mañana porque avanzada la noche se había acostado, sobre la mesa estaba depositado el estupendo reloj de pulsera obsequio de los anfitriones. Lo puso en la muñeca izquierda y lo observó: «Me gusta, con este reloj chaval vas a romper la pana», expresó en voz alta.

Se quitó el reloj y fue directamente a la ducha a acicalarse con la intención de no hacer nada durante el resto del día.

Esa misma tarde se encontró casualmente por la calle con su casera en compañía de su nieta, una adolescente de quince años de aspecto tímido pero vivaz mirada. Las invitó a entrar en la cafetería que se encontraba mismo donde ellos estaban. Lo hizo por cortesía, y porque le gustaba escuchar a la casera con su desparpajo salpicado de simpáticos ingenios. Se reía con lo que decía, a ella le gustaba esa actitud de él no perdiendo ocasión de hablarle cuando lo encontraba.

La jovencita se encontraba disgustada porque dentro de pocos días tendría un examen de física y no aprobaría la asignatura porque no lograba entenderla por mucho que la estudiaba. Su abuela trataba de animarla y de restarle importancia con frases cariñosas de abuela a su nieta.

Mientras él la observaba y hacía sus cábalas, la muchachita sintiéndose observada y como desvalorizada ante un extraño, su sensibilidad adolescente hizo que se le deslizaran dos hermosas lágrimas por las mejillas. Él le dejó su pañuelo de tela planchado por su abuela.

—Con eso lo único que consigues es dar más brillo a tus bonitos ojos, pero el problema permanece sin haberle buscado solución —le dijo mientras removía la infusión que había pedido, una pequeña hoja de té se deslizaba en círculos en el líquido de la taza.

La acercó hacia la chiquilla.

—Mira qué curioso, la fuerza centrípeta originada por el movimiento del líquido hace que la hoja sea expulsada hacia el centro, a medida que la velocidad del líquido disminuye la pequeña hoja es atraída hacia el exterior por lo que se denomina fuerza centrífuga. Hazlo tú —le dijo —,compruébalo tú misma.

Removió el líquido comprobando efectivamente lo que le habían dicho.

—Así se entiende perfectamente lo de la fuerza centrípeta y fuerza centrífuga —dijo la muchacha con el rostro iluminado.

—Eso ocurre porque no te lo han explicado bien, y temo que lo mismo debió de suceder con el resto de los temas, lo que lleva a que no entiendas la física más elemental y que acabes llegando a la conclusión de que la física no te gusta y además es una asignatura muy difícil. ¿Me equivoco? —acabó preguntándole mientras ella había pasado con esa facilidad que tienen los adolescentes de pasar de la tristeza a la alegría.

La abuela intervino, como suele decirse, metiendo baza.

—Ves como no es tan difícil, yo he entendido eso del centrifugado, es como lo de las lavadoras que centrifugan, si estudias, en el tiempo que te queda podrás aprobar el examen —le dijo la abuela animándola y sin saber de lo que hablaba, como a menudo ocurre con las abuelas en lo tocante a temas y asignaturas de institutos.

—Podemos complicar el estudio añadiéndole la mecánica de fluidos en su vertiente de estática de fluidos que estudia los fluidos en reposo y la dinámica de fluidos que estudia el movimiento y la fuerza del movimiento de los fluidos, si fuese en grandes masas de fluidos, por ejemplo, había que tener en cuenta también entre otros la Ley de Coriolis. Aquí en este caso habría que tener en cuenta la fuerza externa de la cucharilla moviendo el líquido, pero para lo que nos importa lo dicho nos vale perfectamente, aunque debemos tener en cuenta que en sí misma la fuerza centrífuga realmente no existe, es una referencia inventada para el análisis del fenómeno. En definitiva, que es una verdad a medias, pero eso déjalo para cuando realices estudios físicos posteriores.

Se acercó de nuevo la taza y bebió la tisana a pequeños sorbos.

—Fíjate —volvió a decirle, poniendo la cucharilla bajo el platillo de la taza—. Aquí tenemos un ejemplo simple de palanca, la potencia o fuerza que hago en este extremo multiplicado por la longitud hasta el punto de apoyo es igual a la resistencia o peso que quiero levantar por la longitud que hay del peso al punto de apoyo —le hizo la demostración—. De ahí la fórmula que se refleja en una simplísima ecuación, potencia por su brazo es igual a la resistencia por el suyo.

Y le acerco la cucharilla y el platillo para que lo hiciese de diferentes maneras.

—El sistema de poleas es algo más complejo, pero en esencia es lo mismo, una montaña se compone de una roca sobre otra. Si tomas por ejemplo un arco de flechas y lo tensas, eso se llama energía potencial, si liberas la cuerda de tus dedos la energía que genera se llama energía cinética. La energía potencial equivaldría a decir «te voy a dar una lendaria», la energía cinética equivaldría a cuando va la mano por el aire. En el arco de poleas equivale al ejemplo anterior, es algo más complejo, pero en esencia es lo mismo, es como un peldaño al que añadimos otro peldaño y así sucesivamente hasta construir una escalera que llegue hasta el cielo, llamamos a la puerta y San Pedro nos pedirá la entrada para dejarnos pasar a la fiesta que allí tienen montada.

La chiquilla se rio para añadir poco después:

—Todo eso lo he entendido, pero por mucho que estudie lo ya estudiado, no voy a entenderlo mejor que antes, sería como tropezar con un muro una y otra vez —sentenció la muchacha.

—Si recibieses clases particulares durante ese tiempo de un profesor de universidad, ¿aceptarías el reto? —preguntó él.

—Ni en broma aceptaría, me asusta solo pensarlo —dijo la muchacha negando con la cabeza y expresión asustada.

—¿Por qué razón no lo aceptarías como profesor? Es catedrático y reconocido en su área, no solamente aquí, sino en Europa también —volvió a preguntarle.

—Con mayor motivo aún para negarme, me moriría de vergüenza —respondió la adolescente sonrojándose.

—No es divertido ni tiene veinte años, pero es paciente, podría ayudarte, lo conozco bien y podría hablarle —insistió sonriendo el profesor ante el azoramiento de la chiquilla, que mezclaba en su mente todo lo que mezclarse puede en una mente adolescente.

El profesor extendió su brazo cogió con su mano el brazo de ella.

—Veámoslo de otro modo, imagínate que yo soy ese profesor. ¿Tendrías vergüenza conmigo? ¿Me aceptarías si fuese yo ese profesor? —le realizó la pregunta sin retirar la mano de su brazo.

—Si fuese así, sí —respondió ella sin titubear.

Retiró la mano de su brazo, mantuvo unos instantes el silencio.

—Bien jovencita, yo soy ese profesor, las clases comenzarán esta misma tarde, trae el libro de texto y los apuntes que hayas tomado durante el curso. Además de las clases elaboraremos una radio Galena, o un juego con preguntas de manera que cuando se acierten las preguntas se enciendan luces y suene música. Ese artilugio lo presentarás al profesor, si te lo pide, explicarás a la clase su funcionamiento físico. Entre el examen y el chisme que construyamos espero que obtengas una buena nota final, aunque mi objetivo es que veas que el estudio de la física es tan apasionante como salir con un

muchacho de los que te gustan —le dijo el profesor al tiempo que le sonreía a la casera y abuela.

La abuela no salía de su asombro, únicamente preguntó tratándole de usted y evitando el tuteo con que siempre lo había tratado.

—¿Cuánto me cobrará por cada clase?

—Si todo sale bien, como espero que salga, hablaremos de ello, mientras tanto no hay que perder tiempo, ve a buscar el material, te espero en una hora —dijo el profesor levantándose y abonando el importe de las consumiciones.

Los días anteriores al examen pasaron veloces, pero rápidas, sintéticas y sincréticas fueron también las clases, un bonito juego de preguntas y respuestas fue construido bajo su dirección, en el juego intervenía la mecánica, el electromagnetismo y el sonido. Conllevaba además la explicación del porqué de cada pieza empleada en la construcción. El éxito del aparato y su explicación en el aula junto con un examen brillante hicieron que la muchacha obtuviese no un aprobado sino una nota considerablemente alta. Su examinador le comentó que debido a las bajas notas de exámenes anteriores no podía moralmente ponerle una calificación mayor, aunque por el último examen, por el aparato construido y su explicación física ante sus compañeros, la merecía.

Los caseros, abuela y abuelo se ofrecieron para no cobrarle la mensualidad, a lo que se negó rotundamente. El profesor sugirió que el domingo lo invitasen a comer, estaba seguro que la casera cocinaba magistralmente.

Una tarde, anochecido ya, paseaba por las Ramblas y se encontró con un conocido que lo introdujo en uno de los vetustos y reformados cafés, se había citado allí con varios amigos, al poco tiempo la conversación recayó sobre el nacionalismo. Víctor escuchó con atención los argumentos que se esgrimían, únicamente en un sentido, sin tener en cuenta otras argumentaciones globales.

Partían de un nacionalismo catalán dado como premisa, y no del nacionalismo en general como algo no solo a aceptar sino también a poner en análisis.

Eran los presentes todos catalanes, intelectuales algunos, políticos no conocidos por las televisiones otros, los demás pertenecientes a profesiones que ahora llaman liberales, algún abogado y un actor-director teatral.

Víctor cuando hubo escuchado lo suficiente y habiendo permanecido todo el tiempo en silencio sin haber oído ninguna voz discordante quiso hacer del quinto en discordia.

—Cuando era estudiante, comenzó diciendo, se pasaban con frecuencia las veladas haciendo utópicos proyectos sociales, había una frase que a menudo se repetía, nacionalismo rima con fascismo. No eran aquellos estudiantes ideológicamente de lo que hoy se llama de derechas, quiero decir que tal vez había que cuestionar o buscar las bases del nacionalismo en sí y después de elucidado, hablar de nacionalismos varios y variopintos.

Ninguno de ellos se atrevió a abrir la boca ante la insólita intervención. Repuestos de la impresión el político dijo con autosuficiencia descalificadora.

—Estudiantes descerebrados son los únicos que pueden expresar opiniones de ese calibre —los demás apoyaron sus palabras cohesionándose como grupo.

—Descerebrados o no esos estudiantes, yo que tengo cerebro he planteado una cuestión a quien creo que también lo tiene, y la cuestión no sólo no está resuelta si no que está rehuida de forma escandalosa.

—En ningún momento ha sido rehuida, ocurre que ese planteamiento se encuentra obviamente superado, volver sobre él, resultaría tan inútil como cansino —dijo el artista.

—Es probable que así fuese, pero no he escuchado nunca que se plantease la razón del nacionalismo en sí mismo y sus implicaciones posteriores. Lo que sí he escuchado es darlo por hecho como algo incuestionable. Perdónenme ustedes, pero eso me parece desde un análisis racional, una postura descerebrada —dijo el profesor hablando lentamente al modo catalán.

—Sigo pensando —volvió a decir el político —que es una cuestión ya superada y totalmente irrelevante analizar el prehistórico “porqué” del nacionalismo en sí mismo. Lo apremiantemente importante es hablar y gestionar el cercano futuro del nacionalismo catalán que es lo que directamente nos atañe.

—Hablar puede hacerse de todo lo que se quiera, gestionar no puede gestionarse nada porque nada hay que gestionar, el día que se tenga una nación podrá ser gestionada como tal, es decir como las otras naciones, con opresión, mentiras, engaños, fraudes y cohechos, como ahora se hace sin ser nación. Pero dejando a un lado ese punto, lo interesante es reflexionar, por quienes tenemos cerebro, sobre el propio nacionalismo y concepto de nación, y después, reflexionar si aporta progreso alguno a la libertad espiritual y social del individuo. Los nacionalismos europeos surgieron con fronteras, territorios acotados y ensalzando valores abstractos de raza y cultura de una minoría sobre otra, después de una nación sobre otra, después de un continente sobre otro. Mussolini, Hitler, Franco, los presidentes americanos, lo hicieron y proclamaron abiertamente el nacionalismo, todo centralizado por el Estado en detrimento del individuo o del ciudadano, antes como ahora el ciudadano se encuentra reglamentado con tal cantidad de leyes y normativas que les hacen creer que eso es la libertad y lo más aberrante es que lo acaban creyendo. Cambó, apoyó el levantamiento militar de 1936, pertenecía al Somaten, él junto con otros compañeros de las fuerzas parapoliciales civiles exhibiendo sus cañas, que es como ustedes denominan a las escopetas, patrullaban las calles a la caza de manifestantes de desesperados obreros, y participaron en la muerte de Quico Sabaté, el que fuera condecorado con la legión de honor francesa al valor, en su lucha contra los alemanes. En España planeaba un atentado al dictador Paco Franco. Puedo seguir hablando, pero considero que la utilidad de mis palabras es manifiestamente inútil ante mentes tan pragmáticas e intelectualmente tan deficientemente desarrolladas.

El profesor se levantó de su asiento y antes de marcharse les espetó.

—Por si alguien pretende acusarme de españolista, les diré que trataba de poner en cuestión todo nacionalismo, grande, pequeño, de izquierdas o de derechas. Era ese mi único propósito, la internacional era un himno, que ya no es, que cantaba la anulación de las fronteras y de las naciones para que el ciudadano pudiese desarrollarse como hombre y no como obrero exclusivamente. La Internacional Socialista de antaño, nada tiene que ver con la Unión Europea, que no es más que un ventajoso asunto económico de la pudiente oligarquía burguesa. ¡Que ustedes se nacionalicen bien!

Con este saludo salió del café dirigiendo sus pasos en busca de un taxi que lo llevase a la dirección de una señora con la que había trabado cierta íntima relación.

Llevaba instalado en el asiento del taxi unos minutos cuando se acordó que le habían dicho que evitase subirse a un automóvil de color blanco, el taxi lo era. Dijo al conductor que parase, a modo de disculpa comentó que había olvidado un asunto, abonó la cuenta del taxímetro con propina y poco después se subió a otro taxi esta vez teniendo cuidado que no fuese su carrocería de color blanco. Por si acaso, se dijo cuando estuvo sentado,

por eso mismo soy científico y no un licenciado por notas y apuntes universitarios, a veces la universidad hace mucho daño. Sin darse cuenta exteriorizó en voz alta, ¡a quien natura no le da, la universidad no le presta!

—¿Decía? —preguntó el taxista.

El profesor se sorprendió al sentirse interrogado, no había sido consciente de sus palabras, pero se decidió a responderle.

—¡A quien natura no le da, la universidad no le presta!

El taxista permaneció en silencio, poco después como si hubiese estado rumiando la frase dijo.

—A quien la naturaleza no le da, la universidad nada le aporta. Ha dicho usted una gran verdad, nunca había reparado en ella —repitió la frase una o dos veces más como queriendo memorizarla—. Ahora me explico lo que antes no entendía —dijo en voz alta para que le escuchase el cliente, pero también como una reflexión para sí mismo.

—¿Qué es lo que ahora se explica? —inquirió curioso el profesor, al que vamos a llamar de aquí en adelante por su nombre, porque ahora ya no ejerce como tal profesor.

—No entendía como personas con estudios superiores, situadas en puestos de responsabilidad en el gobierno o como directivos de empresas, podían hacer, perdóneme la expresión, burradas tan mayúsculas. Desde mi ignorancia no veía lógica alguna en muchas de las decisiones tomadas, otras veces en personas universitarias, médicos profesores, abogados y demás, porque al taxi suben todo tipo de personas, no veía en muchos de ellos inteligencia alguna cuando realizaban algún comentario, algunos puedo decir que hasta me parecían groseramente vulgares.

—En tan corto período de tiempo es difícil de apreciar —dijo Víctor.

—Los he visto solos y acompañados, unas veces por sus mujeres y otras con amigas y amigos en actitudes más que cariñosas, los he visto sobrios, contentos y ebrios como campesinos el día de la fiesta del pueblo. En el taxi si se quiere se puede aprender mucho, aunque no se obtenga título alguno. Lo que usted ha dicho me ha aportado una gran luz para entender muchos de los comportamientos humanos, extendiendo la frase hasta decir, a quien la naturaleza no le da, los estudios de nada le servirán, excepto para su profesión y aún serán de categoría mediocre.

—Por un lado, estoy de acuerdo con usted, por otro difiero ligeramente. Usted parte de que aquellos que ocupan cargos legislativos, ejecutivos o directivos, realizan su actividad pensando en el bien común. Ahí radica el error de su pensamiento, lo dicen, pero no lo hacen, ese es su gran engaño, que, repetido hasta la saciedad por los medios de difusión, lo convierten en gran verdad. Las burradas con que adornan sus decisiones son tomadas para beneficiar a unos pocos y perjudicar conscientemente al resto de la población. Esa es la auténtica lógica de sus actos y de su pensamiento. Por lo demás son asnos que han sido adiestrados asnalmente en las universidades por cualificados asnos del funcionamiento docente estatal —le respondió Víctor.

—En el pequeño pueblo en que nací, antes de llegar yo a Barcelona, hace de eso cincuenta años, vivía a las afueras, en una pequeña casa, pero acogedora en su interior, un hombre de edad avanzada, trabajaba su huerto y una pequeña parcela de tierra con la que alimentaba a sus animales. Realizaba algún trabajo, pues era lo que se llama un ingenioso manitas, era educado, y rara vez frecuentaba el bar y cuando lo hacía bebía una cerveza tomándose su tiempo, a la vez que observaba disimuladamente a sus compadres.

Tenía un odio terrible a la guardia civil, el puesto de mando se encontraba situado a varios kilómetros en otro pueblo mayor que el mío. En una ocasión, debido a las lluvias un guardia civil se había caído y torcido al parecer un tobillo, Enrique, que así se llamaba los vio desde su ventana mojados y al otro cojeando, apoyándose en un palo, fusil al hombro. Abrió la puerta de su casa para que se guareciesen de la lluvia y que trataría de curarle el pie. En el pueblo no había ni médico ni farmacia, ni teléfono, ni agua corriente en las casas, lo único que había en abundancia era miseria. Curó el pie del guardia porque de dislocaciones, torceduras y cosas semejantes sabía, puso un emplasto de plantas en el tobillo y al día siguiente cuando el guardia salió de su casa con el pie vendado caminaba perfectamente en dirección al cuartel. Cuando los hizo entrar en su casa les dijo: «Han entrado como hombres, como mi prójimo, como guardias no les hubiese permitido la entrada». Cuando me fui del pueblo tenía 17 años, era un chiquillo que lo único que conocía del mundo era mi pueblo y la feria del pueblo vecino, me dio un dinero que me vino como caído del cielo, pues únicamente tenía para el viaje y poco más. Cuando apretaba mi mano para despedirse me dijo: «Ten siempre presente esto, en la vida ser bueno y ayudar a los demás no tiene mérito alguno, es lo que hay que ser y hacer, no lo olvides».

—Un auténtico filósofo, un gran hombre —dijo Víctor después de haberlo escuchado con atención.

—Así lo creo yo también —dijo el taxista.

—En él la naturaleza ha vertido muchos de sus dones, el estudio no lo necesitaba —matizó Víctor con franqueza.

—Sin embargo, el leía, me insistía que leyese, me repetía a menudo que el hombre que no cultiva su mente es como un campo lleno de abrojos. Todavía poseo tres libros que me regaló.

—¿Qué títulos tienen esos libros? —preguntó interesado Víctor.

—La conquista del pan, El apoyo mutuo y Las Ruinas de Palmira.

—¿Los ha leído usted? —preguntó de nuevo Víctor, sorprendido por los títulos de los libros.

—Sí, y varias veces —dijo el taxista, preguntando a su vez —¿Y usted los ha leído?

—El apoyo mutuo es un libro de un estudio magnífico de la sociedad humana y animal. El príncipe Kropotkin, como dicen los muchachos ahora, era un crack. Las ruinas de Palmira, libro tan hermoso como poético, analiza las religiones de manera incomparable. Volney a pesar de su título nobiliario pertenecía a la revolución francesa. Enrique, el hombre de su pueblo, era un anarquista de los de antes, de los anarquistas de verdad, íntegros e independientes —le comentó Víctor.

—Sospecho que sí, aunque nunca lo mencionó explícitamente —dijo el taxista a la par que detenía el coche ante la dirección indicada.

—Permítame que le invite a la carrera del taxi —dijo el conductor.

—Le admito con agrado la invitación, pero debe usted permitirme que abone el importe de la misma.

Asistía a una conferencia en el local de la Asociación de Periodismo sobre Urbanismo en Cataluña a principios del siglo XX, coincidió en el asiento de al lado con una mujer de hermoso rostro, ambos escuchaban atentamente las explicaciones del conferenciante, de vez en vez Víctor hacía una apostilla en voz muy baja, hecho que contagió a la mujer que también apostillaba matizando tal o cual explicación, manteniendo entre ambos un sordo diálogo sin respuesta, pero con aquiescencia por ambas partes. Al finalizar el acto siguieron comentando lo escuchado continuando la charla en un corto paseo, después en un café, del café a un restaurante, del restaurante a la casa de ella y en la casa de ella a su habitación. En su habitación había una estupenda cama que los animaba a que se echasen sobre ella. Animados como estaban, y si para la mujer el hombre interesante es el que no se conoce, representando en ese aspecto una aventura que rompe con la monotonía cotidiana, para el hombre no lo es menos. Se aventuraron los dos tratando de conocer lo que de interesante tenía oculto cada uno de ellos. Si ella pensó, me gusta su alma, me gusta su interior, él pensó le quitaré la ropa para apreciarla mejor. Tal vez fuese a la inversa, para el caso es igual quien haya pensado lo uno o lo otro. Comenzaron a verse con frecuencia, ella le llamaba, él la llamaba, los dos se llamaban llamados por la llamada de la pasión, por la llamada del sexo, por la llamada de descubrirse lo interesante que tenían, o simplemente por la llamada del calor humano y huida de la soledad. Como ella misma le confesó más tarde, que se encontraba en soledad.

Le dijo que estaba convencida que con la soledad es lo único con lo que me encuentro cómoda, cómoda hasta el despilfarro. Mi ánimo antes mustio cobra vida en ella, se revitaliza como se revitalizan en primavera la vegetación sin distinción de especies. La soledad cuando más me vive, más en ella vivo yo, dándome cuenta últimamente que la soledad no forma parte de mí, sino que ella y yo somos una y la misma cosa. Por esta razón quizás sin saberlo, mi familia cuando nací me puso de nombre Soledad.

—De niña me llamaban Soledad la de las trenzas, así era conocida en el colegio de las monjas Ursulinas, en la adolescencia mi nombre se refugió en el diminutivo Sole, como ya no tenía trenzas, únicamente me llamaban Sole, nombre que me quedó de por vida entre mis conocidos. Entre gente desconocida mi nombre es Soledad, doña Soledad me llaman en hoteles y en establecimientos semejantes, quienes me conocen, pero con quienes a mi vez no tengo trato alguno, me llaman doña Sole. Mi exmarido me llamaba Sole, mis hijos, si los hubiese tenido quien sabe cómo me habrían llamado, seguramente la reina de las arañas, es un título muy apropiado para una madre. Mis padres, cuando vivía con ellos, eran fieles al nombre matriz, ellos me llamaban Soledad y para el servicio de la casa era la niña Soledad, para no confundirse con mi madre que también le habían puesto por nombre Soledad, como Soledad le habían puesto por nombre a mi abuela.

Cuando esto escuchaba, era la tercera o cuarta vez que pasaban la noche tan juntitos que si alguien los viese creería que estaban pegados. Víctor le respondió que eso ocurría antes de conocerse, que desde ese momento ella se había convertido en Soledad que acompaña o en Soledad acompañada.

Ella sonrió y como estaban yacentemente desnudos, se acurrucó en los brazos de él quedándose profundamente dormida.

Se habían conocido por casualidad, en poco tiempo intimaron abriendo su alma, ella para hablarle de sí misma, él para escucharla. Había estudiado arquitectura, le dijo, no porque tuviera inclinación especial para con esa disciplina, más bien fue un condicionamiento familiar, su padre era propietario de una constructora y arquitecto, así que indirectamente iba siendo empujada hacia esos estudios.

—Trabajé durante varios años en la empresa, mi padre comenzó a delegar importantes funciones en mí con la intención de que acumulase experiencias con fracasos y éxitos y situarme lo antes posible en el puesto rector más importante de la empresa, después del suyo. Durante ese tiempo me di cuenta que una vida de preocupaciones, reuniones y comidas de trabajo, enfrentamientos con empleados tanto en oficina como con los encargados de las empresas subcontratadas, en definitiva, una vida estresante como ahora la llaman, no sólo no me atraía, sino que no la quería. Nunca he sido persona ambiciosa, posiblemente porque todo aquello que deseaba lo tenía a mi alcance, y lo que deseaba era tranquilidad y dominio de mi tiempo. De seguir en la empresa y en sus ramificaciones, pues estaba por aquel tiempo en expansión, ese deseo se encontraría truncado, orientando mi vida por el derrotero del vértigo empresarial. Invertí un dinero en un bajo comercial, en una de las mejores calles de la ciudad. La compra fue realizada a espaldas de mi padre, mi madre era sin embargo sabedora de la importante inversión en la que participó dándome una generosa cantidad. Por ese tiempo contraí matrimonio con el hijo de una familia conocida de mis padres, ejercía como médico reumatólogo. A mis padres les gustó, porque incorporar un médico en la familia, les parecía un fichaje que ahuyentaría las enfermedades, una especie de talismán para la salud. La escuela de reumatología de Barcelona es reconocida y él estaba considerado, a pesar de su juventud, como un buen exponente de ella. Mi padre me obsequió con este céntrico piso como regalo de boda, boda que como correspondía a las adineradas y conocidas familias, se celebró por todo lo alto con su parafernalia externa, y por todo lo bajo con interna abundancia de coca, como es costumbre en eventos que se precien. Un día dije a mi padre que abandonaba la empresa definitivamente, no me creyó al principio, después me exigió reiteradas explicaciones, finalmente se opuso y al final aceptó. Le enfrenté con un dilema, o pierdes a tu hija o la sigues teniendo a tu lado. Esta actitud tuya es debida a que no hago tu voluntad, como si yo te perteneciese, mi hermano menor que ha finalizado los estudios de derecho, está realizando cursos de gestión empresarial, he ahí un buen candidato para ocupar tu puesto e inyectarle nuevas visiones adaptadas a los tiempos que corren. Compungido me respondió que había albergado la esperanza que ambos ocupásemos los puestos de gerencia y dirección, haríamos un tándem perfecto. Sentí pena por él, pero no podía dejarme llevar por un sentimentalismo del que me reprocharía toda la vida sus futuras consecuencias.

—¿Tu marido apoyaba la decisión que tomabas? —preguntó Víctor.

—En absoluto, como catalán le gustaba el negocio y como médico le gustaba el dinero de forma desmedida, aunque ambas cosas fuesen de su consorte. En el local que había comprado instalé una tienda de ropa de exclusivas marcas, orientada hacia la burguesía, no de la ciudad únicamente, sino para toda Cataluña. La frivolidad de hombres y mujeres, de sus queridas y de sus queridos, no puedes imaginarte el grado de estupidez que alcanza. El catalán pudiente es tan eficaz en el trabajo como lo es igualmente de eficaz en el derroche vanidoso. Ese deseo que tiene de compra a precios exorbitados para diferenciarse de los demás, por ese mismo deseo yo te vendo para que puedas sentirte diferente. Ese ha sido mi eslogan comercial interno y personal.

—¿Tu marido esta vez apoyaría tu proyecto? —preguntó Víctor.

—Todo lo contrario, no podía consentir que su mujer se convirtiese en tendera, bajar de nivel profesional le afectaba a su orgullo. ¿Qué pensarán de mí? Esto mismo me lo repitió varias veces. Como la tienda era lucrativa y la visitaban los más adinerados y otros que aparentaban serlo por la vestimenta, acabó viéndolo con muy buenos ojos, de avaricia por supuesto.

—Sin embargo, no utilizas ropas de precios cuyos ceros se equivoca uno al contarlos —le dijo Víctor.

—Yo vendo ropa, en rarísimas ocasiones me pongo la ropa que vendo. Tengo varias razones para no hacerlo, la primera por marketing, la vendedora, aunque sea la dueña no debe manifestarse en ningún momento como una igual y todavía menos, superior a las clientas que va a comprar. La segunda razón, es que no me atraen ese tipo de prendas, la identifico con la estupidez, otra de las razones es que mi forma de moverme y estar requiere un tipo de vestimenta de acorde con mi carácter. También está otra razón, que los lugares públicos que frecuento no necesitan esa ropa ni esa presuntuosa exhibición. Siempre que he podido me sustraje a los lugares donde podía encontrarme a mis clientas, pero cuando asistía entonces si llevaba ese tipo de trapos, al igual que cuando se trataba de publicitar mi negocio.

—Buen ojo y buena estrategia mercantil —expresó Víctor.

—Vestía ropa carísima y joyas de mi madre, en fin, que llevaba encima puesto tanto dinero que debería desplazarme en un furgón blindado. Todo iba viento en popa, como dicen los que navegan en yates veloces, pero en mi matrimonio, lo personal y lo íntimo no iba parejo con los éxitos profesionales. Las conversaciones eran insulsas, limitándose a los temas anecdóticos cotidianos, recobraban algo de brillo cuando se estaba en compañía de otras personas o en reuniones de grupo —acabó diciendo ella.

—Estás describiendo un matrimonio normal, así son la mayoría de los matrimonios y las parejas que he conocido, todas ellas estaban carentes de vida porque sus componentes no tenían vida alguna que aportar —dijo Víctor, intentando eliminar una incipiente expresión de tristeza en el rostro de ella.

—Supongo que así debe ser, el mío sí lo era. Por mi parte tenía inquietudes culturales, me gustaba asistir a conferencias, al teatro, a conciertos. Los ambientes intelectuales me atraían, mi exmarido era más soso que la comida de un hipertenso, además de una simpleza de miras que rallaba la estupidez. Sin embargo, cada vez era tenido en mayor consideración como médico. Querrás saber que cuando veo a un médico de reputada fama, inmediatamente me pongo a la defensiva asaltándome el convencimiento de que es un perfecto idiota. No puedo evitarlo, los que he conocido y tratado, todos lo eran, ojalá nunca me ponga enferma para no caer en sus manos.

—¡Exagerada! —exclamó Víctor cariñosamente.

—¡Ojalá exagerase! Si en lo personal no había interés ni comunicación, en las relaciones íntimas, hago referencia al sexo, éste era prácticamente inexistente, manteníamos relaciones cuando coincidía en año bisiesto, se celebraba un año jacobeo o se estremecía la tierra con un terremoto. En una palabra, me había hecho autosexual.

—Hubieras buscado un amante, aunque únicamente fuese para realizar un mantenimiento, yo me hubiese brindado para ese cometido —expresó Víctor sonriéndole.

—Si te hubiese encontrado, probablemente no diría que no, pero mi educación y la moral familiar me lo impedían y ni siquiera pensaba en hacerlo.

Después de una breve pausa continuó hablando.

—Una tarde me encontraba indispuesta, dejé la tienda a cargo de las empleadas y me vine a la vivienda, al entrar me sorprende que haya alguien en ella, mi exmarido no llegaría hasta cerca del anochecer, a punto estuve de marcharme y llamar a la policía, es lo más prudente en estos casos, pero un ruido y palabras entrecortadas parecían salir de

la habitación. La curiosidad pudo más que el miedo, me acerqué con cautela y veo a mi exmarido en pelota picada, peleándose como lo hacen en lucha libre, con otro hombre en igual condición de vestimenta. El muy maricón follaba con otros hombres y a mí me tenía como un barco en dique seco —. Víctor soltó una tremenda carcajada.

Tuve la intención de sacarlos de mi cama y echarlos de la casa a patadas, pero no me preguntes cómo, me invadió una sensación de calculadora frialdad como nunca había experimentado hasta ese momento. Me dirigí al salón, cogí un libro y permanecí sentada leyendo hasta que acabasen de chupársela y de darse por el culo mutuamente.

—Ese lenguaje no es propio de ti —le dijo Víctor bromeando.

—Me dirigí al salón, cogí un libro y permanecí sentada leyendo hasta que acabasen de realizarse las respectivas felaciones y se hubiesen hartado de sodomizarse mutuamente ¿Esta mejor así? ¿Así te gusta más? —le preguntó ella.

—Así está expresado mucho mejor, como corresponde a una mujer de tu educación —le respondió Víctor.

—Me alegro que sea de tu agrado, pero es un maricón de mierda, al menos mi exmarido, el otro me traía sin cuidado. Cuando me vieron se quedaron inmóviles como dos estatuas. Hice un gesto con el dedo al amante señalándole la puerta, que la abrió y tomó las de Villadiego. A mi exmarido lo vi con desprecio, porque durante años él me había despreciado a mí, únicamente le dije, te irás ahora mismo, mañana, arréglatelas como puedas para hacerlo, vendrás a llevarte tus cosas de mi piso por que el piso es mío. De no hacerlo te aseguro que por la tarde nada tuyo permanecerá en esta vivienda.

—¿Lo hizo? ¿Recogió sus cosas? —preguntó Víctor.

—Ya lo creo que lo hizo, se quedaría sin nada, lo daría todo a alguna asociación de muchachos que intentan dejar adicciones y realizan trabajos de mudanza y limpieza. Esto ocurrió hace dos años, desde ese tiempo no he tenido relaciones con nadie, aunque a decir verdad esos cinco años podemos extenderlos a diez años. Me negaba a mi misma ese derecho. ¿Había pretendientes?, por supuesto que los he tenido, pero había un fuerte bloqueo que impedía que me abriese a una aventura amorosa.

—Si en el hombre se da la misoginia en ti se produjo el fenómeno contrario, la androginia —expuso Víctor.

—Algo de eso debía ser, pero me encontraba bien —dijo ella.

—¿También como lo estás ahora? —inquirió Víctor.

—Tontorrón —le contestó ella—, antes creía que estaba bien, ahora sé lo que es estar bien, son cosas muy diferentes. Además, el encargado del mantenimiento es insuperable.

—Gracias, el halago en estos asuntos al hombre le aumentan la autoestima —respondió Víctor.

—¿Dónde has aprendido a hacer el amor de esta manera? —le preguntó ella.

—Por universidad tuve un burdel y por maestras a ...

—¡No seas gili! —le dijo ella interrumpiéndole mientras se echaba en sus brazos. La semana próxima debo ir a París por asuntos de la tienda, los gastos corren por cuenta de la empresa fabricante. ¿Por qué no me acompañas? Pasaremos una semana en la capital de Europa por mucho que se diga de otras ciudades, París ha sido y sigue siendo la cabeza de Europa.

—Creía que era el corazón del continente, por la frase París la ciudad del amor.

—Me desdigo de lo anteriormente dicho. No es la cabeza, es el corazón de Europa, por ese motivo deberías acompañarme —y apretó ella su pelvis contra la de él—, aunque para mí la ciudad del amor es la ciudad en que te he conocido.

—Cuando París estornuda, Europa se constipa, es un dicho político e histórico que viene de muy antiguo. Aunque París bien vale una misa, dice otro dicho, te acompañaré por estar contigo. Las misas y París me la traen floja —le dijo él.

—¿Y yo? ¿Cómo te la traigo? Porque a mí me obedece voluntariamente sin darle orden alguna —le respondió sellando los labios de él con un sensual y largo beso.

La capital de Francia es una gran ciudad, la Lutecia romana tuvo a lo largo de su historia multitud de vicisitudes e incertidumbres urbanísticas. Las históricas, las políticas, las revoluciones sociales, las conspiraciones nacionales e internacionales, no vienen al caso, como tampoco vienen al caso realizar comentarios de su peculiar y, en casos recientes, violencia extrema sobre la masa obrera por parte del Estado. Pero si París es considerada la ciudad turística por excelencia, también debe ser considerada la ciudad por excelencia donde se asienta la burguesía financiera carente de escrúpulos. No obstante, tampoco viene al caso hablar de ella, ni de la moda siquiera, aunque de refilón toque a la protagonista.

Durante los dos primeros días, permaneció ella ocupada la mayor parte del día en reuniones con ejecutivos. Le proponían un trabajo excelentemente remunerado, más que a tiempo parcial a tiempo ocasional. Consistía en exponer a reducidos grupos charlas sobre el tacto empleado con clientela selecta para la venta de sus productos, estas pequeñas charlas se realizarían por las principales ciudades de todo el mundo, el calendario de su ejecución sería de su conveniencia. Le encomendarían también, con emolumentos a parte, la orientación o reorientación de alguna tienda que vieses que necesitase de sus servicios.

Era cierto que ella tenía una economía que sobrepasaba varias veces su holgada vida y no teniendo ni necesidad ni mayor ambición económica, les dijo que la propuesta le parecía muy interesante, pero que necesitaba meditarlo bien, pues la responsabilidad del cometido era grande y por su parte a ella le gustaba analizar y tener presente hasta los más pequeños matices, incluso de hipotéticas y futuras situaciones.

Debo reconocer –les dijo también–, que en lo tocante a asuntos de negocio necesito tener un control de la situación, no dejo, a ser posible, absolutamente nada al azar. Permaneceré en la ciudad, a finales de semana les daré mi respuesta.

Saludó a los tres altos ejecutivos y uno de ellos que era el diseñador y fundador de la empresa le entregó una tarjeta para que hiciese uso de ella durante su estancia, recomendándole además de Maxim's, tres o cuatro restaurantes más, asegurándole que serían de su agrado.

Al despedirse retuvo su mano entre las suyas diciéndole.

—Espero tenerla entre mis colaboradores más cercanos.

Durante los días que ella permaneció ocupada, Víctor paseó por la ciudad ayudado por una pequeña guía turística y por el teléfono, moderno instrumento que al parecer todo lo sabe. Cuando ella viniese descubrirían la ciudad juntos con un toque especial de aventura amorosa, ella sí conocía la ciudad por haberla visitado frecuentemente por desfiles de modelos privados. Solían ser viajes rápidos de trabajo, no de placer.

Víctor paseaba por las calles parisinas, recorría Montmartre, entraba en tiendas variopintas y de antigüedades, también lo hizo por las orillas del Sena recreándose en el mercadillo y entre los pintores. Dejó los monumentos para hacer su visita acompañado. Le gustaban a Víctor los cafés y sus estupendas terrazas, se pasaba largo tiempo viendo a los transeúntes, observando sus vestimentas y sus formas de caminar. París, se decía, es una gran ciudad desde los arrabales más humildes y conflictivos hasta los barrios de mayor poder económico, en todos ellos palpita la vida poseída de una misteriosa energía enervante, incluso el enfermo moribundo recibe la muerte como algo cercano, no conocido, pero sí cercano con lo que siempre ha convivido conscientemente. Pelea por su vida, en eso no hay la menor duda, pero no se pelea con su muerte, con asombroso estoicismo la acepta, serio, contrariado, sí, pero encogiéndose de hombros, dirá lo mismo

que François Villon al notificársele la condena de morir ahorcado, «así sabrá mi cuello lo que mi culo pesa».

París es la ciudad de los grandes contrastes, en ella tiene cabida la miseria más abyecta y la riqueza de mayor lujuria, la pobreza más absoluta y la más glamurosa de las apariencias, el comportamiento brutal y el comportamiento humanístico rayano en lo divino; la traición y la lealtad pueden convivir una muy cerca de la otra esperando pacientemente el momento de manifestarse.

Es una ciudad en la que puede resumirse que gusta de la tranquilidad y de la paz en sus hogares, como de la revolución en sus calles.

Víctor había estado en la ciudad varias veces, pero en todas ellas había empleado su tiempo en las ponencias que había presentado o en escuchar las ponencias de otros, las cenas en grupo de los congresistas y poco más. La vida nocturna no le había interesado demasiado, ni siquiera el sexo con alguna colega que aprovechando la lejanía de su marido se le mostraba receptiva, o sugerido abiertamente aprovechando la disposición liberadora de una copa de más.

Su actitud había cambiado, en él se había despertado, no nuevas ansias de vivir, sino una nueva forma de entender su vida, haciendo lo mismo que anteriormente hacía, pero viéndolo y sintiéndolo de forma diferente. Para Víctor había sido el despertar de un profundo sueño, con un ánimo renovado y para él desconocido, experimentando múltiples sensaciones ignoradas.

El primer día que caminó por las calles de París dejándose arrastrar por quien sabe qué, se le acercó un hombre, no mal vestido, pero con ropa un tanto gastada por su reiterada utilización.

—Necesito dinero señor, me urge indeciblemente —le dijo el hombre con modales corteses.

—Todos lo necesitamos —respondió Víctor, añadiendo —la urgencia de nuestra necesidad varía según el día y la situación.

—Necesito 800 euros para hoy mismo, sin dilación alguna en el tiempo —respondió el hombre sin perder en ningún momento su compostura.

—Es una cantidad considerable la que usted necesita, no creerá que yo vaya a dársela, aun teniendo ese dinero, no lo conozco a usted de nada, por otro lado, no tengo ninguna garantía de que me lo devolvería, en el supuesto del todo improbable de que lo hiciese, le dijo, pensando para sí mismo—, esta ciudad tiene personajes verdaderamente pintorescos, no obstante, examinó con una rápida mirada la calle por si el hombre tenía algún compinche, nada vio, pero adoptó una precavida actitud pronta a repeler una posible agresión intimidatoria.

—Tiene usted mi palabra de honor que le devolveré ese dinero tan pronto me sea posible hacerlo —le dijo el hombre sin realizar gesto alguno con sus brazos, lo que denotaba educación en sus modales.

—¿No tiene usted familiares o algún amigo que pueda socorrerle a usted en ese momento económicamente difícil?

—No, no tengo —respondió el hombre secamente y sin realizar movimiento alguno negativo con su cabeza.

Víctor se fijó en este detalle y en su rostro curtido por el que surcaban profundas arrugas de alguien que ha padecido grandes sufrimientos en su vida y mostraba un rostro

como el casco de las viejas embarcaciones que han superado numerosas tempestades pero que todavía son útiles por su fuerte construcción para seguir navegando. Esa fue la impresión de nobleza que recibió de aquel hombre.

—Si le digo la verdad —le respondió Víctor —, si me encontrase en su caso y tuviese esa necesidad, tampoco yo tendría a quien recurrir, tristemente debo reconocerlo y con mayor tristeza debo asumirlo. Acompañeme a un cajero bancario, y solucionemos lo que esté en nuestras manos, le daré 200 euros más de los que me pide —añadió tajante.

—Dígame, ¿dónde y cómo podré devolvérselos? —interrogó el hombre.

—Si alguna vez alguien lo necesita y usted puede ayudarlo haga lo mismo que yo he hecho y que el dinero se mueva humanamente, que es la única manera en la que debería de moverse, hasta que un desaprensivo rompa la cadena de la solidaria intención. A mí no tiene que devolverme nada ni tiene conmigo deuda alguna —le dijo al entregarle el dinero —¿Una bebida en ese café? —le indicó Víctor al tiempo que dirigía la mirada hacia el local —, nos sentará bien y, si le place, me cuenta su angustiosa necesidad.

—Desde joven me he desvinculado de la familia, comenzó narrándole, realizando una ruptura total con toda ella, motivos ideológicos de juventud llevados al extremo por mi parte, y también por el rechazo de no querer participar indirectamente de un bienestar económico adquirido por mi familia de manera deshonesto, reprochable y permitidamente delictiva. Debo remontarme años atrás a la época de la ocupación alemana. Mi familia, de ideología pro nazi se benefició económicamente obteniendo dinero, joyas, obras de arte, inmuebles y tierras de otras familias que por ser de ideología comunista o anarquista o por tener su piel de color negro o ser de origen judío, eran perseguidos y trasladados a lugares de trabajo en condiciones inhumanas y campos de concentración. Es falso quien diga que desconocía estos lugares y estos tratamientos, si mis familiares lo sabían igualmente lo sabían las demás familias, como lo sabían también las personas apresadas arbitrariamente. Mis familiares hicieron fortuna, del miedo, el dolor y del padecimiento, utilizando su influencia y colaboración con la policía francesa alemanizada y con los mandos alemanes. A unos los ayudaban a cambio de fuertes sumas de dinero o documentos de compras inmobiliarias a bajo precio, a otros, los más de ellos, le prometían lo mismo, promesas que después no cumplían. Mucha más gente de la que se piensa y que hoy pasan por grandes patriotas y amantes de la nación y el orden, se han enriquecido de esta forma vil, manchando su ropa, su comida y sus manos con la sangre de sus vecinos. No crea usted que venían a pedirles ayuda, era mi familia quien buscaba a los adinerados, les mostraban el peligro que corrían, les sugerían una leve amenaza, y del riesgo inminente que corrían, ante una próxima delación. Se ofrecían finalmente a ayudarlos imponiéndoles condiciones draconianas, que los infelices, temerosos, aceptaban sin rechistar, con la esperanza de salvar sus vidas. Se enriquecían no únicamente en París, también con propiedades en provincias que estas personas poseían y cuya posesión pasó de la noche a la mañana de sus manos a las nuestras y lo que es más asombroso, voluntariamente empujados por las falsas esperanzas prometidas. ¿Cómo es que después de la liberación no fueron detenidos?, se preguntará usted. La respuesta es muy sencilla, el gobierno del general Charles de Gaulle era un gobierno corrupto, la justicia estaba dirigida por jueces, fiscales y personal administrativo, los mismos que habían dirigido y participado en la justicia durante la ocupación o el gobierno de Vichy, fotocopia del gobierno ocupado. La policía que activamente había participado era la misma que después ejercía patrióticamente. La resistencia, miles de hombres que se habían enfrentado al ejército alemán, eran los únicos que podrían haber hecho verdadera justicia, fueron desarmados después de un patriótico y circense desfile por la capital, bajo los auspicios de los norteamericanos que temían a las ideas de izquierdas más que a sus propias

mujeres. Unos juicios a los que se le dio intencionada publicidad, un periodista por aquí, un actor por allá, un músico de poca monta, un escritor como Céline, más por envidias de sus propios colegas que por colaboración directa en algún delito, y vuelta a la normalidad. El Estado Francés posee el don Crístico, no de convertir el agua en vino o de reproducir panes y peces con cestas incluidas, sino de hacer desaparecer de las playas los restos de los campos de concentración. En el año 1939, al finalizar la guerra española, y antes de que comenzase la invasión alemana de Polonia, prolegómeno de la segunda guerra mundial. En estas playas cientos de miles de familias, mujeres, ancianos y niños, junto con soldados republicanos españoles, fueron internados en condiciones infernales. Las señoras y señoritas de la glamurosa burguesía francesa les arrojaban entre risas y chirigotas monedas y trozos de pan a los hambrientos y enfermos internados como si fuesen animales enjaulados en el Zoo. Campos de internamiento en Francia y en la Argelia francesa, custodiados por soldados argelinos del ejército francés, para los milicianos españoles y familias, que huyendo de la represión del General Franco y sus secuaces de la falange y de los patrióticos jueces, fueron muertos por miles por la disentería, el tifus y la tuberculosis. De eso no ha quedado ni el menor rastro físico, y lo que es más asombroso, ni el menor rastro en el recuerdo. En Francia la memoria es algo demodé, algo inútil que únicamente sirve individualmente para acudir dos veces por semana al psicoanalista, y si este es Lacaniano mejor.

Víctor escuchaba sin articular palabra, tenía la boca y la garganta acartonada por la sequedad, una ira interna le había invadido súbitamente. Pidió al camarero dos botellines de agua que vació en su cuerpo prontamente, el frescor del agua descendió la extraña temperatura interna haciendo desaparecer su cólera tan rápido como había aparecido. Recordó la historia del héroe celta Cúchulainn, que enfurecido después de una batalla y continuándole el ardor guerrero, con la finalidad de calmarlo pusieron ante él mujeres con los pechos descubiertos para introducirlo seguidamente, una después de otra, en tinajas de agua helada, solo así consiguieron calmarlo y que recobrara el dominio de sí.

—Podrían haber denunciado a su familia —dijo Víctor.

—Podrían, pero nadie lo hizo, porque había gente ocupando cargos en la administración, ejército y la política, la banca y la industria que habían estado implicados, con mi familia o con otros personajes similares. También debo mencionar que eran astutos, como buenos franceses sabían jugar a varias bandas, como en el artístico juego del billar. Apoyaban con dinero secretamente a la resistencia, incluso intervenían ante la Gestapo liberando a algún detenido de gran influencia o conocido públicamente, se encargaban muy mucho de hacerlo saber, con el propósito de cubrirse las espaldas en el futuro, y en el presente pasar por tener grandes y decisivas influencias. Cómo no iban a vender favores si habían vendido su alma al peor de los diablos, la avaricia. Mi patriótica familia era considerada por los alemanes como un valioso colaborador y por los franceses como patriotas que ponían en riesgo su vida mostrando su amistad a la resistencia y ayuda a familias de la burguesía adinerada de la capital y provincias a menudo con extensas posesiones en el campo. He aquí a grandes rasgos la historia de mi familia a la que reniego pertenecer y de la que me he desvinculado totalmente. Todo beneficio directo o indirecto que hubiese podido obtener viniendo de ella llegaría a mí ensangrentado y me envilecería tanto como a ellos.

Víctor permanecía en silencio escuchando sus palabras, mientras se preguntaba, cuántos hijos de quienes sus fortunas habían sido adquiridas con métodos semejantes y que habían heredado orgullosamente su dinero o su posición social ensangrentada con la tortura y la muerte ajena. Se preguntaba también, si alguno de estos hijos había huido de

esta nefanda herencia. Este hombre que tenía ante sí era posiblemente el único caso contable.

Se fijó en su rostro moreno surcado en su frente por profundas arrugas horizontales, la piel de aspecto suave y facciones delicadas, mostraban un carácter firme, equilibrado con unos ojos soñadores, todo su rostro unido a sus educados ademanes daba a entender que en su interior albergaba un espíritu altruista.

—¿A qué actividad se dedicaba usted para ganarse la vida? —preguntó Víctor.

—Estudié piano en el conservatorio, habiéndome alejado de mi familia desde muy joven, pagué los estudios y fui viviendo con austeridad del dinero que obtenía de clases particulares de música, obtenía dinero también como afinador de pianos y por último en actuaciones en solitario en locales nocturnos o con bandas de Jazz. Con estas tres actividades unidas he conseguido el dinero suficiente para vivir modestamente sin pasar necesidades ni apuros económicos. Me casé, del matrimonio tuve un niño y una niña, esta última con bastante diferencia en años. Mi mujer era de una frivolidad abrumadora, cuando se es joven y sobre todo cuando se pertenece al mundo de la farándula nocturna la frivolidad forma parte integral de ella, tomándose como normal comportamiento semejante. Normalmente en este medio se vive al día, gastándose hoy lo que haría falta mañana. El alcohol, las drogas las comidas y lo que se tercie entra dentro de ese paquete. Me mantenía alejado de ese mundo, que, a mi modo de ver no tenía, salvo en contadas ocasiones, atractivo. Lo conocía perfectamente, desde joven me gané la vida en él y en los ambientes más dispares, desde locales de poca monta a tocar el piano amenizando veladas en mansiones. Mis ojos han visto de todo, rechazando la invitación a participar numerosas veces, únicamente me dejé llevar impulsado por mi juventud en el juego con una jovencita y una mujer, ambas atractivas y de buena figura, después me enteré que eran madre e hija. Mi mujer y yo teníamos vidas muy diferentes, así como intereses diferentes en la propia vida, comprendía perfectamente que yo le fuese aburrido y sin gracia alguna. Para mí el mundo del consumo que se extralimitase algo más allá de lo necesario, no llamaba mi atención, para ella era todo lo contrario, decidimos separarnos, la niña una adolescente, el niño un jovenzuelo, ella infantilmente alocada, mezclaba la realidad con la ficción. Dejé por esos motivos el piso, que ya había comprado antes de casarnos, en su propiedad y comencé mi vida nuevamente en solitario, los niños requerían una asignación, no pequeña, para su formación, así que trabajaba sin descanso, el trabajo me distraía y gratificaba. Me embarqué con dos socios que resultaron ser unos maleantes, en abrir un local nocturno con música de jazz, en el invertí todos mis ahorros y un préstamo bancario sobre mis espaldas. En poco tiempo me encontré sin ahorros y con el préstamo bancario encima, todo esto ocurría en el plazo de los últimos tres años.

Mi hijo, un joven de veintidós años, de corazón excelente se había juntado con otros jóvenes, no de mal corazón, pero de hábitos nada recomendables, en una partida de cartas en un garito, jugó y perdió. Se endeudó personalmente con lo que no podía cumplir, si la deuda no se saldaba en el plazo fijado, que es hoy mismo, las consecuencias son imprevisibles y previsibles, quiero decir que contraerá la obligación de pagarles por medio del tráfico de drogas. La deuda de juego es un laberinto sin salida. El dinero que tenía lo puse a su disposición, pero faltaban los ochocientos euros que le pedí, una pequeña parte de la cantidad adeudada. Obtuve la promesa y el sincero compromiso de que no volvería a tocar el juego, siendo consciente que había conocido el riesgo que trae consigo y asustado como estaba, noté que había madurado en veinticuatro horas lo que tardaría en conseguir durante años.

—Parece que la vida le pone constantemente impedimentos, apenas le da un respiro y vuelve a poner obstáculos en su camino —le dijo Víctor, solidariamente condolido.

—En absoluto —le contestó el hombre. Lo contado no ha sido más que una visión rápida, y destacando los malos momentos y las dificultades. Pero mi vida ha sido mucho más rica e intensa que lo descrito. Aparentemente y vista por ojos de espíritus simples puede ser considerada como monótona y sin viveza alguna, creo que sus vidas están enfermas, padeciendo una endémica anemia vital colectiva. Desconocen el mundo mental y sus placeres, su diversión está relegada a un placer y una diversión que les es dada programada en masa. Las variantes de estas diversiones se cuentan con los dedos de una mano.

El hombre terminó su bebida, después de una pausa dijo.

—Puedo asegurarle que mi vida ha sido y es de una intensidad inigualable, pero pocas personas en esta bulliciosa e incomparable ciudad tienen acceso a ella. Ya conoce usted la urgencia de mi petición, ahora debo abandonarle, no sin antes pedirle donde puedo reembolsarle el dinero prestado.

—De ninguna manera aceptaré esa devolución, si nos volvemos a encontrar, cosa poco menos que imposible en una ciudad como París, me agradecería que volviésemos a mantener otra interesante charla —le dijo Víctor.

El hombre escribió sobre una servilleta de papel el nombre de varios locales

—Suelo tocar en ellos, si allí no estoy le darán razón de mí. Pásese por este —le subrayó uno de ellos —, es acogedor, tiene buen ambiente, esta semana toco en él, escuchará buena música de jazz.

El hombre se levantó, mientras se alejaba cruzando la calle, Víctor analizó sus movimientos, su caminar no tenía un paso rápido, era cadencioso y armónico como las notas musicales que seguramente interpretaba, caminaba derecho y sin embarazo alguno. «He ahí un hombre distinguido», se dijo, pensando en incorporar para él, su elegante forma de moverse.

Sole le contó a Víctor, cuando se reunieron, la propuesta empresarial pidiéndole su opinión. Víctor le dijo que le parecía tan importante como interesante, que debería valorar el esfuerzo y el tiempo que le iba a requerir, así como si sería de su agrado, no obstante, tendría un tiempo para analizar con calma y sin presiones la decisión que tomase, por su parte él podría ser un activo oyente de sus pros y sus contras y de sus repros y recontras. Cenaron en un lujoso restaurante de los recomendados, cuya lujosa factura fue abonada con la tarjeta de la empresa. Durante el postre le comentó el encuentro con el hombre.

Sole le escuchó entusiasmada y sorprendida, finalmente le dijo con ojos de mujer repentinamente enamorada como si hubiese descubierto al hombre que toda su vida estuviese buscando.

—Eres increíble, le das mil euros a un desconocido que te los pide en la calle de una ciudad desconocida y de un país extranjero. Es extraordinariamente increíble, no sé muy bien si considerarte adorable o un perfecto idiota —la última frase la dijo con amoroso reproche, pero sintiéndose orgullosa de tener un hombre como él a su lado.

—Si me consideras un adorable idiota o un idiota adorable se acaba con el dilema —le respondió riéndose.

—El hijo del músico frecuentó círculos indebidos, a esas edades la curiosidad hace cometer locuras, demasiado a menudo no se sale de ellas y cuando se logra hacerlo no se sale muy bien parado. Conozco algunos casos de mi círculo de cuando era jovencita. No he tenido hijos, ni deseo tenerlos, es una responsabilidad que no quiero sobre mí y para la cual no me encuentro en absoluto preparada.

—Exageras —dijo él.

—No exagero lo más mínimo, la mujer habla de la maternidad con la misma alegría que ir al cine. Habla de la maternidad sin conocerla, habla de ser madre con el único ejemplo que ha tenido para imitar, y valla por Dios, que ejemplos hemos tenido. La mujer cree que ser madre es abrirse de piernas para engendrar y volver a abrirse de piernas para expulsar lo engendrado, que las guarderías se encarguen de las criaturas, que los médicos se encarguen de curarlas, que los colegios se encarguen de enseñarles y que los teléfonos e internet perfeccionen su educación. He ahí lo que creen que es ser madre —le respondió ella.

—¿El padre también cuenta? —dijo él.

—Cuenta lo mismo que cuenta la madre, es decir, nada.

—Eres muy drástica en tus juicios —le dijo él para incitarla a seguir hablando, porque en realidad estaba de acuerdo con lo que decía.

—Es del todo cierto que se nace como mamíferos hembras y como mamíferos machos, no se nace ni mujer ni se nace hombre, para ser mujer y para ser hombre, hay que hacerse con esfuerzo y con trabajo y ese esfuerzo y ese trabajo nadie está dispuesto a realizarlo. Para ser madre, antes debe dejarse de ser hija y eso lo han logrado muy pocas de ellas, porque para conseguirlo antes deben haberse hecho, con el esfuerzo requerido, mujer. Ser mujer parece ser que es trabajar o desear vivir de quien trabaje por ella, ir de compras, tener dos salientes protuberancias delanteras, una trasera y una raja en la entrepierna —respondió ella un tanto excitada.

Víctor bajó un poco la cabeza, llevando una mano a la frente ocultando una amplia sonrisa, era la primera vez que la veía hablando tan excitada, le pareció muy atractiva.

—Has llevado todo a un límite extremo —volvió a decirle con la finalidad de seguir que continuase hablando en el mismo tono.

—Sé muy bien de lo que hablo porque me muevo entre ellos, conozco su mentalidad y sus deseos, no digo su psicología porque la psicología es otra cosa diferente, pero no estaría demás que afamados psicoanalistas trabajasen un año en una tienda de ropa, en una perfumería o mejor aún, en una peluquería. Puedo asegurarte que si lo hiciesen habrían ganado diez años de práctica psicológica intensiva y extensiva. La neurosis al igual que la tontería, es femenina, ambas tienen los labios pintados de carmín.

Bebió un trago de su copa de vino, mientras la depositaba en la mesa, él le dijo:

—No sabía que la tontería y la neurosis pintaban sus labios de carmín.

—Pues ahora ya lo sabes —le respondió un tanto malhumorada y bajo el efecto del vino.

—Debes hablar algo más bajo —le sugirió él sonriéndole.

—Con lo que van a cobrar podemos hablar como nos dé la gana, alto, bajo o con lenguaje de sordomudos —le respondió, bajando la voz.

—El hombre-padre o padre-hombre, o como quieras llamarle...

Ella lo interrumpió.

—Lo llamaría progenitor o engendrador en lo que respecta a los hijos, en lo que respecta a su colega, progenitora o engendradora, lo llamaría taladrista.

—Sea como sea el nombre que le pongamos, ¿en qué posición lo pondrías? —le preguntó él, mientras le servía Médoc en su copa y también en la suya.

—Los dejaría en la posición en que se encuentran, en la inopia. Matrimonios de Teruel, imbécil ella, imbécil él.

Víctor extendió su brazo, le cogió su mano.

—Como no somos matrimonio de ninguna ciudad no somos imbéciles —le dijo él.

—Creo que lo eres, no me has dicho ni una sola vez que me quieres. A veces creo que yo lo soy, es cierto que nos conocemos desde hace poco tiempo, no sé nada de ti, por no saber no se ni a que te dedicas, ni te lo he preguntado siquiera, y estoy enamorada. Eso es ser una imbécil en grado insuperable.

—Lo último no lo sabía y lo anterior a lo último ni lo sospechaba. Eso es ser un imbécil igualmente por mi parte.

—Por esas dos razones, creo que si lo eres. Ahora que te he abierto mi corazón, no pido que abras el tuyo, pero ¿a qué te dedicas? —le preguntó ella contenta después de haberse vaciado entre los dos la botella de vino.

—Regento a varias chicas que hacen la calle, oriento y reoriento, dirijo y redirijo sus mercados, no su mercancía, pero si sus ganancias. Es una empresa lucrativa que no requiere esfuerzo, más esfuerzo que el recoger su dinero ganado y guardármelo. La única inversión empresarial, la del tiempo inicial empleado en adiestrarlas en las lides puteriles y económicamente en vestimentas apropiadas para cada ocasión. Algo así como las modas de ropas estacionales de los grandes almacenes —expuso él serio.

Una carcajada resonó en el restaurante, los clientes de las mesas vecinas y más alejadas también giraron sus cabezas.

—Ahora de verdad, una mujer que ha declarado su amor, tiene todo el derecho de saber a qué se dedica la persona a quien ama.

—Mi trabajo es profesor universitario de física teórica, tengo una excedencia y me dedico a comer moscas cazadas al vuelo con las orejas —le dijo sonriéndole afectuosamente.

—¡No lo hubiera imaginado! —exclamó ella, para decirle seguidamente —, no es que me importe, ¿pero tienes mujer? ¿tienes hijos?

—Ni lo uno ni lo otro —negó él.

—Muchachote, lo llevas claro. No pienso dejarte ir de mi lado, con excedencia o sin ella, estarás conmigo y yo estaré contigo. Te prometo que calentaré tus pies cuando los tengas fríos y nunca saldrá un reproche de mis labios hacia tu persona —le dijo ella cogiendo una de sus manos entre las suyas—, estoy piripi, aunque no tengas en consideración lo que acabas de escuchar es cierto lo que siento, nunca he sentido la sensación amorosa que siento como cuando estoy a tu lado, esa sensación me reconforta indeciblemente.

—Hmmm —expresó él.

—¿Crees que podrás quererme, que podrás enamorarte de mí? Aunque digas una mentira tan monumental como la Sagrada Familia no me importa —le preguntó haciendo un mohíno gesto.

—Dame esta semana de plazo para contestarte, el mismo que tú has dado para tu respuesta de trabajo —le dijo él.

—¿Y un adelanto, aunque sea pequeño, no es posible? —volvió a preguntarle ella.

—Esta noche tendrás uno grande —le respondió.

—¡Este es mi hombre! —le dijo ella en voz baja, añadiendo —¿Este Médoc es un vino muy caro, pero el cocolón es simpático, no te parece?

Al día siguiente Sole tenía reuniones, Víctor se desplazó por la ciudad, unas veces en taxi otras caminando, estuvo por barrios donde la miseria era patente y por zonas turísticas donde la miseria se encuentra bien disimulada. En un café consumió lo que su nombre anunciaba, ocupó una mesa del fondo del local que se encontraba vacía, las otras mesas ocupadas por una bulliciosa clientela conversaban animosamente. De una mesa en la que estaban sentados tres individuos, uno de ellos se levantó y se sentó en la mesa de Víctor, antes de que pudiese hablar le mostró una pequeña mochila de turista de asfalto, la mochila la había depositado en la silla, tuteándolo le dijo.

—Vas a llevar esta mochila a la dirección que voy a indicarte, si te niegas —realizó un discreto gesto apartando ligeramente a un lado su chaqueta, lo suficiente para que pudiese ver la culata de una pistola— te quedarás en esta mesa para siempre, si intentas no hacerlo te ocurrirá lo mismo, en todo momento estarás vigilado, si intentas acudir a los gendarmes, te ocurrirá lo mismo, si por casualidad lo consiguieses no podrías explicar convincentemente el contenido de la mochila. En fin, que no tienes más salida que la que te ofrezco. Disimuladamente le acercó un sobre, ahí hay un dinero para motivarte, saldrás de aquí hacia la derecha, en la plaza cogerás un coche de alquiler, le indicarás la dirección, una vez allí buscaras veinte números menos desde donde te han dejado, encontrarás un comercio de lámparas y electricidad, te pararás ante el escaparate con la mochila en la mano, una mujer se acercará a ti, te dará una bolsa y tú le entregarás la mochila, no cruzareis ni una sola palabra durante el intercambio. Acto seguido seguirás caminando en la misma dirección hasta que un coche te llame, le entregas la bolsa y ya puedes irte a tu casa. Unas cosas te aclararé. ¿Por qué tu? Por la casualidad de estar en este café, en esta mesa y en esta hora, otra cosa es que el contenido de la mochila y el de la bolsa, ni te incumbe ni debe interesarte, si por alguna razón lograses, cosa imposible te garantizo, ir a la gendarmería, además de no poder justificar lo que transportas, tenemos la capacidad para implicarte en asuntos turbios que hagan de ti no un sospechoso sino un convicto delincuente.

Víctor se había puesto pálido, sin embargo, mantuvo en todo momento la entereza y la templanza de sus nervios. Calibró todas las posibilidades de salir con éxito de aquella situación, no habiendo encontrado salida factible en ninguna de ellas, decidió hacer lo que le indicaba el individuo y sus compinches de la mesa, como la mejor manera posible de solucionar lo que tenía trazos de convertirse en algo trágico para su persona. Empujó Víctor con su mano el sobre en un gesto displicente.

—Esto ni es mío ni lo quiero —le dijo al individuo, este se encogió de hombros, guardó el dinero, dejó unas monedas en la mesa, indicándole a Víctor que recogiese la mochila y saliese delante de él, los dos individuos que le acompañaban habían salido del café poco antes. Ya en la calle los buscó con la mirada.

—En todo momento estarás vigilado, recuérdalo.

Esta fue la última frase que le dijo el individuo antes de que con un gesto de cabeza le indicase que comenzara a caminar en la dirección indicada.

Resignado estaba dispuesto a realizar todo lo que se le había dicho, si fuese en su país de origen sería distinto, pero en un país que no era el suyo, nada de lo que contase sería creíble y de serlo no se resolvería hasta pasado tiempo de investigación y comprobaciones policiales. Aun saliendo todo bien su reputación quedaría marcada como marcada quedaría la de Sole, con repercusiones en su trabajo al verse directamente implicada en este feo asunto, de quién sabe qué tipo. Decidido a hacerlo por el bien de todos, empujado por las amenazas, se enfrentó al problema como si fuese una estimulante aventura que ponía en su vida algo de cayena en su comida diaria. Esbozó una sonrisa sardónica que

desconcertó al individuo, tanto como la frase que le dijo en castellano de la que nada entendió.

—Cojamos al toro por los cuernos a ver si es tan bravo como parece.

Y arrancó un paso detrás de otro, caminando despacio y parándose cuando le venía en gana o para fastidiar a sus acechadores vigilantes, delante de escaparates de comercios, tentado estuvo de entrar en uno de ellos y ver las prendas de ropa, pero le pareció tentar demasiado la paciencia de los vigilantes. De momento es el ratón el que juega con el gato, —se dijo, con interna satisfacción—. La suerte a menudo juega malas pasadas, sobre todo lo hace con quienes fían en ella su esfuerzo, en lugar de fiarse del esfuerzo propio.

Los adictos al juego, los vagos y perezosos de toda índole, como atolondrados, son los que más intensamente la buscan y los que más intensamente sufren sus desengaños. Para una persona juiciosa, la suerte es legal, favorece una situación para que se haga buen uso de ella, favorece la situación y una vez hecho su cometido se retira y observa la reacción posterior. La persona juiciosa aprovecha esta situación favorable y saca partido de ella y continúa con su propio esfuerzo utilizando los medios que tiene a su alcance. Las personas así no se lamentan de la mala suerte o de que ésta las ha abandonado, los éxitos en sus cometidos se ven arropados por la suerte debido a su requerido esfuerzo. Otras veces la suerte actúa con criterios que el humano no acierta a comprender, puede parecer que su actuación es caprichosa, tildan a la suerte de caprichosa, es de insensatos, en estos casos hay quien la denomina azar, como si la suerte fuese algo aleatorio, como un juego de casino. Desconociendo sus verdaderas reglas se le pone multitud de epítetos, identificándola en el colmo de nuestra estupidez con un voluble carácter femenino. La suerte se rige por un cósmico filosófico arte matemático, cuya ciencia está muy alejada de la ciencia y la filosofía humana que únicamente se dirige a sí misma, sin proyección cósmica alguna. Su comportamiento es para el hombre tan misterioso como insondable, pero en su ignorante prepotencia el hombre le pone límites, nombres y leyes. ¿No suceden a veces encuentros fortuitos en lugares insospechados que desconciertan nuestros espíritus?, encuentros que realizando cálculos de probabilidad matemática proporcionarían una cifra tan seguida de ceros que nos haría exclamar ¡imposible!. La suerte convierte ese imposible en posible, porque ella se rige por razones que están fuera de los márgenes de lo posible y lo imposible. Lo posible y lo imposible son márgenes humanos, y la suerte no es humana, lo único que de humana tiene, es el nombre que los humanos le han puesto.

Caminaba Víctor con su turística mochila a su espalda viviendo intensamente, pero con compungida alegría su aventura, cuando se tropieza saliendo de un comercio de música al hombre que el día anterior le había dado el dinero, le acompañaba el hijo problemático. No quería detenerse para no implicarlos en el embrollo, pero no pudo evitar que el hombre le saludase efusivamente, le presentase a su hijo y le invitase a entrar en el café más cercano. Se escudó Víctor en una negativa, aludiendo con precipitación varias razones incongruentes que el hombre captó enseguida. A su benefactor le ocurría algo preocupante.

—¿Se encuentra usted bien? —le preguntó mientras miraba directamente a sus ojos.

—Perfectamente —le contestó Víctor, intentando mantener una desenfadada compostura mientras deslizaba la mirada hacia los lados buscando a sus invisibles vigilantes. Pero que al mismo tiempo presentía que lo observaban y que los tenía muy cerca.

—Lo que usted diga, tanto mi hijo como yo le acompañaremos hasta que por mi parte lo vea a usted con el ánimo y compostura que tenía ayer.

—¡Imposible, eso no puede ser! —exclamó sin poderlo remediar.

—¿Por qué no puede ser? ¿Tan grave es? —preguntó astutamente el hombre.

—Más de lo que puedan imaginarse, les ruego que se alejen de mí —les dijo, perdiendo la paciencia y temiendo que no secundasen su ruego.

—Estoy, estamos en deuda con usted, cuénteme lo que le ocurre, para todo hay solución, ante usted tiene un ejemplo vivo —le respondió el hombre.

—Tal vez tenga razón, no debe achacarse a la casualidad sino al destino que nos hayamos vuelto a encontrar, tal vez puedan ayudarme —les dijo.

Sucintamente en pocas palabras los puso al corriente de la situación y del grave aprieto en que se encontraba, insistiendo que no quería verlos comprometidos en todo el embrollo.

—Retrase todo el tiempo que le sea posible la llegada a su destino, despedámonos como si nada nos hubiese contado —le dijo el hombre mientras le estrechaba calurosamente la mano.

Después de este encuentro, Víctor se sintió con el ánimo repuesto y enfrentó de nuevo la aventura, esta vez con aire risueño y firmemente decidido a tomar el pelo, como vulgarmente se dice, todo lo que pudiese a los mafiosos o lo que fuesen esos matones.

Caminaba recreándose en los escaparates largo tiempo, en una tienda que preparaban gofres, compró uno cubierto con mermelada que se comió lentamente parado en la calle. Estaba terminándolo cuando uno de los mafiosos que estaban en la mesa del café tropezó con él tirándole el trozo de gofre que le quedaba por comer.

—Sigue caminado o te descerrajo aquí mismo un tiro —le dijo el mafias.

—Por supuesto, pero antes debo comer otro gofre, es usted el culpable de mi retraso —le dijo Víctor dejándolo en la calle y penetrando en la tienda, comprando esta vez un gofre cubierto de chocolate.

Lo mismo que la vez anterior se paró en la calle hasta comerse lentamente el gofre, limpió los labios de los sabrosos restos de chocolate, vio a uno de los mafias vigilantes al otro lado de la calle sin discreción alguna, alzó su mano para saludarle al tiempo que le gritaba.

—El hambre es lo único que debe matarse.

Varios transeúntes se fijaron en él y en el individuo a quien se dirigía.

Siguió caminando, unos pasos más adelante, se agachó para desatarse y atarse los cordones de sus zapatos, operación con la que se entretuvo varias veces más tiempo que el habitual. Siguió parándose en los escaparates, ganando tiempo, si es que el tiempo puede ganarse, porque hasta donde mi saber alcanza, el tiempo se pierde nunca se gana. Finalmente penetró en la plaza, la indicación que le había dado era subirse en un taxi, pero el único disponible era de color blanco, recordó la advertencia de su compañera de asiento en el viaje en tren a Barcelona. Se negó interiormente a subirse a él, uno de los mafiosos se le acercó como para preguntarle algo, le dijo que subiese al taxi. Se lo dijo de malas maneras y con voz intimidatoria, era de los tres el que tenía aspecto de ser un matón sin escrúpulos.

—Si es de color blanco no me subiré, esperaré otro taxi —le dijo Víctor con firmeza, mientras el mafias se alejaba rechinando los dientes y despidiendo como chiribitas en el aire, deseos de venganza.

Alguien se subió al taxi, que arrancó con el cliente, a los pocos metros de la parada un estruendo opaco se dejó oír. El taxi de color blanco era embestido con la testud porque cornamenta no tenía, de una pesada camioneta, que como suele decirse en expresión boxeista, le propinó un eficaz y contundente gancho al hígado que dejó al taxi de blanca e inmaculada carrocería, en una arrugada uva pasa de la clase moscatel.

Víctor se dirigió al mal encarado mafioso, extendiendo ampliamente los brazos, indicándole que viese como él tenía razones para no subirse en ese vehículo. Mientras tanto en la plaza se montó un desconcierto de mil demonios, el tráfico parado, los transeúntes parados curioseando, algunos se acercaron solidariamente a los vehículos siniestrados para ayudar a los posibles heridos, que los había. El desconcierto era notorio, Víctor lo aprovechó para acercarse también al ojo del huracán mezclándose con otros personajes tan inútiles como él en caso de accidentes y ayuda médica.

Los gendarmes no tardaron en hacer su presencia y poco después la ambulancia con asistencia médica, el guirigay en lugar de disminuir había aumentado.

Nada hay tan atractivo para el ambiente de la ciudad como la tragedia ajena. Una persona puede caerse de un vahído en la calle o resbalar en la boca del metro, que nadie socorrerá a esas personas, es más, en el metro diría que le pasarían por encima, no lo harían por mala intención, sino porque en el metro y en las calles de las ciudades grandes las personas se ignoran unas a otras. A este fenómeno unos lo disculpan llamándolo estrés, otros hacen lo mismo llamándolo escuatro. Pero cuando hay un estruendoso accidente, el ruido llama la atención, atención que se ve incrementada por la curiosidad aglutinante despertada repentinamente. El fenómeno dura poco tiempo, pero mientras dura el ciudadano se siente despierto y se siente vivo.

Víctor aprovechó todo este tiempo que paradójicamente dejó que corriese a la velocidad que el tiempo habitualmente suele hacerlo, dando a su vez tiempo, si es que el tiempo puede darse y todavía mucho menos, darlo un humano como si el tiempo le perteneciese o fuese suyo. Pero el humano cree sinceramente que posee tiempo, por esta razón sincera no debe reprendérsele, de ahí que diga tan frecuentemente, es mi tiempo, es tu tiempo, mi tiempo es oro, me queda tanto tiempo de vida o el tiempo que me queda. Y toda esta engañifa le viene porque pudo haberse comprado un cronómetro o porque puede regalar un caro reloj de pulsera.

En definitiva, aprovechó Víctor el desconcierto motivado por el accidente para dilatar la llegada al destino que le habían, bajo amenaza, indicado.

Finalmente subió a un taxi que no era de color blanco su carrocería, y lo trasladó a la dirección dada, no sin antes decirle al conductor que fuese lo más despacio que pudiese y que hiciese el recorrido dando un disimulado rodeo por las calles que mayor tráfico y retención tuviesen.

Un coche al menos le seguía, estuvo tentado varias veces a abrir la mochila y ver su contenido, por primera vez en todo este tiempo se dio cuenta que la mochila tenía un pequeño candado de esos que tienen una clave numérica. Por muy grande que fuese la tentación no lograría abrirla, la tentación desapareció de repente. —Un problema menos se dijo.

El taxista maniobraba su automóvil con perezosa calma, en una rotonda Víctor le sugirió que diese un par de vueltas en torno a ella, cosa que el automóvil hizo bajo la destreza del taxista que en ningún momento superaba las velocidades permitidas.

—¿No tiene usted prisa por lo que veo? —preguntó el taxista.

—Ninguna, y si aumenta el tiempo considerablemente en que tardaría en llegar sin que se note, le gratificaré con cincuenta euros más sobre la tarifa.

El conductor que era asalariado y no propietario del taxi respondió:

—Delo por hecho.

Aceleró el coche metiéndose por una estrecha calle para salir a otra concurrida por abundante tráfico, pero adoptando la caracoleante velocidad anterior. Víctor observó por el vidrio trasero si habían despistado a sus seguidores, el vigilante coche los seguía muy de cerca, no cabía duda que estos individuos sabían lo que hacían, al menos en lo referente a la conducción. El taxista se dio cuenta que un coche los seguía, corroborándolo con el cliente con su interés de girar varias veces la cabeza hacia atrás.

—¿Quiere que los despistemos? —hago la pregunta de una manera general, como alguien que está acostumbrado a hacerlo

—Que vengan detrás comiendo nuestra sombra, que la coman hasta que revienten —le dijo él.

—Con la sombra reventará difícilmente, pero con la parsimonia que llevamos a buen seguro que si no revientan habrán de coger una buena indigestión de cabreo —le respondió sonriendo el conductor.

—Eso es lo que quiero, pero sin desviarnos demasiado de la ruta que nos conduzca a la dirección indicada. Aclaró Víctor.

—¿Me permite que ponga algo de imaginación por mi parte? —inquirió el conductor.

—Tiene usted total libertad —le dijo él.

—De jovencito participé en varias obras de teatro, tenía actitudes naturales para la escena, ya lo creo que las tenía, pero las presiones familiares me forzaron a dejar esa inclinación y me obligaron al estudio de enfermero, profesión que, por no gustarme, ni poseer cualidades para ella trabajé solamente seis meses, ahora mi profesión es la de honrado taxista y frustrado comediante.

De repente en medio de una rotonda paró el coche.

—Es una lástima, una gran contrariedad acaba de sucedernos, el coche ha sufrido una avería y vaya lugar ha escogido para hacerlo. Voy a salir jugándome el pellejo e intentaré solucionar el problema —le dijo.

Víctor vio a través del retrovisor que le guiñaba un ojo.

Los conductores que circulaban tocaban el claxon enfadados, a pesar de que estaba prohibido sin causa justificada, algunos proferían insultos en lengua francesa, que a pesar de que es una bella lengua, no es apropiada para el insulto, tiene potencial irónico, pero no posee ese potencial que nace de las vísceras, que arranca de las entrañas y que tan necesario es para el insulto. De su presidente del gobierno dirán que es un estulto en lugar de estúpido, vesánico en lugar de loco, comedor de mantequilla que en francés suena beurre, en lugar de comedor de mierda. Le llamarán tintín o tartarín despectivamente en lugar de llamarle directamente bacalao.

El conductor descendió del automóvil, levantó el capó y se pasó un buen tiempo mirando el motor abriendo y cerrando varias veces el tapón del depósito del agua del limpiaparabrisas, incluso lo sopló un par de veces, desconectó un cable que más tarde volvió a conectar. Se alejó un paso del auto como para obtener una nueva perspectiva de la avería, para volver a introducir medio cuerpo bajo el capó, tal vez para amortiguar en sus oídos el sonido estruendoso de los cláxones, que algunos conductores aprovechaban para soltar bocinazos de trasatlántico en día de niebla. Los gendarmes hicieron acto de presencia, intentando llegar hasta el vehículo averiado situado en el medio de la rotonda. El taxista les hizo un gesto de calma con la mano abierta, y todavía con el capó levantado se introdujo en el coche accionó la llave y el motor encendió a la primera con un alegre rugido de joven felino. Volvió a descender del vehículo, bajo el capó, se introdujo en el taxi y arrancó uniéndose en la marcha a los demás histéricos y apresurados conductores.

—¿Qué le ha parecido? —preguntó el taxista.

—Soberbio, espectacular en todos los sentidos, tiene usted dotes teatrales nada frecuentes, incluso entre los profesionales afamados —le respondió Víctor sinceramente.

—No estuvo mal, podría haberse mejorado, pero como improvisación no ha estado mal. —dijo el taxista, añadiendo —. Ahora creo que deberíamos ir directamente a su destino, si lo que usted quiere es justificar una buena demora.

El taxista paró en el número indicado, descendió del coche, abrió la puerta del cliente y antes de que bajase del taxi, le preguntó si necesitaba algún tipo de ayuda o servicio distinto.

Víctor le respondió que todo estaba bien.

—No obstante, me quedará algún tiempo aparcado algo más adelante por si me necesita —le dijo el taxista,

Víctor le entregó otros veinte euros más sobre los ya ofrecidos.

Caminaba bolsa en mano en la dirección contraria en la que había venido, siguiendo las recomendaciones y buscando el número indicado, se sintió nuevamente vigilado. De repente como saliendo de la nada, como una ola fantasma a la que tanto temen los marineros, porque hunde sus embarcaciones, varios grupos de jóvenes lo rodearon.

De entre ellos se destacó el hijo del músico que esa misma mañana le habían presentado. Le pidió la mochila, le hizo poner un casco de moto. Un coche cruzado y abandonado en la calle permanecía interrumpiendo el tráfico, que constaba de una sola y única dirección. Lo subieron en una moto de mediana potencia que arrancó velozmente seguidos de otras dos similares. Los grupos se disolvieron con la misma rapidez con que habían surgido.

Las motos giraron por una estrecha calle, también de circulación única, el taxista había observado la operación, siguió a las motos introduciéndose por la calle que habían girado circulando muy lentamente con la intención de impedir el paso a cualquier vehículo que fuese en su persecución, colaboraba a su manera en algo que desconocía, pero que tenía todas las trazas de ser teatralmente interesante.

Cuando se bajó de la moto, el hijo del músico le recomendó que cambiase su vestimenta por una más deportiva y turística, recomendándole también que llevase una gorra, con esa apariencia podría disponer de la ciudad a su antojo. Le tendió la mano y arrancó con su moto seguido de los otros motoristas.

Víctor contó a Sole la trepidante aventura, asombrada, escuchaba sus palabras no dando crédito al principio de todo lo que decía.

—En tres días te suceden situaciones o las creas tú, que no le suceden a la mayor parte de los mortales a lo largo de su vida —le dijo ella con un cierto sentimiento de envidia.

Víctor se disculpó diciéndole.

—Yo no he creado situación alguna, bebía mi café tranquilamente, se me acerca un tipo y, bajo amenaza me dice, arreando que es gerundio ¿Qué otra opción tenía? ¿Acudir a los gendarmes y justificar lo injustificable? ¿Implicarte a ti en relación conmigo? Esto podría repercutir en que esos individuos pudiesen tener represalias de alguna manera contigo, el relacionarte conmigo podría tener, de saltar a la prensa, consecuencias en la imagen que se proyectaría en tu trabajo. No había otra salida, en principio obedecerles, por mi parte decidí ponerme el mundo por montera y con la divisa, a ver qué pasa, dejé que circulase el aire.

—Y el aire circuló, por lo visto —le dijo ella.

—Afortunadamente circuló bien, al menos de momento.

—Lo más aconsejable es que no salgamos del hotel, hay que ser prudentes, en estos casos es lo mejor que puede hacerse —repuso ella.

—Prudencia y cierta discreción sí, pero de quedarme en el hotel, ni pensarlo siquiera, esta misma noche iremos a cenar a uno de esos carísimos restaurantes a los que tenemos acceso gratuito. Primero descansaremos porque tú también lo necesitas después de las reuniones que has tenido —le respondió él, con firmeza. Sole comprendió que toda oposición sería inútil.

—¿Y las reuniones que has tenido? ¿Cómo las has llevado? —le preguntó.

—Las reuniones comerciales son siempre igual, varían matices leves, el adjetivo siempre es el mismo, incrementar las ventas. Poco ingenio, poca imaginación artística poseen los ejecutivos comerciales, los números y el obligado objetivo los encorseta acabando por atontarlos.

Lo único destacable ha sido que un ejecuta vestido como un pavo real, desconociendo la propuesta de trabajo que me han hecho, alardeaba ante mí pavoneándose de sus viajes, sus éxitos en el trabajo, etc. Finalmente me lanzó los tejos.

—¿Y qué hiciste? —inquirió sonriendo Víctor.

—Recogí los tejos caídos porque ninguno me había dado, y bien envueltos se los devolví.

—Parece muy interesante. Dime como lo has hecho.

—Esas cosas son secretos femeninos a las que el hombre no debe tener acceso. Hablando de otro tema ¿Qué contenía el interior de la mochila? —finalizó preguntando.

—No lo sé. Tenía un candado numérico. Para saber su contenido, tendría que haber forzado el candado o romper la mochila cortándola.

—Yo lo habría hecho —dijo ella con decisión.

—La curiosidad mató al gato —dijo él.

—No soy un gato —le respondió ella.

—Una gata, pues —respondió él a su vez.

—Un poco gata reconozco que si soy —se echó sobre él diciéndole— ¡estás en mis garras ratoncito mío! —mientras le pasaba la lengua lamiéndole el rostro.

Pasaron la semana recreándose en París, contrataron un guía que les mostrase las dos caras de la ciudad, la turística, y la permanente, donde se sienten los latidos del corazón de Francia.

Al finalizar la semana Sole aceptó el trabajo, el propietario de la firma visiblemente contento le proporcionó como incentivo una sustanciosa cantidad de dinero y un paquete de acciones, además de poder vestirse de manera gratuita con las prendas que la firma produjese.

—Solamente con la reventa del vestuario que utilice puedo llegar a vivir como la Reina de Saba —le comentó a Víctor.

—¿Cómo vivía la Reina de Saba? —preguntó Víctor.

—La Reina de Saba vivía como una reina, que es como viven las reinas, cumpliéndose todo tipo de caprichos, incluso los más indecentes.

—¿Tienes caprichos indecentes?

—No los tengo porque no soy la Reina de Saba, pero podría cumplirme todos los demás caprichos si fuese caprichosa. En la tienda estoy rodeada del caprichismo en todas sus formas, de él vivo, pero de él no uso —le repuso ella adoptando un tono serio.

—La Reina de Saba recorrió una larga distancia para conocer a Salomón, rey de los israelitas. Salomón alcanzó, según cuenta la historia de los judíos, tanta fama de sabio y taumaturgo que de él se sabía hasta en reinos muy alejados del suyo. La Reina de Saba quiso tratarlo en persona y vino cargada de ricos presentes reales. Nada se cuenta de lo que ocurrió entre ambos, ni si ella también poseía una sabiduría y taumaturgia similar. Dios los crea, ellos se juntan y la policía los busca. Si Salomón era un hombre peculiar y sabio, cuando una mujer va al encuentro de un hombre así, ella que es reina igual que él, es igualmente que él, peculiar y sabia. Y como tú, sin caprichos indecentes ni decentes —le dijo Víctor riendo.

—Podrías decirme, aunque fuese una sola vez que me quieres —le espetó ella.

—¿Cambiaría algo entre nosotros si lo escuchases? —dijo él.

—No lo sé, pero me agradaría escucharlo, aunque no fuese cierto —replicó ella.

—No sería preferible que escuchases mil palabras de amor verdaderamente sentidas a una convencional, que a menudo no contiene más que vacío —le respondió él, observando detenidamente su rostro.

—Mil por una, ya lo creo que acepto el cambio, tonta sería si no lo aceptase —afirmó ella sonriéndole.

—También hay quien asegura, que esa palabra resume o contiene en su interior, mil palabras de amor ¿Lo crees así? —dijo él.

—Quién eso diga es porque no sabe decir otra cosa, ni ha escuchado otra cosa, donde hay amor hay poesía, donde hay poesía no tiene por qué haber amor. Eso es lo que creo —le respondió ella.

—Así lo creo yo también.

Él se acercó a ella y la besó apasionadamente.

Comieron en el restaurante de la segunda planta de la Torre Eiffel, gozando de las espléndidas vistas que sobre París proporcionaban los 125 metros de altura, durante el postre, que en francés se pronuncia dessert, semejante a desierto, ellos, por el contrario, durante los dessert parloteaban como cotorras o como cotorros según se prefiera escoger.

—Te has dado cuenta —comentó ella— la cantidad de jóvenes muchachas que forman pareja amorosa apenas salen de la adolescencia, con una sexualidad no totalmente definida y se declaran abiertamente seguidoras de Lesbos. Pienso si esto, como ha ocurrido con otras muchas cosas no será una cuestión de moda.

—La moda con frecuencia se juzga como buena porque es novedosa, pensamiento más acentuado en los jóvenes y adolescentes que están rompiendo a vivir y este romper lo identifican con la parafernalia exterior gestual, expresiones de lenguaje, vestimenta y peinados, así como de comportamientos incluido el sexual. No obstante, no es la moda quien influye solamente —dijo Víctor finalizando el último bocado del postre.

—Hay por supuesto una tendencia genética o innata en algunas de estas jóvenes, son una minoría insignificante comparadas con la cantidad existente y manifestada de manera tan repentina. Si tomasen en consideración únicamente el aspecto sexual, quiero decir una bisexualidad sería comprensible, pero un posicionamiento tan drástico y en edades tan prematuras es sospechoso de que obedezca a causas reales —dijo ella reflexionando sobre el tema, un poco como hablando para sí. Le acercó su copa que contenía un sabroso y nada barato postre para que Víctor lo finalizase.

—Todas estas comidas tienen una preparación a la francesa, es decir, exquisitas, personalmente no las pagaría de mi bolsillo, son un abuso sus precios, y de una vanidad desmedida pagarlos, aun pudiendo permitírmelo no lo haría. En lo que respecta a las jóvenes lésbicas, debe tenerse en cuenta el aspecto psíquico —le dijo él.

—¿A qué te refieres con lo psíquico? —interrogó ella.

—La influencia del psiquismo influye en todas las edades, pero todavía más en las edades juveniles. El rechazo al padre por considerarlo autoritario o por considerarlo pusilánime, o esa misma actitud con respecto a la madre o la actitud contraria, admiración hacía uno de los dos por las mismas razones. Eso lleva consigo que los jóvenes en su confusión adopten en sus cabezas, como cocteleras, un combinado de represión, sexo, afirmación social, rechazo familiar e identificación como pertenencia a un grupo o tribu —dijo Víctor.

—Acabas de describir una mente enfermiza —afirmó Sole.

—Sin lugar a dudas, una patología psicológica más grave de lo que puede creerse. Lo peor de todo es que tales actitudes son asumidas y aceptadas como actitudes pletóricas de liberalidad y avance social. Hace muy pocos años se perseguía esto mismo que hoy se magnifica como la gran victoria del feminismo. Tras estos comportamientos, salvo excepciones, se encuentra oculto el resentimiento, la frustración y sobre todo, en el caso de estas jóvenes el temor al rechazo del hombre. Cuando me refiero al rechazo del hombre, es al hombre que en su desequilibrada psique representa al padre.

—Nunca lo había visto desde esa óptica, indudablemente casan bastantes piezas —dijo Sole, sorprendida.

—Una cosa son las muchachas que, por curiosidad o satisfacción o facilidad sexual simplemente, mantengan relaciones entre ellas. Otra cosa muy distinta es lo que estamos hablando y tal como lo has planteado desde el principio.

Víctor hizo una pequeña pausa como organizando sus pensamientos

—Las jóvenes de las que hablamos no se temen, entre ellas no compiten y se aceptan despreocupándose incluso de su físico, no sé si intencionadamente. ¿Te has fijado como muchas de ellas son obesas, otras tienen un atractivo femenino muy pequeño y sin embargo son aceptadas por sus parejas que adoptan actitudes similares?

—¿Y las que son hermosas o cuidan su aspecto físico tanto corporal como de vestimenta, donde encajarían? —inquirió Sole.

—En el mismo razonamiento, el psiquismo enfermizo adopta múltiples manifestaciones exteriores. Una psique desequilibrada puede estar detrás de una joven pulcra tanto como en la más abandonada. La persona excesivamente preocupada por la limpieza y el orden, alberga o cree albergar en su interior suciedad y desorden. Quienes más predicán la moral, son a menudo los más inmorales y los seres más sujetos a la perversión dañina para con otros —respondió Víctor.

—Esto podría complicarse más, no has encajado más que las primeras piezas del puzle que dicen los ingleses y que nosotros llamamos rompecabezas. Ahora me explico la actitud de cuando se es joven que no importaban, a alguna de nosotras, los granos en la cara, afirmando que nos daba igual. Desde ese momento se nos iba la preocupación de gustar al exterior, nos eliminaba la tensión requerida por esta misma preocupación, surgiendo en su lugar un tremendo relajó. Nada de chicos, no me interesan, si alguno se me acerca es porque le gusto como soy. Es la actitud de la zorra ante el racimo de uvas de la fábula.

—¿Cuál es esa actitud de la fábula? —preguntó Víctor.

—La zorra saltaba intentando coger un racimo de uvas, después de muchos saltos y no lograrlo se alejó muy ufana diciendo, no las quiero, están verdes esas uvas —explicó Sole.

Víctor se rió.

—Lo refleja perfectamente, ese ejemplo es perfecto para lo que estamos tratando —le dijo él.

—Yo misma he adoptado esa actitud de jovencita y después de mi separación reconozco haber adoptado una actitud similar por mi herido orgullo y el temor a una nueva relación que pudiese llegar a considerarme fracasada, si la pareja me abandonase —dijo Sole.

—Nunca hubiese pensado eso de ti —dijo Víctor con sorpresa.

—He roto esa actitud contigo, pero debo reconocer que el temor a sentirme abandonada, o sentirme engañada, lo veo como un fracaso mío, como un fracaso personal. Ese temor está profundamente arraigado en mí, más profundamente de lo que hasta ahora había creído. Tal vez se remonte a las relaciones infantiles paternales, lo que desencadenó el abandono de la arquitectura y la dirección de la empresa de mi padre, y la elección de hombre como marido, que a poco que se le observase, una mujer equilibrada, vería que no era un hombre para satisfacer a una mujer —le dijo Sole.

Víctor le cogió la mano que puso entre las suyas, ambos permanecieron en silencio, los ojos de Sole se humedecieron y una lágrima se deslizó por su mejilla. Víctor se incorporó y con sus labios la recogió del rostro de ella, después la besó con ternura.

—Contigo tengo la misma sensación, el mismo temor bloqueante, quiero abrirme totalmente y sin embargo me cierro, deseo entregarme e inmediatamente me niego a mí misma el hacerlo. Quiero obtener la certeza, la incuestionable certeza, fiel espejo de la

figura paterna de que nunca habré de ser abandonada, de que siempre estarás a mi lado. Es una estupidez, lo sé, pero hablábamos de la psique, de la mente, del inconsciente, o como puñetas queramos llamarlo —dijo Sole.

Él seguía con sus manos cogiendo la mano de Sole y mientras la escuchaba sentía como el calor que irradiaba del centro de su pecho se extendía por todo su cuerpo. Una sensación extraña, potencialmente energética y sin embargo tranquilizadora. Por primera vez la veía distinta, diferente y el mismo se sentía distinto y diferente.

—¡Joder! Cuantas cosas he descubierto de mí misma sin pretenderlo, la altura de esta torre hace tener la visión de una misma desde una perspectiva elevada —le dijo Sole.

Víctor sintió el impulso de abrirle su corazón y mostrarle su sentimiento amoroso, para él era novedoso sentirlo en ese grado de intensidad, pero no se atrevió, reprimiendo el impulso apretó la mano de ella casi hasta hacerle daño. Ella se extrañó ante ese comportamiento, pero inmediatamente una reconfortante corriente atravesó su cuerpo. Ambos se vieron a los ojos en silencio durante unos instantes, él aflojó la presión, pero siguió reteniendo la mano de ella entre las suyas.

—Es el momento de abandonar las alturas y descender a la tierra, dejemos que águilas y cigüeñas aniden en estos lugares —le dijo él, invitándola a levantarse de la mesa e irse del restaurante situado a 125 metros de altura.

Esa misma noche se dejaron caer por el local en el que actuaba el músico con una banda de jazz. El músico lo reconoció y le dedicó un tema en el que se lució con un solo que arrancó los aplausos del público.

En el descanso se acercó a la mesa en la que estaban sentados y bebió una copa con ellos.

El encargado del local vino a junto del músico y le dijo el nombre de alguien que Víctor no escuchó, resultaba ser un actor famoso que deseaba conocerlo. El encargado le decía si podía ir a su mesa.

El músico escuchó, después dirigiéndose a Víctor y a Sole, les preguntó si querían conocer a un actor famoso francés y si no les importaba que les acompañase en la mesa, ambos se encogieron de hombros, el músico le dijo al encargado que podía traerlo que les harían un sitio donde ellos estaban.

El encargado creyendo que no le había entendido, insistió corrigiendo y aceptando como autoridad la fama, que era él quien podía ir a la mesa, a lo que el músico sonriéndole le dijo.

—Dígale al famoso actor lo que le he dicho.

Contrariado, el encargado comunicó al actor las palabras del músico, creyendo que resultarían ofensivas para quién hoy está en boca de todos y mañana en el recuerdo de nadie. Instantes más tarde el mismo encargado acompañó al actor y, a una actriz no tan famosa como él, después de realizadas las presentaciones, ocuparon asientos en la mesa. El actor había escuchado en varias ocasiones las actuaciones del músico, le gustaba el jazz sin pretender ser entendido en la materia. Esa humildad agradó al músico que le respondió.

—Los entendidos en jazz entienden jazz, pero no saben escuchar jazz. Puedo asegurarle que ni uno solo de los entendidos sobre jazz que he conocido ha podido resistir la viciosa tentación de decirme como debo interpretar o de corregir mis actuaciones al compararlas con las de otros intérpretes, que por supuesto han escuchado en grabaciones de estudio.

El actor asintió.

—El mejor crítico del actor es el director de teatro o de cine, ni siquiera otro actor, pues éste expondrá desde un entendimiento subjetivo su crítica. El director lo verá desde un prisma objetivo teniendo para ello en cuenta factores que el actor, a pesar de ser él quien realiza el trabajo, se le escapan en el momento de la actuación.

—Siempre y cuando el director sea técnicamente bueno y culturalmente ilustrado, sin estas dos condiciones no habrá comprensión objetiva posible —añadió el músico.

—Ciertamente, ciertamente —dijo el actor.

—Esas dos condiciones unidas son muy poco frecuentes tanto en el director como en actores, músicos, políticos, académicos, escritores, carpinteros y mecánicos. Alguien que reúna ambas premisas puede considerársele un maestro que, indudablemente, dejará discípulos, aunque este maestro no posea escuela —añadió Víctor.

—Podemos tutearnos, sentenció la actriz, las formalidades se tornan enojosas a ciertas horas de la noche.

—¿Conocemos a personas que superen estos requisitos? —preguntó el músico.

—He tratado durante poco tiempo a Truffaut, de él puedo decir que reunía ambas condiciones y le añadiría una tercera condición, estaba muy interesado en el alma humana, la observaba y la estudiaba tanto fuera como dentro del estudio. Con los años he llegado a pensar que Truffaut utilizaba la dirección en sus películas para conocerse a sí mismo, en sus direcciones se fijaba en las menores expresiones de la gimnasia facial, en los gestos de las manos y posturas corporales, entonaciones de voz, rapidez o lentitud en el decir de las frases, las pausas cortas o prolongados silencios, eran matices que para él descubrían aspectos insospechados, anímicos. No he conocido a nadie como él, debo reconocerlo.

—Renoir debió ser una persona similar y Truffaut bebió y comió abundantemente de sus películas, además de su propia formación cultural —dijo Sole a quien el buen cine le gustaba.

El actor y el músico se sorprendieron al escuchar la relación de Truffaut con Renoir, Víctor se sorprendió porque de cine no conocía absolutamente nada, haciéndose el propósito de leer una historia del cine y visualizar desde sus comienzos a los directores y sus películas más destacadas, le gustó que Sole hubiese intervenido de manera tan acertada. La actriz también se sorprendió y sin embargo no se pudo sustraer de su mirada una expresión de envidia que sus hermosos ojos no pudieron ocultar.

—Es difícil encontrar personas como las mencionadas, corresponden a otra época y otro tiempo que, aunque no muy lejanos, parecen muy alejados, que nada tienen que ver con nosotros y con la época y tiempo que vivimos —comentó Víctor.

—Por mi parte no he encontrado dentro del conservatorio ni fuera de él tampoco, a nadie que reuniese esas condiciones. He recibido técnica que he practicado machaconamente hasta adquirir la destreza necesaria para titularme, pero la orientación hasta llegar a descubrir las puertas que te introducen en los laberínticos pasadizos de la música tuve que descubrirlos por mí mismo. Es un solitario camino en el que todavía permanezco. El maestro orienta, pero el trabajo debe realizarlo uno, una frase, una reflexión puede descubrir un mundo, pero ese mundo para ser conocido necesita esfuerzo y dedicación. La cultura y el conocimiento del espíritu humano son los cimientos para llegar a conocer en profundidad las artes. Sin la cultura y el conocimiento del espíritu humano, florituras e histriónicos aspavientos, es lo único que puede llegar a lograrse, aunque estos logros sean materializados en premiados reconocimientos —finalizó diciendo el músico a la par que se levantaba para comenzar su segundo y último pase de esa noche.

La actriz desconcertada por las palabras del músico, no las aceptaba, ni entendía como podían menospreciarse los premios, ellos suponían el reconocimiento público y social a una vida de entrega al arte escénico. Así lo hizo saber.

—Esperemos a que regrese, estoy segura que tiene sus razones bien sólidamente asentadas para decirlo —comentó Sole, descubriendo en la actriz una ambición de notoriedad desmedida comparada con quienes no perteneciesen al mundo de la farándula escénica.

En esos momentos sonaron los primeros compases de una pieza compuesta por el músico, las notas se deslizaban por la sala suavemente, como el murmullo del viento, acallando las últimas voces de la gente y el ruido de los vasos. Poco a poco el ritmo acompasado fue elevándose hasta situarse en ese punto musical que atrae la atención de quienes la escuchan, seguidamente la combinación armónica instrumental fue rota como si el costado de barco hubiese recibido un impacto y a pesar de ello pudiese navegar perfectamente, poco después otra ruptura armónica se producía casi sin percibirse, este

hecho fue reproduciéndose con todos los instrumentos, el contrabajo mantenía unidos, sin esfuerzo alguno curiosamente, a todos los instrumentos. El navío había recibido impactos y sin embargo su estructura firme y sus bien construidas cuadernas hacían que el barco navegase sin dar importancia a esos incidentes. La composición se desarrollaba de igual manera. Un ritmo recurrente que se alejaba y se acercaba inesperadamente unidos a unas melancólicas notas de devastadora tristeza unas veces y de una electrizante euforia otras, sujetaban magnéticamente la atención. La sala se inundó de múltiples sensaciones, los cinco sentidos parecían percibirlos físicamente, aquella composición musical abstracta únicamente iba dirigida al alma a través del oído, cobraba misteriosamente nueva vida manifestándose materialmente a través de la piel, nariz, boca y ojos. Hipnotizados los asistentes se dejaban transportar inevitablemente por ese cúmulo de sensaciones imprevistas y repentinamente generadas en lo más profundo de ellos mismos. Las notas y los compases de la composición seguían su camino como el sonido de la flauta de Hamelin, sin importarle si construía o destruía a su paso. El silencio que normalmente se mantenía en estos lugares se había convertido en un anormal cautivador silencio, nada se oía, nadie se movía, era como si la actividad vital fuese clínicamente suspendida y sin embargo la vida se sintiese con una intensidad mágicamente desconocida.

La pieza finalizó, los instrumentos dejaron de emitir sonido, el silencio perduró en la sala sumida en un éxtasis paralizante, los músicos desconcertados se miraban unos a otros, únicamente el compositor, con ojillos semicerrados por una sonrisa sardónica comprendía el alcance de lo que había sucedido. De repente la sala entera estalló en frenéticos aplausos, los camareros no habían podido sustraerse a las sensaciones creadas y aplaudían por primera vez en su vida profesional, mezclando sus aplausos con los de los demás espectadores. Nadie expresó una exclamación, un grito o el conocido bravo, sólo los aplausos resonaban prolongando la catarsis general.

Sonidos musicales invadieron nuevamente la sala, ahora eran sonidos musicales a los que el oído estaba acostumbrado y que poco a poco volvieron a la cotidiana realidad al auditorio.

Terminada la actuación volvió el músico a la mesa, cortó de raíz, antes de que pudieran exteriorizarse las felicitaciones diciendo.

—Antes dejé dicho algo con lo que, por las expresiones percibidas no solo no se está de acuerdo, sino que además ha generado un sentimiento de agravio y ofensa.

—Tanto como ofensa no, pero poner en duda el reconocimiento institucional a la trayectoria profesional, que se materializa en un permio, lo considero algo que no debe aceptarse —dijo la actriz.

El músico observó los rostros de ambos actores, en ellos se veía reflejada la misma convicción.

—Recordemos que me refería a la cultura y al esfuerzo personal en adquirirla, unida ésta a la observación del espíritu humano y, en consecuencia, a la mejora del mismo. A esto hacían referencia mis palabras. Todo director, maestro, gurú, indica, por decirlo de alguna manera, los libros, el leerlos con la debida atención es una cuestión del alumno, discípulo o adepto —aclaró el músico.

—Sigo sin entender porque habrían de rechazarse los premios concedidos —dijo la actriz nuevamente.

—Un artista creador utiliza el arte como un medio de conocerse a sí mismo en su insondable profundidad humana, en este conocimiento, lentamente adquirido, se

producen frutos pasajeros que es lo que puede llamarse arte. En definitiva, el auténtico creador, en su primera evolución se busca a sí mismo como un ser desconocido pero que siente cercano, una vez que ha logrado un conocimiento elevado, este sí mismo desaparece manifestándose en sus creaciones que es lo que llamamos obras de arte. En estas obras palpita el espíritu de la humanidad de manera permanente, por esa misma razón perduran y se mantiene en el recuerdo y en el tiempo. Son pocas, pero las hay, como pocos han sido los creadores a los que me refiero, pero los hay. Ninguno de ellos buscará premios y reconocimientos, el reconocimiento y el premio lo lleva incorporado en sí mismo.

La actriz permaneció en silencio sin saber que decir porque no había entendido el auténtico significado de lo que el músico hablaba.

El actor habló después de escuchar atentamente.

—No está reñido recibir estas consideraciones con lo que se ha dicho. A todo artista le gusta ser reconocido por su trabajo y por sus méritos. Es por decirlo de alguna manera la guinda de la tarta.

—La diferencia estriba en que el creador no busca el reconocimiento, podrán dárselo, pero no los ha buscado ni interior ni exteriormente. Una vez que ha alcanzado ese grado de conocimiento se convierte en creador y como creador el reconocimiento es de su propia creación interna y su exteriorización en el arte. Insisto, han existido y existen pocos creadores, ninguno de ellos ha colgado o perpetuado en su ropaje humano medallas y talismanes institucionales. En lo que se refiere al trabajo, ¿por qué no se realizan los mismos premios y reconocimientos a trabajadores auténticos, a los que trabajan de verdad las ocho horas diarias? Los premios concedidos con bombos y platillos son para las gentes del mundo del espectáculo, donde los platillos y bambalinas suenan con más estruendo que el trueno anunciando tormenta. Entre un creador y un artista del espectáculo, no hay punto de encuentro alguno.

—El actor con su actuación crea un personaje insuflándole vida en cada representación teatral, si es en el cine le insufla una vida sino inmortal, al menos si perenne. Esa es una manera de crear un personaje desencarcelándolo de los límites que el originario creador le había impuesto. Eva y Adán se encontraban en el paraíso con sus limitaciones, esa es la obra del creador original, pero el actor les da vida real cuando se encuentran fuera de ese acolchado lugar, teniendo acceso a las pasiones y convirtiéndolos en humanos. Esa es la obra creadora del actor.

—No te engañes, el actor representa únicamente a un personaje proporcionándole una vida ficticia y de aparente realidad, es una representación de lo creado. En la creación autentica no hay recreación de ningún tipo. El creador de la nada existente o del todo informe, que viene a ser lo mismo, crea con formas sensitivas la regeneración humana. El actor en su recreación divierte perpetuando vicios y virtudes —respondió el músico mirándolo suavemente para que no se sintiese ofendido.

—¿El músico como intérprete de una obra, ocuparía el mismo lugar que ocupa el actor? —preguntó Víctor.

—Exactamente el mismo lugar, escenifica con mayor o menor virtuosismo una creación, proporcionándole más o menos colorido a lo que no ha sido creado por él. Reproduce como un trabajo y sin sentimiento algo que sí ha sido creado con infinidad de emociones encontradas. El intérprete auténtico intenta acercarse al creador por medio de su técnica sin conseguirlo jamás, son semejantes a niños que creen convertirse en superhéroes al disfrazarse con sus trajes. El intérprete por muy virtuoso que pueda llegar

a ser considerado, si no posee autenticidad, en su vesania, se cree superior al creador de la obra que interpreta, disminuyendo o acelerando el tiempo musical. Estos últimos ni buscan ni van al encuentro de nada, excepto de efímeros aplausos.

—La pieza que hemos escuchado no era de diversión —dijo Víctor.

—¿Lo habéis pasado bien, creo? —preguntó el músico.

—Incuestionable, también nos hemos divertido, pero había algo más —afirmó Víctor.

—Posiblemente hubiese algo más, la composición del tema era mía, sabía lo que estaba tocando y lo que pretendía al hacerlo —respondió el músico sonriéndole.

—Entiendo que un creador tal como es descrito se crea a sí mismo creando, o lo que viene a ser lo mismo, creando se crea a sí mismo —dijo Víctor.

—Es una buena definición del creador —respondió el músico.

—Haciendo más extensiva la definición, un creador no limita su creación únicamente al arte, sus actos desde el más trivial al de mayor importancia llevan puesta su alma creativa. En pocas palabras puede expresarse como alguien que vive en la medida que crea o que crea en la medida que vive —volvió a decirle Víctor, interesado en la respuesta del músico.

—Esa manera de actuar es la única del auténtico creador, su vida es una creación constante, una novedosa y fugaz aventura, su tiempo es un tiempo inexistente como los siete días de la creación divina en la tierra. Al creador no le importa la obra creada, puesto que una vez terminada su atención se encuentra centrada en otra creación distinta de la anterior, bien sea en arte o en la propia vida. Un creador que se detenga en su obra o en sus actos una vez ejecutados, más tiempo del necesario, no es un creador es un ególatra o un narcisista. El músico adoptó en su rostro una expresión risueña de difícil clasificación al acabar de hablar. También puede adoptarse esa actitud con la finalidad de obtener la economía necesaria para vivir. Es una manera tartufa de hacerlo, pero es la manera de todos los que he conocido que de una u otra manera se relacionan con el arte. El marchante, el galerista, el propietario de teatro y salas de concierto, lutieres, directores, compositores, escritores, músicos, editores, etc. Todos manifiestan su tartufismo descaradamente. Tomando esa actitud como norma en sus vidas. Por otro lado, su desconocimiento de la lectura de Moliere y de su real significado los convierte a todos ellos en genios porque lo dicen ellos de ellos mismos —intervino Sole.

—Ciertamente, ciertamente. ¿Me equivoco si afirmo que ha leído el poema de Lope de Vega que habla de mis soledades voy de mis soledades vengo? —le preguntó el músico.

—En absoluto se equivoca, mi nombre es Soledad y el poema de Lope lo conozco desde niña.

*O sabe naturaleza
más que supo en este tiempo,
o tantos que nacen sabios
es porque lo dicen ellos.*

Finalizó recitando Sole.

Los actores querían continuar la velada en otros locales, ellos se disculparon y se despidieron. La actriz que adoptaba un aire displicente con Sole, al verla de pie se fijó en su vestimenta y casi dio un respingo demudándosele el rostro.

Finalmente, Sole había aceptado el trabajo, abandonaron París y esa misma mañana comían en Barcelona.

—¿Vendrás esta noche? —le preguntó.

—No debería, temo ser demasiado pesado. Además, no quiero invadir tu intimidad —le respondió.

—Mi intimidad ya la has conquistado mucho antes de lo piensas. Me gustaría que vinieses.

Al atardecer Víctor acudió a la casa de Sole, ella le dijo que le apetecía cenar un bocadillo de ventresca con pimientos, él aceptó diciéndole que no lo había comido nunca.

Preparó en una bonita vajilla los bocadillos mientras Víctor descorchaba un buen cava catalán.

Se pringaron los dedos, pero ambos comían con deleitación, ella por antojo, él por cosa nueva que manifestó magnífica, sugiriendo que había que repetirlo en más ocasiones.

—Si exceptuamos el cava, la cena es realmente económica, a veces tenemos los placeres al alcance de nuestras manos y los rechazamos por otros sofisticados que a menudo no nos reportan ni la mitad de las satisfacciones que nos reportan los sencillos —expresó Víctor, dándole después un buen bocado al no pequeño bocadillo.

—Sea como sea, de vez en vez me gusta comer de esta manera, sobre todo en la cena, no lo hago por pereza, es como una necesidad en la que participan el deseo de carbohidratos, el hierro del atún y el adolescente despreocupado masticar a dos carrillos. Es probablemente esto último un recuerdo infantil, el de pringarme los dedos y como adulta un acto doméstico de rebeldía contra la corrección —le dijo ella.

—Es interesante comprobar como en una comida se entremezclan aspectos biológicos, nutritivos, gastronómicos y psicológicos placenteros —apostilló él.

—La sensación de dar un buen mordisco, tener la boca llena de comida, masticar a tu gusto sin preocuparte de corrección alguna —le dijo Sole sonriendo y propinando seguidamente un buen bocado al menguante bocadillo.

—Una manifestación abrumadora de vulgaridad —expresó Víctor, riéndose de ella.

—Estupendamente expresado, abrumadora vulgaridad y abrumadora actitud ordinaria, pero únicamente en privado y de vez en vez, es como para recordarme que gran parte de mi vida se encuentra enmarcada por hipócrita apariencia —le dijo Sole, mientras bebía cava.

—La envidiada Sole, en privado se rebela con actitudes vulgares y ordinarias. Solo falta que me digas que, en tu rebeldía de adulta adolescente, tampoco pasas tu cuerpo por la ducha —segua diciendo Víctor riéndose.

—No mantener la debida higiene no es rebeldía, tiene un calificativo y es el de guarrería. A veces en lugar de beber el cava en una copa lo tengo hecho directamente de la botella —le dijo Sole, observando la reacción en el rostro de Víctor.

Este soltó una carcajada irreprimible de la que no pudo evitar que saliesen partículas de alimentos de su boca, Sole al escuchar su risa y con el talante que habían tomado sus palabras se afirmó en que Víctor era el hombre que siempre había, sin saberlo, buscado para compartir su vida.

—Está muy bien cuando no estás en presencia de nadie sin que puedas sentirte fiscalizada, pero ahora estás acompañada —le dijo él.

—Estoy muy bien acompañada y no me siento fiscalizada. Esa es la diferencia, como es la diferencia que pueda hacerlo como una especie de juego, como la cena de hoy, espero que en ese juego me acompañes, como yo te acompañaré en otros que tu tengas—le dijo Sole.

—¿Sabes de donde procede la palabra inglesa sándwich, que pretende con su instauración desplazar a la palabra española bocadillo? —le preguntó.

Ella hizo un ligero movimiento negativo con la cabeza.

—Procede de un inglés, John Montagu IV, conde de Sandwich. Se cuenta que como comisionado durante la negociaciones de paz de Aquisgrán, su pasión por los juegos de naipes lo habría llevado a descuidar las comidas. Preocupados por ello, sus criados se las ingeniaron para prepararle alimentos que pudiera comer sin dejar de jugar a las cartas. Así pues, el conde se acostumbró a utilizar dos rebanadas de pan para evitar mancharse los dedos con el fiambre y las carnes frías que le servían para comer, lo que le permitía satisfacer su apetito sin dejar de jugar.

—No tenía ni la menor idea que ese fuera su origen. Sin embargo, tiene el origen de ser una comida rápida y nutritiva para cuando no hay tiempo o este quiere compartirse con otra actividad. Siguiendo el ejemplo anterior, bocadillo vendrá de bocado pequeño, pequeña comida o lo que es igual comida rápida. Teniendo las mismas características y la misma finalidad. Con la diferencia que el bocadillo nuestro es mucho más sabroso, no solo por la versatilidad de sus contenidos sino además por el buen pan, que nada tiene que ver con el de los modernos y plásticos panes de molde —le dijo ella.

—Lo que no entiendo es la moda de llamar sándwich al bocadillo, ni porque las madres envían a los niños a sus colegios con sándwiches en sus mochilas en lugar de un buen bocadillo —dijo él.

—La razón es bien simple, hay mucha gente tonta —le dijo ella finalizando su cena.

Sole dio un giro a la charla.

—¿Recuerdas la conversación que hemos tenido días atrás sobre una posible relación más comprometida? Es cierto que estaba un poco piripi, ahora no lo estoy y como tú no dices nada tengo que decirlo yo.

Víctor la interrumpió:

—Iba a hablar sobre ese asunto, el hecho de que no lo haga cuando tú lo desees no quiere decir que no fuese a hacerlo.

—Sea como sea, necesito una aclaración pues estoy en zozobra amorosa continua, por esa razón tengo necesidad de saber el lugar que ocupo en tu corazón. Que cursi esto último que he dicho, pero es la realidad —añadió Sole, sirviéndose un vaso de agua en lugar del cava.

—¿Qué quieres saber? —le preguntó él.

—Todo, quiero saberlo todo. Para comenzar, nunca he sentido las sensaciones que contigo tengo y no estoy dispuesta a perderlas, dicho esto quiero saber si podrías establecer un compromiso formal de noviazgo o pareja, o mejor aún que vinieses a este piso a vivir —ella le acercó las llaves —. Desde este momento entras y sales cuando quieras, es tu casa.

—¡Vas lanzada! —replicó él.

—Voy a cien por hora —replicó ella a su vez.

—Van a multarte o lo que es peor, puedes tener un accidente por exceso de velocidad —dijo el sonriendo.

—Me da igual, una vida sin riesgo no es vida. Pero impondré dos condiciones, en el supuesto de que te conviertas en mi compañero —dijo ella.

—¿Qué condiciones son esas? —preguntó él.

—Una que me serás fiel, la otra es que si deseas apartarte de mi lado me lo dirás mucho antes de que esa decisión sea inamovible, de esta manera yo podrá reaccionar a tiempo y variar en mí aquello que pudiese motivar esa decisión —le dijo Sole.

—También puede suceder que seas tú la que desees tomar dicha decisión, como ves las cosas no son tan sencillas.

—Lo son y más de lo que parecen —respondió ella.

—Si hablamos con la frecuencia que lo hacemos y de la manera que lo hacemos, nos conoceremos lo suficiente, con un mínimo de observación que tengamos para no llegar a esa situación, esos cambios se irían produciendo de manera natural sobre la marcha de esa relación —dijo él.

Las llaves permanecían en el mismo lugar en que Sole las había puesto sin que Víctor las tocara siquiera.

—Debo darte la razón. Lo que me enamora de ti es que mantienes mi mente en una vigorosa actividad que se convierte en adictiva. Hablar como hasta ahora lo hemos hecho y seguir haciéndolo así mantendría mi espíritu alerta alejándolo del abotargamiento profesional —dijo Sole.

—Hablar como lo hacemos requerirá lecturas abundantes, quiero decir que habrá que dedicar parte de nuestro tiempo al estudio. De no ser así el estanque se evaporaría en uno o dos meses, si no aportamos diariamente su porción de agua —dijo él, sirviéndose un vaso de agua y abandonando el cava.

—En lo que respecta a la fidelidad, soy de la opinión que el ser humano es promíscuo por naturaleza reproductiva, cuando el humano se convierte en social, esta promiscuidad desaparece porque no tiene razón de ser, la infidelidad de una pareja dentro de una sociedad bien organizada, o expresado de otra manera, la infidelidad de una pareja bien organizada en una sociedad mal organizada no tiene razón de ser —dijo Sole.

—Explícate mejor —le pidió él.

—Si los componentes de la pareja son inteligentes, y la inteligencia se mide por la manera de cuestionar constantemente la sociedad que la rodea, y ellos mismos se cuestionan constantemente, no se dejarán arrastrar por incontrolables deseos procreativos tan necesarios en un medio natural, como innecesarios en un medio social moderno. También debe tenerse en cuenta, la represión sexual ejercida desde la infancia sobre ellos, pero cuestionándose y observándose o autoanalizándose, como dirían los psicólogos, superarían sin dificultad ese abstracto e irreal deseo, focalizado en una relación sexual fuera de tiempo y lugar —se explicó ella.

—La insatisfacción sexual en la propia pareja, no la has mencionado. Es una importantísima causa de infidelidad —replicó Víctor.

—Sí que lo es, una pareja inteligente estaría pendiente de los deseos sexuales uno del otro, buscando ambos su satisfacción mutua. Una pareja con su economía sexual cubierta, descarta ya mentalmente esa posible infidelidad —respondió Sole.

—Sin embargo, en parejas con una satisfactoria sexualidad también se da la infidelidad o el deseo de serlo. Esto es un hecho comprobado —dijo él.

—La sexualidad de esas parejas, más bien diría matrimonios, la tengan cubierta y que a la vez sea satisfactoria, es un supuesto improbable. Esto también es un hecho comprobado. Además, en el matrimonio o en las parejas similares sus componentes carecen de inteligencia o de una actuación inteligente de la manera que antes hemos mencionado. Si durante el día no hay un erotismo, al anochecer no hay más que cansancio por el agotamiento de soportarse el uno al otro —finalizó hablando ella.

—El tedio es el peor enemigo de una relación, corroe como la termita la madera, la huida de ese tedio conlleva a la infidelidad necesariamente, como una búsqueda desesperada de lo novedoso, que les haga sentirse momentáneamente vivos —le dijo él.

—Nada hay peor que el aburrimiento en una pareja, una vez instalado, y se instala a los pocos meses, ocupando el lugar del aire que se respira. Pero insisto, en una pareja inteligente que se preocupe por nutrirse mentalmente, no tiene cabida en ninguno de ellos el aburrimiento, diariamente respirarán frescura en lugar de miasmas —le dijo ella excitada por la conversación—. Tú y yo no nos aburriríamos nunca, la lengua no permanece quieta, el menor motivo nos hace abrir la boca.

Ella se rio, a él le gustó como se reía y contemplaba su rostro con mirada cálida.

Sole con la punta de sus dedos acercó las llaves hasta tocar con ellas la mano de él. Víctor seguía contemplando su rostro, Sole era una mujer hermosa, bien configurada de cuerpo, femenina y con carácter, su rostro de facciones un tanto duras, pero de expresión suave, ojos grandes y bellos, labios más bien carnosos que finos lo que le proporcionaba un aire sensual, su dentadura sin imperfecciones, el óvalo de su cara con su mentón mostraba un rostro hermoso y seductor. Víctor sabía que tanto por ella misma como por su posición económica no le faltaban pretendientes, a los que siempre había hecho caso omiso, como Penélope esperando a su Ulises. Víctor se había prendado de Sole, con la misma intensidad que Sole se había prendado de Víctor. Ella había dado el paso al frente, él sin embargo se mantenía reticente porque deseaba seguir disfrutando de un nuevo estado de vida que anteriormente no había vivido.

—Dentro de un tiempo tendré que incorporarme a mi cátedra, nos separaremos y todo habrá quedado como algo pasajero —le dijo mientras tocó las llaves por primera vez.

—¡De eso nada monada! Tu trabajo es fijo, el mío no, tengo la tienda que la dejo en manos de una encargada, puedo abrir una más si me place donde vivamos, tendré que viajar por este nuevo trabajo, cuando puedas me acompañas y conoceremos mundo. Si lo hago yo sola cuando vuelvas tendrás muchísimas ganas de verme, abrazarme y quererme, mis viajes serán como pequeños descansos amorosos. Lo he previsto todo, hasta los pequeños detalles imprevistos. Soy previsora por naturaleza, me gusta tener las cosas bajo cierto control, no lo puedo evitar.

Víctor la cogió de la mano.

—Lo deseo tanto o más que tú, pero necesito agotar esta pequeña etapa en mi vida de la forma en que lo estoy haciendo, ten un poco de paciencia y espérame. Concédeme un poco de tiempo —le dijo él.

—Todo el tiempo del mundo —le dijo—. ¿Verdad que me quieres? —añadió con ojos risueños.

—Con todas mis fuerzas cabritilla, con todas mis fuerzas —respondió Víctor.

Era consciente que el tiempo que había tratado a Sole, aunque corto, había sido intenso y se había prendado de ella, no era esa pasión irrefrenable, que normalmente obedece a causas tan ocultas como difusas, se había enamorado lentamente con un tósigo ingerido en pequeñas dosis, pero a la larga letales.

Eso era lo que había ocurrido, su corazón lentamente fue conquistado por el de ella, no hubo deslumbramientos iniciales, arrebatos propios de espíritus irreflexivos, fue un lento descubrir de la otra persona, en los aspectos externos e internos. Antes de aceptar definitivamente sus sentimientos, analizó fríamente los múltiples detalles percibidos en su relación con Sole, conversaciones, frases, gestos, actitudes, el orden de su vivienda y sus estados de ánimo. También se analizó a sí mismo estudiando los suyos y si ambos se acoplaban en un buen ensamblaje. Ella tenía cinco años menos que él, esa diferencia de edad en esos momentos no se apreciaba, en el futuro tal vez se acentuarían las diferencias, cuidando la alimentación y algo de ejercicio se equilibraría la diferencia de edad.

De unirse sentimentalmente su vida habría de dar un giro tan brusco que solo de pensarlo le producía vértigo, con vértigo o no, hubo de pensarlo y calcular sus posibles inconveniencias en la misma medida que debería abandonar ciertos hábitos personales o que desde ese momento se vería obligado a compartir. No estaría mal compartir con ella lo que él hiciese, se dijo. Qué había sido su vida hasta hacía un par de años, profesionalmente inmejorable, personalmente un excéntrico solitario, con grandes pinceladas de misoginia, dedicado al estudio.

Por suerte mantuvo la suficiente lucidez de no centrar su interés solo en la física, otras disciplinas atrajeron su atención desde joven, adquiriendo con ellas la categoría de científico y no de simple investigador de una rama aislada del conjunto del saber. Su vida mental estuvo jalonada por los peldaños de la carrera universitaria, pero su vida social se había limitado a la simpleza de huir de sus congéneres, no huía de ellos por sentirse molesto en su compañía, los rehuía simplemente y porque no veía que podía tener en común con ellos, exceptuando momentos puntuales. Entre sus semejantes se sentía más solo, era durante sus clases donde lograba esa interacción humana que otros buscan en bares y lugares públicos, donde la aglomeración de gentes produce la fantasiosa sensación de calidez humana. Su espíritu se forjó en la individualidad, sus grandes amigos fueron los libros, de ellos se rodeó constantemente, con ellos mantuvo grandes y largas conversaciones. Nunca sufrió un desengaño por parte de ellos, bien es cierto que seleccionaba cuidadosamente sus lecturas, los autores que escogía, como amigos y compañeros de vida, eran deliberadamente investigados.

Permitir la entrada en su casa de un desconocido, situarlo entre los amigos de trato y compartir su vida y su tiempo con él, es algo que no deba hacerse a la ligera. Su biblioteca era una biblioteca personal, que podría definirse como pesada, no pesada por ser aburrida sino por ser sesuda, en ella no había espacio para la frivolidad o el entretenimiento tonto. Había sí, libros satíricos y de literatura, pero en todos ellos se transmitía humanidad, los autores que en sus libros no transmitían esta preocupación por lo humano eran por él ignorados.

Todo este selectivo comportamiento lo había incorporado de manera inconsciente a lo largo de los años, sin apercibirse que se había convertido en un científico humanista, de ahí su huida de la estulticia humana y por otro lado su preocupación por la vida misma.

Huía de la compañía de sus semejantes y sin embargo los amaba, esta dicotomía que para él era algo inherente no dejaba de parecerles a los demás una incomprensible incongruencia, por lo que era considerado un excéntrico y, sin conocerlo, calificado de persona llena de rarezas.

Una alumna lo sacó de ese jardín que se había construido a su medida, vislumbró con ella el luminoso horizonte y aprovechó el impulso que se le brindaba para dejar atrás el idílico jardín. Se ubicó en un mundo que conocía a medias porque en él nunca se había ubicado a pesar de haber vivido en él. Dio un paso más, que la mayoría no se atrevía a dar, como fue el haber cogido una excedencia académica con la única finalidad de no tener finalidad. Ahora se le brindaba la oportunidad de formar una pareja con alguien que consideraba una persona superior, distinta pero complementaria. Si dejaba pasar esta oportunidad, no volvería a repetirse una ocasión de encontrar una mujer semejante, si por el contrario, aceptaba el formar una pareja, quedaba su despertar vital truncado.

Si esto se hubiese planteado un tiempo más tarde, probablemente no albergaría duda alguna, puesto que sería una consecuencia lógica de una concatenación de hechos. Hizo partícipe de todo esto a Sole, con ella compartió sus dudas y desasosiegos, haciéndole ver que prolongar por su parte una situación de verse esporádicamente le conduciría a un peligroso estancamiento sentimental en el que los sentimientos amorosos perderían la frescura y la emoción del impulso inicial, algo así como la vigorosa primavera que proporciona impulso vital a la vegetación.

Ella le había respondido que esa primavera la estaban teniendo, que el impulso vital lo estaban recibiendo a grandes oleadas, que, si el año astronómico está compuesto de estaciones, el año amoroso igualmente se encuentra compuesto de las mismas estaciones, teniendo cada una de ellas su función primordial y ninguna superior a otra.

—La primavera me agrada tanto como el verano y el invierno tanto como el otoño, cada estación tiene su vital y energético encanto. Pero entiendo lo que dices y te apoyaré en todo lo que pueda en esa parte de tu vida que debes vivir y nadie por ti podría hacerlo. Si eso es lo que crees que te falta tienes el deber de hacerlo para completarte, no quiero tener como compañero de vida a un hombre a medio hacer. He esperado años hasta encontrarte, como no voy a esperarte sabiendo que estás ahí para venir a mi lado como un hombre emocionalmente hecho. Lo que más ilusión me hace y más llevadera hará la espera, es que vendrás como una versión mejorada de ti —le dijo Sole con cierta tristeza, pero con firmeza de ánimo.

—Cuando vuelva derribaré la puerta de tu casa, me instalaré entre tus muslos y tú te instalarás entre mis brazos para siempre —le dijo él.

Algún tiempo después se encontraba Víctor en Granada, tomó habitación en un hostel residencia con pensión completa, desconocía el tiempo que permanecería en la ciudad, esa le pareció la mejor y más despreocupada solución. Los huéspedes se componían de alguno permanente como él y la mayor parte estudiantes. A veces comía o cenaba, lo que más le gustaba era rodearse durante el desayuno con el batiburrillo del comedor, las prisas de unos, las caras somnolientas de otros y esa atmósfera de individualidad familiar que se respira en los lugares que se conocen y en las que uno se encuentra cómodo. Víctor los observaba día tras día fijándose en detalles que hasta el momento nunca se había percatado, su mirada acostumbrada con los años a la observación del alumnado desde la tarima doctoral, adquiriría un nuevo adiestramiento. Se fijaba en quien sabía untar la mantequilla, quien sopeteaba sin caérsele la tostada en la taza, quien se lo comía todo y más que hubiese, quien no finalizaba el desayuno, y quien sin finalizarlo se llevaba el pan sobrante.

Esto en lo que corresponde al desayuno, en lo referente a las comidas, los matices eran totalmente diferentes, había quien sabía desespinar el pescado, otros laceraban sus carnes como verdugos inquisidores sobre sus víctimas. Se fijaba con la discreción requerida, en los que comían como si el tren al que fuesen a subirse arrancase en minutos, engullendo la comida con actitud canina, por el contrario, los había que comían pausada y tranquilamente masticando cada bocado, extrayendo del alimento toda la esencia de la sustancia alimenticia. Los huéspedes de paso, unas veces se ensimismaban en la comida con voracidad, pero siempre dirigiendo, si eran viajeros de comercio, la mira al comedor por si cabía la posibilidad de una aventurilla amorosa. Acostumbrado a la austeridad, el hostel le parecía un lugar cómodo e idóneo para lo que pretendía, y lo que pretendía ni él mismo lo sabía, simplemente la tardía necesidad de conocer el palpito en primera persona del mundo que lo rodeaba. Esta era su pretensión en líneas generales, abstracción que no se concretaba en aspectos particulares.

En el hostel residían varios estudiantes que estudiaban la carrera de física, trabaron conversación, comenzó por comentarios sobre las asignaturas acabando a los pocos días impartiendo clases particulares gratuitas. A la semana se le sumaron compañeros, estudiantes ajenos al hostel, quince días más tarde el comedor se había convertido en un aula repleta de alumnos. Tomó la decisión de una vez a la semana impartir una clase magistral. Nadie conocía su identidad de catedrático universitario, sin embargo, la voz de que había un hombre que sabía y explicaba la física mucho mejor que sus profesores, se extendió entre el estudiante tan rápido como la pólvora inflamada. El hostel, famoso por su anónimo desconocimiento, se hizo famoso por su personal conocimiento, los dueños al principio un tanto reticentes comprendieron enseguida que aquello beneficiaba a su negocio, prestaban el comedor en horas que no interrumpiesen el servicio, por otra parte, sentían orgullo de tener como huésped a una persona a la que tantos estudiantes deseaban escuchar.

El conocimiento de esas lecciones llegó a oídos del profesorado universitario, que celoso y curioso, se presentó una representación de tres de ellos, camuflado entre los oyentes, pero que los estudiantes reconocieron en el coloquio, de su espionaje labor y de su celoso sentimiento. Realizaron, los espías, algunas aseveraciones, creyendo que se encontraban en un aula universitaria dogmatizando al aire con papeles de confeti.

Víctor pidió respetuosamente que justificasen lo dicho, pues lo oído no era más que una aseveración sin científico fundamento.

Uno de ellos trató sin conseguirlo de exponer una razonable explicación, otro aludió sacándose de la manga artículos publicados y nombrando a algún físico de renombre.

Víctor, después de escucharlo le respondió sonriendo, que tales artículos no existían y que los citados físicos no habían tratado este tema y cuando lo habían hecho era únicamente de una forma referencial, les indicó sin dejar de sonreír, los últimos artículos publicados por dichos profesores en los últimos años en alemán e inglés.

Los asistentes, plenos de regocijo, se miraban unos a otros alegremente, reflejando sus caras secreta venganza.

El tercero de los profesores espías, salió a la desesperada en desafortunada defensa de sus colegas, aludiendo que hablaban con la autoridad que les proporcionaba el ser profesores universitarios.

Víctor ante esta actitud arrogante, le respondió que esa autoridad se la había dado la empresa que les pagaba y que únicamente era válida en la factoría en la que trabajaban, fuera de ella la única autoridad que es válida y que se admite, es la del conocimiento científico y por lo que he visto y oído, eso es algo de lo que ustedes carecen —acabó diciéndoles de manera irreverente.

—¿Quién eres para hablarnos de esa manera? ¿Qué título tienes para compararte con nosotros? —le respondieron.

Mientras, los alumnos expectantes esperaban curiosos la respuesta.

—Soy el que soy, le contestó la zarza ardiente a Moisés, a la misma pregunta realizada en el monte Sinaí. Y ahora señores doy por finalizada esta charla hasta el siguiente día, y como empieza a refrescar el tiempo, pueden volver que marcharán calentitos y desprendiendo vapores de calor con sus bufidos.

Las risotadas y un aplauso general por parte de los estudiantes hicieron retumbar el comedor. El hostelero se le acercó cuando Víctor salía para cenar fuera del hostel, con el pretexto de preguntarle si no los honraba con su compañía, seguidamente le preguntó quién era verdaderamente, a lo que Víctor jugando a seguir manteniendo el misterio sobre su persona, y después de exigirle discreción, le respondió que él era uno que no era un pollino como los tres rucios que hoy habían venido.

Se fue a cenar a un buen restaurante, aunque se había acostumbrado al murmulleante bullicio del comedor, el inveterado hábito de tantos años comiendo y cenando en solitario, estaba muy arraigado en él, era como si comiendo se encontrase a solas consigo mismo, enfrascado en el alimento sin pensar en nada. Por las noches cenaba más bien poco quedando con un poco de apetito, y realizando la cena a última hora de la tarde. Las cenas habitualmente parcas y los dieciocho ejercicios que metódicamente realizaba diariamente al levantarse, contribuían a que su cuerpo no engordase, se mantuviese ágil y con buena figura.

Después de cenar, mientras se enfriaba una infusión que había pedido, se encontró dibujando en su bloc de notas tres cabezas de asnos con tremendas orejas, con la leyenda, *Tres ilustres profesores de física y escrito en la parte inferior, Realizado por uno que pastó entre ellos.*

Recién llegado a Granada, a los dos días de haberse instalado en el hostel residencia, había recibido la primera impresión de los habitantes de la ciudad que había de perdurarle durante toda la estancia que en ella estuvo. Esta impresión fue incrementada por algunas más que fortalecieron la primera. Paseaba por un barrio desconocido, dos mujeres con aspecto y decir gitano le ofrecieron una flor para que se la comprase, la flor media mustia había perdido la lozanía de su frescura como las caras estiradas por las operaciones estéticas. Ante la insistencia de las mujeres que con sus ojos expertos habían visto en él

un primo turista, Víctor le compró la flor por cortesía y por quitárselas de encima. La más joven de las mujeres, con la gracia característica que tiene las gitanas, en un acto de atrevimiento, venciendo su formal pudor, le colocó la flor en la solapa de la chaqueta.

—Que guapo queda así señor, no habrá en Granada muchacha que se le resista.

Le dieron las gracias por haberle dado más dinero que el pedido. Él respondió:

—Las que ustedes tienen.

Las dos mujeres se alejaron riendo.

No había caminado doscientos metros cuando se topó con un cementerio, la puerta estaba abierta, no quiso entrar, no era un lugar que le atrajese, pero pudo ver que ante uno de los nichos se encontraba una corona de flores iguales a la suya, sorprendiéndose primero y riéndose después, retiró la flor de la solapa y entró en el recinto, depositando la flor en la corona que tenía los signos de haber sido expoliada.

—Vaya, vaya con Granada, realizaron limpieza de sangre de moros y la repoblaron con lo peor de la cristiandad desembocando en una graciosa, pero sin escrúpulo gitanería.

Esto lo pronunció en voz alta sabiendo que nadie le escuchaba.

En otra ocasión se encontraba ante un escaparate de un comercio de ropa, veía unas camisas dudando si comprarlas o no, finalmente se decidió a hacerlo, traspasó la puerta del establecimiento al mismo tiempo que iban a realizar el cierre.

—Está cerrado —le dijo la encargada, no de muy buenos modos.

—Disculpe usted, la puerta estaba abierta y di por sentado, y acostado también, que el público tenía acceso, pero sabiendo ahora de pie sin dar nada por sentado ni por acostado, que está el comercio cerrado permaneciendo abierto, volveré a donde antes estaba, reviendo el escaparate porque lo he visto con anterioridad —le contestó Víctor usando la retórica grandilocuente e irónica recubierta de una correcta cortesía.

Traspasó el umbral y se colocó ante el escaparate no sabiendo explicarse muy bien que hacía allí como un pasmarote.

A los pocos minutos la mujer cerró la puerta y cuando salía le preguntó qué era lo que deseaba comprar. Víctor le respondió exagerando sin medida.

—Media docena de camisas, además de dos chaquetas de corte similar a la que figura en el escaparate —que era de una renombrada marca.

A la mujer del comercio se le pusieron como suele decirse, los ojos chiribís, de pronto varió el tono de voz y sus modales se suavizaron hasta convertirse en serviles.

—Puede pasar y escoger con calma, le atenderé ahora mismo —le dijo ella cogiendo de nuevo las llaves con la intención de abrir la puerta.

—No quiero molestarla, después de un arduo día de trabajo, no me perdonaría sustraerle ni un minuto de su tiempo de ocio.

—No me molesta en absoluto, estoy aquí para esto —le dijo ella muy interesada en realizar una venta de esas características y a última hora.

—Soy tan respetuoso con la disciplina horaria ajena, como me gusta que sean con la mía...

En ese momento le sonó oportunamente el teléfono, Víctor lo cogió, era Sole quien le llamaba, mantuvo la conversación en presencia de la mujer, fingiendo que estaba con

autoridades políticas andaluzas y del gobierno central, mencionaba sus nombres con familiaridad, causando gran impresión y asombro en ella.

—Que el director general de la guardia civil y el presidente andaluz cenén sin mí, estoy en Granada y no pienso desplazarme de aquí. Dile que estoy constipado y no quiero contagiarles, aunque a decir verdad no me importaría meterlos en cama quince días. Estoy seguro que todo marcharía mucho mejor. Llamaré a ... —y dijo el nombre de un político conocido en los medios de comunicación —, para que me sustituya.

En este punto de la conversación hizo con la mano un gesto de despedida y se marchó manteniendo, desde ese momento la conversación con Sole que desde el otro lado escuchaba discretamente, pero empezando a dudar si Víctor se encontraba turbado por el vino.

Varios meses llevaba en Granada, sus charlas semanales sobre física cobraban popularidad entre los estudiantes que acudían a escucharle, estudiantes incluso de otras disciplinas diferentes. Víctor lo hacía por transmitir las bases de un conocimiento público, a quién sin obligatoriedad estaba interesado en escucharlo, también lo hacía por entretenimiento y para mantenerse ejercitado mentalmente o como suele decirse, para no perder mano en el oficio.

Realizó también excursiones por la provincia visitando diversas poblaciones, el resto del tiempo paseaba por la ciudad, descubriendo nuevos rincones, bonitas y pequeñas plazas, terrazas y bares con diferente ambiente y encanto según fuesen las horas del día.

En cierta ocasión que se había subido a un taxi, la conductora taxista, habladora e ignorante sabelotodo, como le pareció a él, tomándolo por un turista despistado, impresión que el fomentó confirmando las preguntas-respuestas que ella le hacía, comenzó a describirle como la ciudad se encontraba invadida por los moros, que se encontraban en todas partes y que eran una peste.

Víctor no había visto en el tiempo que llevaba conociendo la ciudad, invasión alguna, no veía moros excepto en sus bonitos comercios en las calles del zoco, cuando entraba en sus establecimientos siempre habían sido atentos, serviciales y muy respetuosos. En lo de peste, si se refería a la higiene, pensaba que los granadinos tenían mucho que aprender de ellos. En lugar de replicarle, la incitó a que siguiese hablando, despotricando contra ellos, que eran vagos, que eran violadores y delincuentes, y que Granada, su ciudad, ya no era lo que era y no podía pasear por ella con la seguridad con que lo hacía antes.

— Por eso lo hace usted en el taxi, ahora comprendo la razón que tiene para elegir la profesión que ha escogido —le dijo con ironía, cosa que ella no captó ni lejanamente, añadiendo—. Tal y como describe la ciudad en lugar de Granada parece el Harlem o el Bronx Neoyorquino.

—Se le está pareciendo mucho, en un par de años esta ciudad se convertirá en el Harlem o el Bronx y las personas decentes seremos expulsadas de ella —dijo la mujer, que por el rostro que Víctor podía verle, tenía la belleza de las mujeres del sur cuando la frecura del rostro comienza a periclitarse surgiendo en su lugar la otra frecura.

—Ha estado usted en Harlem en Nueva York, y por lo que veo ha viajado usted mucho —le dijo él.

—No he salido de Granada. Bueno, he ido a Málaga y Jaén por motivos del taxi. Me gustaría visitar Nueva York —respondió ella.

—En esa ciudad sí que hay moros, negros, chinos, hispanos, los de Nueva York dicen que son una raza aparte y que nacen con el gen de la delincuencia. ¿Qué opina usted? —le preguntó Víctor a la gallega, aunque la taxista era andaluza.

—Que tienen razón sobrada para decirlo, estoy convencida totalmente —le respondió ella con rotundidad.

—Pero usted no ha estado allí —le dijo él.

—Nunca he estado, pero lo he visto en las películas —volvió a decirle ella.

—¡Ah claro! —expresó el, no sin poco asombro.

—Las películas, aunque no lo parezca, son un fiel reflejo de la realidad, en ellas se muestran los aspectos más crudos y más oscuros de una sociedad —le dijo ella viéndolo por el espejo retrovisor.

—También refleja los aspectos más conocidos y más claros, el amor, los teatros, musicales, la apasionante vida nocturna y la intensa vida en Manhattan. George Clooney, Brad Pitt, Leonardo DiCaprio...

—Me encantan, todos son guapísimos, Nueva York, es una gran ciudad —dijo entusiasmada interrumpiéndolo mientras apartaba la vista de la carretera viendo por el retrovisor el rostro de Víctor.

Él sonrió.

—Y a pesar de toda su peligrosidad, ¿la visitaría? —preguntó.

—La visitaría y me quedaría a vivir en ella, ya lo creo que me quedaría a vivir en ella.

—La imagino a usted viviendo en Manhattan y transportando en su taxi a Bruce Willis, Angelina Jolie y otros personajes semejantes, la imagino hablando con ellos tan distendidamente cómo lo hace conmigo —le dijo Víctor intensificado todavía más la ya encendida imaginación de la conductora.

Después de unos instantes de silencio dijo ella.

—No quiero pensarlo porque cogería el primer avión con ese destino.

—Por supuesto que tendrá usted un perfecto dominio del inglés —le preguntó él.

—Ni idea, cuatro palabras inglesas pronunciadas con acento andaluz. Ahí tendría una seria dificultad —dijo ella poniendo cara circunspecta al enfrentarse con lo que creía ser el problema real.

—No debe preocuparse, si asiste desde hoy mismo a clases de ese idioma, que por otra parte es facilísimo, en menos de un año lo tendría usted tan dominado como el español —le dijo él con el rostro serio

—¿En menos de un año hablaría en inglés? —preguntó volviendo la alegría al rostro de la mujer taxista.

—Ya le he dicho que es un idioma facilísimo, allí lo hablan los niños pequeños, si niños de cuatro años lo hablan, que no hablará usted que no ha cumplido todavía los treinta —dijo él, retirándole intencionadamente diez o quince años de su rostro. Ella volvió a contemplarlo halagada por el espejo retrovisor.

—En ese punto tiene usted razón —le dijo mientras con un gesto de coquetería aliso su media melena

—Además si chinos, hispanos, moros, negros y quién sabe qué otras extrañas gentes y no menos razas, que no tienen nuestra capacidad intelectual, han conseguido hablarlo, que no conseguirá usted procediendo de donde procede —le dijo él.

—Le digo una cosa, hoy mismo buscaré una academia en la que aprenderé ese idioma, que como usted bien dice, no puede ser difícil al ser un idioma adoptado por tantos países y por otros como su segundo idioma, pudiendo decir que es un idioma universal —le dijo ella, viéndolo otra vez a través del retrovisor.

—Tampoco hay que exagerar, universal, universal, no creo que lo sea, dudo mucho que en planetas como Marte, Júpiter o Saturno practiquen el mispitinglis. Me conformaría con llamarlo idioma terrenal.

—Es cierto —le dijo ella sorprendida ante el razonamiento y volviendo a verlo interesada por el retrovisor, al tiempo que apartaba la mano derecha del volante y con el índice extendido afirmaba varias veces agitándolo mudamente, porque los dedos no hablan ningún idioma, exceptuando los sordomudos.

En ese momento un golpe seco sacudió el coche, todo había sucedido en unos segundos, habían colisionado con el automóvil que circulaba delante y que se había visto obligado a frenar repentinamente, al cruzársele repentinamente a su vez una ciudadana granadina que, con actitud de superioridad tras una ligera mirada de soslayo, continuó caminando con andaluz poderío.

Del primer coche descendió el desconcertado conductor, con una mano masajeándose el cuello, ella antes de bajarse del taxi y al verlo, exclamó: «¡Es un puto moro de mierda! Están en todas partes, se lo dije, nos invaden, son una peste».

Víctor dejó el importe que marcaba el taxímetro en el asiento de ella, se alejó dejándolos enzarzados en una discusión, que, tanto al invasor como a la invadida, a la peste como a la apestada, parecían gustarle.

En otra ocasión sentado en una de las muchas terrazas que tiene la ciudad se fijó en un mendigo, que no muy lejos de la mesa donde se encontraban, pedía alguna moneda a los transeúntes. Lo hacía en silencio, simplemente con un sombrero puesto con la parte cóncava hacia arriba simulando un pequeño agujero por el que se deslizarían todas las monedas que se le arrojasen.

El hombre ya entrado en años tenía un aspecto peculiar, aspecto éste que hizo que Víctor se fijase en él y lo observase, aunque con discreción, pero con detenimiento. La cabeza tocada con una visera y una abundante barba le hacían parecer un excéntrico artista faltándole únicamente para ser merecedor de tal calificativo, pinceles, una paleta en sus manos y el caballete con el lienzo. Su figura permanecía impasible ante las personas que pasaban por la acera sin dejarle moneda alguna en su cepillo callejero, observando como un felino agazapado, los movimientos de todos ellos, también como alertado por un sexto sentido, sintió que a su vez él estaba siendo observado. Lentamente como para no alterar la mimesis con el entorno, giró la cabeza hacia la terraza, sus ojos y los de Víctor se encontraron, cruzaron una rápida mirada y el mendigo volvió a su anterior pose después de haber localizado a su observador.

Durante el tiempo que Víctor permaneció sentado en la terraza, únicamente un muchacho joven compartió con el mendigo algunas monedas, quizás las únicas que tenía. El hombre le dio las gracias mirándolo fijamente como queriendo grabar su rostro en su memoria, y tal vez le sonrió, pero no podía saberse por la barba que le cubría el rostro. Los paseantes de acera, podemos llamarlos los acerantes, pasaban a su lado ignorando su

presencia, algunos hacían un leve gesto corporal de repulsa a la condición de mendigo, como si con ese gesto conjurasen a la mendicidad para que no les persiguiese, otros al verle se apartaban evitando la cercanía del hombre mendigo, todos ellos le temían, no a él si no a lo que representaba, el último estadio a que el hombre social podía haber descendido. Este estado no era otro que la pobreza, con ese comportamiento tratan de ignorarla, la cercaban con el frágil muro de negar su existencia, y no existiendo jamás a ellos podría alcanzarlos. El temor, el pánico a quedarse sin recursos, paralizaba sus sentimientos solidarios, surgiendo en su lugar la insolidaridad con sus semejantes, despreciándolos como seres inferiores y por este sentimiento ellos mismos se elevaban sintiéndose reconfortados, a un grado de falsa superioridad, cada uno de ellos seguramente se encontraban atenazados por una hipoteca sobre su vivienda, por un préstamo bancario, esclavizados a su vez por facturas pendientes de pago aplazadas sobre el coche, electrodomésticos, ropa e incluso por las vacaciones disfrutadas el año anterior.

Por si esto no les fuese suficiente para alterar su equilibrio nervioso, la continuidad de su contrato laboral dependía de la decisión de la empresa para quien trabajaban. Esta espada de Damocles pendía amenazante en todo momento sobre sus cabezas, reduciendo sus ocultos espíritus a la mezquindad. Si el ser mendigo es una cuestión social y que como tal un golpe de fortuna o un cierto esfuerzo logra hacerle superar tal condición, un espíritu mezquino es una degradación espiritual, en ella la fortuna no hace mella alguna, y el esfuerzo pequeño o grande resultan tan eficaces en servirles de ayuda como la paja seca apagando un fuego. Un hombre tocado por pobreza, buscada por él o bien impuesta sobre él, puede en un instante convertirse en hombre tocado por la riqueza y entonces sentirse y ser socialmente un hombre respetado. Pero el hombre aquejado de mezquindad no conseguirá nunca ser respetado por sí mismo ni por quienes lo conocen y tratan. Ese estigma lo llevaban gravado en sus frentes los acerantes, el hombre parecía saberlo realizando una rápida y sutil mirada.

Víctor al sentirse descubierto, observaba desde su público escondite, ahora con detenimiento y descaro al hombre, intentando adivinar como hacía para conocer esa parte tan oculta de la naturaleza humana. Pudo comprobar por su parte, como la mayoría de ellos caminaban tan absortos en ellos mismos, que pasaban por su lado sin percatarse de su presencia, no había intención volitiva alguna, simplemente caminaban como zombis, abstraídos en estériles ensoñaciones o en fugaces preocupaciones del momento. No consiguió saber lo que el mendigo obtenía de la observación de los acerantes, pero Víctor realizaba su propio estudio humano desde el privilegiado y seguro posicionamiento de observación. El analítico estudio lo extendió hacia los componentes de la terraza, a estos últimos extremando las precauciones para pasar totalmente desapercibido, analizaba la vestimenta, las poses, los gestos, las formas de beber y las diferentes bebidas que consumían. Lo hacía también con algunas conversaciones y frases sueltas que le llegaban de las mesas más cercanas, de otras mesas nada les llegaba porque en general, en todas ellas el móvil en sus conversaciones silenciosas los silenciaban con una condescendiente obligatoriedad. Recordó que el doctor Edward Bach había relacionado el carácter con las esencias florales, por medio de una constante metódica e intuitiva observación analítica. Por un momento Víctor abandonó lo que estaba haciendo y centró su atención en el doctor Bach y sus esencias florales. Si era complicada la clasificación del carácter de las personas en grupos de semejanza, mayor complicación tenía la búsqueda y clasificación de las flores que tenían correspondencia con ese carácter concreto, ni que decir tiene que su original, y tan eficaz como económico método de obtener las esencias no deja de ser un asombro para todo científico investigador que se precie de serlo. La generosidad, siguió pensando Víctor, en estos momentos totalmente sumido en sus reflexiones, lo único que

tiene para llegar a ser tal, es haberse liberado del esquema rutinario educativo, o al menos haber hecho brechas en los muros de esos esquemas por el que poder realizar salidas a visiones analíticas imposibles de realizar desde una mente esquemáticamente constreñida. La persona que denominamos genio no posee mayores conocimientos ni mayor información, lo que posee es un esquema mental más amplio o afortunadamente desestructurado, de ahí que con frecuencia se tache con el epíteto de excéntrico, raro o persona genial, a veces sin miramiento alguno, se les tacha de aquejadas de cierta locura. Todo porque su esquema mental al ser más amplio no es comprendido por quienes tienen un esquema más reducido, sin embargo como contrapartida, el esquema mayor engloba y comprende al esquema mental menor, este no los tacha con ningún calificativo, simplemente se sorprende de como los demás realizan sus análisis con limitaciones mentales tan rutinarias una y otra vez como el animal haciendo girar la noria.

Volvió a la observación de sus semejantes, fijando su atención en la tristeza y atormentamiento de los rostros que relacionó inmediatamente con la rigidez de sus cuerpos y sus pesadas formas de caminar. Sin poderlo evitar sintió el sufrimiento ajeno de una manera tan palpable que inconscientemente llevó una mano a su pecho. Cuánta infelicidad alberga la mente humana, cuánto desprecio por la vida ajena y propia, el olvido de la vida misma es tan evidente que es aceptado como norma. Si la energía empleada en perjudicar a quienes nos rodean fuese orientada para beneficiarlos, este mundo sería un vergel, y lo que es más interesante, hecho por nosotros mismos sin influencia divina.

Reflexionaba, observaba, volvía a reflexionar y observar una y otra vez sin descuidar de hacerlo sobre la estoica figura del mendigo. Finalmente abonó la consumición y dirigiéndose hacia el hombre que pedía, depositó un billete de valor medio en el sombrero huérfano de monedas, exceptuando las que había depositado el joven.

El hombre le dio las gracias mirándolo directamente al rostro como si intentase grabarlo como una cámara fotográfica, añadió.

—Es demasiado dinero.

—Que sea en desagravio de nuestros semejantes, mantengamos la esperanza, si no muy encendida, al menos mantengámosla con rescoldo suficiente en conservarla para que en el futuro pueda convertirse en hoguera. Es una contribución para usted, que saldrá beneficiado hoy, y una contribución para ambos que saldremos beneficiados en un futuro, aunque ese futuro no lleguemos a verlo —le respondió Víctor.

El mendigo le sonrió. Ahora sí pudo ver Víctor su sonrisa, mostrando una dentadura impecable que destacaba todavía más en contraste con el color negro de su barba.

—Bien está entonces —respondió el mendigo.

Ni el mendigo ni Víctor quisieron prolongar más la conversación, ambos volvieron a sus ocupaciones, el mendigo a la suya, que era el hacer nada y Víctor a la suya que era el nada hacer.

Visitó la Alhambra y el Generalife parándose en sus estancias y jardines, así como el edificio circular, mandado construir por un capricho del rey Carlos I a costa de los impuestos de los súbditos que los pagaban, porque el clero, poseedor de grandes extensiones no los pagaba, la aristocracia, nobleza e hijosdalgo tampoco. Mandó el austriaco rey español, construir ese monumental edificio en una visita que realizó al lugar para después no volver nunca más. Magnificencias reales mientras la población, nuestros tataratata abuelos tenían por compañía desde que nacían hasta su muerte al hambre por una parte y al frío y la enfermedad por otra. El patio de los leones no le llamó especialmente la atención, en la canícula de verano podía ser agradable el frescor del agua con la sombra de los soportales y la vegetación, con las mujeres semidesnudas o cubiertas con transparentes velos de seda. Admiró sin embargo el labrado y los estucados de las estancias, semejantes a nidos de avispa, gran trabajo y de consumada delicadeza por parte de los trabajadores. En general sentía indiferencia por los palacios de reyes y casas de gente rica, máxime cuando se encontraban sin mobiliario alguno, sin gentes que las habitasen y sin que nadie le ofreciese un café o un té, como corresponde ser recibido un visitante. Es como si le estuviesen diciendo: *Admira que cosas sabían construir tus miserables antepasados para mí y mi personal disfrute*. Todo esto pensaba inevitablemente cada vez que visitaba esos lugares, lugares que evitaba en la medida de lo posible, pero reconocía que su sensibilidad estética y el gusto por la belleza le atraía.

Al descender de la visita de la Alhambra, en un pequeño recodo se encontró a una pareja que en lugar de hablarse con afecto, discutían imitando al resto de los matrimonios europeos por no querer extenderlo a un mayor territorio geográfico. De pronto el hombre comenzó a zurrarle a la mujer, la mujer se defendía y respondía como podía. No había por parte de ambos gritos ni alboroto, todo se realizaba con un inquietante medio silencio con algunos insultos y soeces palabras intercaladas por ambos. Víctor al llegar a su altura, viendo la escena y midiendo la corpulencia del combatiente, se animó a increparle sin dureza para que no siguiese en esa actitud, y para que no se revolviere contra él.

Las palabras y la intervención de Víctor tuvieron su efecto, el hombre desistió de su actitud, fue ella quien se dirigió a Víctor gritando.

—Métete en tus asuntos, que aquí nadie te llamó. A ver si te enteras, el golpea en lo que es suyo.

Víctor siguió su camino, dejándolos que siguieran dialogando de tan amorosa manera.

Solía gustarle pasear por el Paseo de los tristes, beber un vasito de té, que alguno de los locales ofrecía y comer un pastelillo. Una de las veces se internó por las callejas que ascendían al Sacromonte, a unos veinte metros delante de él venía una mujer joven, dio un grito de dolor y se apoyó cojeando en la pared de una casa. Víctor, al acercarse, le preguntó cómo se encontraba y si quería que la ayudase a llevarla a que la viese un médico. Ella reflejando dolor en su rostro al apoyar el pie que había torcido, lo negó pero que le agradecería que la ayudase a regresar a su casa que no estaba lejos de allí.

La mujer, más joven de lo que al principio le había parecido, se apoyó en él, renqueante y como pudieron iban ascendiendo lentamente las empinadas callejuelas, alternados de trecho en trecho con escalones. Ella soportaba el dolor de su tobillo con admirable estoicismo y él soportaba parte del peso de ella, pues uno de sus brazos rodeaba el cuello de él y él con el suyo la llevaba cogida de la cintura.

Aspiraba el delicado olor femenino de un cuerpo recién lavado, el pelo, negro brillante como el azabache todavía algo húmedo, la piel morena del brazo que rodeaba su cuello y que él sujetaba con su otra mano, apreciaba un tacto suave que le recordó el tacto de una

taza de porcelana china. El perfil del rostro estaba bien dibujado, moreno y hermoso. Era a todas luces una mujer hermosa, las facciones que había visto, a pesar del dolor, eran agradables y denotaban firmeza de carácter. Toda ella irradiaba un erotismo al que Víctor no pudo sustraerse y se dejó embargar por la placentera sensación.

Se paró ella ante la puerta de una pequeña casa, la abrió e invitó a Víctor a pasar, ella seguía apoyándose en él hasta sentarse en una de las sillas que componían parte del escaso mobiliario de la cocina. Mientras tanto ella con el móvil llamó a una vecina indicándole que trajese con ella a alguien, indicó su nombre, porque se había torcido un pie.

Víctor volvió a admirar a la mujer, ahora le parecía más hermosa que antes, de su rostro había desaparecido el rictus de dolor, su semblante límpido y luminoso lo sedujo. No era gitana como él había creído al principio, pero sí una mezcla de mujer gitana con andaluza.

—Si no puedo ayudarla en nada más, no quiero molestarla, mi presencia aquí es inoportuna —le dijo, a modo de disculpa de su pensamiento sobre la belleza de ella.

—Claro que su presencia es necesaria, me hace compañía hasta que llegue quien me cure. ¿Le parece poca ayuda esa? —le dijo ella.

—Quisiera poder hacer más, pero no sé qué puedo hacer.

—¿Le apetece un café o un té? —le dijo ella.

—Un té no estaría mal, yo lo prepararé —le dijo él.

Ella se incorporó de un salto como un felino.

—De eso nada, lo prepararé yo, hasta ese punto habíamos de llegar, cada uno en su lugar y Dios en el de todos —le dijo ella, que al dar el primer paso olvidándose de la torcedura dio un grito de dolor que la obligó a sentarse.

Víctor se le acercó y le puso familiarmente las manos en los hombros.

—Permítame que sea yo quien lo prepare bajo su dirección y supervisión.

Ella asintió ante la imposibilidad de hacerlo por sí misma, como suele decirse tragándose el orgullo de mujer de su casa.

Apenas habían acabado de beberse el té llamaron a la puerta, una anciana llena de vitalidad, acompañada por otra comadre más joven, penetraron en la pequeña estancia. Las dos mujeres sí que eran gitanas, la anciana era la gitana clásica, ojos vivos y mirar penetrante, a pesar de la edad, sus grandes ojos parecían ver el alma en su profundidad, dejando las pequeñeces que flotaban en la superficie de ella para los psicólogos y otros estudiosos de la mente. Se paró ante Víctor unos instantes para observarlo, Víctor sintió la mirada suavemente escrutadora penetrando en él, seguidamente la mujer se arrodilló y tomó en sus manos el pie de la accidentada.

—Este pie no está nada bien, ha sido una torcedura de culebra, y hay muchas sueltas queriendo morderte niña, voy a ponerte los tendones en su lugar.

—¿Me dolerá? —le dijo ella.

—No tiene por qué dolerte, un poco tal vez, si te duele me lo dices, recuerda que las cosas con cariño siempre salen bien, de las brutas nunca ha salido nada bueno. Recuérdalo Estrellita —le dijo la anciana.

Manipulaba con extraordinaria habilidad los tendones del pie, recorriendo de forma imperceptible la piel con la yema de sus dedos hasta la rodilla y de ella hacia el tobillo,

buscando desviaciones. Después untó con aceite sus manos y comenzó a frotar y masajear el pie herido.

—Este pie hay que vendarlo. ¿Tienes con que hacerlo? —le preguntó la anciana.

Víctor supo cómo se llamaba la joven por la anciana, el nombre le pareció apropiado con su figura.

—Mientras yo sigo con el pie, este apuesto hombre podría ir a comprar vendas en el supermercado más cercano en lugar de quedarse de pie pasmando como si estuviese viendo una bruja —dijo en voz alta, mientras le guiñaba un ojo a Estrellita.

Víctor se disculpó y salió a toda prisa buscando donde comprar las vendas con las que sujetar con firmeza el pie accidentado.

Cuando Víctor se hubo marchado la anciana extrajo de una bolsa un almirez y varias plantas frescas, las machacó con un poco de vinagre y después de añadirle aceite, puso ese emplasto en el tobillo y pie, lo rodeo con sus manos y comenzó a salmodiar rezos en voz muy baja, durante un buen rato.

—Buena torcedura niña, y muchas culebras a tu alrededor, pero no debes preocuparte demasiado, eres más fuerte que todas ellas juntas. Te rodea tanta envidia que podrías llenar un embalse de esos que producen electricidad. Las mujeres te odian, las jóvenes porque no pueden ser como tú, las maduras porque no lo han sido y le hubiese gustado serlo otras porque a sus hijas las comparan contigo y salen escaldadas, finalmente las viejas te odian porque son viejas resentidas y odian todo lo pasado. Los hombres te odian también porque no estás a su alcance y se consumen en el deseo. Debes tener cuidado con todos, hombres y mujeres, nadie es de fiar.

La anciana seguía con sus manos rodeándole el tobillo mientras hablaba.

—Hablando de otro tema, este hombre no es para ti niña. Su corazón tiene dueño, sé que te gusta como le gusta a tu comadre que le daría al payo unos buenos meneos —las dos se rieron quedamente.

—Anda que, ¿tú no se los darías? —le preguntó la comadre.

—Ya lo creo que lo haría, pero mi tiempo ya pasó, el diablo puede estar vivo, pero la diablesa está muerta y momificada —dijo la anciana contagiando su risilla a las dos mujeres.

—Puedes darle un revolcón, pero no te enamores porque de hacerlo sufrirás. Su corazón tiene dueño, recuérdalo Estrellita.

—¿No puede hacerse nada para que su corazón se incline hacia mí?

La anciana seguía sin levantar la cabeza, arrodillada a los pies de ella con las manos sobre el tobillo.

—Puede hacerse, pero antes de responder si lo quieres hacer o no, piénsalo bien, habrás de pagar un precio muy alto, las mareas van y vienen, después del día soleado viene la oscura noche —le dijo la anciana.

—No tengo nada que pensar, no quiero hacer nada, que su corazón esté donde tenga que estar y que su dueña lo disfrute, que si lo tiene es porque se lo ha merecido —respondió Estrellita con energía, pero a la vez con tristeza.

—Así habla una mujer que no es culebra ni tiene sentimientos de víbora.

La anciana levantó la cabeza, vio fijamente los grandes ojos negros de ella.

—Déjame ver tus manos, niña, le dijo.

Estrellita extendió las palmas hacia arriba, la anciana las inspeccionó cuidadosamente y después apoyó su frente primero y su rostro después en ellas. Suspiró largamente.

—Dentro de unos días cuando te encuentres mejor, ven a verme quiero hablarte muy seriamente, soy mayor, en todos estos años no he encontrado la persona a quien trasmitirle mis conocimientos, que no son pocos, niña, son muchos más de lo que esta apariencia representa. Ahora eres odiada y envidiada, después serás temida por unos y amada por otros —le dijo la anciana.

Llamaron a la puerta, Víctor entró en la pequeña estancia con dos bolsas bien repletas de comestibles.

—Como no podrá caminar, me he tomado la libertad de comprarle algunas vituallas para la despensa —dijo Víctor a modo de disculpa.

Las tres mujeres se vieron al mismo tiempo, sorprendidas y regocijadas: «¿Un hombre así era un hombre o no lo era?», se preguntaban, en su esquema social así no se comporta un hombre.

Ante el silencio generado se sintió incómodo.

—Tal vez que con el ánimo de ser servicial me excedí en mis atribuciones, lo hago desinteresadamente, he comprado con torpeza por las prisas. Por supuesto que soy yo quién abono el importe —dijo disculpándose de nuevo.

Si la concepción que tenían del hombre era otra, muy pronto mentalmente la cambiaron por esta otra, un payo bien parecido que ayuda a una mujer desconocida, que va a comprar vendas y viene además con una buena compra, eso no lo haría un gitano, sus hombres deberían aprender cosas de algunos payos.

—Muchas gracias, no era necesario que te molestaras de esa manera, la verdad es que eres un sol —le dijo Estrellita, repuesta de la sorpresa, mirándolo fijamente con sus hermosos ojos.

—Gracias, las muchas que tú tienes, porque el Sol está cerca y no tiene misterios, pero las estrellas están muy lejos y son un misterio, un enigma como el que se oculta tras ese rostro —le dijo Víctor repuesto también y siguiendo la dinámica por ella marcada.

—Olé con el gachó, labia no le falta —dijo la anciana —¿Has traído las vendas? —finalizó preguntándole.

La anciana vendó el pie con las plantas machacadas, dijo a Estrellita que se levantase y caminase. Ella lo hizo sin dificultad y sin mostrar signos de dolor. Víctor no podía creerlo.

—Es sorprendente. ¿Cómo lo ha conseguido? —preguntó.

—Lo que tú sabes yo no lo sé, lo que yo sé tú no lo sabes, eso es todo. ¿Ves que fácil? —le dijo sonriendo la anciana a la que a pesar de los años todavía quedaban en su rostro los vestigios de su pasada belleza.

—Hoy reposo absoluto, mañana también. El pie vendado una semana, noche y día. Si fuese necesario haríamos algo más, pero no será necesario si haces lo que te digo. No te preocupes, pronto encontrarás lo que necesitas, el destino está escrito en las estrellas del cielo como tú —le dijo la anciana.

—Que el destino está escrito en el cielo, lo he oído en alguna parte —intervino Víctor.

—Muchas cosas habrás oído y a pocas o a ninguna de esas cosas has hecho caso. Es hora ya de que empieces a prestar más atención a lo que escuches y veas —le dijo la anciana y cuando se disponía a marcharse con la comadre cogida del brazo—, le dijo a Estrellita, en unos días el pie estará bien, ven a visitarme, me voy muy contenta, más contenta de lo que te imaginas niña.

Estrellita y Víctor se quedaron solos en la pequeña cocina, limpia, ordenada y con un peculiar gusto que la hacía entrañablemente acogedora.

—Ya no te hago falta ni te soy de utilidad —le dijo él.

—¿Por qué no te quedas hasta mañana? —le dijo ella.

—Me gustaría, ya lo creo que me gustaría, pero no debo hacerlo —le respondió él, y le acarició la mejilla con el dorso de los dedos.

—¿Ni una noche siquiera? —contestó ella.

Negó él con la cabeza. Ella se le acercó y lo besó, notó Víctor la calidad de sus labios sensuales jugando con los suyos y una abrasadora sensación lo invadió hasta las partes más recónditas de su cuerpo.

Al separarse, ella respiraba con fuerza, él respiraba como podía, en ambos el prolongado beso había actuado liberando emociones y deseos contenidos. No había más que dos únicas alternativas, caer uno en brazos del otro o marcharse inmediatamente.

—Te recordaré y me recordarás, que hermoso recuerdo tendremos uno del otro, nada en el mundo me hará olvidarte —le dijo él.

—Vete pues, ahora soy yo quien envidio —le dijo ella.

—¿Envidias a quién? —preguntó él con ingenuidad.

—A la mujer que está contigo —fue la respuesta tajante de ella.

Tuvo un deseo apenas reprimible de abrazarla, pero sabía que ese abrazo desencadenaría una pasión amorosa que ni él ni ella harían ningún esfuerzo por refrenar. En su lugar tomó la decisión de actuar racionalmente y con la mayor delicadeza de que fue capaz.

—En una mujer como tú no tiene cabida el ser envidiosa, eso debes dejarlo para gente vulgar, y tú de vulgar no tienes nada. No sabes lo hermoso que será este recuerdo, que habrá de perdurar en nosotros con la incógnita de lo que podría haber sido. Estropear ese duradero recuerdo, por haberlo reducido a una relación pasional, no me parece inteligente, me quedo con el primero, en el permanecerás para siempre.

Dos gruesas lágrimas se deslizaron por la suave piel morena de su rostro, que Víctor calificaba como el más hermoso que había visto en su vida, y los había visto a cientos en sus clases.

—Me lo advirtió, me dijo que tu corazón tenía dueño. Vete, prolongar esta agonía no tiene sentido —le dijo Estrellita, con voz entrecortada.

—Permíteme que te haga un obsequio. En la joyería que se encuentra en la mitad de una calle que desemboca en una pequeña plaza, que tiene unos árboles y unos bancos, no recuerdo el nombre, ¿te das cuenta del lugar?

—Sí, creo que conozco el sitio a que te refieres —respondió ella.

—Pregunta en esa joyería por algo que estará a tu nombre —le dijo Víctor.

Ella lo siguió hasta la puerta y le preguntó cómo se llamaba.

—Hasta el nombre que tienes me gusta, cabronazo —le dijo ella sonriendo—. ¡Ah! Una última cosa, no subas a partir de esta hora al Sacromonte, es peligroso para los payos.

Víctor a los pocos pasos se giró, ella permanecía en la puerta. Volvió a retomar su camino.

Las charlas semanales que impartía en el hostel habían cobrado notoriedad entre el estudiante y habían trascendido a la prensa. Un periodista lo había llamado para realizarle una entrevista. Lo citó Víctor para unos días más tarde con la intención de darle esquinazo, consideró que el tiempo que había permanecido en la ciudad habían sido el suficiente para lo que pretendía, así que tomó la decisión de partir de ella y dirigirse a Madrid. Se despidió de sus jóvenes compañeros de hostel, uno de ellos con el que tenía más trato le preguntó quién era, Víctor le desveló su identidad, diciéndole que era un extraterrestre que se encontraba en misión observativa en esta área del planeta, que únicamente estaba autorizado a comunicar pequeñas cosas científicas que para el lugar de donde venía equivaldría a sumar y restar. El estudiante impactado ante la seria respuesta no se atrevió a volver a preguntar. Dejando Víctor en Granada una universitaria estela científica y el enigma de una desconocida y alienígena personalidad.

El viaje a Madrid no tuvo nada relevante, excepto que gran parte del tiempo lo pasó durmiendo mientras el tren devoraba, insaciable, kilómetros sin apenas darse cuenta había llegado a la ciudad castellana más relevante de Castilla. ¿Qué iba a hacer en Madrid? Se preguntaba poco antes que el tren entrase en la estación abriendo sus puertas y descargándolos como ganado, cuando los conducían para su venta en las ferias ¿Qué iba a hacer? La respuesta se la dio a los pocos minutos de plantearse. Haré lo que los de Madrid hagan, o bien haré lo que los de Madrid no hagan, aunque seguiré el consejo cervantino, allí a donde fuereis hacer lo que viereis. Ese consejo seguiré al menos en la apariencia externa.

Se instaló en un céntrico hotel cercano a los barrios históricos, los primeros días los pasó estudiando el metro y conociendo las calles circundantes para tener mentalmente puntos de referencia en su orientación. El tercer día en una calle poco transitada se fijó en un letrero que indicaba modestamente una pensión, unos pequeños balcones sobresalían de la fachada, el edificio tenía cuatro plantas, a todas luces tanto la observara con sol despejado o con sol nublado, o nocturna con luz artificial de farola, se veía que era un edificio de antigua construcción.

La pensión se encontraba instalada en las primeras plantas, su aspecto exterior no le desagradó cobrando interés por conocer las condiciones de su interior. Una mujer que ya había pasado con largueza la madurez le abrió la puerta, con una mirada rápida de quien está acostumbrada a catalogar a las personas por requerimiento del oficio, le escuchó y se brindó a enseñarle las de habitaciones que tenía libres y el salón de estar que hacía las veces de comedor. Las dos habitaciones tenían baños incorporados. Preguntó si tenía alguna habitación más espaciosa, la mujer le respondió que en dos días le quedaría libre la mejor habitación de la pensión. El techo era alto, el suelo de madera antigua poro bien conservada y barnizada recientemente, todo en ella irradiaba un halo de acogedora familiaridad.

El precio de la habitación comparado con el del hotel era irrisorio, la mujer le bajó todavía más el precio al decirle que sería por un tiempo indefinido. Abonó por adelantado el coste de lo que finalizaba por terminar el mes, marchando satisfecho de haber encontrado un lugar de los poquísimos que podían encontrarse en la ciudad y que se le antojaba romántico, lejos de esa aséptica estética actual. Por otra parte, la higiene de la pensión era inmejorable, la mujer la mantenía ordenada y limpia, como ella le dijo, –Me gusta que todo esté en orden, y brillante como los chorros del oro. Ambas cosas influyeron en gran medida sobre él formando gran parte de esa influencia la vital disposición de la dueña. Esta, como más adelante le contó, había enviudado, su marido muerto no le había dado lo que suele decirse, buena vida, era bueno, sí, le decía, pero la bebida lo trastornaba de tal manera que de ángel se convertía en demonio. Al principio bebía únicamente

durante las fiestas señaladas, después añadió a éstas, los días festivos, seguidamente añadió los domingos y poco a poco, con el tiempo fue incorporando los días de la semana hasta convertirse el beber y estar curda todos los días. Lo curioso es que en mi presencia no bebía, lo hacía fuera de casa, horrorizada esperaba su llegada procurando no llevarle la contraria en nada de lo que decía, ni hacerle el menor de los reproches, trataba con esta actitud mitigar los escándalos que con frecuencia montaba incomodando a los clientes. Finalmente, el alcohol se apoderó de él de tal manera que se lo llevó, no por enfermedad, porque tenía una salud tan buena que nunca lo oí quejarse de nada, después de una borrachera tremenda se levantaba fresco como una lechuga recién cogida del campo, me pedía perdón de mil maneras distintas prometiéndome que esa había sido la última vez que lo hacía. Trabajaba de camarero y allá se iba como si su cuerpo hubiese ingerido agua mineral, a la noche volvía lleno de alcohol. No se lo llevó la enfermedad sino un coche que lo atropelló al cruzar la calle, el conductor comentó que no pudo hacer nada, que se echó delante del coche. Algo de eso es posible que hubiese sucedido, incapaz de abandonar su costumbre y no deseando hacerme más daño, porque me quería, eso no lo pongo en duda, prefirió quitarse de en medio.

Una noche en la que Víctor bebía una copa de vino dulce, siempre después de cenar, hablaba con la dueña, a la que había invitado a que le acompañase bebiendo ella también. En un arranque de confianza, Víctor le preguntó si no había vuelto a poner un hombre en su vida.

—Ni se me ha ocurrido, en los cinco años que llevo de viuda, no me he encontrado mejor en mi vida. Salgo, entro, me muevo o me quedo quieta, hago lo que deseo y no tengo la obligación de rendir cuentas de mis actos a nadie —le dijo ella.

—Tener pareja no es precisamente tener un inspector de hacienda sobre uno. Una pareja es alguien que nos apoya para poder vivir —le dijo él.

—Es posible, pero buey suelto bien se lame —. le respondió después de darle un pequeño sorbo a la copita.

—Además es bueno tener alguien que realice un mantenimiento, a los automóviles se les hace —le dijo riéndose.

—No soy un automóvil, no tengo necesidad de ir a un taller mecánico.

—Entonces que venga el mecánico a verla, aunque no sea usted un coche y él no sea mecánico, puede ser electricista, por ejemplo —le dijo él riéndose de nuevo.

—No piense que soy una mujer insensible o que tengo un soterrado odio al hombre, como actualmente está de moda, la experiencia me ha servido para aprender a no caer en nuevos errores. De hombres en mi vida, ni hablar de ellos.

—Mujer, yo no pluralizo, aunque bien mirado tampoco estaría mal del todo. Únicamente hablo de un hombre en singular, o al menos uno de cada vez —le dijo Víctor volviendo a reírse, contagiándole su risa a ella.

—Con un hombre en mi vida ha sido suficiente, allá vayan las mujeres que necesiten nuevas experiencias —le dijo ella y esta vez vació de un sorbo la copita.

—Los hombres no son todos iguales, cada hombre es diferente uno del otro, al igual que las mujeres no son iguales, cada una es diferente de la otra... —ella lo interrumpió.

—¿Está seguro de eso que ha dicho? Porque a mí me parece, por lo que veo que tanto ellos como ellas son todos muy iguales, como sacados del mismo molde de una fábrica —hizo una pequeña pausa como buscando en su cerebro algo más —. Es como si los

fabricasen en serie, como dicen los científicos, clones, son clones unos de otros —terminó diciendo.

—Es cierto lo que dice, estoy totalmente de acuerdo sobre todo afecta a los jóvenes y a los no tan jóvenes, pero a los de cierta edad no les afecta como a ellos —comentó Víctor.

—Explíqueme eso mejor, porque albergo grandes dudas —respondió interesada echándose hacia atrás en la silla.

—Los jóvenes en la actualidad encuentran su vida programada desde su nacimiento, con una meticulosidad que asombraría a los gobiernos más autoritarios de antaño. La educación infantil, la educación posterior en colegios, los programas televisivos e internet con sus juegos y demás ofertas juveniles. Los niños desde muy corta edad tienen un dominio de los móviles que superan con creces al de un adulto. Los juegos, las actividades y las inversiones son programadas institucionalmente. En esas vidas no hay cabida para la imaginación o la espontaneidad, siendo todo repetitivo hasta la saciedad, lo rutinario forma parte consustancial de sus vidas.

En esta medida son clonados, la única diferencia entre ellos son sus rostros y aun así, debido a las modas intentan parecerse entre ellos, casi me atrevería a decir que la única diferencia serían sus ropas.

La patrona asentía, le gustaba escucharlo, lo hacía con interés. Víctor continuó después de una pequeña pausa.

—Estos jóvenes se convertirán en adultos y cuando eso hagan serán unos adultos clonados, lógica consecuencia de su clonada vida anterior. Mientras que los adultos actuales de 50 o 60 años, no han tenido esa clonación, estando como consecuencia...

En este punto Víctor paró repentinamente de hablar, los ojos pequeños de la mujer se habían cerrado más, la sonrisa que esbozaba su rostro le proporcionaba un aspecto graciosamente chinesco.

—Creo que iba a decir una solemne tontería —acabó diciendo finalmente.

—Yo también lo creo —le dijo ella—. Las personas adultas de mi edad, y más edad, tenemos la misma programación, aunque de diferente forma realizada, puedo admitirle que la actual es más sofisticada, utilizando una palabra culta, pero tanto la programación que nosotros hemos recibido como la que los jóvenes reciben, han sido igualmente eficaces y logrado sus objetivos. No lo veo a usted muy convencido —le dijo ella.

—Sí y no —dijo Víctor.

—Ahora seré yo quien me explique mejor —repuso ella—. ¿Puede llenarme la copita con un poco más de su vino dulce? ¡está realmente bueno! La iglesia con los sermones, las confesiones, las asignaturas religiosas, las familias y demás entorno social, tanto en pueblos como en ciudades, hicieron esa programación que fue reforzada por la programación radiofónica y por las películas españolas llenas de facilones chascarrillos, y las fantásticas películas americanas saturadas de amor y lujo hicieron mucho daño. ¿Que salió de todo eso? Unos hombres que trabajaban como animales, que sin hacer deporte seguían con pasión el fútbol y el resto del tiempo convertían el bar en su segunda vivienda. La mujer, para que se la voy a describir, en lugar del fútbol, radionovelas y posteriormente telenovelas, como equivalentes del fútbol masculino. Trabajaban como brutos o permanecían vegetando en sus domicilios. En definitiva, igualmente clónicas —finalizó de hablar ella, mientras cogió la pequeña copa llena del vino dulce.

—El comportamiento es igualmente previsible en las antiguas generaciones como en las futuras. Aviados estamos —le dijo Víctor, vaciando inconscientemente la copa.

—Aviados estamos —dijo ella, vaciando conscientemente su copa.

—No obstante —dijo él—, el hombre es como los zapatos, cada uno es diferente, porque un zapato haya apretado no debe generalizarse a que todos los zapatos aprieten y decidamos caminar descalzos por temor.

—Gato escaldado teme al agua —le dijo ella—, pero ¡qué me dice usted! Me parece que también ha tenido alguna escaldadura o, aunque va calzado igualmente como yo voy, creo que ha tenido alguna apretadura de pies —inquirió ella.

Víctor se sintió sorprendido ante la pregunta tan repentina y directa, tardó unos instantes en reponerse.

—Mi caso ha sido lo opuesto, siempre me he mantenido alejado por desinterés de los amoríos y en general de la vida que me rodeaba. Todo mi tiempo y mi actividad la centré en el estudio, no hace mucho decidí cambiar la dinámica o la rutina que hasta ese momento había llevado y de momento ningún zapato me ha apretado, puedo decir que el zapato que en estos momentos tengo es el apropiado —le dijo Víctor, que al mismo tiempo mostró en su rostro una expresión incapaz de dominar.

Observó ella esa expresión que no se le había pasado por alto, aunque desconocía su significación.

—Es extraño que haya pasado tanto tiempo alejado de lo que la naturaleza exige sin tener un motivo —le dijo sin parar de observarlo con sus pequeños e inquisitivos ojos.

Víctor permanecía en silencio, su rostro reflejaba ausencia, perdiéndose su mente en los laberintos del tiempo, buscando o recordando algo en el olvidado, porque la mente y su inconsciente juega con nosotros como los niños al juego del escondite, que vienen a querer decirnos ¡encuétrame si puedes!

—Algo hay que está firmemente sujeto y no quiere soltarse —volvió a decirle ella.

Fue ahora Víctor quien sonrió para comentar.

—Efectivamente que hubo algo y que tenía totalmente olvidado sin el menor vestigio de su recuerdo. Tendría yo quince años, estaba enamorado de una muchacha dos años mayor que yo, un día al anochecer la acompañaba a su casa, en el portal me hizo entrar, me dio un pequeño lote y quiso que hiciese el amor allí mismo. Desde niño me había gustado la lectura, leía todo lo que caía en mis manos, estaba poseído por tanto de un romanticismo amoroso de novela. Ante la proposición tan cruda para quien estaba perdidamente enamorado, respondí, por desconocimiento de la psicología femenina, que era preferible hacerlo con tranquilidad en una habitación y no allí con la tensión de que alguien llegase y nos viese. Al oírme decir eso, se apartó de mí, soltó una carcajada y se fue riendo murmurando algo que no logré entender. Tal vez esa sea o puede que sea la causa de un posterior comportamiento amoroso con respecto a la mujer, que puede definirse como un inconsciente miedo a ser rechazado de nuevo.

—Espabilada la chiquilla, porque no se juntarán los brutos con las brutas y nos dejan en paz a los que no somos como ellos. Debo reconocer que la mujer tiene una morbosidad sexual que el hombre no tiene. A eso se refiere al mencionar el desconocimiento de la psicología femenina —dijo ella.

—En gran parte sí —respondió él.

—Al igual que antes me lo dijo a mí, yo soy quien ahora se lo digo, no todas las mujeres son iguales, al igual que los zapatos tampoco lo son, aunque ambos tienen una cosa en común, tanto ellas como los zapatos son para calzarlos.

Soltó ella una carcajada riéndose por el atrevimiento, la asociación que le pareció ingeniosa y al igual que el toque verdoso de la expresión. Él la acompañó contagiado por la expresión como por sus risas.

—Reconozco que toda mujer tiene un componente de morbosidad sexual que si en algunas es discreto y nos da una simpática atractiva pincelada, tanto en la ropa interior como en cierta provocativa vestimenta, o realizando alguna sugestiva relación en un lugar inapropiado, pero únicamente ocasional, en otras sin embargo se sale fuera de toda lógica o de madre, como suele decirse, cometiéndose las mayores barbaridades —dijo ella cuando paró de reírse.

—La represión existente sobre la mente femenina es la causante de toda esa admirada degeneración —afirmó él.

—Ni más ni menos —añadió ella.

Después de desayunar, paseaba calles como lo hacían los antiguos hidalgos sin fortuna, con la esperanza de encontrarla paseando calles como ellos lo hacían. No buscaba él en este caso fortuna alguna, no buscaba nada o al menos eso creía, qué hacía paseando por las calles madrileñas observando escaparates, penetrando en comercios sin intención de compra, entrar en cafés con la intención de utilizar el inodoro, esto último le llevó a no consumir agua, con ello retrasaría la imperiosa necesidad de al poco tiempo volver a aliviar su cuerpo de líquido. Si nada buscaba o si a nada iba a su encuentro, era absurdo su comportamiento, sin embargo, a pesar de este no saber, permanecía en el tajo diariamente como el obrero de la fábrica, que tampoco sabe con certeza que hace allí, simplemente sabe que tiene una necesidad de un dinero y que allí se lo dan a cambio de entregar parte de su vida.

Víctor paseaba, observaba y aunque nada buscaba, absorbía consciente o sin darse cuenta, todo lo que a su alrededor pululaba, porque en una ciudad sobre todo si es la capital administrativa, todo pulula en su meollo central como anónimas hormigas unos, abejas y zánganos otros y velutinas los más.

Rehuía los conocidos cafés, donde acostumbraban a citarse para aplacar su aburrimiento e incrementar sus envidias, periodistas y escritores que vivían como podían y etiquetándose a sí mismos de intelectuales, también acudían a estos cafés algunos actores y artistas de la pista con la finalidad de poner algo de iluminación en su colorida vida. Todos ellos adquirirán momentos de gran satisfacción y disimulada gloria, cuando provincianos y turistas curiosos, visitaban esos cafés con la intención de contemplar de cerca a personas que, por haber salido en la televisión, habían incorporado a su currículo el meritoso «ajes», denominándose desde ese momento personajes. Estos turistas provincianos, se mezclaban con jóvenes y no tan jóvenes que, no llegando todavía al grado de personaje, recibían el efluvio del superior, eran simplemente meritosos «jillos», denominándose desde ese momento personajillos, ambicionando como meta en su vida ascender en el escalafón, como el profesor universitario anhela alcanzar la cátedra. El provinciano visita estos cafés buscando personajes al igual que lo hace visitando el museo de cera, comentando al llegar a sus localidades que fulano no es tan alto o como mengano y que es más obeso de lo que aparenta, y con esos comentarios aumenta su prestigio intelectual adquiriendo a su vez el título de «ajes» o «jillos» en sus provincianos cafés.

Víctor no condescendió ir a estos lugares, pasó ante ellos varias veces sin dignarse a dirigir una mirada a su interior. Visitó varias veces el museo del Prado pasando todo el tiempo en algunas de las salas dedicadas a Goya y en las dedicadas al Greco.

En Goya recibió la visión clara a pesar de la negatividad de las pinturas y grabados, de la vida y la sociedad actual, de las pinturas del Greco recibió la visión clara de su espíritu a pesar de las deformadas figuras representadas. La lección que recibía con cada una de las visitas a estos pintores finalizaba con la frase de despedida, esto es lo que tienes dentro, le decía uno, esto es lo que hay fuera, le decía el otro, y Víctor salía del museo reconfortado y lúcido para continuar viviendo.

Asistía a los conciertos, dejándose caer con frecuencia en locales donde podía escucharse buen jazz. En esos momentos saboreaba la música con intensidad, el jazz le satisfacía más por el ambiente creado que por el jazz mismo. Dos satisfacciones distintas que sin embargo confluían en él como un perfecto engranaje de cronómetro.

Un día al cerrar la puerta de su habitación, la cerradura se estropeó, como físico pidió permiso a la patrona para desmontarla e intentar su reparación, comprobó que el mecanismo se encontraba roto por un uso indebido y se dirigió a una ferretería para adquirir otra similar. En la ferretería había dos dependientes y varios clientes esperando

su turno, de pronto entre un cliente y el dependiente se elevó el tono de voz con expresiones chulescas y agresivas pero que en ningún momento llegaban al insulto.

Víctor presenciaba todo aquello como un curioso espectáculo temiendo, no obstante, que aquello acabase como el rosario de la aurora. El otro dependiente realizaba su trabajo sin prestar atención a lo que sucedía a dos pasos de él, igualmente les ocurría a los demás clientes que esperaban su turno para ser atendidos. El dependiente que discutía envolvió y cobró el pedido, ambos se despidieron amablemente.

Recapacitó sobre el habitual comportamiento de los habitantes de Madrid, se movían como autómatas de robotizadas mentes, con una grosera mala educación manifestada en una constante agresiva actitud.

Conductores y taxistas tenían el insulto como norma, los viandantes se ignoraban unos a otros sin la menor cortesía por las aceras, los dependientes atendían pareciendo que hacían un favor expresando con su actitud el pensamiento – dime rápido que deseas que tengo prisa para hacer nada—. Esta ciudad es peculiar, se dijo, después de hacer un pequeño recuento de las situaciones vistas y vividas, como la que ocurrió en cierta ocasión.

En una terraza de un pequeño bar de una calle alejada del centro, se había sentado y abierto un pequeño libro de bolsillo. Ante su presencia se montó entre dos clientes una trifulca con amenazas y provocaciones, aunque como más tarde supo, muy rara vez se llega a las manos. A pesar de que la escena se realizaba a pocos metros, él, no levantó la vista del libro ni un solo instante, los trifulcadores se alejaron, Víctor permaneció leyendo todavía un buen rato. Al dirigirse al interior del local para abonar el importe de la consumición, uno de los trifulcadores se encontraba en la barra del bar, al verlo se dirigió a Víctor.

—Me gusta tu estilo.

—Es una ropa sencilla —respondió Víctor.

—No me refiero a la ropa, me refiero a tu estilo de estar, la manera de estar dejando que todo transcurra como quiera sin que a uno le importe —le dijo el trifulcador.

—Gracias, respondió Víctor, al tiempo que abonaba al camarero el importe de su consumición y la del trifulcador.

En una estrecha calle lindando con Malasaña se encontró con un pequeño local que pasaba desapercibido, sino fuese por el escaparate, tras su vidrio aparecían libros antiguos, restaurados y encuadernados. En un letrero de vidrio oscuro con letras de espejo colgado por dos cordones de tanza, figuraba escrito:

ENCUADERNACION, REPARACIÓN, VENTA DE LIBROS ANTIGOS

Víctor reparó en él, había pasado varias veces por esa misma calle sin haberse fijado en ella, le vino el recuerdo, en una extraña asociación, la novela de Orwell. Entró, la puerta al abrirse despertó el estrecho, pero profundo local con un sonido de golpeteo acristalado. Un hombre de edad indefinida cubierto con un guardapolvo de tela vasta y color azul, apareció ante él instantes después, mientras Víctor ojeaba los libros de las estanterías situadas a ambos lados de las paredes.

—¿Puedo ayudarlo en algo? —preguntó dejando colgado del cuello unas gafas de visión cercana.

—Si me lo permite ojearía los libros —dijo Víctor mientras lo observaba, viniéndole de nuevo el recuerdo de Orwell, esta vez acompañado por una anécdota del cineasta Douglas Sirk.

Contaba éste, que un día por los años cincuenta en New York, en una callejuela había visto en un pequeño escaparate las obras completas, traducidas al inglés de su amigo Bertold Brecht, compró los libros y a los dos días siguientes dos personas que se identificaron como policías se presentaron en la habitación de su hotel y, tras un corto interrogatorio, le incautaron los tomos de Brecht.

Era la época de MacArthur y su enfermiza persecución comunista.

Una semana más tarde el de mayor rango de los dos, al parecer inspector, le devolvió los tomos incautados, comentándole: «Tampoco era para tanto lo que he leído».

Víctor siempre había pensado que si en aquellos años, con métodos de vigilancia y control ciudadano primarios, habían logrado saber el hotel donde se hospedaba únicamente por la compra de unos libros en una callejuela, qué no podrán controlar con la sofisticada técnica de vigilancia actual. A todas luces, en este caso más bien pocas, pues el local se encontraba insuficientemente iluminado, y el personaje que del fondo había surgido tenía una gran semejanza orwelliana.

—Por supuesto que se lo permito, ojee, lea, manosee lo que a usted le parezca, eso sí siempre con respeto y cariño, pues los libros, aunque inertes para el ignorante, cobran vida en manos del sabio.

Fue la respuesta del hombre, que lo dejó solo mientras él se dirigió al fondo del local del que se desprendía un agradable olor a cola. Víctor pudo entrever que al fondo había varias prensas, guillotina, una larga mesa y utensilios para una encuadernación artesanal. Encontró en su búsqueda, una primera edición de la biblia en España escrita por George Borrow, con el prólogo de Azaña, presidente de la Segunda República Española. Contento con el hallazgo decidió comprarlo, dejando para otro día el continuar la inspección.

—Bonito libro e interesante elección —le dijo el hombre mientras le devolvía el cambio.

—He leído su mención, pero no lo había leído, debo reconocerlo —le dijo Víctor.

—Le gustará, tiene una escritura ágil, con rápidas pinceladas descriptivas y a su vez retrata con profundidad la sociedad del siglo XIX en este país, que, en muchas partes de él, la mentalidad en nada ha variado.

—Me lo pone más interesante de lo que suponía —volvió a decirle Víctor.

—Además cuenta muchas anécdotas y situaciones curiosas, lo que lo convierte en un libro tan interesante como ameno. A mi criterio, tiene ese humor del escritor inglés un tanto Dickensiano o de Quincey, si lo prefiere —le respondió el vendedor.

—Lo leeré y le diré mi parecer, me gustaría contrastarlo con quien conoce, por lo que le he oído, esta obra en profundidad —dijo Víctor sinceramente.

Antes de irse el hombre le dijo:

—No albergue desconfianza, aquí se encuentra usted a salvo, al menos de cierta vigilancia.

—¿Por qué lo dice? —preguntó Víctor haciéndose el sorprendido, pero en realidad sorprendido por los pensamientos que había tenido con anterioridad.

—Por si le recordaba el lugar, usted y yo mismo a 1984 de Orwell —añadió clarificando el hombre, expresando su rostro una sonrisa tranquilizadora.

—Sinceramente, lo he pensado, no he podido evitarlo —dijo Víctor.

—Yo lo pienso muy a menudo. Este lugar, mi ocupación artesanal o como ahora dicen vintage, y la vestimenta y mi misma apariencia, me convierten en el personaje salido de la novela. No debe usted preocuparse, soy de los buenos —le explicó matizando el hombre.

—Eso mismo aparentaba ser el personaje de la librería y resultó ser un espía —dijo Víctor.

—En la novela era un espía, aquí no vivimos una novela, y yo no soy un personaje de novela, puedo parecerlo, pero no lo soy, puedo parecer excéntrico, no le digo que no, en la medida que excéntrico es aquel que se desplaza voluntariamente de lo centralizado, o bien quien antes era y ahora se ha convertido en ex que ya no pertenece o no quiere pertenecer a lo que antes pertenecía. Usted también se asemeja a un personaje de características similares, viste de chaqueta, prenda que pocos hombres utilizan, excepto los vendedores que desean ofrecer una imagen de seriedad comercial, con prendas baratas y un tejido de calidad más que dudosa.

—Razón no le falta en lo que dice, pero en la novela sería yo el protagonista y el protagonista era el bueno, estoy libre de sospecha —agregó Víctor sonriendo.

—Cierto, muy cierto, pero no somos personajes de novela, aunque lo parezcamos, esto es la vida real, no hay buenos ni malos, hay sinvergüenzas de medio pelo, abundante melena y calvos, no excluyo a la mujer. Vuelva cuando haya leído el libro y recuerde que la manera de perder el miedo a la habitación 101 es haberla encontrado nosotros antes que ellos.

Durante la semana siguiente estuvo leyendo el libro que había comprado, al tiempo que paseaba conociendo Madrid en más profundidad que los propios madrileños, que llamaban vivir en la ciudad a no extender su territorio de exploración más que a su calle, si se dirigían a otro lugar, lo hacían bajo tierra utilizando el transporte metropolitano. Como ratas se desplazaban apiñados por túneles oscuros huyendo de la luz y de la vida, algunas céntricas calles de la capital tenían realmente afluencia de gente, las demás permanecían vacías o salpicadas por algún transeúnte que como manchas móviles destacaban sobre las aceras. Los automóviles y autobuses, máquinas férreas trepidaban bulliciosamente como si fuesen muchedumbre humana por la calzada de las principales calles.

En Madrid como en todas las grandes ciudades, puede decirse que, si por la noche duerme, por el día descansa, la actividad se realiza en las calles comerciales y administrativas en su aspecto diurno, y en algunas calles o en locales específicos es donde se desarrolla la vida nocturna.

Víctor en sus caminatas observó la vida activa diurna de la city, como dicen los ingleses de su capital, y la vida activa nocturna de locales que para él revestían algún interés, no la veía ni experimentaba rutinariamente, sino como el *foramen* que llega a la ciudad y la estudia conociéndola finalmente en poco tiempo mucho más profundamente que sus propios habitantes. Los habitantes de las ciudades viven inmersos en su propio mundo, mundo mental, de esquemas simples, y reducidas sus vidas en cajas apiladas unas sobre otras en alturas inconcebibles, a los que llaman edificios.

Salarios insuficientes, para los gastos de un comportamiento social, que la zona central exige, se refugian en barrios, o en ciudades dormitorio, en ellas una vida monótona entristece las entrañas en una degeneración sin precedentes. Enfermedades físicas surgen en edades tempranas, patologías mentales proliferan en estos lugares sin motivos aparentes.

De sus paseos por las calles centrales, por las calles históricas y de antiguas construcciones, como por barrios alejados, se hizo una composición de la ciudad y de sus habitantes, llegando a concluir que en ella predominaba la ignorancia en grado extremo, adornada de la apariencia de la sabiduría informativa.

Aunque la mona se vista de seda, si mona es, mona se queda. El refrán puede aplicarse con exactitud a esta ciudad, pensaba mientras caminaba por sus calles, fundiéndose en sus movimientos urbanos.

En todo el tiempo que estuvo en la ciudad ni una sola vez descendió al subsuelo para subirse al metropolitano, no deseaba considerarse a sí mismo como una rata ni como un vampiro que temiendo la luz se refugiase en la oscuridad de los túneles. Se desplazaba en autobús, en taxi y la mayor parte de las veces a pie. Comía a menudo donde le cuadraba, cenaba donde quería, otras veces lo hacía en la pensión teniendo la deferencia de comunicar su asistencia a pesar de que había contratado la comida y la cena diaria. Este gesto le consagró la simpatía de la patrona, que si le oía venir a una hora tardía siempre le preguntaba si deseaba comer algo, aunque él negaba por no molestarla, ella previsora le tenía un plato con quesos y pan, otras veces unas rodajas de carne asada. Alguna vez comía algo sin apetito, simplemente por halagarle la preparación de la comida y su cuidado maternal, pero la mayor parte de las veces comía con ganas, aunque no tuviese apetito. Esas veces saltaba su disciplina de una cena moderada y a horas tempranas, y que, aun habiendo cenado con anterioridad, volvía a cenar de nuevo horas más tarde.

Un día caminando por una de las calles, cerca de la hora de comer, entró en un buen restaurante, el camarero correcto y servicial lo acompañó a una mesa, eligió en la carta y esperó.

Al poco tiempo el camarero le sirvió unos variados entrantes exquisitamente preparados, él dijo que nada de aquello había pedido, a lo que el camarero respondió que era gentileza del restaurante. De bebida había pedido agua, además le sirvieron una copa de vino, al preguntar el motivo, obtuvo la misma respuesta que cuando preguntó por los entrantes. El vino era de una calidad excelente, sorprendido inquirió al camarero cuando le servía, si ese era el trato habitual con todos los clientes. Este le respondió que en todos los años que llevaba trabajando en la casa, que no eran pocos, no había visto semejante trato con ningún cliente, y que por allí habían pasado ministros, artistas famosos y con frecuencia el primado de España.

—Será entonces que me están ustedes sirviendo la última comida especial que le sirven a los condenados a muerte. ¿No estaré en capilla esperando el pelotón de fusilamiento o ya el retirado garrote? —preguntó con sorna, pero al mismo tiempo preocupado.

—Son órdenes expresas del propietario, que me ha dicho lo que debería probar, mientras le abría la cuidada carta y señalando con el índice algo en ella escrito.

Él sin leerlo, le respondió que si el propietario lo ordenaba había que obedecer.

Comensales de otras mesas educadamente al principio, veían de soslayo y con envidia ese tratamiento, posteriormente veían con todo el descaro lo que era llevado a su mesa, el vino que no se les escapaba, en cuanto a su calidad, tanto si lo veían de soslayo como con

descaro, sintió sobre si todas las miradas envidiosas. Preguntábanse los comensales quien podría ser ese personaje.

Dos conocidos políticos acompañados por un ministro se encontraban comiendo en el local, los guardaespaldas policiales se encontraban en la puerta, tampoco a ellos les pasó desapercibido el trato que Víctor recibía, notando que la atención que normalmente a los políticos iba dirigida, se la dirigían a otra mesa y a una persona desconocida en su mundo, lo que a su parecer resaltaba que debía ser un personaje muy importante.

Sin querer se había generado en el local un ambiente de curiosa expectación, un individuo puede mostrar curiosidad, si son dos o más individuos quienes la muestran de repente se convierte en un efecto multiplicador generando una catarsis de masa, todos sienten curiosidad sin saber a qué ni por qué. Con frecuencia suele suceder en la calle, dos personas se quedan viendo para una fachada o una ventana e inmediatamente, como fascinados, las cabezas de los transeúntes los imitan parándose ellos también para ver, originando un tapón de gentío en la acera.

Suele suceder también, cuando en una turística calle alguien se para a fotografiar algo, al poco tiempo los que tienen cámara o teléfonos móviles, realizan la misma sesión fotográfica. El efecto llamada de imitación quizá puedan denominarlo los psicólogos, pero bien podría llamarse el efecto rebaño ovino, que al balido acuden todos agrupándose gregariamente.

Esta misma expectación se había instalado en el restaurante, Víctor se dio perfectamente cuenta, acostumbrado como estaba a permanecer durante horas ante sus alumnos con sus ojos y oídos pendientes de él, no sintió incómoda la situación, sino que prefirió intensificarla hasta donde sus dotes teatrales pudiesen llevarle.

A un leve gesto acudió solícito el camarero.

—¿Habla usted inglés? —le preguntó en voz baja.

—Lo suficiente para entenderlo —le respondió el camarero adoptando postura profesional.

—¿Alemán? ¿Lo habla usted? —volvió a preguntarle de la misma manera que lo había hecho.

—Menos que el inglés, pero el suficiente para entender lo básico —sus palabras adoptaron un tono igualmente bajo como el de Víctor.

—Perfecto, desde este momento la comunicación será en alemán, que entienda o no entienda lo que diga, no tiene la menor importancia. ¡Ah! Le garantizo una buena propina. Una cosa más, si alguien pregunta quién soy, responda que no está autorizado a revelar datos sobre mi persona.

La actuación comenzó, la curiosidad y la envidia inicial se transformaron en sospecha y esta en admiración, en poco tiempo los comensales importantes y los no tan importantes, porque ellos así se lo creían, se transformaron internamente en comensales normales, al sentir superada su importancia por otra importancia superior.

A la mesa del ministro y los políticos conocidos, fue llamado el camarero e interrogado sobre el desconocido, la respuesta de negativa rotunda no se hizo esperar.

—¿Sabes quién soy? —preguntó el ministro con superioridad despreciativa.

—Imposible no saberlo, señor ministro, es usted el señor ministro —le respondió el camarero cortésmente desde su erguida postura profesional y con un deje irónico del camarero gallego, legado de la emigración por Europa.

—¿Quién es el que te autoriza a hablar o no hablar sobre él? —le preguntó de nuevo el ministro.

El camarero se sintió ofendido por el tuteo y por el aire de superioridad con que le hablaban y con todo el brebaje y bagaje que se adquiere en el mundo de la hostelería nacional y extranjera, le respondió tajante pero ofensivamente cortés.

—No estoy autorizado tampoco para revelarle dicha información. Si no desea alguna otra cosa, permite usted que me retire.

El ministro hizo un gesto de desagrado, con la mano despidió al camarero.

Varios comensales intuyeron la escena de alto servicio ministerial con el bajo servicio hotelero, que motivado todavía más por las miradas inquisitivas del ministro y las de los dos políticos conocidos, qué sin quererlo, no podían evitar dirigirles a la mesa donde se encontraba Víctor.

La curiosidad femenina jugó un papel no pequeño en aquella catarsis, las mujeres, esposas o amantes de los hombres que las acompañaban, sintieron una inusitada atracción por Víctor. ¿Quién podía ser ese personaje que además hablaba una lengua que a ellas se les antojaba enigmáticamente desconocida, que además los hombres importantes del restaurante lanzaban miradas de sumo interés sobre él? Para la mujer el hombre importante es de gran atractivo, si además esta importancia es desconocida sin justificación alguna, la magnífica exponencialmente hasta convertirla en una potencia de abrasadora seducción.

El propietario informado por su empleado, y él mismo observando lo que en el comedor ocurría, optó por que el río se deslizase como las aguas lo tuviesen a bien, siempre y cuando no se saliesen de su cauce, que en lenguaje hostelero significa mientras no perjudique al negocio.

Finalmente, Víctor pidió la carta para la elección del postre, la leyó sin prestarle demasiada atención eligiendo el que le parecía más llamativo, con el postre dijo que le trajesen una copa de vino dulce.

La expectación sobre él en lugar de disminuir fue acrecentada con el servicio del jerez, hecho que fue comprobado poco después al imitar la petición en otras mesas del vino dulce acompañando al postre.

Víctor después de haber comido el postre, indiferente a lo que ocurría a su alrededor, bebía pausadamente a pequeños sorbos saboreando su jerez.

El espectáculo había sido magnífico, pensaba, no logro explicarme el comportamiento extravagante del dueño del local, la única explicación plausible es que el propietario haya sido un exalumno que habiéndome reconocido y conservando un buen recuerdo de mis clases quisiese agasajarme como un príncipe. Lo veo todo esto hartamente imposible, todo lo más que pueda suceder es que la minuta se dispare por encima de lo previsto, sea como fuese me he divertido sobremanera.

En estos pensamientos estaba, mientras el ministro y sus colegas pasaron de la curiosidad a una cuestión personal, hicieron llamar al gerente del establecimiento, le interrogaron sobre la identidad de Víctor, tratándolo con cierta distante familiaridad. El propietario sabedor por el camarero del entramado, y por los camareros, de los

comentarios de las otras mesas, siendo además hombre ducho en su profesión, había captado la atmósfera del restaurante y no estaba dispuesto a que se diluyese el ambiente atractivo, lleno de regustillo a aventura desconocida. Respondió.

—No estoy autorizado a revelar su identidad, ministro.

—¿Quién lo autoriza o le desautoriza a usted? —volvió a preguntar el ministro, esta vez con signos de evidente impaciencia, al poner en entredicho su importante autoridad.

—Ministro, lo siento, no estoy autorizado a revelar ni desvelar nada con respecto a este cliente, por otra parte, desconozco todo con respecto a él, conozco lo mismo que usted conoce.

Víctor presenció la escena, al igual que la presenciaron todos los clientes del restaurante. Con un gesto al camarero le indicó que le trajese la cuenta. El camarero se acercó a su mesa

—Tengo ordenado por el propietario que no abone usted nada de esta comida y le ruega si puede usted acompañarlo en la cena de esta noche.

Se presentó a la hora acordada otra vez en el restaurante, el propietario fue quien lo recibió con un cordial apretón de manos.

Su mirada le resultó conocida, no obstante, a pesar de estar acostumbrado a retener las caras por sus numerosos alumnos, no lograba ubicarla. Por su edad había descartado que fuese alguien a quien hubiese impartido clase, dejó que el misterio se desvelase solo.

Sentados en la mesa, el propietario hizo que le sirviesen la cena.

—Nos hemos divertido durante la comida, ha armado usted un buen jaleo, me las he tenido que ver con el ministro. Lo he pasado magníficamente, llevaba mucho tiempo sin pasarlo tan bien. A usted le ha ocurrido lo mismo, imagino —le preguntó el propietario.

—Si digo lo contrario mentiría, todo me resultaba incomprensible como lo sigue siendo ahora mismo, al no poder explicármelo decidí hacer un poco de teatro, debo decir que los demás actores han estado a la altura —respondió Víctor.

—La demostración la tenemos en la expectación creada. El ministro se atragantaba de curiosidad. ¿Sabe usted que lo hizo seguir por un policía con el encargo de saber de usted? —dijo el propietario sonriendo.

—Me lo imaginaba y me di cuenta que me seguía. Le di esquinazo sin gran dificultad, paré un taxi, di el nombre del hotel Ritz, allí me bajé y cuando el taxi se fue seguí mi camino. Cuando le pregunten al taxista dirá lo que sabe, además de un fuerte acento alemán y la enigmática frase de recomendación que le he hecho, ¡vaya usted eligiendo un nuevo país para vivir porque se avecina para España la penuria más destacable de su historia! —le comentó Víctor.

—El esquinazo ha sido ingenioso, la recomendación hecha, aunque haya sido dicha en broma es de una realidad aplastante —le comentó a su vez el propietario.

—Desgraciadamente a eso estamos destinados, llevamos años al borde del precipicio, ahora hemos dado un paso al frente. Cambiando de tema, le ruego me desvele el misterio de su comportamiento, si está autorizado a hacerlo —preguntó Víctor esbozando una abierta sonrisa mientras el camarero le servía un magnífico lenguado.

El propietario permaneció en silencio, hasta que el camarero los dejó solos.

—¿Recuerda usted su estancia en Granada? ¿Un mendigo pidiendo limosna en la calle? —preguntó el propietario, llevándose un trozo de pescado a la boca.

—He visto muchos mendigos pidiendo, la ciudad se encuentra plagada de ellos —le dijo él.

—No recuerda a uno pidiendo en una calle de amplia acera desembocando en una pequeña plaza, con barbas y visera en su cabeza, al que muy poca gente le dio alguna moneda y usted en desagravio de la humanidad, más o menos estas fueron sus palabras, al abandonar la terraza en la que estaba sentado, le dejó un billete de veinte euros. Pues bien, ese mendigo era yo.

El propietario lo miró fijamente, Víctor reconoció ahora su mirada, por todo lo demás le sería totalmente irreconocible.

—La comida y la cena de hoy han sido mi manera de corresponder a su generosidad —finalizó diciendo el propietario.

—Estas casualidades no suceden ni en las películas —exclamó Víctor, no con poco asombro.

—Lo reconocí al instante, tan pronto entró en el local di orden que fuese tratado mejor que yo mismo, puse al mejor de los camareros para servirle. Lo demás ya lo sabe —dijo el propietario.

—Se una pequeña parte, pero desconozco que ha podido llevarle a usted a adoptar ese disfraz y a ejercer la mendicidad. Realmente me intriga, tanto como la curiosidad del ministro por mi alemana persona —inquirió Víctor.

—Tengo una extraña inclinación de la que no he podido librarme a pesar de haberlo intentado por todos los medios a mi alcance. He sido tratado por un buen psicoanalista durante años, por cierto, los honorarios por cada sesión eran astronómicos. Finalmente decidí abandonarme a mí mismo con el consuelo de que con mi comportamiento a nadie perjudicaba. Cada cierto tiempo sentía, desde joven, la necesidad de salir por las calles a mendigar, para ello me alejaba a otra población y durante una tarde mendigaba, con el tiempo de la tarde pasé a hacerlo durante varios días. Mi familia desconoce esto de mí, excepto mi mujer, con quien no tengo secretos, y comprensiva transige con mi comportamiento, poniéndome buena cara a pesar de su interno disgusto. Cuando lo hago me alejo de Madrid, eligiendo ciudades y pueblos de toda la geografía española. Alguna vez me he encontrado con alguien que creyó encontrar un gran parecido conmigo, por esa razón me oculto tras el disfraz de barba y gorra, me proporciona una satisfacción indecible el mendigar, un irracional impulso me empuja a hacerlo, además se aprende mucho si uno está atento a lo que a su alrededor sucede, un mendigo puede ver con tanta intensidad como los perros olfatear. Cuando el impulso de pedir cesa, vuelvo a mi casa, justifico mi ausencia por negocios y otra vez a la vida normal.

—Ya encontraba yo algo peculiar en usted cuando mendigaba —le comentó Víctor.

—Yo encontraba igualmente algo peculiar en usted cuando me observaba y cuando me dio cortésmente el billete —le dijo el propietario, añadiendo —¿No querrá usted venir a mendigar unos días conmigo?

—Cada uno que lleve su Cruz y que Dios nos proporcione fortaleza para llevarla —le dijo Víctor.

—Venga por aquí cuando quiera, siempre me agradará verle —le dijo el propietario al despedirse de Víctor mientras le tendía la mano.

Una semana después de haber estado en la tienda del restaurador de libros antiguos, volvió Víctor a entrar en ella, el libro que había comprado lo había leído pareciéndole, sumamente interesante, la descripción de la España del siglo XIX vista por un viajero inglés vendedor de biblias. El restaurador sintió el sonido de los cristalillos que daban el aviso de que un cliente había entrado, se alegró al verlo, el restaurador lo recibió con un «Hombre, usted por aquí, no esperaba verlo tan pronto».

Víctor se alegraba igualmente, y le respondió:

—Madrid tiene muchas cosas que ver y pocas de ellas revisten algún interés.

—Por esa razón viene, porque considera esta tienda como un Prado en pequeñito o una antigualla, con propietario incluido —le respondió a su vez el restaurador que tras una pausa añadió.

—Debo darle la razón, hay muchas cosas que ver, pero la mayoría de estas cosas con la repetición unas de otras, este es el motivo por el que las ciudades son tan impersonalmente aburridas. Al cabo de un tiempo de vivir en la ciudad, una vez vistas las cuatro cosas relevantes se cae en una monotonía vital que de no encontrarle salida se transforma en angustia depresiva.

—La frivolidad en las ciudades puede que sea una de esas salidas —añadió Víctor interviniendo en la reflexión.

—Efectivamente, es una de las salidas acompañada con alcohol, drogas, compras innecesarias y espectáculos abotargantes utilizados como divertimento para matar el tiempo por no saber qué hacer con él. Esto nos lleva a pensar que quien no sabe qué hacer con su tiempo, no sabe qué hacer con su vida.

—Curiosa deducción —dijo Víctor.

—¿Qué hace usted aquí sino? Madrid es monumental y sin embargo viene a atracar como un barco a la deriva a esta pequeña pero protegida ensenada. Libros antiguos, libros viejos restaurados, todos ellos de buenos escritores, los *best sellers* y libros de moda no tienen cabida en este refugio, su lugar son esas inmensas librerías de asepsia cultural diseñadas como un supermercado para el consumo de lectores sin criterio.

—Me temo que los dependientes tienen el mismo criterio que los clientes, entre ellos se entienden, sus gustos e intereses son similares al igual que su lenguaje y preocupaciones. Siempre he creído que un librero no tiene por qué haber leído los libros que vende, pero sí distribuir la información sobre ellos. La edad, el tiempo de profesión y las conversaciones sobre los libros con clientes buenos lectores, lo convertían en librero. Hoy en día cualquiera puede ser un empleado de una de esas anónimas librerías de varios pisos —comentó Víctor.

—Un cliente hoy en día compra lo que está de moda esa semana, bien sea la receta culinaria que ha salido en los programas de televisión o el libro que recomienda el periódico. Quiero este libro, dicen dirigiéndose al dependiente, este se lo entrega, abona el importe, ahí acaba todo. Internet es un instrumento muy útil, únicamente para recabar información puntual pero no para encontrar cultura o formación, este es el gran error de quienes manejan los ordenadores, embrutece sus mentes. No hablo de los que se pasan los días con juegos y cosas semejantes, de ellos no merece la pena hablar. Iba a prepararme un café, si le apetece puede acompañarme, a esta hora y a mi edad se necesita la estimulante ayuda de un suave pero buen café.

Víctor aceptó sin titubeos la invitación, pasaron a una pequeña trastienda donde en una cocina-sala infundió el café de un grano recién molido. El café tenía un aspecto no excesivamente oscuro, aromático sin embargo y servido en unos pequeños y bonitos pocillos que por su apariencia parecían de Sèvres. El aroma del café inundó la instancia proporcionándole una atmósfera de acogedor romanticismo.

—Lo prefiero sin endulzar así no se amortigua ni el aroma ni el sabor. Matizó el restaurador.

Puso ante él varios sobres de azucarillos en una especie de bombonera de mesa. Víctor imitó al anfitrión saboreando el líquido sin edulcorar.

—Es el café más aromático y de mejor sabor que he probado.

El restaurador de libros sonrió halagado.

—Es café puro de una de las regiones montañosas de Colombia, considerada en ese país como el de las características inmejorables para el cultivo de cafetales. Me envían cada cierto tiempo esta selección de café, además gratuitamente, fue una coincidencia o puro azar. Hace años había realizado un viaje por ese país, visité de pasada las ciudades más destacadas, Bogotá ésta situada en el interior entre cordilleras de montañas y a unos ochocientos kilómetros distante del mar, comunicada por carreteras tortuosas entre precipicios y desfiladeros sobrecogedores. Utilizaba como medio de desplazamiento una moto, el riesgo que corría era menor en aquellas estrechas carreteras con ese medio de transporte, evitando circular de noche ante la posibilidad de encontrarme con un animal a mi paso. Una vez me vi obligado a detenerme, un hombre armado de pistola en mano, en medio de la carretera fue la causa, convencido de que lo que quería era la motocicleta me bajé de ella, él me dijo, siempre apuntándome con el arma, que lo llevase. Le respondí que cogiese la moto y se marchase a donde quisiese, yo ya me las arreglaría para llegar a mi destino. El hombre desconocía el manejo de la moto y no podía conducirla, así que insistió en que lo llevase sin apartar la pistola de mí.

—Si dispara y me mata o resulto herido, no habrá resuelto usted su problema. Si quiere que lo lleve, guarde usted ese hierro y diga lo que tenga que decirme. La educación y los buenos modos deben ir unidos a todo lo que hagamos en la vida —le dije, serio y con convencimiento.

El hombre guardó el arma y me pidió amablemente si podía llevarlo en la dirección contraria por la que iba, es decir dar media vuelta y volver atrás.

No había otra opción que obedecer, al menos con mi actitud logré que guardase el arma y no me apuntase con ella. Conduje la moto por aquellas carreteras solitarias de tierra durante varias horas. Llegamos al destino, era tarde, las sombras de la noche no tardarían en hacer su aparición, me indicó un pequeño hotel, me dijo que preguntase por José y que iba de su parte, no debo mencionar su nombre porque no viene al caso hacerlo. Al entrar en el hotel José ya me estaba esperando, me proporcionaron la mejor habitación y una buena cena, también me ofrecieron compañía femenina, todo correría por cuenta del asaltante. José me dijo, que considerase la estancia en el hotel como si fuese mi casa. Me encontraba cansado y con el cuerpo como si hubiese sido molido a palos por el traqueteo de la moto, por los baches, así como por la tensión de lo angosto y cerradas curvas de las carreteras.

Iba a desvestirme, llamaron a la puerta del cuarto, al abrirla, ante ella se encontraba el asaltante, sonriente, me tendió la mano dándome un fuerte apretón, pidió permiso para entrar en la habitación, me reiteró el agradecimiento de haberlo traído, me preguntó si

gustaba del buen café, ante mi respuesta afirmativa me pidió mi dirección en España a donde enviaría cada cierto tiempo un paquete con el mejor café de Colombia. Le dije la dirección y mi nombre con apellidos, no tomó nota alguna, me dijo que los papeles comprometían, y que él tenía la capacidad de grabarse todo lo que oía. Dejó un fajo de billetes, dólares americanos, diciéndome que era por el favor recibido y que se sentiría muy ofendido si no los cogiese. Me trazó una ruta para mi destino algo más larga, pero más segura al menos en esos días.

Dos personas de su confianza me siguieron en un automóvil durante toda la mañana por esa ruta al día siguiente.

Varias veces durante el año me hacen entrega de un paquete de café recién traído de Colombia, fiel a su creencia de que los papeles sólo están para comprometer, nunca en ellos ha venido una nota. Con el tiempo me enteré que se había convertido en un importante exportador de opiáceos, de ahí que no haya hecho mención de su nombre.

—Ha sido una bonita aventura con finales sabrosos y aromatizados —dijo Víctor pidiendo un poco más de café.

—Esto ha ocurrido hace muchos años, en Colombia, pero en España años más tarde me vi envuelto, como suele decirse, sin comerlo ni beberlo, en medio de una reyerta cuyo final presentaba mal cariz. Salía de un local nocturno y en la calle unos sudamericanos discutían con algunos españoles de similar catadura, los colombianos de arrabales tienen desde su infancia otro concepto de las discusiones callejeras, la vida humana para esta gente no tiene valor alguno. Mostraron algunos grandes machetes y uno sacó un arma de fuego, yo no podía huir ni a un lado ni a otro, no teniendo por otra parte nada que ver ni con unos ni con otros. Llegó otro colombiano, la cosa parecía que iba a recrudecerse, se fijó en mí, pareció reconocerme, yo a él no lo había visto en mi vida. Se dirigió a mí, me pidió disculpas por lo que estaba ocurriendo, hizo que sus colegas hiciesen lo mismo, uno por uno conmigo y se marcharon. Los españoles del otro bando me preguntaron quién era yo, a lo que les respondí: «Mejor que no lo sepáis». Me fui, pero durante todo el trayecto una persona vino siguiéndome a corta distancia protegiéndome de algún posible peligro.

El tintineo de los cristalitos de la puerta daba aviso de un cliente, el librero se levantó, lo mismo hizo Víctor y se despidió de él.

Víctor había tomado por costumbre después de cenar charlar un buen rato con la dueña de la pensión y beber tanto ella como él una copita de vino dulce de las que había comprado varias botellas. A ella le gustaba hablar con él y a él le gustaba hacerlo con ella, la mayor parte del tiempo lo pasaba escuchándola. Lo esperaba cuando no iba a cenar, a veces hasta muy tarde, esas veces charlaban muy poco tiempo, pero cumplían ceremoniosamente con su ritual. Poco a poco ella le fue cogiendo cariño y él aprecio por ella. La consideraba mujer inteligente, con disposición resolutiva y sin temor alguno al trabajo.

Ella lo consideraba como un hombre educado, amable, pendiente de los menores detalles que pudiesen molestarla y sobre todo inteligentísimo, como no había conocido otro igual. Una noche se le escapó en un arranque de familiaridad, que si fuese veinte años más joven no lo dejaría escapar por muchos trucos de Houdini que emplease.

Unos de los días en los que la lluvia no paró ni un solo instante haciéndose impertinente el paseo, Víctor estuvo desde las primeras horas de la tarde hasta pasada la medianoche en la tienda de libros antiguos. Cenaron en la pequeña trastienda y durante la tarde como después de la cena, pudieron hablar siendo interrumpidos únicamente por un solo cliente. El restaurador le contó que se encontraba estudiando el tercer curso en la universidad, el fallecimiento de su padre, motor económico de la familia, hizo variar su destino. Su madre, él y sus dos hermanos menores se quedaban, como el refrán dice, a dos velas. El dinero que su madre conseguía no alcanzaba para el sustento de los cuatro, así que no hubo otra solución que abandonar la universidad y conseguir el dinero con que cubrir las necesidades de la familia.

—Trabajé en todo lo que me salía, cambiando cada vez que podía obtener un mejor salario, mi objetivo era que mis hermanos pudiesen ser universitarios si quisiesen. Mi madre trabajó hasta deslomarse, nos cuidaba a todos, economizaba y distribuía el dinero de tal manera que los ministros de hacienda debieran recibir un curso intensivo de sus métodos. No sé cómo lo hacía, pero siempre teníamos ropa limpia, decentemente usada, y algo para los fines de semana.

Un hermano estudió y se hizo maestro de escuela, el menor de todos, poco inclinado al estudio está empleado en un puesto de responsabilidad en una empresa multinacional.

Cuando mis hermanos tuvieron su independencia económica, disminuí mi ritmo de trabajo y obligué a que mi madre hiciese lo propio. No había ya la imperiosa necesidad de hacer tales esfuerzos.

Le comenté a mi madre que mis hermanos por sus trabajos y por sus propias vidas en algún momento se irían, yo mismo lo haría también, ella era una mujer que a pesar de los esfuerzos realizados era bien parecida y de ánimo alegre, aunque ahora que lo pienso, en ese ánimo se refugiaba la tristeza que probablemente mordía su alma. Nunca la había visto derramar una lágrima o hacer una alusión a la falta de nuestro padre. Sólo una vez en que me estaba ayudando a colocar una persiana que se me cayó por torpeza y casi me caigo yo con ella de la silla en la que me encontraba subido, ella asustada lanzó un pequeño grito llamándome por su nombre. Salió corriendo encerrándose en su habitación para salir minutos después sonriente para ayudarme a colocar de nuevo la persiana.

Me he desviado de lo que estaba contando. Le insistí que no tenía sentido alguno, ahora que ya nos valíamos por nosotros mismos y que tarde o temprano volaríamos del nido maternal, que ella se quedase sola y no entrase en sus previsiones tener un hombre en su vida. Me respondió que, a falta de uno, poseía tres. Le respondí a su vez que siempre

tendría tres hijos, que estarían pendientes de ella, pero que le faltaba un hombre que estuviese a su lado, como nuestro padre lo había estado.

Le dije también, que este punto los tres hijos lo habíamos hablado varias veces y que los tres éramos de la misma opinión.

Poco a poco iba ablandando el hierro, tocando el tema unas veces con seriedad, otras con irónicas bromas, lo cierto es que comenzó a cuidar su aspecto exterior, nunca hubo dejadez en su vestimenta, pero ahora se preocupaba más, frecuentaba la peluquería, vestía con colores más alegres, preguntándonos si nos gustaba la prenda que había comprado y si le quedaba bien. Esos pequeños indicios de coquetería me anunciaron que se encontraba preparada para dar un nuevo giro en su vida y comenzar una nueva relación sentimental.

Los tres hermanos barajamos, en cónclave, personajes que nos gustaban para ella, después de mucho conclavear llegamos a la conclusión de que no debíamos buscar a quienes nos gustaban a nosotros, sino alguien que pudiese gustarle a ella. Mi hermano menor sugirió varios nombres de artistas de películas, de repente se puso serio y exclamó: «¡Ya lo tengo!». «¿Quién es?», preguntamos. «El carpintero, es el idóneo, estoy seguro que a ella le gustaría y a él algo le debe de rondar por la cabeza, de niños siempre nos trató con amabilidad, cuando pasábamos delante de su negocio, nos preguntaba por los estudios animándonos a seguir estudiando. Si recordáis, las reparaciones que hacía en nuestra casa no las cobraba y cuando las cobraba eran cantidades irrisorias. Nuestra madre por su parte le hacía llegar por uno de nosotros con frecuencia, un bizcocho, un trozo de empanada o carne asada».

Resumiendo, que fuimos llevando a pequeños empujones a la loba y al lobo a la cueva lobera para que juntos aullaran las noches de luna.

Mi madre rejuveneció y desprendía felicidad su rostro, como era algo religiosa, aunque no practicante, le había comentado que en la biblia estaba escrito que Dios había dicho que no era bueno que la mujer estuviera sola, por eso Dios creó al hombre. Ella me corrigió que era al revés. Eso lo dicen los curas, que son hombres con faldas y odian a las mujeres, le respondí yo. Le gustó lo que dije, no me creyó a pesar de que creía todo lo que nosotros dijésemos. Nuestra madre no tenía un solo pelo de tonta.

—¿No has vuelto a la universidad una vez solucionado el aspecto económico? —preguntó Víctor.

—Habían pasado los años, con el tiempo se pierde el hábito de la memoria en los matices académicos, como contrapartida se aumenta considerablemente la aptitud crítica con los aspectos académicos, rechazándolos por carencia de interés personal. Este rechazo no había sido por incapacidad o pereza, consideraba y todavía considero que es un conocimiento vacío el impartido en las universidades, una dura cascara de nuez sin contenido humano alguno. Por otra parte, me había orientado en el mundo del trabajo y eso condiciona sobremanera la mente, entré como aprendiz de encuadernador y restaurador de libros, me encontré a gusto con el oficio y con el seguí hasta que me independicé para tener mi propio horario y la forma de vida que deseaba llevar, incrementado la actividad con la compra y venta de libros antiguos, con primeras ediciones o firmados por el autor.

—Ha sido magnífico el conseguirlo, pocos pueden presumir de haberlo hecho, la mayoría no se atreve ni a intentarlo —apoyó Víctor.

—Debo darte la razón, sin embargo, debo destacar que el motivo reside en que identifican la vida que desean con la posesión de excesivo dinero, consideran el vivir

cómo les gustaría con el poder gastar sin parar mientes en lo gastado, sin pararse a pensar que esa forma de vida que ellos consideran exclusiva, es una forma de vida programada y comúnmente aceptada como algo a lo que debe aspirarse por encima de todo —aclaró él.

—¿La austeridad habrá sido una norma en la vida que has llevado? —preguntó Víctor.

—Puede llamarse austeridad, si es comparada con el deseo de actuar en la vida que tienen mis congéneres, ya que podría interpretarse como un comportamiento forzado. En ningún momento me he impuesto limitaciones, excepto las que me vienen impuestas del exterior y por tanto ajenas a mí. Trabajo las horas que considero y los días que considero. Te puedo asegurar que son muchas más que las jornadas de trabajo establecidas, pero esa es la vida que quiero llevar, pudiendo resumirla en una sola frase: control sobre mi tiempo —dijo el restaurador, que tras unos breves instantes continuó mientras la luz gris de la tarde lluviosa iba retirándose prematuramente.

—Posiblemente esta actitud no sea compartida, pero el dominio de mi tiempo de vida y no permitirme el mal emplearlo o que lo venda como si tuviese un fondo de inacabado caudal, es la razón de este comportamiento. Si se me pregunta si realizo viajes, siempre que lo he considerado necesario lo he hecho, he estado en Londres, Gales y Escocia, recorrido Irlanda, París, Bretaña, el Loira y el sur de Francia, Italia, Grecia, Portugal, Jordania, Colombia, Perú y Bolivia. Era joven, los precios eran mucho más baratos que los actuales, por otra parte, viajaba con austeridad, aquí sí que puede emplearse la palabra en toda su dimensión. Había países cuando viajé en dónde vivir era muy barato, en los europeos medía mucho el dinero del que disponía para gastos. Vacaciones por placer es diferente a viajar por trabajo y ambas son diferentes a viajar por conocer y aprender de lo conocido. Los turistas vacacionales de pocos días, tienen una concepción reducida, a menudo se instalan en un hotel, abonan una sustanciosa cantidad de dinero, pasan el día en una tumbona de la piscina o de la playa y al anochecer abrevan alcohol como sedientos camellos. Otros visitan lugares y monumentos, considerados de interés turístico-cultural con la misma predisposición que visitan comercios, salvo excepciones, he rehuído estos lugares, he estado en Petra, es cierto. Mucho antes de que figurase en las ofertas de turismo, conocía yo la existencia de Petra por un escrito del descubridor de su existencia a los europeos, allí me fui y no me encontré con un solo turista, excepto cabras y beduinos, estos me contaron muchas creencias en aquellas ruinas excavadas en las rocas, me llevaron a lugares que los guías actuales no tienen ni idea de su existencia. En Jordania me sucedió una curiosa anécdota —continúo diciendo el restaurador—, en los viajes como transporte personal utilizaba una moto que alquilaba en el país que estuviese, era desierto, con algunas rocas esparcidas a ambos lados de la carretera, a pocos metros de una de las cunetas, un pequeño manantial surtía con un pequeño chorro de agua. Paré para beber en él y refrescarme la cara, llevaba unos minutos descansando de la trepidación de la moto, el mal estado de las carreteras sin asfaltar, al tiempo que me regodeaba con el murmullo del agua en toda aquella árida y calurosa zona. Ensimismado, me sentí ausente, como transportado de mi cuerpo, recuerdo hoy día la sensación como algo extrañamente lejano, sin poderlo evitar se me asemejaba la experiencia a la experimentada por el protagonista de Volney en Palmira. No cuestionemos lo que diga, emplear el raciocinio sobre mis palabras sería un sin sentido, únicamente es dado abrir la mente y aceptarlas como posibilidades al igual que hacen los físicos cuánticos.

—Entonces no habrá inconveniente alguno, soy el escuchador idóneo, mi profesión es la de profesor de física, estoy familiarizado con la termodinámica y lo cuántico, es decir con lo permanentemente existente sin poder explicarlo, pero elaborando absurdas teorías científicas para conservar la cordura —le dijo Víctor.

—Nos entenderemos pues. El murmullo del agua caía, el sol calentaba solamente como él sabe hacerlo, la luz amarillenta del paisaje, la soledad del lugar, el cielo límpido sin nube alguna, la ligera brisa que ejercía un sutil ronroneo gatuno de fondo sobre la fina arena de las dunas cercanas. Con ese ambiente, en ese lugar, me encontraba. Los orientales representan la figura del buda transcendente sentado con el torso enhiesto, piernas cruzadas y sobre ellas las palmas de las manos, una sobre otra viendo hacia arriba. Yo me encontraba sentado sobre una pequeña piedra con las manos apoyadas en las rodillas y con la mente vacía contemplaba ante mí la nada, o esa fue la sensación repentina que me embargó. Si mis ojos contemplaban la nada mis oídos dejaron de escuchar hasta el más leve murmullo, el silencio hizo su aparición en su manifestación más pura, las sensaciones de los sentidos se paralizaron. Allí estaba y más que en la nada, en la ausencia del todo. Me dejé estar, los sentidos dormían, pero el espíritu había despertado percibiendo lo que sin él no podría percibirse. Algo, no sé qué, sentía que se acercaba de muy lejos en grandes ondas concéntricas hasta que reducidas al tamaño de mi pecho penetraban en él. Desconozco el tiempo transcurrido, minutos, tal vez segundos, quien puede medir el tiempo en condiciones semejantes y de que serviría hacerlo, por otra parte. Lo que sí puedo afirmar es que desde aquel instante nunca volví a ser internamente el mismo que era antes. Los cambios fueron manifestándose no repentinamente sino a lo largo del tiempo en pequeñas cosas y a menudo imperceptibles pero que como los ladrillos en la construcción uno sobre otro dan forma a un edificio. Los mismo habían hecho conmigo, esas pequeñas apreciaciones que derivaban con los años a diferentes formas de interpretar la manera de vivir y de entender mi vida.

—¿Estarías muy puesto con hachís o te habrías metido algo más fuerte? —preguntó Víctor bromeando.

—Si así fuese y con eso pudiese tener acceso de nuevo a la experiencia, bienvenido el hachís, pero me temo que nada tiene que ver una experiencia con la otra. El hachís puede producir de forma artificial un cierto estado alterado de conciencia, este estado alterado no conduce a ninguna parte, únicamente ese estado de conciencia acentuada, no es otra cosa que una alteración de los sentidos por producirse en ellos un acentuado incremento, a menudo deformante, de la realidad vivida por la propia mente. En otras palabras, la conciencia alterada que pueda producirse con las drogas no pasa de ser una interpretación mental bajo los efectos de las mismas, sean estás placenteras o no lo sean. Bajo un estado alterado de conciencia voluntaria producido de forma natural, por causas endógenas o exógenas, aunque desconocidas, pero con la mente en estado de equilibrio como observador imparcial, la nutre aportándole conocimiento y sabiduría —le dijo el restaurador incorporándose de su silla y dirigiéndose a la pequeña pero ordenada cocina para preparar un poco de café.

—El efecto del gas de la risa, óxido nitroso, esta descrito por personas de credibilidad intelectual, cuyas sensaciones rallan con lo místico —le respondió Víctor.

—Para hablar lo que esas intelectuales personas puedan decir de lo místico, antes deben ser místicos, de no ser así sus palabras no albergan contenido alguno. Solo un místico puede hablar de lo místico y lo místicos no lo hacen ni lo han hecho nunca. Teresa de Ávila, Juan de la Cruz, Fray Luis de León, Suso, Tauler, Kempis, Eckhart, Rumi, Maimonides, por nombrar algunos, no hablaban del misticismo, hablaban de sí, haciendo referencia a su espíritu separado de ellos y envuelto por lo divino —le dijo el restaurador en pie después de haberse girado hacia él, añadiendo— ¿Estás refiriéndote a Huxley, no es cierto? —le preguntó.

Víctor asintió con la cabeza.

—Tiene escritos verdaderamente interesantes, pero su posición es estrechamente académica a pesar de toda su liberalidad mental. Le salva su interna búsqueda de sí mismo bien intencionada, La Filosofía Perenne, es el libro al que te refieres, describe los casos de los que hablas. Sin embargo, no pasaron de ser visiones de las que nada ha quedado y de las que nada se ha aprendido. Como mucho, el impulsado por ciertas drogas puede llegar a pensar que existe otra realidad.

—¿Entonces no te habías metido ni estabas puesto con nada? —volvió a preguntarle bromeando Víctor.

—Nunca me he metido ni puesto con nada, respondió sonriendo el restaurador. Soy abstemio, por tanto, no bebo alcohol, lo considero una lacra social, tampoco consumo tabaco, lo considero un amigo íntimo tan falso como un político, considero estas drogas como las otras, como el soma que adormece esclavizando la mente de quienes las consumen. Puedo consumir moderadamente el café, a mi edad y a ciertas horas del día es estimulante, activa mi organismo, al igual que lo hace la cafeína, lo hace la teína del té, la cocaína de la infusión de las hojas de coca o la que tiene el chocolate, no recuerdo su nombre...

—Teobromina —le interrumpió Víctor.

—Todos ellos, al igual que la comida, consumidos con la necesaria moderación producen el estímulo energético y calórico necesario para que un cuerpo funcione, incrementando o disminuyendo su ingesta según las situaciones lo requieran. De no ser así pasa a convertirse en una droga legalmente permitida y asumida como algo normalizado socialmente.

—¡Todos embrutecidos! —dijo Víctor.

—¡Todos embrutecidos! —dijo el restaurador.

—Alguien escribió una vez que, para ser élite, antes hay que dejar de ser masa —añadió Víctor.

—Gran verdad esa, respondió el restaurador, mientras depositaba en la mesa las dos tazas con el aromático café.

Seguía lloviendo, la tarde había estado realmente desapacible, la temperatura no era fría, sin embargo, la lluvia caía pesadamente sin dar tregua.

—Debo seguir contando lo que sucedió después —comentó el restaurador.

—Con sumo agrado me gustaría escuchar lo que sigue.

—Acababa de pasar esa experiencia tan íntima, reflexionaba sobre ella, pues una sensación de extraña tranquilidad, tanto física como mental me embargaba, permaneciendo como testimonio de lo acontecido una ligera pesadez en el pecho. A pocos pasos de distancia se acercaban tres mujeres con unos pellejos para transportar agua, me levanté, y les ofrecí agua, que recogí con la botella de la pequeña fuente, las mujeres bebieron, después tomé los pellejos y se los fui llenando de agua, algo muypreciado para esas tierras. Las mujeres me hicieron señas para que las acompañase, les señalé mi motocicleta y ellas me señalaron una duna y unas peñas, dándome a entender que trasladase la moto a ese lugar, cosa que hice. Después las seguí a través del desértico paisaje sin orientación posible alguna excepto la de ellas. Llegamos a un campamento beduino, semejante a los de las películas, con amplias tiendas y camellos. Las mujeres hablaron con los hombres, éstos que al principio se habían mostrado hoscos, cambiaron su actitud por una amable cortesía inigualable. Con ellos estuve de invitado y bajo su

protección. El motivo de este comportamiento no había sido otro que el de haber ofrecido agua a las mujeres y el de haberles llenado los pellejos de piel de cabra con el agua. Este gesto considerado entre ellos como la mayor deferencia que pueda tenerse, ofrecer agua en unas tierras en las que de ella depende la vida, no tiene parangón.

Pasados cinco días trasladaban su campamento, me condujeron a la fuente donde me había encontrado a las mujeres, para mi sorpresa, la motocicleta seguía en el mismo sitio en el que la había dejado semi oculta.

—Que interesante experiencia —interpeló Víctor.

—La subsistencia y la vida en el desierto es de una dureza extrema y de una sencillez para nosotros inconcebible. Ser consciente de esta sencillez convierte al hombre caprichoso de nuestra sociedad aquejado de todo tipo de males, en un hombre limpio, inmune a la tontería que nos rodea —finalizó diciendo el restaurador.

—Es la de hoy una tarde perruna, una de esas tardes que no apetece pisar la calle —comentó Víctor, mientras veía caer la lluvia a través de la ventana de la pequeña sala que se ampliaba con la cocina.

—El hambre comienza a darnos los primeros avisos de que debemos comer. Preparé una tabla de quesos que acompañaremos con tomate aliñado con orégano y aceite. Será una cena sencilla pero nutritiva —dijo el restaurador.

Todavía con los restos de la cena sobre la mesa la conversación recayó sobre antiguas formas de encuadernación de libros y de su impresión. Recibió Víctor una lección magistral sobre la historia del libro desterrando su creencia de que los monasterios eran centros medievales donde la cultura hallaba refugio, desterró también su creencia de que los monasterios poseían extensas bibliotecas. El restaurador le desmontaba sus aprendidas suposiciones con lógicos ejemplos.

—¿A caso crees que todos los monjes sabían leer y escribir, que conocían el latín o que tenían algún tipo de formación? La mayor parte de ellos eran analfabetos que con cuatro ideas teológicas en sus mentes, encuadraban el mundo, los que no lo eran en lugar de cuatro teológicas ideas, tenían seis, con ellas exagonaban el mundo imponiendo su interpretación por medio del espiritual infierno y de la tortura física por el tribunal de la Santa Fe, conocida como la Santa Inquisición. Antes de ser creado el Santo Oficio, como también se llamaba a esta programada y sádica actividad, se utilizaba el termino herejía para justificar la represión, sobre todo aquel que pusiese en duda las cuadraturas o exagenaturas del mundo. Es cierto que copiaban libros a mano con bellas miniaturas doradas, en estas no había más que inventadas y exageradas vidas de personajes que la misma iglesia santificaba. Algo así como hacen los generales condecorando a sus propios soldados. En el colmo de la ignorancia y en el culmen de la intransigencia de estos monjes, tomados por sabios y guardianes de la cultura, borraban para aprovechar el pergamino, los escritos de los filósofos, literatos, arquitectos y ciencia antigua, borrados sus textos escribían en ellos los amanuenses las vidas de santas y santos, haciendo y perpetuando con ellos tontas y tontos. El monasterio de Cluny, uno de los monasterios de mayor riqueza y el de mayor importancia de la Orden de Cister, no superaba unos centenares de libros catalogados en su biblioteca. Dentro de la historia del libro trasladándonos a los tiempos actuales, debo mencionarte la colección universal de la editorial Espasa-Calpe, fue la primera editorial en editar libros de bolsillo a un precio relativamente económico para la época. Te la mostraré, le dijo el restaurador a Víctor que lo acompañó ante unos estantes donde estaban situados unos pequeños libros de color amarillo.

—Prácticamente tengo toda la colección, superan los dos mil ejemplares, en esta colección vanguardista en su tiempo, se publicó desde los clásicos griegos a Tolstoi, pasando por Cervantes y Darwin. Las traducciones son de primera, los traductores eran bien pagados, pero eran hombres de cultura, hombres que no poseían la facultad creativa pero que eran consumados redactores. De estos pequeños libros, posteriormente surgió de la misma editorial la colección Austral, también de bolsillo, pero de mayor tamaño que la anterior, de precio muy asequible y que tanto bien hizo al estudiante de no hace muchos años.

Recogieron la mesa y volvieron a sentarse.

—¿Sabías qué fue lo primero que salió impreso de la imprenta Gutenberg? —preguntó el restaurador.

—La biblia —contestó con rotundidad Víctor.

Una sonora carajada sonó en el recinto.

—Hombre de Dios, en qué cabeza cabe que con letras de madera para realizar la primera impresión, iba a publicarse un tocho de texto de esas dimensiones.

—Eso fue lo que siempre se ha dicho —comentó Víctor sorprendido por el lógico razonamiento.

—Lo que siempre han dicho curas y gentes a ellos afines. Seguro que has estudiado en colegio de curas —preguntó el restaurador.

—El bachillerato lo he estudiado con ellos, es cierto y de ellos es de donde he sacado esa información —dijo Víctor.

—La primera impresión que se realizó en la imprenta de Gutenberg, fue un naípe para el juego de cartas —contestó sonriente.

—¡Releches! ¡Un naípe, de cartas! Tiene toda su lógica —contestó Víctor sin salir de su asombro, añadiendo—. Cuántos engaños nos han colado como verdades, cuántas falsedades como certezas incuestionables, lo fermentado nos rodea por todas partes.

—El inteligente las descubre y deshecha de su vida, y alguna vez intenta ayudar a que otros las descubran, pero sólo alguna vez, la comodidad mental convierte a los semejantes en peligrosos violentos, no olvides el ejemplo de la caverna que Platón menciona en su república. Hablando de imprimir, en el poco tiempo que permanecí en la universidad hice mis primeros intentos de impresor, en este caso ilegal, impresos de panfletos y octavillas perseguidos y castigados policialmente. El método era ingenioso, debe tenerse en cuenta que, por aquella época, para comprar un paquete de quinientos folios debía presentarse el documento de identificación en las papelerías, bien es cierto que raras veces lo pedían si únicamente adquirías un paquete. Para burlar ese requerimiento se compraban paquetes en lugares diferentes. Problema mayor albergaba conseguir la tinta para la multicopista o los clichés sobre los que se escribía, que son una especie de papel de calco de escribir a máquina. Pero entre los libreros siempre había quienes no eran de la cuerda gubernamental y en ellos adquiríamos esos elementos. Había varios métodos de impresión casera, el más utilizado era la conocida como vietnamita, consistía en un rectángulo de madera con la forma de un marco de un cuadro, utilizado como bastidor y con una tela de organdí suizo, en ella se colocaba la espesa tinta de multicopista. El inconveniente de este método era que el marco al ser guardado quedaba como testimonio incriminatorio. Un pequeño grupo de amigos ingeniamos un método más simple, más sencillo, con la gran ventaja de no dejar restos. En una mesa colocábamos uno o dos

periódicos con la finalidad que la superficie estuviese mullida, sobre ellos un plástico sujeto con chinchetas o con cinta adhesiva, su finalidad consistía en impedir que pasase la tinta. Sobre el plástico un paño poroso, el ideal, después de muchas pruebas realizadas, fue el paño de limpiar el polvo que nuestras madres utilizaban, este se sujetaba de igual forma que lo anterior, sobre él se extendía la tinta multicopista empapándolo bien, sobre el paño se colocaba sujeto a su vez, el cliché picado con el texto que se iba a imprimir. Sobre el cliché se colocaban unos treinta folios aproximadamente, la función no era otra que, al pasar el rodillo sobre ellos, se moviesen los folios superiores permaneciendo los inferiores inmóviles. El efecto puedes comprobarlo sobre un mazo de cartas haciendo presión sobre ellos se desplazarán únicamente las cartas superiores. Una vez pasado el rodillo se retiraban los folios separando el último que era el que se imprimía. La operación se realizaba entre dos, mejor todavía entre tres, uno colocaba los folios, otro los retiraba y un tercero deslizaba el rodillo realizando una fuerte presión. Los tres trabajando en cadena podría hacerse cómodamente entre los cinco y los diez folios al minuto. Utilizábamos guantes para no dejar una posible huella digital manchada de tinta, los residuos eran echados inmediatamente en una bolsa de basura, una vez terminada la operación todo iba a la bolsa, guantes incluidos. Los folios impresos permanecían en nuestro poder poco tiempo, porque unas horas después eran arrojados sobre las cabezas estudiantiles a la salida de clase —finalizó el restaurador.

—Verdaderamente sí que es ingenioso y arriesgado al mismo tiempo. No creo que yo fuese capaz de hacerlo —intervino Víctor.

—Lo harías, no me cabe la menor duda, cada época tiene sus peculiaridades —le respondió el restaurador.

—¿Valió la pena? Quiero decir... ¿sirvió para algo esa actividad? —preguntó Víctor.

—No lo sé, pero creo que de algo sirvió, al menos para que los actuales políticos y sus allegados vivan y gobiernen como camuflados dictadores —respondió sonriendo amargamente el restaurador.

—¿Nunca te han detenido? —preguntó Víctor interesado.

—Sí, una vez, pero no fue por negligencia mía, un conocido tenía un diario con mi nombre y dirección, el muy tonto apuntaba en ella todo en lo que participaba clandestinamente y en lo que no participaba, pero sabía, lo anotaba también. El diario cayó en manos policiales, no hizo falta que le interrogasen, estoy seguro, lo habría contado todo a los diez minutos. Los policías se frotaron las manos, se rieron delante de él, lo soltaron tres días más tarde dándole las gracias y animándolo a que siguiese siendo un revolucionario tan eficiente.

—Hay que ser imbécil profundo para, en semejantes circunstancias hacer ese tipo de cosas —afirmó Víctor.

El restaurador se encogió de hombros.

—A todos nos falta algún tornillo, pero a ese le faltaba una caja de ellos y no de tornillos pequeños. Me detuvieron, directamente me llevaron a la D.G.S., era al anochecer, esposado, sin realizarme preguntas me amenazaban y me insultaban, después me encerraron en una celda, me trajeron una pequeña botella de agua y un bocadillo con abundante jamón serrano y algo de queso curado, de cena. La policía y el gobierno español de todas épocas, han alimentado bien a sus oponentes.

Realizó Víctor una mímica facial de incredulidad, no obstante, dijo:

—Si lo que me dices es cierto debo creer que sí lo hace.

—Tenía hambre, ya lo creo que tenía hambre, a los veinte años comía por dos, al primer bocado me di cuenta que el jamón estaba excesivamente salado, el sabor se disimulaba con el queso, también me di cuenta que el agua de la botella sería insuficiente para ese tipo de cena. Lo entendí todo, pretendían con aquella cena generarme mucha sed y al privarme de agua, la cena se convertiría en terrible quemándome las entrañas, abrasándome por dentro.

Tiré el queso y el jamón por el wáter, al darle al botón de la cisterna comprobé que no volvía a cargarse, habían cortado el agua, por si en mi desesperación por beber utilizaba el agua que se deslizaba por él.

—Eso es de un sadismo sin nombre —exclamó Víctor.

—El pan lo fui comiendo muy poco a poco, masticándolo mucho y el agua dosificándola a medida que la necesitaba. A media noche comencé a llamar pidiendo agua, vinieron y respondieron que ahora me la traían. Ante la tardanza llamé desesperadamente golpeando la puerta, volvieron a venir, se disculparon muy amablemente diciéndome que hubo un cambio de turno y que habían olvidado traerla. Pasado el tiempo volví a llamar manifestando desesperación por mi parte, rogándoles que me trajesen agua, me respondieron que no tardarían en traérmela, que habían ido a la fuente a buscarla y que me traerían un agua fresca y pura como no la había probado en mi vida. Se alejaban entre risas. Les llamaba de vez en cuando propinando patadas a la puerta, insultándolos unas veces, otras rogándoles que me trajesen agua. A veces venían y me preguntaban si la quería con gas o sin gas, fría o del tiempo, botella grande o pequeña, lo hacían siempre sin abrir la puerta de la celda, una sola vez la abrieron y fue para verlos beber agua a ellos y arrojarle las botellas vacías. El gato quería jugar con el ratón y el ratón jugaba con el gato. Durante toda la noche con ese comportamiento los había convencido que me tendrían a su disposición en los próximos interrogatorios. Mis sospechas no tardaron en confirmarse, a medida mañana comenzaron a interrogarme con preguntas banales y riéndose de mí, después me pusieron un vaso de agua delante de mí, eran dos policías los que estaban allí, uno de ellos escupió sobre el agua. «Si quieres beber hazlo», me dijo acercándome el vaso.

Si hubiese comido el jamón, salado como estaba y yo abrasándome por dentro, no sé lo que haría, pero no lo estaba y ellos no lo sabían. Uno de ellos hacía de policía bueno y el otro de policía malo, es lo que siempre hacen, eso es por todos conocido y a pesar de ser conocido, les funciona como táctica, porque el detenido se encuentra desvalido y a merced de ellos, cualquier actitud amable por parte de uno de ellos hace que el detenido empatice, agarrándose a él como su posible salvador. Por mi parte, durante la noche había desarrollado un odio interno hacia todos ellos desplazándolo hacia el plano de venganza personal. A punto estuve de perder la serenidad y desvelar mi situación, me contuve, cogí el vaso de agua escupí sobre el agua como ellos lo habían hecho y se lo puse delante. Repitiendo la misma frase que a mí me habían dicho. En sus caras vi gestos de asombro, no pudiendo evitar mirarse el uno al otro intentando buscar una explicación. ¡<Cómo alguien que está muriendo de sed puede reaccionar de ese modo! Cuando cogí el vaso con mis manos estaban convencidos al acercarlo a mis labios que iba a beber el agua sobre la que flotaba el escupitajo policial.

La sorpresa al ver mi escupitajo sobre el suyo, los cogió tan de sorpresa que no supieron cómo reaccionar. En ese momento pude ver sus rostros cerriles la carencia de inteligencia, el ratón había enredado al gato en un juego que el gato desconocía.

«¿No tienes sed, no quieres beber?», preguntó uno de ellos de manera automática pero lleno de curiosidad. Me encogí de hombros como respuesta. «Te morirás sino bebes», volvieron a insistir. Volví a encogerme de hombros, pero esta vez contesté: «Moriré al igual que vosotros».

Me esposaron con las manos a la espalda, entre los dedos me colocaron un bolígrafo al que hicieron girar al mismo tiempo que hacían preguntas, a los pocos minutos el dolor era insoportable, en su giro el bolígrafo había quemado mi piel, sentía como la sangre se deslizaba por ella. Me hacían preguntas, con amenazas e intimidaciones unas veces, otras con chanzas burlándose de mí e intentando destruir mi estado de ánimo. Disimulé el dolor todo lo que pude. Me preguntaron: «¿Duele verdad?» A lo que respondí esbozando una sonrisa, o al menos eso era lo que pretendía: «Un poco».

El movimiento del bolígrafo entre los dedos apretados había llegado al hueso. Ante mi respuesta y la fea herida, viendo que nada conseguían por ese medio, pararon de hacerlo, me echaron antiséptico y la mal vendaron. La herida de los dedos me quemada horriblemente.

El restaurador mostró a Víctor los dedos índice y anular, en su interior había una superficie descarnada.

—Este es un recuerdo de aquello. Más tarde me descalzaron y me introdujeron los pies en un recipiente de agua helada, para seguidamente introducirlos en agua caliente alternando esta operación hasta que dejó de divertirlos. La alternancia de agua fría y caliente en los pies es una tortura horrorosa y difícil de soportar, máxime cuando se tienen veinte años. Esta alternancia de aguas tan brusca y a tan diferente temperatura destruye los capilares, para evitar problemas circulatorios tuve toda mi vida que cuidar la alimentación y el masaje de pies y piernas dos veces por semana por un profesional y por mí mismo uno diario de quince minutos, de esta forma he conservado no padecer afecciones circulatorias no solamente en los pies sino en todo el cuerpo.

Durante todo este tiempo fui acumulando odio hacia esos dos individuos, capa tras capa, mi obsesión era, tan pronto como pudiese, vengarme de ellos. Reconozco que esa obsesión mantenía mi fortaleza de ánimo, la venganza se había convertido en el único objetivo de mi vida. Decidieron darse un descanso, no explicándose nada de mi comportamiento, tendría que suplicar agua y no lo hacía, soportaba las torturas sin exclamaciones de dolor y lo que era peor, ante cualquier pregunta, fuese la que fuese, la respuesta invariablemente era siempre la misma. «¿Te duele?» «No» «¿No te duele?» «No» «¿Tu nombre?» «No» «¿Quieres agua?» «No».

La misma respuesta para todo tipo de preguntas, las preguntas no las escuchaba, únicamente oía palabras y respondía automáticamente como una máquina programada.

Finalmente me condujeron a la celda, dos policías de uniforme me ayudaron cargando prácticamente conmigo. El de mayor edad, tal vez sensibilizado por tener algún hijo cercano a la mía o simplemente por un gesto humanitario, me dijo mientras me depositaba en el catre: «Tan pronto pueda traeré agua». Promesa que no tardó en cumplir y agua que bebí agradecido porque realmente tenía una sed infernal.

Unas horas más tarde me subieron de la celda, que se encontraba situada en los sótanos del edificio para comenzar de nuevo el interrogatorio, me encontraba esposado con las manos detrás de la espalda, sentando en una silla, empezaron las preguntas y la misma respuesta por mi parte.

«Tenemos todo el tiempo del mundo, aquí somos dioses para ti, estás en nuestras manos, saldrás vivo si nosotros queremos, lo que te hacemos y vamos a hacerte lo notarás con el tiempo». Frases como estas, intercaladas con las preguntas en la que deseaban incriminarme o que involucrase a otros, eran dichas una y otra vez. En este segundo interrogatorio habían empezado las bofetadas, puñetazos en el pecho y en los costados, me apretaban los tendones y músculos del cuello, que al poco tiempo tenía inflamado y no podía moverlo por el dolor que me producía y ellos me lo movían para incrementar el sufrimiento.

Uno de ellos salió, el que se quedó conmigo no paró de insultarme ni de moverme el cuello un solo momento. Pero tuvo la buena idea de acercar su cara a la mía pronunciando amenazas. Aproveché la ocasión propinándole un cabezazo en su rostro con todas las fuerzas de que fui capaz. Salió rebotado sujetándose el rostro de dolor, puesto en pie como tenía las manos esposadas a la espalda y los pies no me los habían sujetado, me lancé de cabeza como un ariete contra su estómago, di goles con la cabeza donde puede y como pude hasta que di con él en el suelo, no sentía dolor alguno en el cuello ni en mi cuerpo mientras lo hacía.

Al verlo en el suelo comencé a patearlo, ante sus gritos entró su compañero y otro policía más, que se abalanzaron sobre mí, lo que pude hacer antes de que me dejaran inconsciente fue propinarle un mordisco en un brazo a uno de ellos, lo único que recuerdo es oír los gritos del mordisqueado, no creo que le arrancase el brazo, pero me hubiera gustado haberlo hecho. El torturador que experimentó el primer ataque, recibió el golpe en la frente y parte en un ojo, le deje la zona morada y el cuerpo magullado y dolorido.

Después de este incidente me molieron a golpes sin miramiento alguno, quiero decir que me pusieron de verano. En los días sucesivos los interrogatorios variaron completamente, dejaron la violencia, aunque no las amenazas, en sus rostros vi reflejado el miedo. Todo cambió cuando al siguiente interrogatorio después de la soberbia paliza de la que me llevaron a la celda más muerto que vivo, les dije apenas los vi: «Imbéciles, no sabéis lo que habéis hecho, iré a por vosotros y vuestras familias, disfrutad de la fiesta mientras podáis».

Dije esta frase mirándolos serenamente a los ojos, con aplomo y en voz baja para que sintieran mi decisión y el convencimiento de que así sucedería, pruebas habían tenido de mi comportamiento. Por mi parte debo confesar que la venganza se había convertido en una obsesiva fijación, ella me nutría con la energía malsana de la inhumanidad, en esos momentos había perdido el carácter, la misión o la idea que motiva y mueve al auténtico revolucionario, que no es otra cosa que el no pensar en sí mismo. Se dieron cuenta y más que sentirse amenazados, se sintieron en peligro, habían acosado a un hombre hasta convertirlo en animal, se dieron cuenta que la institución a la que pertenecían no podía protegerlos, por primera vez en su omnipotencia policial se encontraron solos ante un peligro personal.

Finalmente, no obtuvieron pruebas, al menos por mi parte, por parte de ellos suavizaron tanto las formas que me comunicaron que todo quedaría en nada y que me dejarían en libertad sin denuncias, llegaron incluso a disculparse diciendo que realizaban su trabajo por orden superior.

La cobardía de esta clase de sádicos no tiene límites, a los pocos días de estar en la calle reflexioné profundamente sobre lo sucedido y recobré mi condición humana dejando la venganza y los malos recuerdos para los espíritus simples.

—Esa consideración dice mucho de ti, plasmando el tipo de persona que eres. Desechar el deseo de venganza sobre quienes te han torturado, olvidando el mal recuerdo que ese episodio haya dejado, es de un espíritu desarrollado, muy poco común y menos en alguien tan joven como en aquel momento lo eras —le dijo Víctor, manifestando admiración por el restaurador.

—Eso fue así, la venganza o el deseo de que alguien sufra males, está desterrado de mi corazón. No obstante, hay como una especie de soterrada ley homeostática que produce satisfacción equilibrante. Como te había dicho hube de abandonar la universidad al fallecimiento paterno por problemas económicos familiares. Pasado el tiempo, en una tienda de zapatos trabé amistad con una dependienta, debía rondar los cuarenta años, superando en bastantes años mi edad, pero estaba de muy buen ver, estaba casada, no tenía hijos, estuvimos viéndonos secretamente durante más de un año, nunca hablamos de su familia, un día me confesó que con su marido no mantenía relaciones sexuales desde hacía años, me dijo que su marido pertenecía a la policía de la brigada político-social. En otra ocasión que volvió a sacar el tema, me dijo que su marido era impotente y que además el sexo con ella lo había practicado en escasas ocasiones, teniendo además muchos fehacientes indicios de que poseía una homosexualidad oculta. Este comportamiento había generado en ella una tiránica animadversión hacia él, tratándolo peor que si fuese un esclavo, si no sabe comportarse como hombre, al menos que lo haga como mujer, me dijo. En la casa se encargaba de la limpieza, planchar y la comida, ejecutando todas las tareas sin rechistar que le impusiese. Le obedecía como un niño obedece los mandados de su madre. A él le proporcionaba gran placer que le diesen ordenes tajantes, órdenes que con el mismo placer obedecía ejecutándolas. Nos veíamos dos veces a la semana, dándonos unos atracones sexuales en los que ella, incansable, parecía querer recuperar los años sexualmente perdidos, y que a pesar de mi juventud, me costaba seguir su ritmo. También yo le conté algo de mí, mencionándole mi paso por la D.G.S. y los interrogatorios, horrorizada apretaba su cuerpo contra el mío, le pregunté si su marido no había tenido parte de la cara inflamada y el cuerpo magullado hace años. Me respondió que sí, que deteniendo a unos ladrones estos se enfrentaron a él y recibió el golpe en la cara, para colmo de males ese mismo día se cayó en la escalera de la comisaría magullándose el cuerpo. Al escucharla no pude menos que soltar una carcajada y reírme, al principio ella no supo que hacer, después se rio conmigo sin saber por qué.

—No hubo tales ladrones, quien eso hizo fue un detenido al que estaban interrogando, que es una bonita forma de llamar a la tortura. Puedes creerme porque he sido yo y no hay ningún ladrón por medio. Él y su colega, profesionales ambos en sadismo, dieron cuenta de mí, y yo en la medida que puede di cuenta de ellos, al colega le di un mordisco perruno que casi le arranco el brazo. Después de eso imagínate, e imagina mucho, para vislumbrar como ellos dieron cuenta de mí, se turnaban con ellos otros colegas, haciendo honor al cansado trabajo de funcionario.

—Al escucharme su rostro adquirió la palidez del rostro que descubre la ausencia de sangre en la piel desviándola hacia los músculos, predecesor y aviso de un ataque inminente. No hizo ataque alguno hacia mí, pero manifestó su pensamiento en voz alta.

—Seguro que eso mismo lo habrá practicado otras veces.

Yo permanecía en silencio, poco después me hizo muchas y muy tiernas caricias.

Al separarnos me dijo con el rostro serio.

—Las va a pagar con todos los intereses. Comenzamos a vernos cada vez de manera más espaciada en el tiempo, un día me comentó que se había separado de su marido, la

razón por la que no me lo había dicho había sido para que yo no me sintiese de alguna manera implicado en esa decisión. Debo decir que a pesar de mi juventud aprecié ese gesto de desinteresada generosidad, la última vez que nos vimos me contó que había conocido a una persona de edad similar a la suya con la que podría tener un proyecto de futuro de vida, y que prefería que dejásemos de vernos. Secundé su deseo, rogándole que conservase siempre mi amistad para todo en lo que pudiese necesitarme. Varias veces la vi acompañada de su pareja, un hombre que me pareció bueno y que nada tenía que ver con el animal de su marido. Actualmente, octogenaria, se encuentra en una residencia, la visito con frecuencia llevándole flores acompañadas de una caja de bombones o buenos perfumes y pañuelos de seda, por Navidad y su cumpleaños. Esta es toda mi venganza, o este es todo nuestro vengativo comportamiento —finalizó la narración el restaurador.

Esa noche al llegar Víctor a la pensión la dueña lo esperaba como era su costumbre para charlar con él, Víctor habló por primera vez de su amistad con el restaurador de libros.

—Un hombre inteligente e interesante como no es frecuente hoy en día encontrar, produce gran placer escucharle.

La dueña se sintió picada por la curiosidad y cuando la curiosidad pica produce más daño que la avispa.

—¿Es joven tu amigo? —preguntó ella.

—La edad que tú tienes, año más año menos —contestó Víctor sin poder reprimir una pequeña sonrisa, añadiendo —. No está casado ni tiene, por lo que sé, pareja, aunque amores no le han faltado.

—Es extraño que un hombre así esté solo —respondió ella.

—Todo lo contrario, nada tiene de extraño, habiendo analizado la naturaleza humana, ha decidido que cada cual alimente sus propias neurosis.

—En ese punto tiene mucha razón. Aun así sigue siendo una extrañeza —ratificó ella.

—Podría serlo si se hubiese convertido en un inveterado misógino, simplemente se veía con sus congéneres por días o por horas, después cada cual que abonase su vida como le pareciese. Eso es lo que extraigo de sus conversaciones —le respondió Víctor.

—Es realmente esa una medida tolerante y discreta, sí que parece un hombre inteligente —añadió ella observando a Víctor, pero al mismo tiempo observándose ella misma su interior.

—Además, ni es fumador, ni bebe alcohol —expresó Víctor con un cierto rintintín que a ella no se le escapó.

—Además de inteligente, sí que es interesante, no como alguno que conozco que le gusta el vino dulce —añadiendo ella en respuesta al tonillo empleado por Víctor.

—Puedes invitarlo a cenar un día, no prepararé nada especial, un hombre inteligente sabe hacer especial lo que de especial nada tiene —le dijo ella sonriendo.

Con frecuencia se dejaba caer Víctor por la tienda taller de su ya amigo restaurador, este le dijo que el sábado le mostraría el Madrid que no es turístico ni en el que no se practica todavía la gentrificación.

Subieron al metro y a un autobús urbano, después pasearon por las calles y barrios donde no habitaba gente pudiente y donde no había comercios exhibiendo en sus escaparates ropa de cotizadas marcas.

—Observa, empápate la mente con todo lo que veas, oigas, incluso huelas, todo esto es una población pequeña a gran escala, o si prefieres llamarlo de otro modo, es la miseria oculta tras el hormigón a gran escala —le dijo el restaurador.

Víctor observaba los edificios sin gusto, contruidos con material barato, poniendo de manifiesto que eran viviendas para ser habitadas por gente de salarios bajos. Observó también que la miseria económica iba acompañada de la degradación de la voluntad, los patios abiertos entre edificios se encontraban sucios, algunos de ellos con restos de electrodomésticos inservibles.

Las gentes con las que se cruzaban presentaban un aspecto de degeneración diferente, pero todos ellos con una base común, la atrofia mental.

—Podría a pesar de su monótona construcción, convertirse en un bonito y activo lugar, si sus habitantes se lo propusiesen. Nadie podría impedirles esas iniciativas —dijo Víctor.

—Nadie podría impedirles cualquier iniciativa social, excepto ellos mismos, ellos mismos son los primeros en obstaculizar cualquier iniciativa social. Podría decir incluso, que ni siquiera se les ocurriría alguna. ¿Ves esos patios? ¿No podría hacerse en ellos un parque infantil para los niños de los edificios, o zonas de juego y estar para los jóvenes? Por poner ejemplos sencillos y primarios. Con una pequeña aportación colectiva y el trabajo manual de ellos, lo conseguirían en un mes, a lo sumo en dos. En estos lugares podrían proyectarse películas con un contenido de interés social con un coloquio posterior. Podrían igualmente hacerse pequeñas conferencias al aire libre, una o dos veces a la semana sobre temas de su interés y no sobre el cambio climático o las focas del polo norte afectadas por conjuntivitis. Los domingos por las mañanas talleres en estos mismos lugares para que los niños y jóvenes pintasen, modelasen barro o martillearan pequeñas tablas. La lista podría ser infinita, como infinita habrían de ser las dificultades puestas por ellos mismos. Es el desinterés desarrollado en la miseria mental y alentado por los gobernantes. Hace años que el español Francisco Franco, pero alemán y americano también falleció. Él falleció, pero su legado perdura con mayor vigencia que cuando él vivía, las películas de su época son emitidas por las cadenas televisivas, al igual que los programas concursos. Todos ellos con un éxito de audiencia imbatible. Aquí en el corazón de España, es en donde puede verse reflejado el sentir del corazón del resto de la población nacional. Esto todo que ves es la patria, nuestra España. —Finalizó sentenciando el restaurador.

—Es desoladora la perspectiva presente y nada augura que en el futuro pueda cambiarse —manifestó Víctor.

En ese momento comenzaron a escucharse voces de mujeres insultándose.

A medida que se acercaban, los insultos se escuchaban con mayor nitidez, en las ventanas, cabezas de otras mujeres se asomaban para escuchar mejor, algunas con medio cuerpo fuera parecían querer precipitarse por ella, daban estas últimas la impresión que deseaban presenciar el espectáculo desde las primeras filas del patio de butacas y no desde la altura de los gallineros. Pronto, como si estuviesen ante un partido de fútbol en el que

su equipo jugase la final de alguna prestigiosa liga, comenzaron a tomar partido por una u otra contendiente discutidora. Unas asentían con la cabeza, otras hacían un gesto con el pulgar erguido de la mano, con el pulgar del pie igual también lo hacían, pero no había manera de saberlo. Algunas se reían, otras aplaudían muy despacio dos o tres palmadas únicamente, se veían ejerciendo su derecho a la opinión y al voto, buscando aquiescencia para su comportamiento en las miradas de sus otras vecinas.

Víctor y su amigo tomaron asiento en un banco situado a cierta distancia del eje del huracán, desde el que discretamente pudiesen apreciarlo todo sin perderse nada. Al parecer todo comenzó porque uno de los niños rasgó la camiseta de otro niño mientras jugaban. Una de las madres increpaba a la otra madre, a su vez la madre increpada, increpaba a la madre que increpaba. Los niños no estaban presentes, se encontraban en sus respectivas viviendas muertos de vergüenza por el comportamiento de sus madres, o lo más probable es que estuvieran ensimismados en algún juego de sus móviles.

Después de muchos decires por ambas partes, la que tenía la camiseta rota en su mano y que en todo momento la mantenía aferrada como prueba principal acusatoria, le dijo que se fuese con viento fresco para su casa y que se pusiese encima de su marido a ver si le respondía.

La otra contendiente ante lo oído quedó al principio desconcertada, pronto se repuso.

—Eso que dices es cierto porque mi marido y yo tenemos una vida sana y hacemos uso del matrimonio todos los días.

La mujer de la camiseta, que tenía una lengua de vaca, arremetió con toda su verbal artillería.

—Todos los días, pero fuera de casa, no con quien debieras.

Las mujeres espectadoras de las ventanas habían alcanzado el frenesí que todo espectador alcanza ante un espectáculo impactante. El silencio se extendió como una niebla repentina, expectante ante una tragedia. Algunas espectadoras se sintieron secretamente aludidas, a otras sin embargo se les despertó el deseo de hacerlo, solamente una o dos permanecieron impasibles porque mantenían un uso matrimonial activo, eran mujeres jóvenes que no alcanzaban el año de matrimonio. Algún que otro hombre asomaba su cabeza levemente ocultándose tras el cuerpo y cabeza de sus mujeres.

—Retira eso que has dicho —sonó la voz encolerizada de la afrentada.

—No me sale de la chicharrona retirarlo —le respondió la mujer con lengua de vaca y enarbolando la camiseta en el aire como un estandarte.

—Como no te sale voy a ayudarte a sacarlo y de paso algunos dientes podridos que tienes —le dijo la mujer cuyo hijo le había roto jugando la camiseta al hijo de la otra.

Dispuesta a dejar la lucha dialéctica, aunque poco diplomática, por una lucha física cuerpo a cuerpo, cuando apareció su marido, un hombre alto y corpulento, a grandes pasos caminando despacio, se plantó ante su mujer.

—¿Qué estás haciendo? ¿No tienes vergüenza? —le preguntó con voz pausada.

—¿Acabas de oír lo que dijo de mí? —le respondió ella.

Asintió el moviendo la cabeza afirmativamente.

—¿Es cierto lo que ha dicho? —preguntó él.

—¿Cómo va a ser cierto? —respondió ella.

—Para mí tu palabra es la única que me vale, las palabras y lo que piensen los demás, ni me quitan el hambre ni me quitan el sueño. Tú deberías hacer lo mismo. Si quieres defenderte de lo que nada tienes que defender, si quieres ponerte a la misma altura de quien la tuya no tiene, no puedo impedírtelo.

Y el hombre se hizo a un lado dejando a su mujer el campo de batalla expedito.

Hasta el aliento se había contenido, aquella inesperada intervención había variado el desenlace.

—¿Puedo cogerte del brazo mientras nos vamos a nuestra casa? —le preguntó ella.

Arqueó él el brazo y se lo ofreció, dirigiendo sus pasos al portal de su edificio.

—Fantástico final —expresó Víctor.

—Ciertamente, pero ese hombre no es de Madrid, un madrileño es un hombre descastado, venido a menos, que ha degenerado en chulapo. Ese hombre vive en Madrid, pero no es madrileño, sus hijos es muy probable que en nada se le parezcan —le dijo el restaurador levantándose de su asiento.

—¿Hablas de ese modo siendo de Madrid? —le preguntó Víctor, sorprendido ante las palabras de su amigo.

—¿Quién mejor que un madrileño para hablar de nosotros mismos? Hay quien se cree diferente, mencionando que estos chulapos pertenecen únicamente a las clases económicas bajas, como los que habitan en los lugares como los que estamos, o hacen referencia a los personajes de los sainetes de Arniches o de la Cruz. El madrileño es chulapo, pertenezca a la clase social que pertenezca, es un hombre venido a menos. Valle-Inclán conocedor de ellos los pinta con magníficas pinceladas en sus esperpentos, en Luces por ejemplo muestra al amplio abanico social y profesional que abarca. La excepción es un obrero sindicalista, ácrata, catalán, él lo salva, pero la policía le aplica la ley de la fuga.

—¿Te consideras chulapo? —preguntó Víctor con sorna.

—Vivo en un habitáculo que he hecho a mi imagen y semejanza como en la creación bíblica. Trato con la chulapería selecta, comercio sin pasión alguna con ella y rehúyo su trato personal. ¿Misántropo? Puede que lo sea. Si lo soy es para evitar caer en ese miasmoso estanque.

—Descripción terrible de un habitante sobre su ciudad —volvió a decirle Víctor con sorna mientras caminaban.

—Yo no tengo ciudad alguna de mi propiedad, vivo aquí como podría hacerlo en cualquier otro lugar en el que pudiese ganarme el sustento honradamente. Trato con las gentes, interés ninguno, amigos ningunos, potencialmente todos podrían serlo, si puedo hacer un favor lo hago, como dice el refrán, haz bien y no mires a quien, porque si lo miras, igual no haces nada —expresó el restaurador sonriendo.

—Misántropo o no, lo que sí eres, es un solitario que de seguir en esta postura vas a convertirte en unos años en un viejo maniático y protestón, que vive fuera de su tiempo como un avaro judío enclaustrado en su tugurio —le dijo Víctor, medio en serio medio bromeando.

—No creas que no he pensado que en un futuro cercano podría acabar siendo la persona que describes.

—No hace mucho tiempo mi comportamiento era semejante al tuyo, más atemperado pero muy semejante. Me he propuesto salir al mundo y sin temor acariciarlo, para mi sorpresa se deja acariciar y además reclama las caricias. Hay no obstante una gran diferencia entre los dos, por mi parte he tenido una vida centrada en el estudio, la vida fuera de lo académico no existía negada por mis propios temores. Tú no temías la vida exterior te has retirado como un diestro guerrero cansado de tanta lucha. Iremos a cenar a mi pensión, los sábados suelen preparar carne rellena y sopa de verduras con algas, ambas cosas están deliciosas —le dijo Víctor sabiendo por experiencia que un hombre solitario puede excusarse ante cualquier situación, pero nunca rechazará una invitación a comer.

Telefoné a la propietaria de la pensión, haciéndole hincapié que tal vez se retrasarían. Víctor lo dijo con la intención de que cuando ellos terminasen la cena, no hubiese nadie ya en el comedor y pudiesen charlar los tres tranquilamente.

Al finalizar la cena, el comedor se encontraba vacío, en lugar de la acostumbrada fruta, les presentó un buen trozo de tarta a cada uno, el restaurador alabó la sopa, encumbró la carne rellena hasta adquirir tintes lujuriosos, con la tarta únicamente le dijo que se comería otro buen trozo, pero temía que le sentase mal, pero le rogaba que le proporcionase una ración para llevarse a su casa.

Ella por su parte recibía los halagos aparentando no importarle demasiado, daba las gracias y un me alegro que le guste, pero Víctor que la conocía, observaba un rubor en sus mejillas, también se fijó en que llevaba puesta una blusa que nunca le había visto, también se había pintado muy discretamente, como las mujeres dicen, el ojo y las uñas. También observó como ella inspeccionaba con miradas rápidas al restaurador fijándose en sus modales.

Víctor le rogó que se sentase con ellos, tan pronto como pudiese, para cerrar la velada con una buena charla y un poco de vino dulce.

La conversación derivó hacia los grafitis callejeros, algunos de ellos de una elaboración exquisita pudiendo considerarse auténtico arte, dijo el restaurador.

—¿Los realizados en fachadas de piedra, con símbolos y frases también? —inquirió ella.

—Esas son barbaridades hechas por bárbaros. He visto tanto aquí como en otras ciudades, murales extraordinarios, a esos me refiero. Estaban hechos en muros blancos o en fachadas laterales de algún edificio. Es una nueva forma de expresión artística quiera o no quieran reconocerlo los que viven a cuenta de la pintura tradicional —matizó el restaurador.

—En ese punto tienes sobrada razón, en el aspecto artístico no tengo conocimientos suficientes para afirmar ni para negar —dijo Víctor, a lo que ella añadió.

—Comparto las palabras de Víctor, no obstante los tiempos han cambiado y todavía habrán de cambiar mucho más, la calle y la superficie exterior se encuentra en auge con respecto a las cerradas superficies. Desconozco los motivos de dicho cambio, pero es un hecho real que se está produciendo, toda oposición a ese cambio retrasaría por algún tiempo su llegada, nada más.

—Los ordenadores y sus aplicaciones pueden evitar con el uso de sus encerrados usuarios que ese cambio se produzca —dijo Víctor como respuesta, tanto a él como a ella.

—Los usuarios a los que haces referencia son el tipo de persona integrada en el sistema social que se opone a todo cambio porque todo cambio les amedrenta, gentes así las hay y las ha habido siempre. Estas gentes que forman la mayoría de la población se oponen inconscientemente a todo lo nuevo por el propio desconocimiento, no de ese hecho nuevo sino de la misma realidad que los rodea. Es la población educada en la incultura la que configura esta masa social, sus opiniones no tienen capacidad para mover, impedir o cambiar absolutamente nada. Los que realmente pueden oponerse son una pequeña élite funcional académica o representantes de las instituciones que las financian —respondió el restaurador.

—Lo de siempre, el capitán y los oficiales gobiernan el barco, que es propiedad de unos desconocidos ocultos bajo el nombre de sociedad anónima, el problema reside que en ese barco somos todos transportados —añadió ella.

El restaurador la contempló como si la estuviese viendo por primera vez. Ella sintió la mirada sobre sí y se sonrojó, desde ese momento dio comienzo su cortejo amoroso.

A veces una sola frase, un solo gesto despierta el dormido interés del corazón, eso fue lo que repentinamente le ocurrió, una leve descarga encendió su interés por ella, hasta Víctor lo notó abiertamente. Puedo cotizarme como celestino, pensó para sí mismo.

—Puedo contaros una anécdota, aunque de forma muy lejana, algo parecido a grafitis y pintadas —comentó el restaurador, sonriéndole a ella —Iba a celebrarse, no sé qué conmemoración institucional, delante de una enorme cruz en un muro de un convento, sobre ella, en grandes letras el nombre de José Antonio Primo de Rivera, al cual el General Franco había puesto como mártir. Tres colegas y yo, la noche anterior, nos dirigimos al lugar con la intención de pintar una frase alusiva a la dictadura bajo la cruz, y a esta, arrojarle tinta negra y embadurnarla todo lo que pudiésemos. Teníamos los cuatro diecinueve años, como suele decirse en los mercados, sentido no había ninguno. Compramos condones y los llenamos con tinta, compramos también spray, nuestra intención era embadurnar de tinta negra la cruz y el nombre del medio santificado chulapo madrileño. En una mariconera portábamos el spray y algunos condones con tinta, los demás los llevábamos en los bolsillos. Cerca de nuestro objetivo, uno de mis colegas pinchó uno de los condones embadurnando de tinta los condones que llevaba, sus manos y el bolsillo de la zamarra. En la oscuridad de la noche, la tensión ante el riesgo que corríamos y los nervios al ayudarlo, se mancharon con la tinta las manos los otros dos. Por mi parte llevaba la mariconera, al no intervenir, mis manos se habían salvado de convertirse en manos africanas. A los pies de nuestro objetivo extraje el spray, algo pasó que hice saltar el botón del bote, sin él no podríamos realizar la pintada. Ya nos veis a los cuatro experimentados terroristas buscando por el suelo, sin luz alguna, el chichorro taponcillo plástico del spray, que además era de color negro, Ni que decir tiene que no apareció, la pintada no pudo hacerse, entonces comenzamos a disparar como buenos terroristas los condones con la tinta en su interior, entre la oscuridad, los nervios, la mala puntería, y que aquello debía estar bajo la protección eclesiástica, ninguno de nuestros proyectiles consiguió dar en el blanco, se despanzurraban estrellándose a los lados dejando la Cruz y el nombre incólume. Acabada la misión emprendimos el regreso satisfechos de nuestro heroico y contestatario comportamiento. Si el Cid le mostraba a Jimena su brazo ensangrentado como muestra de su valiente comportamiento en los combates con los moros que asediaban Valencia, nosotros portábamos las manos y la ropa entintada. Explicaré esto del Cid, las espadas medievales, como eran hombres de baja estatura, solían tener un largo de setenta centímetros y un ancho de siete, con filo por ambos lados y en su centro una canaleta que recorría la hoja toda a lo largo. Estas espadas no eran para dar estocados, eran para golpear con tajos, de ahí que fueran espadas

tajadoras, blandiéndose como hachas. La canaleta tenía la función estética de que, al hendir la carne, la sangre inundaba la canaleta de la hoja, esta al ser levantada para proporcionar un nuevo golpe de espada, corría a través de ella hasta la empuñadura, de esta a la mano y de la mano al antebrazo. Una mano y un antebrazo manchado de sangre enemiga eran testimonio del valiente comportamiento del guerrero. Nosotros, más bien mis tres colegas, porque yo no tenía tinta en mis manos ni en mi ropa, daban un lastimoso testimonio de guarrería más que de otra cosa. Fuera como fuese íbamos contentos del acto terrorista cometido. En esto surge un imprevisto, dos policías uniformados vienen caminando de frente a unos veinte pasos, surgieron de la nada, como dos fantasmas, les dije a los colegas que metiesen las manos en los bolsillos, y que permaneciesen tranquilos, en el supuesto que nos parasen.

El supuesto dejó de ser supuesto convirtiéndose en algo constatable, nos pararon y pidieron la documentación, yo extraje mi documento de identificación, comentándole a los dos polizontes que yo era el único que lo tenía en representación de ellos.

Comencé a hablarles sin parar, dándoles la impresión de que estábamos bien adobados de alcohol.

—Estos tres no le darán nada porque nada tienen, llevan gorroneándome toda la noche, si algo tuviesen tampoco lo darían porque son más agarrados que los comunistas del puño cerrado. Lo digo con total convicción agentes, son tacaños proverbiales, cierran la mano para no dar y en el colmo de la tacañería cierran el culo para no cagar y guardarse la mierda. Es más no crean que utilizan el pañuelo como higiene, nada de eso se suenan en él y lo guardan en el bolsillo, la tacañería es su norma de vida, aunque ellos la llaman ahorro. Estoy convencido que por las noches respiran en una bolsa para no gastar aire. Si los convido a comer, comen más que el lobo de caperucita, si no los convido a comer no comen y dicen que están en días de ayuno. Los tres son católicos romanos, pero de repente se ponen haciendo el ayuno del ramadán como los mahometanos, si los convido de nuevo a comer o beber como hoy, vuelven a su cristiana religión, henchidos de fe y devoción con *gin-tonic* amortizados de mis santos bolsillos.

Los polizontes no articulaban palabra, a la luz de una farola situada a varios metros, malamente podrían distinguir algo de mi documento identificativo. Además, son burros, continué hablando, no lo son porque se aburran, ni porque rebuznen, aunque a veces parecen que lo hacen cuando hablan. Los tres son estudiantes de medicina y en esa facultad únicamente tienen cabida los asnos, las acémilas, los rucios y pollinos, en definitiva, los burros. No se extrañen agentes, les hablo muy en serio, los estudiantes de humanidades tenemos el lema universitario: ¡Si vale, vale, sino para medicina!

—Siempre creí que era todo lo contrario —dijo uno de los policías.

—Porque usted es una persona ingenua y cree todo lo que los rebuznadores de la salud le cuentan con su jerga hermética atestada de palabrejas, que como divinas palabras golpean sus oídos, repitiéndole machaconamente que al no rebuznar como ellos es un ignorante. Lo curioso es que se lo acaba creyendo. Usted agente de la ley acude a un galeno porque se ha golpeado el costado, uno cualquiera de estos tres, futuros médicos u otros cualquiera de los que hablo, lo examina y le dice que usted tiene un traumatismo intercostal, el médico se queda tan pancho y usted se queda como estaba, pero asombrado de sus extensos conocimientos patológicos.

El otro policía embobado comenzaba a estar ebrio por mi palabrería de político culto. Dijo.

—La verdad es que en eso que dice tiene razón.

—Qué si tengo razón, tengo razones, dos cosas mueven a los que estudian medicina, una es el afán desmedido de dinero, otra es el miedo acervado que tienen a la enfermedad. Creen los incautos que estudiando medicina controlan y dominan las enfermedades, es lo mismo que si un seminarista, quiere ser cura para ir directamente al cielo, donde tiene reservado un bonito chalet con piscina y con las mejores vistas a las nubes más hermosas. El afán desmedido de dinero, es la otra razón señores agentes, lo comprueban en las minutas por consulta y por operaciones privadas. Va usted a un oftalmólogo para que le revise la visión y sale de la consulta, después de pagar, sin un ojo de la cara, si acude a un odontólogo, que antes llamaban dentista, para que le revise la dentadura, parecerá que se encuentra ante un guardia de tráfico, siempre le encontrará algo al coche, de la silla médica no se levantará sin una nueva endodoncia, sin una extracción o si tiene suerte con una limpieza del inexistente sarro.

—Desconocía que actuaran de ese modo —dijo uno de los policías.

—Porque ustedes agentes, son personas ingenuas. Yo conozco, como suele decirse, el percal. Mi madre es dentista, mi padre oftalmólogo. Ella se forra con los dientes más que el ratoncillo Pérez, las minutas de él las pagan sus pacientes con un ojo de la cara. En casa hay una despensa tan llena de medicamentos que parece un almacén farmacéutico, también una caja fuerte con más dinero en B que en las cajas fuertes de las sedes de los partidos políticos. Vean si conozco en vivo, en directo y desde primera fila el comportamiento de los encargados de mantenernos activos en el trabajo. Si quieren hacer una loable acción social, que la ciudadanía les agradecerá desde el silencio de su desconocimiento, detengan a estos tres futuros latrocinadores que en unos años llevarán escritas en sus batas hospitalarias el número 007, llévenselos e introdúzcanlos en la mazmorra más aislada y profunda, protejan su posible fuga con veinte férreas puertas de mil cerraduras. Métenlos en un lugar tan lejano como el abismo, ocultos en los eternos brazos del tiempo del que nada puedan liberarlos durante eones. Al oírme mis colegas a pesar del riesgo de la situación, comenzaron a reírse, los policías se miraban entre sí al tiempo que prestaban atención a mis palabras, perdiéndose entre ellas como ante un discurso en bucle de un diputado, por sus caras colegí que me tomaban por un desequilibrado o que tenía una descomunal curda extrañamente lucida. El policía que durante todo el tiempo había tenido mi documento de identidad en la mano y no lo había podido ver porque mi discurso se lo había impedido, y aunque quisiese hacerlo con la falta de luz no vería absolutamente nada en él, me lo entregó diciendo.

—Pueden irse.

Con decidido intento de librarse de nosotros, sobre todo de mí. Por mi parte en un acto de arrojo temerario en vez de tomar las de Villadiego y no tentar al diablo, seguí hablando.

—¿No van ustedes a detenerlos? Desconocen ustedes esta clase de alimañas sin escrúpulos y permiten que se desarrollen. Ahora mismo son como tiernos cachorrillos de león, denles tiempo a que se desarrollen, denles tiempo a que sus colmillos y garras alcancen su terrible tamaño, denles tiempo a que obtengan el título de doctores en medicina, entonces se darán cuenta de lo que son, pero ya les será demasiado tarde, les habrá caído la venda demasiado tarde, les habrá caído la venda que en estos momentos cubre sus ojos y que por su actual ceguera podrían estar trabajando en la ONCE. No se ofendan agentes por mis palabras, pero la realidad es tal como la pinto, si no estuviesen ofuscadas sus mentes y sus ojos liberados de esa inflamación conjuntiva, se aferrarían a ellos con la fuerza y el peso que la autoridad que conlleva sus cargos y no los soltarían hasta tenerlos a buen recaudo de toda posible huida, *ilu tempori*, como un autor clásico dijo y no recuerdo quién.

—Pueden irse, por favor, ya pueden marcharse —dijo el policía en un tono algo plañidero, como sugiriendo que le iba a estallar la cabeza.

—¿No van ustedes a detenerlos? —volvía a preguntarles.

—No. Pueden seguir su camino —respondió el otro policía.

—¿Están totalmente seguros de su decisión? —pregunté insistiendo.

—Totalmente seguros. Pueden seguir su camino —volvieron a responder.

Mis colegas no reían, no podía ver el color de sus rostros por la poca luz de la farola que allí llegaba, pero seguro que sus rostros en esos momentos tenían la palidez cadavérica de un huésped de la morgue.

—Sea lo que la autoridad ordene — proseguí—. Pero antes de irnos les vaticinaré como Nostradamus hizo, pero en mi caso sin enigmáticos ocultamientos. En unos años estos jóvenes risueños, simpáticos y hasta guapos, podemos calificarlos, habrán de convertirse en médicos, tendrán licencia para matar legalmente civiles, como un militar tiene licencia para hacerlo legalmente en una guerra. Como licenciados en la prestigiosa facultad de medicina, lugar de adiestramiento de asesinos legales, ellos serán, no les quepa duda, sobresalientes exponentes, lo corroboran sus excelentes calificaciones en los exámenes, las más altas calificaciones constan en sus expedientes, toda lamentación futura no será otra cosa que lamentación y un bíblico crujir de dientes, todo intento de corregir este acto pasado tendrá consecuencias tan inútiles como arrojar chinitas al mar. Cuando digo chinitas me refería a piedrecillas, quiero dejarlo bien aclarado.

Jack el destripador, aquel caso inglés de difícil resolución policial por impedimentos políticos, ya que las víctimas eran mujeres de la calle que habían sido primeramente preñadas por los señores de las casas en que servían, y posteriormente arrojadas a la *street* hasta morir por enfermedades derivadas de una alimentación insuficiente o por las enfermedades venéreas.

Les decía, que Jack el destripador era un aficionado si lo comparamos con estos tres futuros médicos, ellos en salas especiales amputarán sus miembros, les extraerán órganos, hablarán de fútbol mientras lo hacen, y comentarán, riéndose, las anécdotas de la partida que ayer tuvieron en el campo de golf, o en la pista de tenis. A estas amputaciones y descuartizamientos, las denominan operaciones médicas. En el colmo de su cerebral crueldad proporcionarán drogas y venenos legalmente adquiridos bajo su prescripción facultativa. Tendrán a la población drogada con ansiolíticos, antidepresivos, relajantes, estimulantes, somníferos, antiinflamatorios y calmantes opiáceos, desde antes del nacimiento en el vientre de las madres hasta el momento de su prematuro fallecimiento por una nunca diagnosticada toxemia.

Padecen del corazón, sin duda alguna habrán de recetarle un explosivo, veo en sus caras señores agentes, incredulidad, créanme, le pondrán en sus recetas un nombre comercial cualquiera, pero su principio activo es la nitroglicerina. Les proporcionarán matarratas para licuar la sangre, ¿tampoco me creen? Es el mismo componente anticoagulante que se utiliza en el veneno contra estos inteligentes y prolíferos animales, es el mismo anticoagulante que les proporcionarían en variedades de sintrones.

—No tengo más que decirles agentes, yo he cumplido mi cívica obligación, ahora cumpliremos fielmente sus órdenes y nos iremos con viento fresco por las calles de este Madrid que tanto nos quiere y que tan poco queremos, o a la inversa.

Finalicé diciéndoles y dirigiéndome a mis colegas, con voz mandataria.

—Demos las buenas noches a los agentes deseándoles un buen servicio.

Más adelante incrementé mis conocimientos terroristas y supe que podían vaciarse huevos realizando un pequeño agujero en su cáscara y sorbiendo su contenido, lo cual serviría para alimentar el cuerpo, su cáscara intacta y muy rica en contenido de calcio, podría ser rellenada con tinta por medio de una jeringa y posteriormente taponando el agujero con lacre. La puntería mejoraría evidentemente, con este nuevo avance de la especulación científica, la trayectoria balística de nuestros mortales y destructores proyectiles. Así acabó nuestro violento atentado realizado por peligrosísimos activistas. Los tres colegas después de esa noche no volvieron a dirigirme la palabra cortando toda relación conmigo, señalándome como un peligroso contraterrorista majara.

Durante todo el tiempo la propietaria de la pensión reía sin tregua, Víctor la acompañaba, ella estaba encantada por las dotes narrativas del restaurador, sus ojos brillantes indicaban más cosas que admiración por él.

Tanto Víctor como ella se bebieron otra copita de vino dulce, el restaurador como era abstemio siguió como era su costumbre bebiendo agua, era su bebida preferida además del café. A la patrona de la pensión que no fumase, pero sobre todo el que no consumiese alcohol lo elevó a la máxima consideración que podía tener de un hombre.

La hora de la noche era avanzada, levantaron alas y como dice el refrán, cada mochuelo voló a su nido.

Algunos días Víctor se dejaba caer por el local del restaurador, a veces a media mañana, a veces a media tarde, charlaban y tomaban café, cuando la visita se prolongaba, a la hora de cierre salían y paseaban por las calles, comían algo rápido y prolongaban el paseo con parada ocupando las sillas de la terraza de algún bar. Sucedió que en la plaza de Santa Bárbara a Víctor le apeteció una cerveza y entraron en un local, se sentaron ante una mesa de mármol. A pesar del bullicio de la gente a esa hora no pudieron evitar escuchar la conversación que unos jóvenes mantenían en la mesa de al lado.

Algo comentaban sobre Miguel de Unamuno, como la única referencia que poseían al hablar era al parecer una película malamente biográfica sobre su figura, no decían más que inexactitudes. El restaurador en un momento en que el bullicio disminuyó se dirigió a ellos.

—Lo que ustedes están hablando sobre Don Miguel de Unamuno es totalmente falso, o al menos rodeado de una falsedad tan grande que convierte a un hombre íntegro, y referente para todo intelectual que se precie, en una deformada caricatura.

Los cuatro jóvenes que ocupaban la mesa de al lado callaron sin atreverse a decir nada. Un par de mesas cercanas movidas como por un resorte comunitario se sumaron al silencio expectativo.

—Lo digo, continuó hablando el restaurador, porque de sus comentarios he extraído que ninguno de ustedes, no sólo no conoce la obra de Unamuno, sino que no han leído ni sus novelas, teatro, ensayos y sobre todo sus artículos, que puedo asegurarles que ninguno de ellos tiene desperdicio social e intelectual. Ciertamente que puede parecernos incongruente que un hombre como él, a los cuarenta años se torne religioso, asistiendo a misa y celebrando el sermón dominical, probablemente de un sacerdote henchido de incultura, como puede parecernos incongruente que celebre el advenimiento de la república, después celebre el golpe de estado militar y a los pocos meses lo condene por sus tropelías, asesinatos y barbaridades cometidas con los indefensos civiles. De igual modo puede parecernos incongruente que un hombre de su elevada categoría intelectual sea también un consumado experto de la papiroflexia.

El silencio de las mesas cercanas fue extendiéndose a las demás mesas, que más por curiosidad unos y por intereses otros, imitaban el comportamiento de poner atención a lo que se decía.

—Deben ustedes diferenciar perfectamente la psique y la personalidad de Unamuno, de su obra, son dos cosas que, aunque partiendo de la misma persona obedecen a dos realidades distintas, o si quieren a diferentes dimensiones. Quieren ustedes hablar de la persona de Don Miguel, hablemos ciñéndonos a su correspondencia epistolar con Zulueta y otros personajes, ciñámonos a su diario íntimo, ciñámonos a sus biografías. Con esta documentación podremos intentar perfilar y entender su compleja personalidad, que ni era maniática ni provincianamente extravagante, aunque sí un irónico, brillante y paradójico consumado. Si es hablar de su obra en general o de alguna de sus facetas creativas en particular, hagámoslo, pero es condición primera conocer sus escritos, no por sus títulos sino por sus contenidos. Hablar de su vida privada y de sus costumbres domésticas, no reviste interés alguno, excepto para los cotilleos de costureras mentales que tanto abundan en nuestras universidades.

La mayor parte de los que allí se encontraban eran o habían sido universitarios, algunos de ellos sonrieron celebrando la ocurrencia.

—Les he escuchado decir inexactitudes tan abrumadoras, continuó el restaurador, que me vi por ese motivo impelido a intervenir interrumpiendo, por otro lado, la interesante conversación...

—Un poco más alto, habla más alto, por favor —se oyeron voces que partían de las mesas más alejadas.

—Hacían ustedes referencia al enfrentamiento que Unamuno, rector de la Universidad de Salamanca tuvo con el fundador de la legión, Millán Astray, camarada del general Franco, en octubre de 1936. Este hecho sucedió en el paraninfo de la universidad, en ese acto se encontraban presentes profesores, catedráticos, el obispo, algunos mandos militares, un puñado de falangistas, así como algunos jóvenes escritores que veían en el establecimiento del nuevo régimen, posibilidades de promocionarse en el mundo literario o de la Kultura. Les hago una aclaración, al pronunciar Kultura, lo digo con K aunque suene igual que pronunciada con C. Esta ironía es de Don Miguel, el joven Zulueta de Haz se lo reprocha en una de sus cartas. Estaba presente en ese acto la mujer del general Franco, la asturiana Carmen Polo, llamada posteriormente por los españoles Paca Collares.

Los militares de baja graduación y gentes no relacionadas con el mundo académico o institucional no tenían acceso al lugar.

Les recitaré de memoria las palabras que Don Miguel pronunció ese día:

«Se ha hablado también de los catalanes y los vascos, llamándoles la anti-España; pues bien, con la misma razón pueden ellos decir otro tanto. Y aquí está el señor obispo, catalán, para enseñarnos la doctrina cristiana, que no queréis conocer, y yo, que soy vasco, llevo toda mi vida enseñándoos la lengua española, que no sabéis...»

Acabo de oír el grito necrófilo y sin sentido de ¡Viva la Muerte! Esto me suena lo mismo que ¡Muera la Vida! Y yo, que me he pasado toda la vida creando paradojas que provocaron el enojo de los que no las comprendieron, he de decirles como autoridad en la materia, que esta ridícula paradoja me parece repelente. Puesto que fue proclamada en homenaje al último orador, entendiendo que fue dirigida a él, si bien de una forma excesiva y tortuosa, como testimonio de que él mismo es un símbolo de muerte. ¡Y otra cosa! El general Millán Astray es un inválido. No es preciso decirlo en un tono más bajo. Es un inválido de guerra. También lo fue Cervantes. Los extremos no sirven como norma. Desgraciadamente hay hoy en día demasiados inválidos en España. Y pronto habrá más, si Dios no nos ayuda. Me duele pensar que el general Millán Astray pueda dictar las normas de psicología de masas. Un inválido que carezca de la grandeza espiritual de Cervantes, que era un hombre —no un superhombre— viril y completo a pesar de sus mutilaciones, un inválido, como dije, que carezca de esa superioridad del espíritu, suele sentirse aliviado viendo cómo aumenta el número de mutilaciones alrededor de él.

El general Millán Astray no es uno de los espíritus selectos, aunque sea impopular o, quizá por esta misma razón, porque es impopular. El general Millán Astray quisiera crear una España nueva —creación negativa sin duda— según su propia imagen. Y por ello desearía ver España mutilada, como inconscientemente dio a entender».

El general Millán Astray no pudo contenerse más y gritó furiosamente:

«¡Muera la inteligencia!

¡No! ¡Viva la inteligencia! ¡Mueran los malos intelectuales!, corrigió José María Pemán».

«Este es el templo de la inteligencia. Y yo su sumo sacerdote. Vosotros estáis profanando su sagrado recinto. Yo siempre he sido, diga lo que diga el proverbio, un profeta en mi propio país. Venceréis, pero no convenceréis. Venceréis porque tenéis sobrada fuerza bruta, pero no convenceréis, porque convencer significa persuadir. Y para persuadir necesitáis algo que os falta: razón y derecho en la lucha. Me parece inútil pedir os que penséis en España. He dicho».

A medida que iba recitando el discurso pausadamente, con voz clara y perfecta pronunciación, se había levantado y posando una mano en el hombro de Víctor indicándole que lo siguiera, sus palabras se dirigían a todo el local que permanecía en absoluto silencio, ni un solo tintineo de vasos se escuchaba. Lentamente se dirigieron hacia la puerta sin dejar de recitar, entregó un billete al camareto abonando la consumición, y desde la puerta pronunció las últimas frases, extendió una larga e inquisitiva mirada sobre todos los clientes y abandonaron el local.

—¿Por qué hemos hecho esa salida a la francesa? —le preguntó Víctor.

—La respuesta es simple, porque nada hacíamos ya allí, lo que se debió haber dicho se dijo, lo que se debió haber hecho se hizo. No quiero ser catastrofista, pero la humanidad está perdida en un sentido íntimo y en un sentido social también.

—En todas las épocas anteriores a la nuestra ha ocurrido lo mismo, la humanidad siempre ha estado perdida, solo unos pocos clarividentes trataban de mantener una ruta, aportar alguna luz sobre el difícil camino por recorrer. Es cierto que un puñado de humanos recogían estas enseñanzas, que como rescoldos se los pasaban unos a otros manteniendo esa lejana luz por medio de una presente esperanza —le respondió Víctor.

—También es cierto que esas personas clarividentes se dirigían a una minoría, la culta o adinerada minoría de la época, el resto de la población no existía para ellos. El cometido de esta mayoría de población en la tierra no era otra que malamente conseguir algo de sustento. No es el caso de la economía capitalista, y mucho menos el de estos jóvenes, que están literalmente perdidos en todos los sentidos. Ellos son el reflejo de la minoría culta de otras épocas, el reflejo del pensamiento de las preocupaciones globales de la sociedad, puede apreciarse sin dificultad en quienes nos rodean —le respondió a su vez el restaurador.

—Hay realmente una extraordinaria coincidencia, debo admitirlo, entre las preocupaciones cotidianas actuales y las de las épocas anteriores, teniendo en cuenta los desarrollos económicos y sus consecuencias —afirmó Víctor, sin darse cuenta mientras hablaban que dirigían sus pasos hacia la pensión.

—Hay grandes diferencias en la apariencia, estas diferencias no son más que en el aspecto formal —añadió el restaurador.

—Esclavizados durante largos años por la hipoteca bancaria de la vivienda y por otros préstamos comerciales de menor cuantía, la primordial preocupación de nuestros congéneres no es otra que, con mucha dificultad, conseguir realizar sus pagos al finalizar el mes —dijo Víctor.

—Debe tenerse en cuenta que, si antes era el sustento diario la preocupación, en nuestra época la preocupación se ha desviado hacia el afrontar los pagos de préstamos y objetos que se han adquirido innecesariamente. El lujo, el placer de poseer lo innecesario, o el alentado consumo por el consumo en sí mismo, nos ha conducido a lo que ahora somos, porque nosotros lo hemos buscado, porque nosotros lo hemos querido y porque nosotros nos hemos dejado irreflexivamente inducir. El rescoldo y brasas que en épocas

anteriores perduraban pasando de mente en mente, hoy ya nada se traspasa, porque nada hay ya que traspasar. Por esas razones pienso que la humanidad está perdida por un lado y por otro lado echada a perder —dijo el restaurador.

—Sin embargo, el número de mentes sensibles y preocupadas por el mundo del espíritu y por el bienestar o equilibrio del planeta ha aumentado y lo sigue haciendo en cifras nunca hasta ahora vistas —añadió Víctor.

—La publicidad pone de moda, la moda vende lo que sea de manera masiva, pasada la moda de temporada, surgirá otra. No hay autenticidad, ni actitud real, que soporte las preocupaciones de esos preocupados. Por eso digo que el estado en que se encuentra la humanidad es lamentablemente decrepito —le dijo a Víctor girando la cabeza hacía él.

—Tú y yo somos conscientes de lo que somos y del mundo en que vivimos, hay otros semejantes a nosotros desperdigados por el mundo. El rescoldo del que hablamos se mantiene y se traspasa a la generación siguiente —respondió Víctor sin demasiada convicción.

—Me gusta tu optimismo, le respondió sonriente. Como esos otros semejantes, como tú dices, que están desperdigados por el mundo como escupitajos, sean como nosotros, singularizo, sean como yo, no transmitirán absolutamente nada. He aquí un restaurador y encuadernador de libros antiguos, además librero de libros de calidad usados, agazapado en un local que a la vez es librería, taller y domicilio, como un oso hibernando en su cueva. Esto con respecto a mí y, ¿con respecto a ti? —finalizó diciéndole a Víctor.

—Con respecto a mí, a pesar de tener una profesión que se desarrolla con gente joven considerada como élite, debo reconocer con sinceridad, que no transmito nada más que un conocimiento estipulado para que lo introduzcan en sus cabezas bajo pena del suspenso en los exámenes. Nada de nada.

—La humanidad está perdida —dijo el restaurador.

—La humanidad está echada a perder —dijo convencido Víctor.

Habían llegado como guiados por una mano invisible a la puerta de la pensión de Víctor.

—¿Nosotros como estamos? —preguntó Víctor.

—Yo al menos con hambre, aunque es algo tarde, podríamos intentar que nos diesen algo de cenar. Me agrada la compañía de la dueña, además me gusta —fue la respuesta que obtuvo.

—Hasta un ciego se daría cuenta por tus modales y por tu vestimenta cuando vienes a cenar, hasta un sordo se daría cuenta por tus palabras, imagínate ella, que ni es sorda ni ciega y además mujer —respondió Víctor riéndosele a la cara.

—Falta saber la respuesta de ella —inquirió el restaurador.

—Cuando sabe que vienes, se arregla más de lo que lo hace normalmente, dejando un cierto coqueto desaliño muy bien estudiado. Los cambios son patentes para mí porque de una u otra forma vivo en su casa. No estemos más tiempo aquí parados y subamos —le dijo Víctor, introduciendo una llave en la gran puerta de madera maciza del portal.

En el momento que entraron en el comedor, lo abandonaba el último de los que habían cenado, la propietaria al saber que estaban allí corrió a su habitación, se cambió de blusa, en su lugar puso una que se había comprado esa misma mañana, se retocó el peinado que nada tenía que retocar y apareció risueña ante ellos.

Cenaron con gusto y apetito, recogida la mesa ella trajo el vino dulce y tres copitas, una para Víctor, otra para ella y otra para el restaurador para que se sirviera agua en la copa y participase en el común comportamiento. Al servirse ambos el vino dulce, ella se levantó de la mesa volviendo con una botella de granadina en sus manos y una pequeña jarrita de naranja. Ambas cosas se las ofreció al restaurador.

—La combinación de granadina con refresco de naranja es estupenda, como no tengo los sustituiremos con zumo de naranja natural que no debe desmerecerse comparada con la combinación anterior.

Echó ella granadina en la jarrita con el zumo, removiéndola con una cuchara y sirvió el líquido en la copa del restaurador. Víctor quiso probarla también y le acercó la copa, sirviéndose ella también.

—Sí que está bueno, me gusta este sabor peculiar —dijo el restaurador.

—El sabor dulzón que deja al final y que se saborea desde el principio no me desagrada en absoluto, he aquí una buena bebida para él que no bebe alcohol —dijo Víctor, añadiendo —pero debo ser fiel a mi vino dulce, reconozco que me agrada ese toque alcohólico.

Una residente que había tomado habitación el día anterior, asomó la cabeza por la puerta del comedor, al verlos se disculpó y desapareció por el pasillo. La dueña de la pensión les contó que la joven recién llegada a la pensión le daba en el olfato que debía tener, por su actitud algún problema, y este problema, si lo había, estaba segura que era amoroso o con el amor relacionado.

—Estos tipos de problemas despiertan en mí un sentimentalismo atroz, no puedo evitar empatizar con quien lo padece. El sufrimiento amoroso es el peor de los sufrimientos.

—Si lo es, es por una razón —afirmó Víctor.

—¿Cuál? —inquirió ella.

—El egoísmo, es un sufrimiento egoísta, por esa razón es un sufrimiento íntimo y desmesuradamente doloroso —respondió Víctor.

—Interesante. Paradójicamente interesante —pronunció el restaurador.

—No aprecio la relación que has hecho, explícate mejor —dijo ella.

—El amor hacia otra persona es una actitud desinteresada totalmente, su único principio consiste en contribuir al desarrollo y bienestar de esa otra persona, o si se quiere expresar con otras palabras, contribuir a su felicidad. Esta palabra no la utilizo nunca por la falsedad que en sí misma encierra. He de matizar que esta contribución no debe molestar ni impedir de forma alguna el desarrollo y bienestar o felicidad del que ama —aclaró Víctor.

—Una actitud que se retroalimenta a sí misma. La persona que ama lo hace de manera incondicional, en el tiempo y sin estar sujeta a caprichos del humor o al de los múltiples vaivenes cotidianos —añadió el restaurador, al tiempo que por su mente pasaba reviviendo en fugaces pensamientos situaciones amorosas pasadas.

Durante unos instantes su cuerpo se encontraba sentado acompañándolos, pero su mente se hallaba distante, muy alejada en el tiempo. Ella lo notó en la expresión de su rostro, le cogió una mano con una de las suyas.

—Vuelve aquí, vas a perderte en esos mundos, quién sabe por dónde navegas —le dijo.

El restaurador sonrió y su rostro, que había efectivamente adquirido un carácter sombrío, recuperó de nuevo la frescura que todo rostro adquiere cuando tras él esta una mente inquisitiva.

—Sigo sin ver la relación entre sufrimiento amoroso y egoísmo —dijo ella.

—Si una persona ama de verdad, y sinceramente, su persona no cuenta, ya que es una entrega total, y no parcial de su vida. Una persona que ama de una forma total, antepone la vida de la persona amada a la suya, considerando así al amor, este carece de egoísmo, carece del estúpido ego, en un amor así, no tienen cabida los enfados, ni los enfrentamientos por las naderías que tan a diario pueden verse en las parejas —aclaró el restaurador.

—Lo que viene a verse en las parejas matrimoniales, es que no hay en ellos el menor asomo de la condición amorosa de la cual estamos hablando. Alguien que antepone la vida de la persona amada a la suya, puede anteponer una idea, un capricho, una creencia, una costumbre, un hábito, e imponerlo a la persona que ama. Hay en estos hechos una gran contradicción —aclaró también Víctor.

—¿Todo eso son actitudes del ego, mentalidad egoísta de partida? —¿preguntó otra vez ella.

—Efectivamente. Siempre considerando el hecho amoroso en un sentido teórico. En un sentido práctico intervienen factores que hacen poco menos imposible que la actitud amorosa en un sentido de la pureza teórica de la que hablamos pueda producirse. Los traumas personales sin superar, las neurosis por estos traumas generados, las ambiciones y objetivos sociales que cumplir, deterioran las mentes convirtiéndolas en mentes incapaces para el amor. Lo que se entiende por amor no es más que un coctel de deseo, conveniencia y costumbre social. De ahí que el sufrimiento amoroso sea algo tan terrible de soportar que con frecuencia conduce al suicidio y con mayor frecuencia al asesinato de la persona amada. ¿Es amor? No, pero es lo que por amor se entiende. La pareja matrimonial se ama santificada por la iglesia, el estado y las familias respectivas. Al producirse la separación, este sacro y estatal amor se convierte en un abrir y cerrar de ojos en un odio exacerbado sin límites. ¿Es amor? No, pero es lo que por amor se entiende —expresó Víctor vaciando de un trago la copita de jerez.

—Por esas razones y algunas más, he preferido por mi parte, no tener pareja de convivencia. Si encontrase una mujer que no tuviese incorporada la neurosis como norma conductora de su vida, a ella me pegaría como lapa a la roca marina —dijo el restaurador.

—¿Has buscado bien? —le preguntó ella, viéndolo a los ojos.

—He buscado. No sé si bien. También he ido al encuentro, nada he encontrado y nada me ha salido que no fuese la normalidad normalizada de la que hemos estado hablando —le respondió el restaurador.

—¿Estabas tú a la altura de esa exigencia? —preguntó ella de nuevo.

—Lo estaba y lo estoy —respondió él con firmeza.

—También yo lo he estado y lo sigo estando —respondió ella con la misma firmeza en su voz.

—La cuestión estriba —se pronunció Víctor sonriendo—, en la misma medida que todo funcionario se considera un implicado trabajador, y sabemos que hacen honor a su divisa: «Por la mañana no estamos y por la tarde no trabajamos» y a su grito colectivo de oficina: «Vuelva usted mañana». En la misma medida que todo el mundo se reconoce como un

honrado ciudadano, teniendo todas las casas gruesas puertas con infranqueables cerraduras. Lo mismo ocurre con respecto al equilibrio mental para las relaciones amorosas. Si la valoración es subjetiva nos indilgamos la máxima calificación, si la valoración es hecha por alguien ajeno a nosotros la nota calificadora bajará ostensiblemente. Si vosotros lo habéis estado en el pasado y en el presente, como habéis dicho, yo no voy a ser de menor categoría, y digo lo mismo que vosotros. He estado y sigo estando a la altura de esa exigencia amorosa. Los tres somos estupendos, los tres somos honrados, los tres somos responsables trabajadores, pero la billetera no la dejamos a la vista, la ponemos a buen recaudo.

Ella soltó una sonora carcajada contagiándolos involuntariamente.

—No puedo menos que admitir que tu razonamiento es incontestable, a pesar de ello, el juicio o la valoración que sobre uno mismo se haga, puede y debe conllevar una objetivación, un previo autoanálisis, sin él, todo aquello que pensemos sobre nosotros mismos llevará siempre a resultados erróneos —respondió el restaurador.

—Difícil pones el asunto. Las valoraciones las realizamos por contraste y por comparación con los demás —dijo ella.

—Esa valoración en contraste con quienes nos rodean o con la idea que tenemos de lo que nos rodea, no deja de ser una valoración social. Quiero explicarme mejor. Poseo un esquema mental con el que realizo toda valoración posible, para realizar la valoración de la que hemos hablado, se necesita retirar ese esquema mental que tabuiza con sus criterios todo pensamiento, un pensamiento liberado por sí mismo conoce la libertad y puede entonces realizar un autoanálisis. Conocerse a sí mismo es emitir consecuentemente un certero veredicto —dijo el restaurador.

—Este autoanálisis, una vez apartado de sí el coercitivo esquema mental, debe realizarse de manera consciente en cada momento de nuestras vidas. ¿Es eso lo que quieres decir? —finalizó preguntando ella.

—Lo has pillado plenamente —le dijo Víctor.

—Rediós, no hay ser humano que pueda conseguirlo. Ni yo que soy la superwoman.

—No lo sabía —respondió el restaurador amablemente.

—Ahora ya lo sabes, *superwoman* o no, reconozco que no estoy a esa altura. Pero os juro que lo he intentado. Cada noche me acuesto con el propósito de despertarme un poco mejor, cada día me despierto con el propósito de ser un poco mejor. En todos estos años nada he avanzado, creo que me encuentro en el punto de partida —le respondió ella.

—Si has llegado a esa conclusión creo que el punto de partida hace tiempo que lo has dejado atrás. ¿Piensas lo mismo? —le preguntó dirigiéndose a Víctor. A lo que este contestó afirmativamente, moviendo la cabeza. Tenemos un pequeño defectillo, continuó diciendo el restaurador. La arrogancia. Nadie está autoanalizándose para conocerse totalmente, únicamente los dioses se conocen a sí mismos. Las arrogancias pueden retirarse con el autoanálisis que sobre nosotros hagamos, los autoanálisis parciales nos mejoran parcialmente. Esa contribución parcial nos prepara para un equilibrio y nuestra posterior actuación —finalizó el restaurador, al tiempo que se servía una copita de granadina con naranja.

—Conclusión —dijo Víctor—, razonar y autoanalizarse desprendiéndose de los esquemas mentales externos es de inteligentes, pocos consiguen alcanzar ese grado, y los que lo consigan podrán alcanzar un alto grado de bienestar mental, espiritual, o de

felicidad, si quiere expresarse de otra forma. Con esto puede afrontarse con gran optimismo la aventura amorosa con otra persona, que para nosotros es desconocida.

—Dicho así, entiendo que la aventura amorosa, y como tal aventura, incierta. El amor en su aspecto práctico es una aportación mutua, yo te apporto esto, tú me aportas aquello, yo necesito aquello que tú me puedes dar, tú necesitas esto que yo te puedo aportar. Es una transacción, que en el momento que deja de realizarse se rompe al mismo tiempo la práctica amorosa, de perdurar unidos sin esto, el resentimiento abre sus puertas al odio, germinando todo tipo de conflictos. Aún con todo lo difícil que lo estamos poniendo, y no siendo ninguna ingenua jovencita, estoy con el ánimo dispuesto, después de muchos años, a intentarlo de nuevo con la persona que fríamente elija y apasionadamente me atraiga. —dijo la propietaria dirigiendo las últimas palabras al restaurador.

—¡Así se habla, *superwoman*! ¿Tienes ya a alguien en el punto de mira? —preguntó meloso el restaurador.

—En eso estoy, pero se mueve demasiado y resulta complicado dar en el blanco —respondió ella, estableciéndose entre ambos una conversación con trasfondo íntimo —¿Y tú tienes a alguien, además de los escauceos masculinos, en el punto de mira? —finalizó devolviendo la pregunta.

—He estado observando a ese alguien, es un blanco tan grande para hacer diana que temo que mi proposición sea rechazada, como la de un insecto enamorado de una hermosa leona. No me desanimo, haré como en el cuento de la petaca —dijo el restaurador cortejándola abiertamente.

Víctor mientras tanto permanecía en silencio permitiendo que los dos, más que adultos, hablasen como adolescentes.

—¿Cómo es ese cuento? —preguntó interesada.

—El sacristán de una iglesia le ayudaba una mañana al sacerdote a ponerle el uniforme para decir misa, al cura le cayó una petaca, al sacristán le gustó, pidiéndole al cura que se la regalase. El cura, con buenas razones, se negó a dársela. Durante el oficio, el sacristán que hacía también las veces de monaguillo le pidió varias veces por lo bajo que le diese la petaca. En la sacristía, finalizada la función, ayudando a retirarle el uniforme volvió reiteradas veces a pedirle la petaca, el cura le explicó pacientemente que esa petaca la había heredado de su padre y que tenía, para él, gran valor sentimental, esa era la razón por la que no podía dársela. Cuando salían de la iglesia cerraban la puerta, el sacristán no atendiendo a razones insistió varias veces pidiéndole la petaca. El cura se fue a su confortable y buena casa construida en piedra que se encontraba situada enfrente de la iglesia, no había acabado de comer el buen trozo de carne asada que su criada, y al parecer parienta suya, le había preparado, cuando apareció por la ventana la cabeza del sacristán requiriendo, el ya tantas veces pronunciado, ¡señor cura regáleme la petaca! La tarde era calurosa y el cura se estaba en la butaca de su despacho con la ventana abierta, sintió como unos golpes lo traían del mundo de los sacerdotales sueños a la humana realidad, al abrir los ojos vio al sacristán en la ventana y al despabilar los oídos escuchó lo ya escuchado tantas veces ¡señor cura, regáleme la petaca! El cura en un arranque de desesperación tomó la petaca que estaba sobre una mesita al alcance de su mano y se la arrojó al sacristán gritándole ¡toma la petaca, toma la petaca, sacristán del demonio! Sin percatarse que estaba llamándose demonio a sí mismo.

Por la tarde el cura, como era su costumbre escuchaba en confesión a sus feligresas, porque únicamente eran las mujeres quienes iban a contarle al cura sus íntimas tentaciones. Una joven confesadora se sinceraba con el cura de su gran preocupación, su

novio quería propasarse en la relación de noviazgo de los permitidos tocamientos, lo que estaba por la iglesia condenado como pecado. El cura le recomendó que se negase a tales proposiciones.

«Es que insiste e insiste», respondió ella. «Ten fuerza de continencia y voluntad ante tales actitudes, la naturaleza del hombre es más impulsiva que la de la mujer, niégate, un no rotundo hace milagros. «Lo hago y lo digo, pero su insistencia agota toda resistencia», respondió compungida la muchacha. «Háblale del matrimonio, en él podrá consumarlo sin pecado y con la aquiescencia de la iglesia y de Dios», dijo el cura pacientemente a su feligresa. «Lo he hecho, respondiendo él que eso tardaría demasiado tiempo, insiste que te insiste», le respondió la muchacha con cierta desesperación en su voz.

El cura por su parte decidió no tomar cartas en el asunto sino poner sus propias manos en el asunto, y con bastante enfado, recordando lo acontecido con su petaca le preguntó a la muchacha: «Dime quién es tu novio, hablaré con él y lo pondré inmediatamente en su lugar». «Es el sacristán», respondió avergonzada la muchacha.

El rostro del sacerdote no pudo verse, lo impedía tanto la penumbra como la celosía de la garita confesional, pero de seguro que había adquirido el color de los que padecen enfermedades terminales y están en las últimas. Pero murmuró entre dientes: «¡Hija mía, date por jodida!».

Apenas finalizó de hablar el restaurador la figura de la joven que con anterioridad había asomado la cabeza, irrumpió en el comedor rogándole a la propietaria si podría proporcionarle un calmante o algo similar, tenía un dolor insufrible de cabeza que le impedía conciliar el sueño.

La propietaria de la pensión la invitó a sentarse con ellos mientras iba a buscarle paracetamol, esta muchacha pensó, además necesita algo de sosiego. Víctor se levantó ayudándola a sentarse moviendo la silla en un gesto de caballerosidad.

Cuando tuvo ante sí la gragea y un vaso de agua, el restaurador le pidió permiso para intentar calmarle las molestias masajeándole la cabeza.

—Tal vez logremos retirar ese dolor, estoy en contra de consumir medicaciones innecesarias si pueden evitarse, el paracetamol es hepatotóxico.

Masajeó el cuello, después la nuca, finalmente el cuero cabelludo, las sienes y la frente. Le había puesto una moneda en su mano, al finalizar el masaje le dijo que concentrarse todo su dolor en la moneda y que la depositase en el vaso con agua.

Había experimentado gran alivio con el masaje, al soltar la moneda de su mesa el dolor le desapareció totalmente.

—Esta agua la tiramos, la moneda vuelve a mi bolsillo, y a pequeños sorbos beberá usted un vaso de agua fresca —acabó diciéndole el restaurador.

Sorprendida la muchacha, que vista con mayor detenimiento, aparentaba menos edad de la que realmente tenía, agradeció la sorprendente curación.

—Ese dolor de cabeza, estoy segura, le dijo la propietaria, es debido a los nervios, tensiones o problemas por los que estás pasando.

Asintió ella, humedeciéndosele los ojos, que lejos de afearle el rostro le proporcionó un liberador brillo.

—Estás entre amigos, cuéntanos lo que sucede, entre todos buscaremos alguna solución, pues no hay nada humano que no la tenga, menos la muerte, dirá alguno que no se ha parado a pensar que la muerte es una solución en sí misma —insistió la propietaria.

Dio un profundo suspiro y teniendo una abrumadora necesidad de hablar de sí misma se confió a ellos.

—Llevo tres años casada, comenzó diciendo, mi profesión es la de enfermera, mi pareja es juez, nuestra economía familiar es más que holgada y no tenemos niños, cierto que hay grandes diferencias de criterios entre nosotros, pero en general la vida en pareja no se ve asaltada por contrariedades caprichosas, excepto por una sola cosa, mi marido se ducha únicamente cada siete días, e igualmente cada siete días cambia su ropa interior. Es un cochino disimulado, pues la ropa exterior la cambia con mayor frecuencia. Le he dicho que se duchase más a menudo, le pongo la ropa interior limpia para que la utilice, el muy cochino hace oídos sordos.

Sin poderlo evitar todos pusieron caras de incredulidad y de asombro, la propietaria con mayor experiencia por el trato con pensionados sabía de la higiene personal y que muchos de ellos y de ellas podían mejorarla. No obstante, siete días no lo había visto nunca, motivo por el que no pudo dejar de asombrarse también. La muchacha de aspecto joven, pero mujer hecha, tenía gracia al hablar.

—Me ducho a diario, a la salida del trabajo siempre, a la entrada también. No soporto la falta de higiene y la suciedad corporal intencionada, como va a tenerse contacto íntimo con un cochino, aunque acicalado con ropa de marca. Aun así, era yo quien lo requería pidiéndole que pasase antes por la ducha, el muy cabrito la mayor parte de las veces se negaba a hacerlo aludiendo que estaba limpio y si no que esperase al día en que decidiese meterse en la ducha, tampoco debéis creer que ese día me requería, era yo la que debía ir tras él generando en mí una sensación de extraña culpabilidad. Tuvimos nuestros más y nuestros menos, siempre la dichosa higiene, que fue extendiéndose a otros aspectos diarios, debo reconocer, muchos de ellos provocados por mi insatisfacción. Dejamos de acariciarnos y de hablarnos con afecto. El cochino no creo que tuviese interés por el sexo, de tenerlo se lavaría.

Llegué a convencerme que no sentía atracción hacia mí por ese reiterado comportamiento, también llegué a creer que lo hacía para mortificarme. Dentro de mis conjeturas estuvo el considerarlo homosexual, o asexuado al menos. ¿Qué otra cosa podía haber pensado? En una de las frecuentes discusiones llegamos al acuerdo bipartito de una ducha cada dos días y cambio de ropa limpia diaria. El cochino a los pocos meses volvió a la costumbre de los siete días. Finalmente, tras una grave discusión se acordó que respetaría y cumpliría la ducha cada dos días. Sentimentalmente me había distanciado de él, y ahora aún lavado, no me apetecía mantener ayuntamiento ni concejalía alguna con su persona, que la veía sucia, además de sentirme humillada durante todo este tiempo. Era el quien ahora me requería con alguna mayor frecuencia que antes, que no vaya a creerse que era para echar cohetes, antes me requería una vez al mes, ahora dos o tres veces. El llevarse algo mejor con el agua y el jabón, le había proporcionado, al parecer un derecho que yo duchándome dos veces al día en plena íntima concordia con el agua jabonosa, nunca he tenido. En un intento de superar, por mi parte, ese rechazo, le exigí como ultimátum el aseo completo diario. No solo se negó rotundamente, sino que volvió de nuevo a su estado natural pocilgero hidrofóbico. He llegado a pensar, dentro de mis desesperadas elucubraciones, si lo haría por un ahorro de agua, por actitud respetuosa con el medio ambiente o solidario con la seguía que aqueja algún país africano.

Me busqué un amante pero no pasamos de un ligero manoseo en un cine, yo me enamoré de él, reconozco que era un enamoramiento como válvula aliviadora, como estaba casado y con hijos, asustado salió corriendo de un sitio en el que nunca había entrado. En esto estoy ahora, con un amante que no llegó a serlo, pero eso sí aseado y oliendo a limpio que me encandilaba. Un marido, que no es malo, pero es un cochino, con un temor hidrofóbico al agua que adquiere síntomas rabiosos, y yo más perdida que un ciego en paracaídas, tomándome un tiempo de meditación, reflexión, experimentación o quién sabe qué, en esta pensión, trabajando como siempre lo he hecho y esperando a la sopa boba, quiero decir, ni andando hacia adelante ni hacía atrás.

Lo que escuchaban no dejaba de ser una situación dramática, pero tal como lo había contado en sus rostros se manifestaba una sonrisa de irónica complicidad.

Víctor le ofreció un poco de vino dulce que ella aceptó con un «Gracias, me hace falta».

Tanto el restaurador como Víctor permanecían en silencio sin saber que decir. Fue la propietaria quien habló.

—Ante tanta terquedad y falta de actitud generosa, no veo solución viable...

—¿Terquedad y falta de generosidad? ¡Cochinería y guarrería! Ante eso tampoco veo solución viable, sin embargo, estoy como una pasmarota esperando a Papá Noel el día de Navidad —la interrumpió la muchacha.

—No veo solución viable con él, en la que a su vez tú puedas encontrarte a gusto. A no ser que renuncies a un contacto amoroso, que busques ese contacto en un tercero o que rompas definitivamente la relación con esa persona con la que no te encuentras a gusto. No hay mucho más donde elegir, las decisiones que tomes son tuyas, pero debes tener en cuenta que la decisión sea la que sea, debes tomarla por tí misma, pensando en tí misma, sin terceros por medio —le dijo la propietaria.

—Es muy duro lo que dejas atrás, sea para irte o para quedarte, elijas lo que elijas habrás de sentirte liberada —le dijo Víctor.

—Poco podemos ayudarte en este asunto, únicamente en lo económico si lo necesitas. No obstante, hay hombres con buena higiene diaria, si esa es tu exigencia no tendrás problema en encontrarlos, si tu exigencia es que no sean imbéciles, lo tendrás más difícil, bastante más difícil —le dijo el restaurador.

—Es una hora tardía, debemos retirarnos —dijo la propietaria, levantándose de la silla. Cuando la muchacha se hubo marchado —le dijo al restaurador.

—Quédate, hay una habitación libre.

—Me quedo si ocupo la habitación contigo, previa ducha por mi parte.

—Ducha previa por la mía —respondió ella.

Una semana más tarde Sole le comunicó a Víctor que tenía que estar en Madrid durante varios días, que estaba deseando verlo, por otra parte, no quería interrumpir su retiro madrileño, que decidiese lo que considerase. Víctor a su vez le explicó que estaba deseando verla, acariciarla hasta dejarla dormida, y seguir haciéndolo hasta quedarse dormido él. Pero que si la veía se iría con ella, esa era la contrapartida.

—El asunto está decidido, nos vemos y te vienes conmigo, voy a tu rescate, mañana nos vemos.

—Dormiremos en mi pensión, no es un hotel de estrellato, pero es familiar, cómodo y se come de maravilla —le dijo Víctor, añadiendo, te pediría que me trajeses un bonito vestido, traje o algo así, para la dueña de la pensión, es encantadora y merece una atención por mi parte. Tráeme también algo para una mujer joven, es un detalle para aliviarle males de amor.

—Lo más apropiado sería que las viese primero, hago mi valoración y se los enviamos después.

Llegó Sole a Madrid, recibida por Víctor en la estación de ferrocarril, penetraron en la estrecha calle, cercana a la Gran Vía y la Plaza de España, por él acompañada entró en el edificio con dos plantas dedicadas a la pensión. Sole curiosa, lo observaba todo con ojos de arquitecto sin ejercer, pero sin la frivolidad burguesa. Aquella era una pensión corriente donde se instalaban gentes de paso por sus trabajos y viajeros que buscaban dormir en una habitación por un precio económico. Acostumbrada a instalarse en hoteles estrellados, la pensión le pareció, cuando se hubo instalado, encantadoramente acogedora.

Cenaron en compañía del restaurador y de la propietaria. La enfermera hubiese sido invitada, pero tenía una guardia nocturna en el hospital. La propietaria había maternalmente acogido a la enfermera bajo su protección. Víctor se encontraba radiante, no se había imaginado lo mucho que interiormente deseaba a Sole, había reprimido ese deseo en aras de una experiencia fuera de su cátedra y de su ciudad, su vida había dado un vuelco y como tal vuelco debía obrar en consecuencia, salir al mundo exterior desconocido. Es cierto que el conocimiento que con anterioridad tenía del mundo había sido a través de lecturas, ellas habían configurado su mundo del mundo, pero faltaba el aspecto tangible, el palpar material de las cosas, el padecer en carne o en espíritu propio las cosas mundanas sin las que no se puede decir que se ha vivido. Hay quien vive repitiendo una y otra vez como cobaya caminado en la rueda de su jaula, tampoco esas personas han vivido con vida su vida, más bien podría decirse que las situaciones las han vivido a ellos, que la experiencia adquirida en cada situación, en lugar de serles un nutritivo aprendizaje son ellos los que se han convertido en alimento para las situaciones. Pudiendo afirmarse que no han vivido en la vida, sino que la vida ha vivido en ellos. Triste es reconocer estos hechos, pero la realidad es manifiestamente incuestionable.

El restaurador de libros se había marginado voluntariamente alejándose de la superficialidad social, con anterioridad había mantenido una actividad social en múltiples facetas insertadas unas en otras. En ningún momento, a pesar de las dificultades dejó de lado su formación intelectual, formación que a pesar de su retiro mantiene diariamente en solitario. Ama los libros, pero no por ser libros, si no por su contenido, por su néctar comunicativo transmisor del conocimiento humano. El conocimiento técnico, el conocimiento científico, anteriormente bien diferenciado uno del otro, se encuentra ahora unido bajo la misma palabra, ciencia. Las artes mecánicas o el conocimiento mecánico era relegado a una actividad manual en la que se requería destreza, paciencia y a menudo ingenio. Esta destreza, esta paciencia e ingenio, fueron los padres de la ingeniería, considerada en un principio como un arte menor. Arquímedes así tenía en consideración a la mecánica, como una aplicación práctica de sus conocimientos. Sin embargo, durante la defensa de la ciudad de Siracusa, sus construcciones de armas innovadoras que asombraban a sus contemporáneos y que tanto siguen asombrando a los contemporáneos actuales no representan más que la superficial pátina que cubría las posibilidades de una mente cultivada. La ciencia no ha absorbido a las artes mecánicas o a las artes técnicas, se ha fundido en ellas en una amalgama de extraños componentes, llegando a considerarse que un conocimiento si no es práctico no es conocimiento, lo que viene a ser que no produce beneficios. La pintura, la escultura, la literatura, la música, la danza, la filosofía,

la misma arquitectura, sí es considerada como belleza creativa y no como aplicación técnica, es desvalorizada y sujeta a ser relegada a la consideración de pasatiempo como las disciplinas anteriormente mencionadas.

El espíritu humano ha huido del conocimiento, lo que el hombre adquiere, es un conocimiento parcialmente dominado por una hospitalaria asepsia mental, es tan limitado y tan primario que fue necesario adornar barrocamente la ciencia con vestimentas ideológicas de lo más dispares y con frecuencia contradictorias. ¿Qué es la filosofía? Podría preguntarse y no obtendremos respuesta, como tampoco la obtendremos a la pregunta ¿Cuál es el cometido de la filosofía? Al igual que con la filosofía, lo mismo ocurrirá con el resto de las artes. La ignorancia de la ciencia es tal que ha tenido que alardear de sí misma publicitariamente como un producto comercial a la venta. Todo debe ser sustentado con la palabra ciencia previamente, con la que poder justificar su existencia, no a la inversa como pudiese creerse. Ciencia política, ciencia histórica, ciencia médica, ciencia musical, hasta llegar al servido absurdo, ciencia científica o ciencia de la ciencia.

Si las artes han sido relegadas al orden del entretenimiento turístico en museos, la literatura lo ha sido igualmente, pero a un escalón inferior, la diversión, la novela ya no comunica ni plasma las perennes pasiones humanas inmersas en las telarañas sociales, se ha convertido en un consumo fácil de digerir que afirma lo que ya se es. El teatro un acontecimiento divertido, igualmente sucede con la música y con las otras clases de sonidos manifestados con mayor o menor acierto armónico. La poesía considerada como algo inútil, por ser en estos tiempos incomprensible, es descendida al más bajo de los peldaños de la consideración. Si a las preguntas ¿qué es la filosofía, para que sirve o cuál es su cometido?, no se obtenían respuestas, ¿qué respuestas habría de esperarse si las mismas preguntas fuesen hechas sobre la poesía?

Sin espíritu el hombre no es hombre, la humanidad no es tal humanidad. Si el hombre para diferenciarse de los demás animales se denominó Homo Sapiens, incorporando el calificativo de sabio, es porque así se lo llamó a sí mismo. El hombre se diferencia del animal porque el hombre sabe construir aviones y al animal no, dirán algunos. Esos algunos a la pregunta de si ellos saben construir aviones responderían con una negativa. La contestación tajante no puede ser otra ¡entonces sois animales!

Todo este saber vacío de contenido vital, domina dictatorialmente las mentes universitarias que en un falso acoplamiento identificativo unen el conocimiento profesional con el conocimiento, el hacer profesional con el hacer en la vida. Nada más falso ni impropio.

El restaurador, en su ostracismo, no se había alejado espiritualmente de sus semejantes, los amaba, pero no los soportaba, sentía en sí mismo sus agónicos sin vivir, veía sus buscadas pesadumbres y sus reiterados hábitos conducentes de un disgusto a otro disgusto, como eslabones de una cadena sin fin. Habitados al sufrimiento lo aceptaban como la normalidad en sus vidas, tomando literalmente como ley la frase bíblica “la vida es un valle de lágrimas”. Es restaurador se había alejado de sus semejantes por estas razones, sus conversaciones le aburrían, sus preocupaciones centro único de sus vidas y para todos ellos programadas igual, les parecían tan buscadas como inútiles sus soluciones. Sin embargo, los amaba incondicionalmente, rehuyendo su trato lograba mantenerse a salvo de su peligroso contagio. Se había retirado abiertamente del contacto social, restringiéndolo a lo más necesario, amable y cortés en su trato, pero en su actitud se denotaba la distancia existente entre uno y otro. Distancia que el otro calificaba como rareza y excentricidad porque sentía que no era como ellos.

La propietaria de la pensión había llegado a conclusiones prácticas parecidas, pero no desde una perspectiva intelectual sino por los acontecimientos de su vida, sus padecimientos, superados por las cualidades innatas de observación que la naturaleza la había dotado, se había retirado de la sociedad limitando su actividad física a su pensión, pero amaba también a sus semejantes en sus pensionados. En ellos había visto a lo largo de los años contrariedades y sufrimientos, la mayoría de ellas buscadas y cuyas soluciones eran reacios a adoptar y cuando lo hacía resultaban inútiles por la propia intención solucionadora. Era su negocio, como forma económica de vida lo defendía eficazmente, sin perder la humanidad, el gesto, las palabras amables o aleccionadoras, según fuese el caso, con sus clientes que al poco tiempo los integraba formando parte de su vida. Escuchaba mucho, observaba todavía más. Si Víctor con los años de docencia había adiestrado sus ojos en las aulas universitarias sobre los alumnos, ella lo había hecho en menor escala, pero a mayor profundidad e intensidad, entre sus huéspedes. Ambos habían adquirido una destreza similar practicando comportamientos opuestos, Víctor practicaba un cultivo extensivo, ella un cultivo intensivo.

Sobre los miles de alumnos que pasaron por su aula, es cierto que únicamente a un porcentaje ínfimo les había tratado como para llegar a conocer algo más sobre ellos. Ella sin embargo teniendo ese puñado de huéspedes, de edades y profesiones tan dispares, conocía a través del trato diario y cercano más de ellos que ellos de sí mismos. No hablaba mucho, pero sabía escuchar, si alguien estaba en apuros económicos, lo animaba diciéndole que la vida económica de las personas se compone de altos y bajos, tranquilizándoles atrasando el abono de los gastos para cuando solventasen la situación y viniesen tiempos mejores. Siempre saldaron sus deudas cuando pudieron aquellos a los que ayudó, unos con más agradecimiento que otros, pero eso a ella no le importaba, cuando tuvieron dificultades y la necesitaban estuvo a su lado, cuando no la necesitaban se apartaba discretamente. Había aprendido que cada individuo labra su propia vida como un agricultor su campo, también había aprendido que lo que cada individuo hacía con el fruto labrado era lo que llamaban destino. Frecuentemente situaban al destino como un ente ajeno a todos ellos, sin reconocer que tenían arte y parte en él. Los apoyaba en la medida que podía en su pequeña parcela, que para muchos de ellos era en esos momentos el único territorio en el que podían sentirse seguros.

Sole se había criado en el cómodo ambiente de la burguesía catalana, su destino social marcado desde la infancia fue roto por ella misma, al variar su comprensión mental de lo que la rodeaba, pero cumplió filialmente las imposiciones y las expectativas familiares. Cuando se sintió mujer y dejó de ser hija, realizó la ruptura física, como consecuencia de esta actividad hubo con la familia dolorosos enfrentamientos. Persistió en un camino diferente al familiar marcado, al igual que persistió en un camino diferente al burgués en su ciudad marcado. Es cierto que tenía su propio negocio, que comerciaba con vestimenta exclusiva, que la burguesía adinerada buscaba su trato y ella lo limitaba siempre que podía al trato comercial. No hizo nunca diferenciación entre clases sociales, en su mente desde niña la había desechado una y otra vez con contundencia, no podía ser de otro modo, los despectivos comentarios de sus padres sobre la gente obrera, emigrados a Cataluña, nacionales o internacionales, de color carbón soleado o blanco lechoso.

Estas diferencias de clase realizadas abiertamente unas veces, soterradas otras, no se correspondían con diferencias culturales o mentales. El baremo que toda burguesía arraigada sea en el país que sea, utiliza para medir, es el dinero, con el dinero mide, pesa y valora. Entre ellos establecen las mismas mediciones y valoraciones, alta burguesía financiera, alta burguesía, burguesía, burgués medio, pequeño burgués. En ningún momento podrían realizar valoraciones con otra cosa que no fuese dinero o canjeable en

dinero, porque en su mente lo tienen como objetivo primordial, todo lo demás son consideradas como objetivos secundarios que giran en torno de su objetivo primero, su vida lo es en la medida de su dinero. La mayor aspiración de un personaje de la burguesía después de muerto consiste en que el epitafio escrito en la lápida de su tumba grite para ser bien oído: «Aquí yace el más rico del cementerio». En vida no tienen esa aspiración, porque la muerte, la ven tan lejana que para ellos no existe la muerte, se consideran inmortales. En su infantil creencia creen que con el dinero lo pueden comprar todo, en esta creencia sumidos se sienten seguros y protegidos como el noble medieval en su amurallado castillo.

Sole poco a poco, peldaño a peldaño fue cambiando esta concepción del mundo, cambios realizados con oposiciones ajenas a ella y otros, las más, con oposiciones internas de ella misma. La lucha consigo misma, contra la educación que había en ella, fue la más feroz de las luchas, contra ella hubo de utilizar tanto el enfrentamiento abierto, como el oculto terrorista. En sus recuerdos de niña perduraba sobresaliendo uno especialmente sobre todos los demás, se había caído y rasgado la piel de una rodilla, tendría nueve años, varias personas muy bien vestidas del barrio pasaron sin prestarle atención, una persona vestida con funda de trabajo, al pasar se arrodilló ante ella y con un blanco y limpio pañuelo de tela secó los hilillos de sangre que manaban de su rodilla herida. Después de uno de sus bolsillos extrajo una chocolatina, recordaba que tenía un relleno con un agradable sabor mentolado, razón por la que le siguen gustando estas chocolatinas. Al entregársela le dijo: «Cuando acabes de comerla te habrá desaparecido el dolor, las utilizamos los obreros cuando nos hacemos daño. Es un secreto que no debe ser divulgado».

Antes de irse le acarició la cabeza, ella se fijó en sus manos grandes y fuertes, siempre tubo predilección por las manos granes y fuertes desde ese incidente.

Al contar en su casa lo sucedido su padre dijo: «Para eso están los obreros, para cuidarnos, por esa razón les pagamos».

La respuesta de su padre, aunque niña como era, no le pareció adecuada, llena de rabia quiso insultar a su padre, en su lugar saltaron lágrimas de sus ojos. Al preguntarle su padre porque lloraba, ella le respondió que le dolía la herida, era la primera vez que mentía, no era mentira propiamente dicha, era no decir la verdad de lo que le pasaba.

¿Qué era lo que le pasaba? Sole no lo supo hasta años más tarde cuando con un grupo de adolescentes, uno de ellos descendiente y futuro heredero de fabricantes de cava, dijo despectivamente que los obreros eran miserables, que había que estar encima de ellos como el tábano sobre el caballo, porque la pereza era su piel.

Mientras los demás asentían, sintió por segunda vez aquella rabia infantil que no pudo ni quiso reprimir, con voz pausada le dijo:

—Inútil niñato, como te atreves a hablar así, tú que no has hecho en tu vida más que gastar el dinero que tu familia te da, después de habérselo quitado de la sangre a los que trabajan, como te atreves a hablar de ese modo, un inútil que nada sabe hacer y por las trazas que llevas nada sabrás hacer en el futuro. Habla de pereza un inútil como tú, que no se la casca porque le resulta cansado. No me extraña oírte hablar de ese modo, ese pensamiento no puede ser tuyo, tu cabeza no da para tanto, repites a buen seguro frases que oyes de las desalmadas cabezas de tus familiares de las que tú eres una buena caricatura.

El grupo permaneció en silencio sin atreverse a abrir la boca. Sole estaba esperando para saltar sobre ellos, de uno en uno o sobre todos ellos a la vez, permanecieron en silencio, no porque estuviesen conformes con sus palabras, todos ellos eran hijos de burguesía adinerada, permanecieron en silencio por miedo, nunca nadie les había hablado de ese modo y menos una muchacha de su mismo ámbito. «¿Calláis?», preguntó echándoles una mirada desafiante.

Cuando estuvo sola, supo de dónde venía aquella rabia que había surgido en ella espontáneamente, también supo por qué, y desde aquel momento cobró conciencia social, nunca volvería a ser la misma, tenía dieciséis años.

El chisme, la anécdota, pasó de las otras familias a la de ella, en su casa le preguntaron que había de cierto en todo aquello y ocultó la verdad en una plausible respuesta.

—Quizá fuese un poco dura de más en mis expresiones, pero estaba harta de soportar sus miradas lujuriosas que sin recato me lanzaba. Así que aproveché la ocasión para decirle algo de lo que llevaba guardado para en el momento propicio decirlo. Sea como sea, me quité un inútil moscardón vinícola de encima.

Buscó con la mirada el apoyo de su madre, esta le sonrió manifestando su aprobación. Su padre se encogió de hombros.

—Si solo fue por eso, la sangre no llegará al río. De aquí en adelante la lengua debes utilizarla para hacer burla cuando no te vean. El negocio es el arte del disimulo, conservar las amistades es un arte similar, no lo olvides —finalizó diciéndole.

—¿Cuándo podré hablar claramente? —preguntó ella.

—¡Nunca! —respondió su padre tajante.

Jugó Sole desde entonces a dos bandas, aprendió rápido el arte del disimulo, era considerada la burguesa perfecta, educada, estudiosa, buenos modales y de entretenida conversación. Por su parte ella los consideraba zafios, ignorantes y brutos como arados, aunque condujesen automóviles de alta gama.

Dos días más tarde de haber llegado Sole a Madrid, recibió un paquete de su tienda, Víctor y Sole se lo entregaron a la dueña de la pensión.

—Un regalo, si no es de tu agrado lo cambiamos por otra cosa —le dijo Víctor.

Ella abrió el paquete, al ver su contenido no pudo reprimir un grito de sorpresa, corrió a su habitación, poco después apareció espléndida, el traje parecía haber sido diseñado para ella.

—Esto es el sueño cumplido de toda mujer, que no puede permitirse comprar trapitos semejantes. Con este traje presumiré como si me salieran euros por las orejas o que tengo un amante al que le salen los euros por las orejas, más de alguna conocida tendrá convulsiones provocadas por un virus maligno llamado envidia. ¿A dónde voy a llevarlo puesto? ¿Al super o al mercado arrastrando el carrito de la compra? Lo pondré en momentos especiales, los días que sienta que los años se me vienen encima, para levantarme el ánimo, lo pondré también para que me vea atractiva nuestro común amigo y levantarle el ánimo o lo que sea que haya que levantarle, si se encontrase decaído —les dijo y siguió hablando dominada por la euforia.

—Habéis gastado una pasta gansa, es una locura, no lo puedo permitir, vais a devolverlo inmediatamente. Hay que volver a la realidad, todavía no me he vuelto turuleca, la cordura aún rige mis actos.

Sole se reía con ganas, estaba acostumbrada a la venta y al trato con mujeres, pero aquella inusual explicación pletórica de entusiasmo la alegraba sobremanera.

—Si quieres devolver el traje tendrás que hablarlo personalmente con la dueña de la tienda, debes saber que a ella le cuesta el traje menos del cincuenta por cien de su valor —le dijo Sole.

—Lo haré ahora mismo y con el traje puesto, dame el teléfono de esta señora que quiere hacerse rica a vuestra costa —dijo decidida ella.

—Vas tener que hacerlo personalmente —dijo Víctor riendo.

—Personalmente lo haré ahora mismo, hay que acabar con esta locura, pasatiempo de gente rica y sueño estúpido de la marquesa de quiero y no puedo —insistió ella.

—Puedes comenzar a convencerme, consideraré con atención todos los argumentos para recogerte el regalo. Soy la tendera —se expresó Sole sentándose en una de las sillas del comedor.

Para el domingo siguiente el restaurador había organizado una excursión, de mañana se desplazaron en el vehículo de la enfermera, que aceptó encantada la invitación de pasar el día en su compañía. Se dirigían a un pequeño pueblo de Segovia, en una casa de campo un amigo del restaurador les prepararía un cochinillo asado en el horno. Algo ensardinados entre las latas con cinco ruedas del automóvil, si a las cuatro rodantes añadimos el volante como quinta, con ropa de *sport* se levantaron eufóricos, cada uno con sus motivos y todos ellos diferentes.

El recibimiento fue alegre como despejada la mañana, el amigo sugirió que mientras atendía el asado, diesen un paseo para abrir el apetito. El restaurador hizo de guía llevándolos por senderos del lugar. Víctor y Sole se comportaban entre ellos como niños de guardería, ella le hacía cosquillas en el cuello con una brizna de paja, le daba un empujón y echaba a correr desafiándolo a que lo siguiera.

Sole llevaba mucho tiempo sin caminar por el campo, se sentía feliz como una niña pequeña, para ese día hubo de comprarse ropa, en su maleta únicamente había elegante ropa de vestir, de acorde con su trabajo.

El restaurador y la patrona de la pensión, más serios, como correspondía a su mayor edad, se comportaban más seriamente que ellos, se cogían del brazo, se cogían de la mano, se cogían de la cintura, provocando la risa y la burla de los tres acompañantes imitando tan incómoda postura para caminar. Eran Sole y la enfermera quienes más se reían, una de las veces que la patrona apoyó la cabeza en el hombro del restaurador, fue caminando con la cabeza torcida y contoneándose como una culebra tras ellos, hasta que la patrona volvió a su postura habitual. La enfermera no se atrevía a secundarla en la acción pero no paraba de reírse, Sole estimulada continuaba con estas travesuras. Víctor le dijo.

—¡Quieres parar de una vez!

Ella se plantó delante de él respondiéndole.

—¡No!

Después se abrazó a su cuello uniendo sus labios a los suyos. Después siguió haciendo monadas durante todo el paseo, no respetando ni a un asno que se encontraba en el campo, al que se le puso a rebuznar, la sorpresa vino al oír los rebuznos del asno contestándole, ella se acercó al asno y el asno se acercó a ella, manteniendo ambas, porque resultó que era asna y no asno, una intensa, aunque breve conversación.

A Víctor le desconcertó el comportamiento de Sole, desenfadado y divertido, lo acababa de descubrir, nunca lo hubiese imaginado, ingeniosa e inteligente, responsable, diligente y seria en el trabajo, se había transformado repentinamente en la irresponsabilidad absoluta.

Sole acarició a su recién amiga y se subió a lomos de ella, el animal dio unos pequeños pasos, de repente arrancó a todo correr, Sole se sujetaba como podía hasta que su cuerpo cayó en tierra. La asna volvió junto a su jinete produciendo lastimosos rebuznos a los que Sole tumbada y magullada respondía rebuznando lastimosamente.

El accidente no tuvo más consecuencias que el susto y un revolcón con las ropas con algo de polvo.

—La conversación parecía muy interesante. ¿Qué te ha dicho? —le preguntó Víctor.

—¡Cosas de chicas! —contestó Sole.

En un cercado vieron unas reses, Víctor la cogió de la mano diciendo:

—No se te ocurra hacer lo mismo con las vacas y mucho menos ir a molestarlas, no te soltaré hasta que las hallamos pasado.

Sole le obedeció, aprovechó un momento y rumió sonoramente. Instantes después se organizó en el campo un concierto bobino.

—¿Qué está pasando aquí, es brujería, tienes poderes o sabes cómo comunicarte con los animales? —inquirió alegre e interesado el restaurador.

Sole encogiéndose de hombros no iba a contestar, pero cambió de opinión.

—Con los cuadrúpedos sí con los bípedos no.

—¿El bípedo que tienes a tu lado, no te comunicas con él? —le preguntó con sorna el restaurador.

—Sí, me comunico con él y me responde, no es bípedo, es un animal extraordinario que, por extraordinario, la taxonomía se encuentra sumida en gran desconcierto. Sus especialistas más destacados reunidos en concierto por su desconcierto se rompen la cabeza, intentando por medio de esta forma abrir alguna brecha con la esperanza de que les pueda brotar alguna dolorosa idea por haber utilizado tal inusual método.

A la vuelta de la comida sencilla, pero excelentemente preparada, cochinillo al horno, verduras variadas a la brasa, buen pan uy buen queso de oveja como postre. La enfermera, olvidando sus penas se encontraba feliz, su rostro había adquirido una expresión permanentemente risueña.

El anfitrión, bastante más joven que su amigo el restaurador, aprovechaba cualquier ocasión para mostrar sus atenciones a la enfermera, dejándose ella, como suele decirse, querer.

La amistad con el restaurador venía de antiguo, cuando era estudiante en Madrid visitaba el establecimiento de libros, así se conocieron, perdurando su amistad a lo largo de los años. Tenía especial habilidad para los idiomas, heredó la casa en el campo, la restauró él mismo, se instaló en ella dedicando su tiempo a la lectura y a la traducción de textos del idioma inglés, francés y alemán, al español y viceversa. Dominaba además las lenguas clásicas.

Editoriales europeas de prestigio requerían sus servicios, como los requerían especialistas y profesores universitarios que deseaban obtener traducciones fiables. Dos o tres veces al año realizaba viajes por Europa, algunas veces en compañía del restaurador. Este último se dirigió al coche y le entregó un paquete al anfitrión, al retirar el envoltorio se encontró con dos gruesos tomos de un diccionario alemán de mil ochocientos. El anfitrión brincó en su asiento como si fuese picado por una avispa.

—Me viene como anillo al dedo estoy con una complicada traducción de un autor de esos años de la alta Alemania —se expresó con ojos brillantes por la satisfacción.

—Las traducciones son duras sin diccionarios —dijo el restaurador.

—Es como enhebrar una aguja en la oscuridad, los diccionarios con el equivalente a la luz, matizó el anfitrión —sin ellos estaría a merced del caprichoso error.

—La vida a veces es dura, muy dura de soportar, tal vez porque para ella no hay diccionario —dijo la enfermera.

—Los hay, son los libros sagrados que han dado origen a las diversas religiones, hay textos de filosofía que son auténticos diccionarios, auténticas enciclopedias para la vida —le respondió el anfitrión.

—Pero de nada sirven, únicamente quienes buscan en ellos el consuelo, para quienes tienen el deseo de vivir, nada aportan —respondió la enfermera.

—Expresado de esa forma, he de darte la razón. Aunque querer vivir no es buscar consuelo, el deseo de vivir es no rendirse ante las dificultades, el espíritu solo se rinde cuando está muerto, y el espíritu es inmortal —le respondió el anfitrión.

—En mí no conozco donde habita tal señor, desconozco el lugar donde habita en los demás, nunca me lo han presentado, conozco su existencia de oídas en la misma manera que doy por ciertas otras muchas cosas, oídas también —dijo la enfermera.

—Dejando a un lado la cuestión del espíritu, porque nos desviaría de la cuestión que estábamos tratando, si por deseo de vivir se entiende únicamente la satisfacción del deseo físico su realización es relativamente fácil de conseguir, siempre que no vaya acompañado de moralidades éticas. Si por deseo de vivir se entiende la satisfacción física acompañada de la satisfacción mental, no es tan fácil de conseguirla. Requiere esfuerzos personales de desprendimiento, algo que pocos están dispuestos a llevar a cabo. Esta y no otra, es la causante de la infelicidad que nos devora, nos entregamos a un monstruo por nosotros mismos creado —dijo el anfitrión afectuosamente.

—Excesivamente filosófico, excesivamente poético. Cuando se tiene frío, cuando se tiene hambre, cuando se tiene dolor, nada de lo dicho sirve —respondió la enfermera.

—No es mi intención entrar en debate, el frío, el hambre, el dolor y cosas semejantes son físicas, son materiales, hice alusión que para ellas el remedio no reviste grandes complicaciones en la sociedad actual en que vivimos. No se necesita para estas cosas esfuerzos de superación personal. Quienes vivan con el recuerdo del pasado como rémora en sus vidas, es imposible que consigan vivir un solo instante de su presente. Olvidar el pasado, es a lo que llamaba desprendimiento, es a lo que me refería con el esfuerzo personal. Esa es la causa de la infelicidad, motivada por nuestra pereza, por la falta de valentía, el miedo y la comodidad nos paraliza regodeándonos en nuestras miserias pasadas, cada día incrementadas por otras nuevas que añadimos incesantemente.

—¿Cómo poder librarse de los fantasmas del pasado? He ahí una auténtica cuestión —dijo la enfermera.

—Si son fantasmas, son espíritus, su existencia es dudosa, al menos para ti, no deberías temer tales cosas, como sé que es una expresión para entendernos, su empleo es perfecto. Esta pregunta puede responderse de varias maneras, además de las mencionadas. La filosofía no es únicamente consuelo como escribió el interesantísimo Boecio, o el mismo Séneca. Es razón la filosofía, con esta extraordinaria arma y su hábil manejo en un fin honrado, la mente se limpia, el cuerpo se limpia, el presente se limpia desprendiéndose del pasado y preparándose con optimismo para el futuro —respondió el anfitrión.

—Veamos cómo se enfrenta la filosofía a un caso real —inquirió la enfermera—. Soy adolescente, me encuentro con unos amigos de edades similares en la casa de uno de ellos aprovechando la ausencia de sus padres. Sin saber el motivo pierdo la consciencia, recuerdo lejanamente como en un sueño, sus cuerpos sobre mí y que yo intento patearlos. Un mes más tarde me siento extraña, estoy embarazada por unas relaciones no deseadas con los colegas, que evidentemente debieron suministrarme algún potente somnífero o alguna droga similar. Interrumpo el embarazo con la repudia y al mismo tiempo apoyo familiar. ¿Cómo filosofeo el caso para desprenderme del?

—Este recuerdo responde a una experiencia traumática sufrida en la etapa de desarrollo adolescente cuyas impresiones quedan marcadas, si no se corrigen, para toda

la vida, adquiriendo rasgos patológicos. La ayuda en casos semejantes debe buscarse externamente en el psicoanálisis, e internamente en la filosofía —dijo el restaurador, interviniendo en el diálogo.

—Externamente han estado psicoanalizándome durante años, me encuentro en el mismo punto de partida que antes de comenzar las sesiones, no baratas, por cierto, internamente no he utilizado la filosofía por mi desconocimiento sobre ella —le respondió la enfermera.

—El psicoanalista cobraría una alta minuta, pero era seguramente un ignorante, cuya inutilidad de su técnica es manifiesta. El psicoanálisis si no va acompañado del análisis filosófico no tendrá efectos firmes ni duraderos. Me explicaré, la filosofía es el análisis del por qué o del qué es de todo. Si uno inquiriere sobre qué es la moral, sobre lo que es la sexualidad, la violencia, la interrupción de un embarazo, el qué dirán y un largo etcétera, obtendrá con el tiempo y la dedicación suficiente, la dilucidación necesaria para asumir lo que en el tratamiento se llegue a comprender. Sin este trabajo filosófico personal, todo psicoanálisis o cualquier otra forma de terapia resultará inútil, diría que incluso contraproducente pues abrirá la herida una vez más sin cauterizarla —dijo el anfitrión retomando la directriz de la conversación.

—No he hecho nada de eso.

—Has sufrido una violencia más mental que física, puesto que estabas bajo el influjo inducido contra tu voluntad por una droga. La lucha debe resolverse en el campo mental. Debemos preguntarnos qué son todos esos conceptos que nos viven, obtenida la respuesta el trauma mental desaparece al comprobar que se vivía en una gran mentira en la que las cosas no son como son. Pondré un ejemplo simple, te tocan un brazo y no le das importancia, hacen lo mismo con el repostero, bonito que por cierto lo tienes, y te revuelves como una pantera. Debido a la moral, haces una diferencia cualitativa entre las partes de tu cuerpo. Sigamos con algún ejemplo más, no hace muchos años la mujer no podría mostrar a la luz sus brazos y piernas, tampoco podía frecuentar los cafés si no iba acompañada por un hombre, la moral social y personal la tildaba y ella misma se tildaba con epítetos consabidos —añadió el anfitrión.

—Cuanta vida perdida por desconocimiento —expresó meditabunda la patrona.

—Cuanta vida sin vivir por culpa de la puta educación. Perdón por la expresión que además de soez, lleva cargas morales hacia mujeres que viven de su actividad como yo vivo de la mía, pero al decir puta en lo que sea, las degrado y yo por el contrario me encumbro en la virtud. Soy una desconocida para mí misma y por tanto una ignorante que vive sin saber hacerlo —dijo Sole hablando sinceramente.

—Hablando de tu traumática experiencia, lo interesante sería cuestionarse esos y otros conceptos con mente sincera y abierta, me ofrezco a ayudarte en la parte filosófica, sabes donde vivo y esta es tu casa, los fines de semana puedes venir. No voy a ocultarte que me siento atraído por ti —le habló tiernamente el anfitrión.

—¿Cada cuántos días te duchas? —le preguntó ella.

Desconcertado ante la pregunta no supo al principio que decir creyendo que era una tomadura de pelo, finalmente contestó.

—Todos los días una vez, a veces dos.

Ella sonrió iluminándosele el rostro.

—Vendré el próximo fin de semana —le respondió empleando su voz un tono de complicidad.

La tarde siguiente la patrona, Sole y la enfermera charlaban en una pequeña e íntima salita que formaba parte de la vivienda privada.

Sole le regaló a la enfermera una chaqueta de las que traía.

—Las clases de filosofía introspectiva no están reñidas con el bien vestir.

Mientras se la probaba la enfermera, Sole continuó diciéndole.

—Si te digo la verdad, puedes vestirme elegantemente con ropa que puedes comprar por un precio cincuenta veces más barato. Ni se os ocurra comprar ropa y complementos de esta marca y similares, dejad eso para quienes les falta un tornillo o cuando el tornillo os falte a vosotras y por añadidura os sobre el dinero y queráis dárselo a quienes tienen más dinero que vosotras.

—Cuando el traductor vea a su alumna, en lugar de filosofía querrá pasar directamente a la anatomía —le espetó la patrona.

—Le llevará su tiempo —respondió la enfermera.

—El mismo tiempo que habrá de llevarte a tí. Anatomía primero, después filosofía y vuelta a empezar si la primera materia no quedó suficientemente aclarada —agregó la patrona.

—¡Exagerada! Todo tiene sus límites —dijo ruborizada la enfermera.

—El traductor te calza el primer día que te vea, no se anda por las ramas, por lo que pude ver en él. Si a tu edad quieres andar por las ramas, estoy segura que ahí te dejará, y cuando decidas bajar de ellas no los encontrarás al pie del árbol. Esa clase de hombres tienen muy claro lo que quieren y lo que no quieren, las tonterías gazmoñas no caben en su comportamiento. Si te atrae déjate de tonterías, si no te atrae no vayas. Todo depende de ti y todo está en ti. Puede tener compañía femenina, y prefiere vivir solo, se ha fijado en ti, ha mantenido atenciones contigo, le has gustado y te lo ha dicho abiertamente. Si juegas al “a ver si me pillas”, “todavía no estoy preparada” y gazmoñerías semejantes, se encogerá de hombros y como buen filósofo pensará “otra más que se cree especial”. Lo que viene a ser que definitivamente lo habrás perdido, por mucho que después pueda interesarte —le dijo la patrona.

Sole asintió.

—Pienso lo mismo que ella, hay hombres cuyos gustos necesitan ser estimulados con múltiples variedades de preliminares, estos preliminares como el juego de niños pilla, pilla, corresponden a una mentalidad infantil que necesita ser motivada para atraer su atención. En este caso su personalidad es la opuesta, su estímulo es interno, la incitación externa apenas los conmueve, se entregan si les permiten entregarse, si no se le permite hacerlo, se encogen de hombros, miran hacia otro lado y no vuelven a acordarse nunca más de lo sucedido. Son galantes y te cubrirán de atenciones, pero la tontería y la falta de inteligencia en las personas cercanas les resulta insufrible. Al restaurador, a Víctor y a él, podemos situarlos en la misma categoría, cultos, trabajadores e individualistas...

—Y sexualmente activos —interrumpió la patrona, haciéndolas reír.

—Eso último debe tenerse en gran consideración, sobre todo en estos tiempos en que la moda imperante es la asexualidad o la sexualidad virtual —dijo la enfermera.

—Ese aspecto no es nada desdeñable, estoy totalmente de acuerdo contigo —dijo Sole.

—Tengo atrasos por cobrar —manifestó la enfermera entre risas.

—Yo tengo atrasos de años y pienso cobrarlos todos, sin dejar facturas pendientes de cobro, aunque tenga que comprarle un bote de vitaminas de cinco kilos —añadió la patrona.

—También yo tengo atrasos que pienso cobrar con intereses respectivos, seré inflexible como los bancos con sus clientes. Imaginaros, todos los días dos, a veces tres —dijo Sole.

—¡Te pasas Sole! —le dijo la patrona sin dejar de reírse.

—Al menos durante la primera semana. Siete por dos catorce, redondeando veinte, es un buen número el veinte —volvió a decirles Sole.

—Después es una costumbre muy sana dos o tres veces por semana —corrigió la patrona.

—Importante es la calidad más que la cantidad, soy más partidaria de lo primero que de lo segundo —dijo la enfermera.

—La calidad de la comida depende del cocinero, la calidad en una relación amorosa depende exclusivamente de nosotras, si nuestro deseo es ser únicamente cubiertas, cubiertas seremos, si es otro el deseo, éste será realizado inevitablemente. La condición previa es que deben existir oportunidades para que pueda llevarse a cabo —se explicó Sole.

—Debo darte la razón, veinte es una bonita cifra para la primera semana, calidad incorporada. Después la cifra puede disminuir sin merma de la calidad —matizó la patrona.

—Pondré estas cláusulas del contrato en el apartado correspondiente al comportamiento sexual, vosotras firmareis como testigos —dijo la enfermera.

—Si tuviésemos que pedir una sola cosa al hombre que estuviese con nosotras, ¿cuál sería? —inquirió la patrona.

—Sin dudar, que se duchase diariamente, al menos la de meterse en cama, la ducha de la mañana si se la quiere saltar allá él y quienes lo traten —respondió la enfermera.

—Que no bebiese alcohol, sería el requisito que pediría. La experiencia hace que sea intransigente en esa cuestión —dijo la patrona.

—Lo que yo le pido al hombre que vaya a estar conmigo, es que pueda confiar en él plenamente, que siempre permanezca a mi lado, suceda lo que suceda —expresó convencida Sole.

—Eso es pedir a lo grande —dijo pensativa la patrona.

—De pedir, pedir a lo grande, y de exigir también. Si no tengo esa seguridad, el planteamiento se establecería, en otros términos —acabó matizando Sole.

—Además de la ducha diaria, pido lo mismo que Sole —dijo la enfermera.

—Yo pido lo mismo que ella, además de que sea abstemio, pero habíamos acordado pedir una sola cosa y estas son dos —le respondió la patrona.

Sole resolvió el dilema contradictorio.

—La persona que elijamos si pedimos que se pueda confiar en él, de que siempre permanecerá a nuestro lado, indudablemente nos amará de tal modo que sería capaz de

renunciar a cualquiera de sus hábitos y costumbres, si se lo pidiésemos. Lo haría sin esfuerzo, como una actitud generosa de amor, esas exigencias o peticiones serían, para él, cosas menores sin importancia alguna, de no hacerlo es que no habría amor, lo que sí habría puede llamarse cabezonería egoísta, con hombres o mujeres así, la convivencia amorosa tiene tantas complicaciones, que la única manera de que subsista no puede ser de otro modo que realizar vidas separadas, viéndose por horas o por días.

—Amantes, sería el término para definir la relación —expresó la enfermera.

—Amantes, pero, aun así, amantes de paso, pura física, sin consistencia de entrega alguna, con actitudes semejantes pueden tenerse varios amantes al mismo tiempo, al no tener con ninguno lazos afectivos reales —puntualizó Sole.

—Varios amantes y pasajeros, porque al poco tiempo, aun viéndose esporádicamente, la relación sería de un tedio abrumador —puntualizó también la patrona.

—Pido lo que Sole dice, pero mi exigencia es la ducha.

—Lo mismo que Sole pido yo, pero mi exigencia es que el alcohol que utilice sea únicamente para la desinfección de heridas —añadió la patrona.

—Una vez una enfermera se enrolló, muy entrada la noche de un sábado, sin saber mucho con quién. Al verlo por la mañana lavarse las manos, le preguntó si era médico, a lo que le respondió con orgullo que sí, a la vez que le preguntó él que cómo lo había sabido. Por la meticulosa manera de lavarte las manos, le respondió ella, que volvió a preguntarle si por casualidad no sería anestesista. Al oír la pregunta el médico creció veinte centímetros de golpe y unos quince ancharon sus hombros. «¿Cómo lo has sabido?», le preguntó con su orgullosa vanidad subida al último piso del más alto de los rascacielos. «Muy fácil, porque esta noche no me enteré de nada».

El cometido con el que Sole había acudido a Madrid, lo había finalizado hacía ya algún tiempo, una importante entrevista la tenía fijada para los próximos días en Barcelona, no podía demorar mucho más tiempo su partida. Víctor al estar durante estos días en su compañía, sintió como se reavivaba la llama amorosa que le consumía las entrañas. Ella por su parte no estaba dispuesta a marcharse sin él, y si lo hiciese finalizada la entrevista cogería el tren de alta velocidad de vuelta para estar con él de nuevo. Así se lo hizo saber, Víctor le preguntó si estaba dispuesta a acogerlo entre sus muslos.

—Pediré el reingreso en mi cátedra, cuando lo haya hecho nos organizaremos para poder pasar la mayor parte del tiempo juntos mientras tanto viviremos en Barcelona —le dijo Víctor decidido a intentar una aventura amorosa con una mujer a la que amaba.

No habían tenido como suele decirse un noviazgo, también habían pasado la edad de tenerlo, pero habían vivido una intensa relación, en la que ambos desde su personal perspectiva, se estudiaron objetivamente. Ciertamente era que tanto Víctor como Sole, se encontraban en un momento de sus vidas en la que adoptarían una posición u otra les haría tomar una dirección que les marcaría el rumbo de sus vidas hasta el final de sus días.

Ella encontró en él al hombre que estuvo buscando desde su primera juventud, él encontró en ella a la mujer que, aparentaba frivolidad y no lo era, aparentaba una mujer caprichosa y de gustos caros, nada de eso tenía. Era atractiva, lo sabía y le daba importancia a este regalo de la naturaleza, aunque lo conservaba por medio del ejercicio y la alimentación adecuada, era trabajadora comprometida, como comprometida sería en cualquier otra actividad que realizase, poseía dinero suficiente para vivir en la zona más cotizada de la ciudad, sin embargo, sus gustos eran sencillos. Escuchaba música, asistía a conferencias, leía siempre que podía, su pensamiento social era progresista, su conversación era interesante.

Todo esto encandiló a Víctor, que descubrió en ella a la mujer terrenal, porque si fuese universal sería sin lugar a dudas una mujer extraterrestre. Lo que inclinó, no su corazón, porque este ya se había inclinado, su voluntad hacia ella, fue comprobar en varias situaciones, algunas de ellas por él mismo intencionadamente provocadas, que poseía un carácter equilibrado, carente de la tan frecuente neurosis que se enseñoorea en la mente femenina. Para Víctor representó la mujer perfecta, calculó fríamente los inconvenientes que podría acarrearle su relación, desde las más variadas perspectivas, calculó fríamente también las ventajas que le proporcionaría. Había descubierto el mundo, se abrió a la vida, el dilema se planteaba entre dos polos con alguna anémica solución intermedia. Sempiterna soltería, sin tener con quien compartir tristezas y alegrías de las miserias cotidianas, o la unión en pareja y poder compartir todas estas pequeñas naderías que configuran la existencia en nuestra sociedad.

Había descubierto el mundo y sin temor había caminado por él abandonando costumbres que desde adolescente había adquirido por sus propias inseguridades, reflejo probable de miedos infantiles. Rompió con su pasado no teóricamente sino en la práctica, reconociendo en esta práctica que su formación interna le confería una cierta superioridad que lo elevaba sobre sus semejantes.

Comprobó que esta nueva forma de vida podía formar una simbiótica unión con su vida anterior, dos extremos opuestos entrelazados, la teoría y la práctica, el hombre y la mujer, el ying y el yang, del que hablan los filósofos del oriente, la praxis de la que hablan su vez los filósofos del occidente.

Con la unión de su vida a la de Sole, estaba seguro que haría sus vivencias mundanas muchos más llevaderas, habría reajustes por ambas partes para conseguir objetivos a corto

plazo y a plazo final. Si estos objetivos son de interés común, los reajustes realizados serían comunes a su vez y realizados sin aparatosas dificultades. Víctor tendía a la seriedad, a pesar de una cierta ironía en sus expresiones, Sole era expansiva, alegre e imprevisible, pero de una lógica aplastante. Víctor se deshacía internamente al escucharla o verla mover, era su opuesto, la parte de que él carecía y que tanto anhelaba poseer. Durante el paseo campestre al pueblo segoviano, el comportamiento de Sole lo exasperó, pero lo sedujo de forma indecible, durante aquel paseo tomó la decisión de unirse a ella para siempre.

La dueña de la pensión y el restaurador de libros se habían conocido de forma casual, fortuita, con la presentación por parte de Víctor, es como si se estuviesen esperando el uno por el otro durante años, la ocasión les había llegado y se lanzaron en feroz batalla al encuentro sexual, y del guerrero campo sexual al apacible pero estimulante campo del amor. Estaban conociéndose, pero a partir de cierta edad ¿qué conocimiento puede adquirirse de otra persona de edad similar? De esa persona bastan apenas unos minutos, las biografías son iguales, susceptibles de interpretaciones subjetivas. Con ciertas edades se ha llegado a ser un simple, un neurótico, o a poseer una mente cultivada y un carácter equilibrado de humor uniforme. Todo lo demás no dejan de ser añoranzas y deseos incumplidos de juventud.

Tanto él como ella, así lo habían visto. ¿Pasión? Por supuesto que la había. ¿Lujuria en sus cuerpos? Manifiestamente. ¿Amor? Patente en cada una de sus palabras y acciones. Pero los dos habían abandonado hacía años, las tonterías y frustraciones a merced del viento. En ellos se auguraba una relación sin altibajos, porque estaban hechos, no hechos uno para el otro, estaban hechos por sí mismos, para sí mismos, premisa básica para ofrecerse a un semejante con limpieza de espíritu.

El traductor y la enfermera, los más jóvenes, son los que tendrían que experimentar mayores peligros en las procelosas aguas del mundo amoroso, afrontar por juventud sus irreflexivos comportamientos, su lengua no sujeta y dispuesta a decir lo no debido y casi siempre lo no sentido. El orgullo, el egoísmo, arraigado todavía en ellos puede hacerlos caer una y otra vez en fosos de los que saldrían embarrados, lavándose después de cada caída y sin haber aprendido nada de ellos si no se dan cuenta que es el orgullo y su egoísmo quienes convierten su vida en una sucesión de continuas caídas. Ella debe resolver su situación institucional, puro trámite de papeleo legal, su decisión había sido tomada mucho tiempo antes de conocer al traductor, no lo sabía, ahora se había dado cuenta, con él o sin él no deseaba permanecer unida íntimamente a su marido. Pero consigo portaba el lastre de toda su vida pasada, si no eliminaba esa carga, podría trasladar de ciudad o de país, que todo seguiría siendo lo mismo, al igual que el tuerto, tuerto lo habrá de seguir siendo.

La vida, la auténtica vida consiste en vivir adquiriendo sin retener lastre alguno, esa pesada carga es propia de animales de transporte, aunque hablamos de cargas diferentes.

Si vivir es pasar experiencias, reflexionar sobre lo pasado y fortalecer con cada una de ellas el espíritu, pocos han sabido vivir y menos aún lo han conseguido. El amor es una hermosa palabra que utilizada como comodín sirve para todo, es una constante en nuestras vidas, sin el amor no se puede vivir, si en lugar de la expresión amor ponemos la palabra dinero, esta lo sustituiría perfectamente, sin dinero no se puede vivir. Por el dinero se trabaja, se explota, se engaña o se roba a nuestros semejantes, con el dinero se compra todo lo que está visiblemente a la venta y lo que no lo está, también.

Se compran grandes objetos como edificios o minúsculos como los brillantes, se compran países, guerras, reputaciones, voluntades, cielos e infiernos.

Con el amor ocurre lo mismo, por amor a la patria, a la familia, a la empresa, a la profesión, a los hijos y a Dios. El amor todo lo puede al igual que el dinero, he aquí nuestra sociedad dominada por el amor o por el dinero, henos aquí a nosotros dominados y utilizando una de estas dos palabras o ambas según la conveniencia y la ocasión. En una sociedad así vivimos sin vivir creyendo que lo hacemos, únicamente al final de nuestro trayecto biológico, algunos dándose cuenta del engaño, intentan aterrados, aferrarse desesperadamente a unas frágiles hebras, última materialidad que les une a este mundo. Pero ya no hay posibilidad de marcha atrás.

Preguntaron a un hombre sobre el secreto de su longevidad y bien conservada apariencia, contestó que su secreto era por todos bien conocido, la primera norma era material, consistía en la moderación, en todo ser moderado. La segunda norma consistía en cultivar la mente, antesala del espíritu. La tercera norma consistía en amar incondicionalmente facilitando su desarrollo a todo lo que lo rodeaba.

FIN